

WEST



Iván Rojo

Domingo 9 de junio

He matado. Pienso hoy en ello. Ahora. Pienso siempre en ello. No me lo quito de la cabeza. Pero la vida sigue y resulta que me dieron un puesto de difícil cobertura aquí arriba, en Las Cumbres. Es mi primer puesto en el funcionariado. No contaba con obtenerlo. Suponía que alguien más lo solicitaría. Alguien con más experiencia, más cursos de inglés, más méritos que yo. No sería difícil. Lo único que he hecho es aprobar raspado el primero de los dos exámenes que hay que superar para ser auxiliar administrativo del gobierno autonómico. Suerte que Óscar me aconsejó que la pidiera. Me refiero a la plaza. Me refiero también a un amigo de la infancia que hace mucho que no es más que un conocido. En realidad un conocido con el que de vez en cuando me cruzo por el barrio, por la ciudad. No sé dónde vive. Ni su teléfono ni nada. Los más de los días ni nos saludamos. Otros sí. En uno de estos me dijo: El pueblo ese, ya sabes, es muy bonito, muy turístico, muy medieval y lo que tú quieras, pero está muy retirado de todo y la gente es cómoda; solicítala, hazme caso, que llevo quince años en la Administración; una cosa es ir al monte a pasar el día y otra plantarse en Las Cumbres a trabajar en la oficina ganadera; de verdad: hazme caso. Suerte también que se lo hice, supongo. Era ya demasiado tiempo desde el último empleo estable. Demasiado tiempo necesitando tirar de la pensión de mis padres para pagar el alquiler. Tengo treinta y nueve años. Así que suerte, sí, supongo que tengo suerte de estar aquí. Aunque la verdad es que no me hace especial ilusión instalarme en estas montañas. Nada me hace especial ilusión. Acabo de descargar los trastos. He llegado deslomado porque he tenido que subir a pie. Intenté hacerlo en el coche pero las callejuelas se estrechaban a medida que ascendía. Al final el Dacia no pasaba. Tuve que dar media vuelta y aparcarlo fuera de la muralla. El piso está bastante bien. Comedor-cocina, dormitorio, baño. Wifi. La dueña prohíbe fumar pero por lo demás me dijo que descuidara, que no es la típica casera controladora. Que la le pague más o menos puntualmente, por supuesto todo en negro, y que la llame si necesito algo. Lo del tabaco no tiene importancia porque lo mejor del piso es la terraza. Unos dieciséis metros cuadrados y suelo de terrazo, creo que es la palabra, ladrillos anaranjados y ásperos. Se asoma sobre el resto de tejados del pueblo, sobre el valle, sobre los pastos y carreteras de la comarca más alta de esta parte del mundo. Nadie vive más cerca del cielo que yo en este sitio. En kilómetros y kilómetros a la redonda. Es un dato que me proporciona cierta satisfacción. Tranquilidad. Algo así como paz, si eso fuera posible. Por encima de mí tan solo se alza

la punta de la torre de la iglesia, me parece que espadaña es su nombre técnico. Bueno, también el castillo, los vestigios del castillo que coronan el risco por cuyas laderas se desparrama este pueblo. Es decir que por encima de mí solo se alzan piedras muertas. Entidades sin ojos. Bien. Ya me he fumado un par de cigarrillos oteando el paisaje desde este magnífico mirador. Son las nueve y media de la noche. No obstante todavía luz. Ribetes de sol en fuga en las crestas que rodean el pueblo, el valle. Una inmensa atmósfera de aire fresco. Cuando abandonaba Valencia el termómetro de la avenida de Cataluña marcaba veintisiete grados. Tres horas después aquí, en lo extraño, la temperatura ambiente dudo que supere los trece. Así que sí, aire fresco, pero no diría puro. El viento hace girar limpiamente, eso sí, los aerogeneradores que se ven unos kilómetros más arriba siguiendo la Nacional hacia Teruel. El mismo viento ágil, ligero, fuente renovable de energía, que me trae una buena ristra de pestes. Peste a un humo que no se ve por ninguna parte pero que raspa en la garganta. Peste a vertedero. Peste a aguas verdosas. Peste a animales. Peste a mierda y a plumas. Un perfume mixto, almizclado y dulzón a cosas en lenta descomposición que mi mente define como peste a pueblo. Por lo menos así olía a menudo el mío. Así olía Chelva hace veinte años. Veinticinco. Treinta. El verano. La vida.

Me había traído un bocadillo de atún. Me lo he cenado viendo Cuarto Milenio, diría que una reposición, sintiéndome extraño, incómodo, más concretamente fantasmal en medio del brutal silencio. Me hipnotiza la cabeza de Íker Jiménez. Crece de semana en semana. Ahora son las doce y media pasadas. Me voy a la cama.

Lunes 10 de junio

Puede que haya conseguido dormir una hora. Hora y media a lo sumo. Me he levantado aturdido. No es que anoche estuviera nervioso por mi primer día en el trabajo, nunca me desvelan esos trámites. Es que anoche el silencio era corpóreo. Una presencia oscura, fúnebre. Nada. Ni un gato ni un perro ni una campanada. Por lo visto de noche desconectan el mecanismo del reloj de la espadaña. Ha sido esa presencia intrusa muda la que me ha impedido dormir. Era como intentar conciliar el sueño tendido junto a un cadáver. Un muerto desconocido, azul y helado como mis piernas. Se me ha olvidado traer pijama, de verano o de invierno, que es el que anoche me habría puesto. Hace frío

en estas montañas. El verano está a la vuelta de la esquina pero aún hace mucho frío en estas montañas. Total que ya estaba en pie con las primeras campanadas del día. Seis. He visto un rato el canal 24 horas. El mundo del deporte se rinde ante el enésimo Roland Garros de Rafa Nadal. El Prior del Valle de los Caídos disputa al Estado las llaves de la basílica. Un corrimiento de tierras rojas se ha tragado un pueblo entero en Indonesia. En un armario he encontrado un paquete con unos restos de café. En otro una cafetera italiana individual. Me he tomado una taza en la terraza, recién duchado. Aquí sigo. El móvil en la derecha, el cigarrillo en la izquierda. La carne de gallina. Todavía noche cerrada. Ni rastro del valle, ni rastro de las montañas. Solo negrura ante mis ojos y el sonido de mis sorbos a la taza. De tanto en tanto también algún ladrido distante. El paisaje una mera intuición, sombras más oscuras que la sombra, más densas que mi confusión. Me pregunto cómo puedo estar seguro de estar en Las Cumbres. De no estar soñando, de no haber sido abducido y transportado a otro sitio. Cómo puedo estar seguro de no estar muerto, de que esta tiniebla leve no sea el paraíso, el infierno. Respiro hondo, inhalo un aire agreste saturado de polvo de paja, de matojos secos. El hecho me tranquiliza absurdamente. Lo cierto es que el lugar invisible que envuelve la terraza podría ser cualquiera. Kansas, Cáceres, Finlandia. Quería haber seguido exponiendo el aturdimiento con el que me he levantado. Más bien desorientación, esta desorientación que me produce estar asomado a la barandilla de esta terraza sin conocer el paisaje que se formará ante mis ojos cuando la luz se haga. Sin poder preverlo, por tanto. Pero también quería encenderme otro west. Así que he dejado el móvil en la silla para buscar el mechero en el bolsillo y no he vuelto a cogerlo hasta ahora, calculo que diez o doce minutos más tarde. A mi escritura le falta disciplina. Qué estupidez; a mí me falta disciplina. En cierto momento de ese lapso una chispa ha prendido el horizonte por un extremo. Los montes se se han formado. Los tejados. Mis manos. Y como por ensalmo el cielo raso e inmenso, todavía amoratado por el largo sueño, ha explotado en mil golondrinas. Dos mil golondrinas. Mi cerebro ha identificado con seguridad las siluetas pero a la vez me ha sorprendido saber que lo eran: golondrinas. Tres mil golondrinas y muchos más chillidos de golondrinas. He envidiado su energía matinal. La simplicidad en combustión que agitaba sus alas, sus pensamientos. Su voz sencilla y certera me ha ayudado un poco a ubicarme: estaba en Las Cumbres, estoy en Las Cumbres. Sin embargo hay montes y pájaros en muchísimos lugares. También a la luz de la mañana Las Cumbres pueden ser cualquier otra parte.

La oficina ocupa una vieja masía relativamente rehabilitada a cinco kilómetros del pueblo. Lo leí hace unos días cuando intentaba obtener información en Internet acerca de lo que me esperaba. Vi fotos de la construcción, por eso me he permitido señalar lo opinable de su rehabilitación. También en Internet averigüé lo siguiente: Masía: Casa de labor, con finca agrícola y ganadera, típica del territorio que ocupaba el antiguo reino de Aragón. En vivo la oficina confirma su humildad y precariedad. Es una simple edificación de planta rectangular y techo alto y plano en el medio del valle. Introduje la dirección en Google Maps y obedecí al volante las indicaciones de la inteligencia artificial. En la radio Ezra Furman, I love you so bad, I love you so bad, I love you so bad. Tengo un pen con buena música que actualizo de vez en cuando, la verdad es que cada vez con menor frecuencia. Envejezco. El suelo frente a la entrada está sembrado de cagadas de aves. La culpa la tiene sin duda el voladizo que cubre la puerta. No he podido evitar dedicar unos instantes a sorprenderme por el hecho de que los pájaros busquen descanso y refugio en esa estructura cuando disponen de un buen montón de árboles y arbustos a su alrededor. Una idea estúpida e inútil. Supongo que lo que pretendía era exprimir hasta el último momento mi libertad mental antes de entrar en la oficina y tener que pensar y hacer a las órdenes de la Administración. En la oficina trabajan dos veterinarios –un hombre y una mujer-, un ingeniero agrónomo, una administrativa y el director. Ahora también yo. Encontré curioso que los nombres de todos ellos empiecen por la letra e. Ernesto, Emma, Eugenio, Elvira y Esteban respectivamente. Lo encontré curioso porque supongo que lo es, pero no hice ningún comentario al respecto. Ya estaban todos allí cuando llegué. Me dispensaron un recibimiento amable. Me parecieron gente buena y sencilla. Gente de campo, pensó mi cerebro de manera un tanto insensata; no conozco a la suficiente gente de campo como para poder esbozar siquiera su retrato robot conductual colectivo; de hecho propiamente no conozco a ninguna persona de campo. Lo que sé es que me trataron con educación durante el tiempo que estuvimos hablando en torno a la mesa de una pequeña sala en la que toman el café cada mañana hasta poco antes de las nueve, hora de apertura al público de la oficina. Es lo que me informó el director. No les sorprendió demasiado que viniera yo de Valencia. Resulta que solo Elvira es natural del pueblo. Los demás acabaron aquí por razones diversas. Y todos se quedaron. El dato me inquieta. No me imagino en estos parajes más allá de una temporada. Unos meses. Como mucho un año. Tal vez estas personas piensen lo mismo la mañana que se tomaron su primer café en la oficina ganadera. Seguramente ni se les pasara por la cabeza que seguirían en ella al

cabo de quince, veinte años. En cuanto al trabajo en sí está claro que Elvira me ha adoptado como su delfín. Es natural. El mero nombre de mi puesto de trabajo indica que mi cometido no es otro que el de auxiliarle en el desempeño del suyo. Según me ha explicado mi tarea fundamental será la de gestionar la documentación física y electrónica que da fe de los avatares de la vida de las cabezas de ganado. Su nacimiento, su compraventa si es que se da el caso, su muerte. Por lo que he podido ver algunas ovejas, algunos cerdos y muchas, muchísimas vacas. A media mañana los compañeros se fueron al pueblo a almorzar. Usan un todoterrano corporativo que entreví a través de la ventana. Me pareció un Nissan Terrano. Elvira se quedó conmigo para explicarme un par de cosas esenciales sobre los programas informáticos con los que trabajamos.

Al salir del trabajo he ido a repostar, todavía acompañado por Furman. La gasolinera está en un modestísimo polígono industrial que resiste a los pies del pueblo. En puridad no merece tal nombre. Se trata de un pequeño triángulo de asfalto que surge entre los pastos como un islote de cemento cerca de la confluencia de la CV-14 con la N-232. Todo bastante desangelado. Una estación de servicio y un puñado de naves de escaso tamaño, unas cuantas sin duda abandonadas. Aparte de en la gasolinera solo se apreciaba cierto movimiento en un par de almacenes. De madera y de pienso, creo. Quizá se trate de un único almacén con dos puertas. Sí, eso creo. Movimiento, vida también en un par de bares, idénticos desde fuera. Sendas naves de ladrillo despintadas, desde luego de aspecto más rústico que industrial pese a los grafitis en algunas paredes. Dibujos en plata y negro, letras, firmas. Malo Boy, SandraX, El Tiger. Su visión me hizo pensar con distanciamiento y fugazmente en los deseos primarios de la gente. Comer, follar, estar sano. Ser feliz. Pero: ser feliz o estar tranquilo, esa era la cuestión. La única cuestión, que de todas formas es intrascendente ya que el ansia de triunfo, el ansia de estampar tu firma en el mundo imposibilita la consecución de ambas alternativas. Tengo la sensación de que el éxito no debe de ser ni de lejos como uno se lo imagina. Tiene que ser peor, peor, peor, seguro. Por suerte es una decepción que no conoceré; en mí habita un desencanto mucho más profundo, de base, que no se fundamenta en la dicotomía entre el triunfo y el fracaso, entre la alegría y la tristeza, sino entre el ser y el no ser. Uno de los bares se llama La Parrilla, el otro El Cazador. Acabo de comer en este último. No lo he elegido por ningún motivo concreto. Una vez dentro he podido comprobar lo mentiroso del letrero anclado en vertical a la fachada que presume del título de asador. El bar más parece una bodega que un asador. Una

bodega antiquísima, dictatorial, de esas a las que las mujeres iban a llenar la garrafa para sus hombres. Olía a vinagre. El hombre que me ha atendido tiene la cabeza enorme. Casi tanto como las cabezas de ciervo que cuelgan a altura considerable de las paredes de este bar. O asador. Al fin y al cabo hay que confiar en la gente. Hay que confiar en la honestidad de la gente. Las cornamentas reutilizadas como lámparas rozan el alto techo, sin enlucir. El plato combinado número cinco no estaba mal. He pedido también un bocadillo de panceta para llevar. Sé que esta tarde no me apetecerá salir a hacer la compra. Estoy cansado. Estoy aturdido por el sueño y los contrastes. Las novedades. Me duele la cabeza, me duelen los ojos. Me duele el centro del pecho, ahí dentro, hondo, bajo todas esas capas de materia caliente y roja. El móvil me ha sonado dos veces en los últimos cinco minutos. Casa padres en la pantalla. Querrán saber cómo me ha ido. Mañana. Mañana. He sacado un paquete de West de la máquina. El hombre ha emitido un gruñido terroso por toda respuesta a mi hasta luego. Me he fumado uno apoyado en el morro del Dacia. Unos doscientos metros carretera arriba ondeaba una bandera de España de dimensiones considerables. Me he acercado unos pasos hasta corroborar mi intuición: un cuartel. Me ha reconfortado descubrirlo. He vuelto hacia el coche. El pueblo ahí enfrente, ahí arriba, un pegote de yeso y cal derramado sobre el risco. Blancura antigua. Nata, nata vieja desde la cúspide hasta mediadas las laderas, donde la robusta muralla medieval frena la caída montaña abajo de las edificaciones. Su derrumbe, su desaparición inevitable y más o menos justa, como la de todo y todos. Por supuesto esto último solo son reflexiones mías, rebatibles. De hecho no sé por qué he escrito nata. Lo cierto es que el color del yeso añejo de las casas del pueblo me ha hecho pensar cruelmente en semen, semen reseco, embalsamado, muerto. Ya no podré quitarme ese símil de la mente. Sin embargo había escrito nata. ¿Por qué? No soy lo bastante valiente para escribir lo que quiero. No soy lo bastante sincero para escribir lo que debo. Probablemente se trate de eso.

Martes 11 de junio

Al final ayer les devolví la llamada. El trabajo no sé, les dije; bien; pues eso, bien, no sé, normal; los compañeros bien; el piso bien también; todo bien; nada de frío, madre, un poco de fresco y ya está; eso: que todo bien. Fue alrededor de las nueve. Durante lo que le costó al microondas calentarme el bocadillo. Menos de un minuto.

Hoy tampoco hice gran cosa en la oficina. Bien. Ojalá uno pudiera ser el nuevo durante toda la vida. El aprendiz. El que tiene excusa para equivocarse. El que mira y aprende, mira y aprende. De hecho estuve sentado con Elvira viendo cómo trabaja. Se está tomando muy en serio mi instrucción. Me insiste en que tome apuntes. Me narra en voz alta los pasos que va dando para esto y para aquello. Y yo asiento. Yo intento poner cara de concentración, cara de interés. Yo anoto la función de la tecla f8 en tal programa o cómo se graba la información en tal otro. De vez en cuando se volvía y me sonreía. Hay un derroche de paz en sus tristes ojos azules. Hay virtud. Hay santidad en su expresión. Tampoco puede haber mucho más en Elvira, veintiséis o veintisiete años, cuello de toro y ese cuerpo imposible, curiosamente algo bovino en hechuras y mirada. Nunca he sido afortunado en cuanto a la belleza de mis compañeras de trabajo. De vez en cuando se volvía, me sonreía y me decía: Tú tranquilo, poco a poco. La verdad es que se está mostrando amable y paciente. Me sabe mal lo que he pensado de ella, lo que he escrito. Habría bastado con decir que Elvira es de esa clase de mujeres que llevan al cuello un colgante con su nombre en letras doradas. Pero es que no siempre acierto cuando pienso ni cuando escribo. También me ha presentado de manera informal a los ganaderos que se han ido dejando caer por la oficina. La mayoría hombres muy parecidos entre sí: cincuenta y largos, tez curtida por el sol, manos como guantes de béisbol. Un vigoroso sudor en sus frentes, un olor fuerte posado sobre sus hombros, mezcla de humano y de animal. Por su parte el director no apareció por la oficina hasta última hora. Venía con mucha energía en sus ojos redondos de ardilla, se le disparaban hacia las paredes, hacia el techo. Hacia la luz radiante que entraba por las ventanas. Hacia mí. En realidad no son solo los ojos lo que tiene de ardilla. Es un hombre menudo y tiene el pelo marrón. No castaño; marrón. Supongo que cosa del Grecian. El flequillo le hace parecer un niño viejo o algo por el estilo. Da una impresión a medio camino entre lo ridículo y lo siniestro, como un muñeco de ventrílocuo. El caso es que el director venía con mucha energía dentro, ya digo. Ahí de pie en el quicio de la puerta no paraba de agitar la pierna izquierda y soplar el pelo de la frente. Puede que anduviera puesto. Igual es siempre así pero si tuviera que apostar diría que algo se había metido. Alguna que otra pastilla. Esos ojos, esos ojos, esa histeria contenida. Sí, alguna pastilla más de las que se tome habitualmente, por descontado obtenidas legalmente, con dinero limpio y recetas. Me preguntó que qué, que cómo lo iba llevando. Le dije que muy bien, que de lujo. Todavía me dijo que perfecto, que así le gusta. Luego me dictó un correo electrónico dirigido a

la Dirección Territorial de no recuerdo qué. Se asomaba cada dos por tres sobre mi hombro para examinar la pantalla. Alabó el hecho de que no se me pasara ni una tilde.

De vuelta fui a hacer la compra. Me seguía dando pereza pero fui. A la larga la realidad se impone. También a medio plazo. Encontré un ultramarinos en la calle principal, una excepción entre tanta tienda de suvenires, de artesanía, de productos de la tierra. Mielles, alpargatas, productos naturales de cosmética. Casi todas estaban echando el cierre, los últimos jubilados marchaban hacia los autobuses. Ya me habían dicho en el trabajo que aquí el turismo viene a pasar la mañana y si acaso comer, que por la tarde en el pueblo solo quedan los que siempre están. Aún no serían las cuatro. El Ultra de Casimiro, se llama el colmado. Jamones, chorizos y ñoras colgando del techo. Esa estampa. También alguna que otra mosca dando vueltas en una atmósfera sustanciosa si no succulenta, con cuerpo, prácticamente masticable. Predomina el aroma de los embutidos y quesos que hay en el expositor. Sin duda productos de proximidad, tienen buena pinta. Va a ser verdad eso de que se come bien en el campo, o en el monte, pensé sin quererlo, o en como se llame a la naturaleza que rodea este pueblo. Percibí también un regusto químico en el fondo de la garganta. Advertí entonces en un rincón al fondo una sección de droguería y limpieza. Me llegué hasta allí, cogí una botella de lavavajillas y me dirigí al mostrador. Dos hombres al otro lado. Delantal blanco, gesto adusto, calva con forma de bombilla. Idénticos salvo por las tres décadas de vida entre uno y otro y la expresión embrutecida del joven. Supuse que el tal Casimiro sería el mayor, en edad de retiro. Luego pensé que quizá ambos se llamaran Casimiro. Y después me dije que sería fantástico que ninguno de ellos respondiera a tal nombre. Al final me centré e hice la compra con cierto rigor. Se llamen como se llamen tienen de todo. Un poco caro pero de todo. Compré lo básico. Algo de jamón, algo de queso. Tomates. Café. Un paquete de arroz. Un paquete de macarrones y otro de espaguetis. Un brick de caldo. Pan. El detergente.

Miércoles 12 de junio

He dormido mal.

Hace solo un rato volvía de la oficina escuchando a Deer Tick cuando tuve que detenerme porque un grupo de vacas atravesaba la CV-14, para mí un episodio inconcebible apenas unos días atrás. Al ralentí en el Dacia de segunda mano pero aparentemente intacto, contemplándolas, me dio por pensar si a un grupo de vacas se le dice rebaño o manada. Sigo dándole vueltas ahora, aquí, mientras como un poco de queso viendo Saber y Ganar. Encuentro las preguntas demasiado sencillas. Un par de concursantes sufren. Jordi Hurtado me pregunta si deseo participar en el programa. Me duele el corazón. La democracia no es perfecta, pero nada lo es. En la pantalla aparece sobreimpreso un número de apartado de correos y Jordi Hurtado me sugiere que escriba, que escriba ahora. Vale. Apago la tele. Diría que la palabra rebaño implica en relación con las cabezas que lo integran el ejercicio de cierta actividad de pastoreo por parte de la especie humana. La humillación de los animales a un control y una atención superiores. Su sumisión a un mandato. En cambio estas vacas campaban a sus anchas por el valle soleado y brillante de manera perfectamente autónoma, por lo menos en apariencia. Por otra parte asocio el término manada con concentraciones de otro tipo de animales. Animales verdaderamente salvajes, verdaderamente peligrosos. Animales naturalmente audaces y libres. Nada de eso semejaban las vacas que me cortaban el paso. Había en ellas un proceder previsible, un porte acomodaticio. Un breve vistazo bastaba para tener claro que esas criaturas morirían rápidamente en cualquier otro ecosistema. Incluso ellas mismas parecían saberlo. Trasladaban un aire de asumido desabrigo. Un aire de inteligencia, por consiguiente. De humanidad. Creo que esta es la razón de que me hayan impresionado tanto, de que me hayan gustado tanto. Además eran hermosas, de un intenso color pardo rojizo, azafranado. Eran enormes y humildes. Y sobre todo eran una obviedad y al mismo tiempo un misterio. Había en su respirar y moverse algo que las hermanaba con las montañas y las elevaba por encima de los hombres. De mí. No sé. Vuelvo a mi divagar y me digo que quizá a un grupo de vacas haya que referirse como un grupo de vacas. Por cierto que nunca hasta hoy había visto una vaca. Quiero decir una vaca viva. Pedazos de vaca sí. Muchas veces en muchos sitios. Una vaca entera moviéndose y llenando el aire de estas cimas con su fornido tufo, jamás hasta hace un rato. No sé si es un dato digno de especial mención. Sea como sea aquí queda dicho. Admito también que al final me cansé de esperar a que se disolvieran. Hice sonar el claxon.

He salido a leer a la terraza. Sol y sombra. A media tarde la temperatura es primaveral, agradable, como corresponde a estas fechas y a mis deseos. Me he traído unos cuantos libros. Unos dirían muchos, otros dirían pocos. Yo digo algunos. He estado releendo *El diablo a todas horas*, de Donald Ray Pollock. América profunda. La cercana y sempiterna América profunda, porque si hay una verdad quizá sea esta: no importa donde uno decida detenerse a echar una meada en la cuneta, hace mucho que ahí afuera todo es América profunda, y en consecuencia España profunda, y en definitiva mundo profundo. Las pantallas han hecho bien su trabajo. Ahora el libro está en boca de todos y en todos los escaparates porque Netflix va a adaptar la historia al cine, a la televisión, lo que sea. Convertirá el libro en una película. Los ejemplares de la reedición vendrán con una faja de anchura excesiva en la que aparecerá el logo de la plataforma de contenidos audiovisuales y el nombre en mayúsculas del actor principal o más popular que intervenga en la producción. No lo sé, digamos Robert Pattinson. El ejemplar que yo tengo es anterior a este boom. Lo digo sin pretensiones. Es una gran novela. Una noche soñé que una rubia me entrevistaba para la NBC como si yo fuera el autor. Tenía el aspecto radiante y nutritivo de una mazorca de maíz, algo sin duda apetecible de vez en cuando. No es que en el sueño la rubia me atribuyera la identidad de Pollock, es que en el sueño la rubia se refería a mí, Iván Rojo, como el autor de *El diablo a todas horas*. Se había documentado como la gran profesional que aparentaba ser. Conocía mi fecha de nacimiento, el barrio en que había crecido, el nombre de los seres esenciales de mi vida. Había admiración en sus ojos azules, había promesas sexuales en su lenguaje corporal. Llegado cierto punto yo interrumpía la charla para pedir dos güisquis, uno para mí y otro para ella. Nos los traía en una bandeja de cristal un negro albino muy sonriente. Tras las cámaras, en el plató, set, como se diga, todos eran negros albinos. Lo único que no me gusta del libro es que en la solapa se haga hincapié en el dato de que Pollock trabajara durante un buen puñado de años en una fábrica de papel. Seguro que en los ejemplares de nueva tirada no se han olvidado de recalcarlo. No me gusta y me molesta. Fomenta una visión perniciosa de la escritura. En el mejor de los casos puede interpretarse que el éxito literario es el premio a una vida previa de alienación más o menos necesaria. Una suerte de indemnización. Algo a lo que se tiene derecho en términos morales, casi religiosos. Una idea que vincula la literatura con la justicia, lo cual es tan peligroso como aberrante. Una lectura menos bienintencionada de ese apunte vital da pie a pensar que si las historias de Donald Ray Pollock merecen ser tenidas en consideración es porque no son solo producto de la mente de un escritor, sino también y

sobre todo de la mente de un trabajador con el que el público puede identificarse de manera fácil y primaria. Es decir: el hecho de desvelar el pasado sociolaboral del autor sirve para construir puentes ideológicos entre este y sus lectores. Se pretende filiar así la imaginación del artista con base en su biografía. Me molesta. Pero estoy convencido de que cada segundo ocurren cientos de cosas más graves en todas partes. Ahora mismo, por ejemplo, en las alturas han sonado las campanadas, cinco o seis o siete, y he sentido con nitidez que lo que vibraba no era el aire sino las aguas negras en que flota mi cerebro. Me he levantado y he ido rápido al baño. He vomitado un poco en la taza rosa. Rosa palo, diría. No me encontraba mal en absoluto. Estoy tan lleno de todo que en ocasiones reboso. No es más que eso.

Por cierto también que las campanadas que marcan el progreso o la decadencia de este pueblo provienen de la Iglesia Arciprestal de Santa María la Mayor. Es lo que dice el panel informativo clavado en el empedrado un par de metros a la derecha de la portada principal del templo. Porque resulta que la iglesia tiene dos. He dudado un buen rato si salir o no a buscarla. Me preocupa descubrir demasiado pronto los atractivos de este pueblo. Un día más pronto que tarde se agotarán y no tendré nada novedoso que echarme a los ojos. Es evidente que al final he optado por salir. El hecho de que se me hubiera acabado el tabaco ha influido en la decisión. He tirado para arriba por callejuelas cada vez más estrechas sintiendo cómo el pueblo se comprimía más y más en torno a la parte alta de la montaña sobre la que se asienta. Sería sencillo y resultón decir que también y al tiempo sentía cómo se iba prensado mi alma. Pero creo que no ha sido así. No había en mí claustrofobia ni opresión alguna, solo una especie de prisa por conocer el origen del ruido. El origen de todo. Una de esas debilidades a las que no logro renunciar. Asimismo tenía ganas de quitarme de encima el asunto y centrarme en lo importante: encontrar una máquina de tabaco, aunque a la vez una parte de mí deseaba no dar con una jamás, que esta fuera la única población de España libre del negocio del tabaco. Cada día fumo más. Por lo menos en la cima del pueblo no había ningún bar. Tampoco otro tipo de establecimientos autorizados para alojar una máquina expendedora. Solo viviendas, algunas con señales de albergar vida. Ropa tendida, luz, sonidos domésticos. El callejeo me ha conducido a una hermosa plaza todavía vigorosamente iluminada por el sol. El cielo tenía un brillo especular. Me he buscado allí arriba, en vano. La iglesia no es demasiado voluminosa pero tiene una presencia regia y solemne. Puede que incluso algo intimidatoria para los espíritus sensibles. El

templo gobierna la plaza desde el pedestal formado por cinco o seis peldaños anchos y rotundos. He atravesado la explanada en dirección al panel que decía antes. Además del nombre del monumento me ha informado de su datación y estilo arquitectónico: siglos XIII y XIV, gótico valenciano y renacentista. El resto me lo han contado mi vista y mis escasos conocimientos de Historia del Arte y me lo ha traducido a palabras la Wikipedia: Ambas portadas, adornadas con estatuas y rematadas por un gablete, siguen fielmente la tipología gótica y se llevaron a cabo en el siglo XIV. La mayor, llamada puerta de los Apóstoles, presenta en los extremos elementos renacentistas en la decoración de una intervención posterior y la estatua de la Madona del parte luz. La menor, llamada de las Vírgenes es de traza más refinada en cuanto a la decoración y contiene la estatua de Santa Úrsula. Tanto la estatua de la Madona del Parte Luz como la de Santa Úrsula son del siglo XIV. Además dispone la iglesia de un campanario situado en la cabecera, que más parece una gran espadaña. Me ha agradado comprobar que acerté llamado así al campanario. Eso se debe a que la torre del campanario fue desmochada para no interferir sobre la defensa artillera del castillo que se encuentra un poco más arriba. El caso es que allí al pie de las campanas he temido que empezaran a redoblar. Estaba ancestral, pagana y absolutamente convencido de que me explotaría la cabeza si ocurriera. Ni siquiera me he atrevido a mirar la hora en el móvil. Por supuesto no ha pasado nada. Había unos niños jugando al fútbol en la plaza. Eran niños de este pueblo pero podrían haberlo sido de cualquier parte del mundo. Dos de ellos se han enzarzado en una discusión deportiva que pronto ha derivado en pelea. Me he sentado en un poyo corrido de piedra, porque se diría que aquí todo es de piedra, y he contemplado el espectáculo. He querido acompañarlo de un cigarrillo. Al echar mano al bolsillo trasero del pantalón su vacío me ha recordado que se me había acabado el tabaco y que estoy solo y perdido en este pueblo. Me he puesto a teclear todo esto en el móvil y al cabo de cinco minutos he echado a andar pueblo abajo por una calle llamada Los Santos. Sentía la gravedad en los hombros, en los muslos, en el escroto, haciendo su trabajo: tirar de mí hacia las profundidades de la tierra.

Jueves 13 de junio

Salí a almorzar. Por fin Elvira se ha apiadado de mí. Así que una hora de reloj fuera de la oficina. Privilegios del funcionariado. Con Eugenio y Emma. Subimos al pueblo en el

Terrano, en eso tampoco me había equivocado. Conducía ella. Le pisaba a base de bien. El coche chirriaba por todas partes, está bastante trabajado. Me mareé un poco con tanta velocidad y tanta curva y tanto ruido. El todoterreno lleva en el parabrisas un distintivo gubernamental que le confiere los privilegios de un vehículo oficial. Una vez arriba aparcamos gratis en el parquin a tres euros la hora para turistas que se extiende a los pies del tramo más largo de la muralla, entre la puerta de San Blas y un baluarte defensivo al que los de aquí llaman La Cañonera, quizá La Carbonera. Lo sé porque me lo ha dicho Emma. No importa; lo olvidaré. Desde allí nos llegamos paseando hasta el Qué bueno, un bar-cafetería en la calle principal. Decoración desconcertante. Discos de vinilo en las paredes, mesas promocionales de CocaCola, sillas de enea, una fotografía gigantesca de la virgen. Una virgen. Mis compañeros me han dicho que suelen ir allí a hacerse el bocadillo a mitad de mañana. Por lo que he comprobado en mis idas y venidas por el pueblo diría que esa calle monopoliza la actividad económica del pueblo. Bocacalles arriba ni un comercio. Bocacalles abajo ni un turista. Es como si en el resto de zonas del casco urbano los vecinos solo comieran, vieran la televisión y durmieran. Seguro que también de vez en cuando se muere alguno en el interior de esas casas tan calladas y tan bonitas. El bar estaba hasta los topes de excursionistas del Imsero. Acentos de origen diverso, andaluz, gallego, vasco. Había mucho barullo. Pero mis compañeros son clientes fieles y la camarera búlgara nos montó una pequeña mesa al fondo, junto a una ventana que se abre sobre el barrio viejo. Antenas, chimeneas, ropa tendida en las azoteas. La camarera búlgara es búlgara o rumana o ucraniana. Supongo que habría podido aclarar la cuestión planteándosela a Emma o a Eugenio pero la verdad es que no tenía ningún interés en ello. Lo indudable, eso sí, es que la camarera era una chiquilla. Oropel en las orejas, en las muñecas, en el cuello; poco pecho; nalgas pequeñas y tensas; un escorpión rojo tatuado en el dorso de su mano derecha; y mucho desparpajo, una resolución agitanada. Me llamó cariño cuando vino a tomar nota. Se lo agradecí sinceramente por telepatía. Pedí no volver a verla nunca. Pedí también una pulga de jamón con tomate y una cocaCola pero lo que me apetecía era un vino blanco bien fresco. Y sobre todo tomármelo a la mía en la terraza, en la calle, viendo pasar a la gente feliz. A mediodía no hay ni rastro del frío. Más bien hace calor. Un calor seco que no me arranca ni una gota de sudor. Sin duda prefiero este clima al de Valencia. Este sol no es amarillo. Es blanco, limpio, tibio, y se extinguía despacio y para siempre mientras sentado al fondo del Qué bueno contemplaba cómo Eugenio se comía un plato de alitas de pollo. Doce, las conté. Emma medio bocadillo de anchoas en aceite. Les echo

cincuenta, cincuenta y dos años, cuarenta y ocho. Él es de Cuenca, ella de Vitoria. Ambos llevan décadas en este pueblo. Emma tiene un aire a Paul McCartney: solemnes facciones de duquesa inglesa, prematuramente envejecida y algo hombruna. Desde luego su físico y su nombre encajan. Quedaría bien sentada en un canapé merendando té con pastas. Se casó con un ganadero de Las Cuevas, un pueblo diminuto en Los Llanos, a unos sesenta kilómetros de aquí. Cada día los hace y deshace en su Audi para ir y venir del trabajo. Tiene dos hijos, creo, puede que tres, adolescentes, uno veinteañero. Son datos que se me ofrecen de manera expresa o que deduzco de las conversaciones. Eugenio no lleva anillo de casado. Tiene una hija de trece años. La chavala vive con su madre en Castellón, quizá en Teruel, no me ha quedado claro. En cualquier caso la niña vive con la loca, así se ha referido Eugenio a su ex mujer en varias ocasiones cuando le comentaba a Emma que no cree que pueda tener a la niña este verano por vacaciones. A veces también la llamaba la puta. Según él la loca o la puta dice que no, que la niña tiene que estudiar. Lo hace por joderme, ya sabes cómo es; que haga lo que le salga del coño; yo paso de problemas. Igual que yo. Por eso me levanté y salí a fumar. La calle estaba atestada. Me puse a mirar un escaparate de sandalias de esparto. Pensé en entrar y comprarle un par a mi madre. No lo hice. Pronto, demasiado pronto se me unió el agrónomo dándole al marlboro. Me preguntó si me gusta la botifarra. Me pilló un poco por sorpresa. Debí de notarlo porque acto seguido me aclaró que se refería a un juego de cartas. Esperaba con ilusión mi respuesta. Incluso con avidez. Sus ojos me miraban desde demasiado cerca. Muy redondos, muy abiertos y diminutos, a lo mejor por las gafas de culo de vaso que se gasta. Le contesté que no soy de naipes y percibí su desilusión algo infantil. Sin duda honda, sincera y exagerada. Antes no he dicho que Eugenio posee esa clase de corpulencia cilíndrica un tanto cómica que no por ello deja de resultar amenazante en potencia. Se parece asombrosamente a Peter Griffin. Tengo que hacerle una foto como sea y enviársela a mis amigos. Llevaba un polo Lacoste blanco, unos pantalones Dockers color caqui y una colonia cara. Todo digno en principio. Lo que ocurre es que Eugenio es de esos hombres a los que nada les sienta bien, que siempre tienen aspecto de acabar de despertarse de una siesta de cien o doscientas horas. Me ha gustado comprobar que no soy el único de la oficina que fuma. Bueno, tío, me dijo como si no me hubiera escuchado, estupendo porque que sepas que aquí la botifarra es religión; yo juego todas las tardes con los abuelos del hotel El Cid; un día te pasas.

A eso de las diez me ha parecido que algo se movía en la terraza. He salido a ver. Había un pájaro ahí tirado, aleteando. Del mismo color a medio hacer que la noche en ciernes y que no era gris ni azul ni violeta y sin embargo los era todos. Un pájaro sucio y despintado que ni la luz de una luna casi llena conseguía laquear. Un pájaro no sé si grande o pequeño, la caja torácica del tamaño del puño de un niño. No piaba ni nada, solo temblaba y giraba el cuello a un lado y a otro. Lo he agarrado con cuidado y lo he traído dentro. Tenía el plumaje húmedo y frío. Un tacto usado. Como de charco. Me dio grima. Lo he metido en una palangana azul que hay en el suelo del armario de los trastos de limpieza. Ahí sigue. No se le ve con ganas de irse a ningún lado. He buscado en Google. Se parece a un vencejo. Quiero decir que si se parece a algo es a un vencejo. Una cría. Naturalmente no estoy seguro. Al mismo tiempo tiene aspecto de viejo. La expresión desvalida de Harry Dean Stanton. Le he puesto en la palangana un poco de agua en una taza de café. También la lata de paté con la que me acababa de preparar un par de sándwiches para cenar. Aún quedaba un poco. No sé qué come un vencejo, si eso es lo que es la criatura. Naturalmente, también, he pensado en matarlo.

Sigo durmiendo mal. Este silencio.

Viernes 14 de junio

Había pensado bajar a Valencia después del trabajo. Pasar el fin de semana en casa, en mi sitio. Tomarme algo con estos. Me refiero a Andrés y a Pablo. Tengo allí abajo el mes de alquiler pagado y si el sueldo me alcanza seguiré así un tiempo. Quiero disponer de un lugar al que ir cuando me canse de Las Cumbres. Porque ocurrirá, no sé cuándo pero me censaré de estas montañas, de este valle, de este pueblo. Además me convendría traer más ropa, más libros. Pero con las horas que son ya no creo que lo haga. Casi mejor. Si me bajo igual no vuelvo. Por otra parte hoy le he echado valor y he fumado por primera vez en el trabajo. Había observado que Eugenio sale por lo menos tres veces a lo largo de la jornada a hacerse sus marlboros en la parte de atrás, en la puerta del garaje. He querido encontrar en su conducta cierta legitimación para la mía. Claro que él lleva media vida en la oficina. Bueno, a mitad de mañana me animé. Evité coincidir con él. Fumando, fumando me acerqué hasta una chopera un poco más allá. El sol se filtraba graciosamente a través de las hojas. Pensé que la imagen que estaba

contemplando habría sido exactamente igual en el siglo XV o en el III antes de Cristo. Pensé en los Ivanos Rojo de la Historia, más o menos perplejos, más o menos desplazados, más o menos desterrados de sus propias vidas. Entre mis contadas nociones de botánica se encuentra la de que donde hay chopos hay agua. Lo sé porque a mi madre le encantan. En efecto los chopos de donde la oficina crecen en un terreno que se inclina hacia un río: el Bergantes. Lo averigüé en Google desde mi móvil mientras ya puestos me fumaba el segundo. El río es más propiamente un arroyo, un riachuelo. Apenas dos zancadas de ancho, más bien el doble. Limpio y centelleante al sol y sombra que caía desde la enramada blanquiverde como un móvil de luz. Murmullo de corriente humilde. Eses líquidas, seda. También la letra te y la letra ele juntas a cada breve salto de agua. Un chapaleo algo denso, salival. Como de torrente cansado, viejo. Olor a renacuajos, a limo tibio. Me acordé del río Blanco. Me acordé de Chelva.

A eso de las ocho me he acercado a los soportales, una plazuela en el tramo central y más alto de la calle principal, que se llama calle Conquista, por cierto. En fin, la zona noble del pueblo, su corazón porticado, sin duda un rincón hermoso y bastante decadente. Entre las columnatas y lo estrecho de la calle se crea una penumbra melancólica. No obstante hay allí unos cuantos bares. Porque en España hay bares en todas partes. Hay bares para aburrir, también en la aburrida España vacía. Y estoy a favor, ojalá sea así siempre, siempre, siempre. Me he sentado en la terraza de uno llamado Jesuso. Es el único que no tiene un nombre innegociablemente ridículo. K.O.pas, Malas compañías, Aromas del cielo. Me he pedido un vino blanco, un verdejo que no lo era. Me ha dado igual. El camarero, puede que el mismísimo Jesuso, me ha dicho con voz de adicto o ex adicto que le sonaba mi cara. Yo le he dicho que a mí la suya no. Tiene la cara bastante torcida, como el presidente del Atlético de Madrid, y la tocha larga y partida. Su sonrisa es un boquete. Debería dejarse barba. Por aquí casi todos la llevan. Probablemente sea pronto para generalizar pero tampoco es grave aventurarlo: por aquí la mayoría lleva el barbón a medio crecer o a medio esquilarse. Barbas destartadas, como cortadas a tijeretazos. Pienso en las estepas mongolas que nunca he pisado, pienso en lo cerca que estoy de perder todo contacto con la realidad. Volviendo a Jesuso, es imposible que a nadie le quede peor un pirsin en la ceja. Un pirsin de brillante, además. Dios santo. Total que si lo conociera lo recordaría. Él ha insistido. Que sí, que sí, que ya se acordará. En otro tiempo me habría inquietado, habría imaginado lo imposible: que este hombre de mirada rastrera me ha descubierto.

Pero hace mucho que sé que nadie sabe quién soy. Es triste, es hermoso. Tampoco se ha puesto demasiado pesado; cuando he empezado a toquetear el móvil me ha dejado en paz. Al cabo de veinte minutos ha vuelto con otro vino. Regalo de la casa, me ha dicho. Este sí que era un verdejo. Gracias. Después he estado un buen rato examinando a la gente que se movía a mi alrededor en la terraza, en las otras terrazas, que iba o venía por la plaza. Nadie parecía tener frío. Nadie parecía haber tenido frío en su vida. Todos lucían cómodos en el espacio-tiempo, incluso a gusto. La solvencia de su estar en el mundo me ha convencido de que se trataba de lugareños. Sí, sin duda las personas que contemplaba eran de este pueblo. Sin duda este pueblo era suyo. Les delataba ese aspecto saludable. Excesivamente saludable, si es que tal cosa es posible. Lo que quiero decir es que estas gentes me parecen fisiológicamente puras. Bastaba con ver la decisión gozosa con que sus bocas despachaban sus comidas y bebidas para comprender que tienen una noción despreocupada de la salud. Y, por extensión, de la vida. En modo alguno irrespetuosa, al contrario: de festivo cuidado. Digo que hay algo pagano en sus movimientos y voces, algo ancestral y jubiloso. Una fuerza arrolladoramente sana. Natural. Humana. Voy a tener que moderarme. Temo estar hipersensible. Soy un hombre observador y reflexivo. Soy un hombre con tendencia a la grandilocuencia de pensamiento. Voy a tener que moderarme. Me lo he repetido unas cuantas veces sentado en la terraza con demasiadas cosas en la cabeza y bastante frío en las manos, en los brazos, en la sangre. Pero cada vez menos. Empiezo a aclimatarme. No obstante me retiro por hoy.

Sábado 15 de junio

Me dijo Ernesto el otro día que por esta zona excursiones las que uno quiera. El miércoles o el jueves se me sentó al lado durante el café. Me saludó con la cabeza, le saludé con la cabeza. Es callado este Ernesto, como yo. Mientras los demás hablan y hablan trastea en su móvil con las gafas de cerca en la punta de la nariz. No parece muy hábil en las nuevas tecnologías. Se le ve concentrado ahí con las piernas cruzadas y la espalda encorvada sobre el teléfono que reposa en su muslo. Diría que a ratos se queda dormido. Me cae bien. Tiene un hermoso pelo blanco perfectamente despeinado y más pinta de escritor que de veterinario rural. Pero esta afirmación no tiene ningún valor porque no sé qué pinta tiene un escritor, si es que tiene alguna pinta en concreto. Así

que las treinta y nueve palabras inmediatamente anteriores al último punto y seguido no importan. Lo que importa es que le faltan seis meses para jubilarse, que está muy flaco y que de repente se giró hacia mí y empezó a hablarme de lo más hermoso de la comarca. Me recomendó ir a Mirambel, por ejemplo. Me costó dios y ayuda entenderle. Le pasa algo en la boca. Igual por eso habla poco. Así que nada más levantarme esta mañana cogí la CV-14 hasta una diminuta ermita blanca que una señal de tráfico denominaba Ermita del Consuelo. Allí tiré por la 120, con Titus Andronicus a todo trapo en la radio. El Monitor. El alquitrán estaba destrozado y desvaído, ese color lavado y relavado de un hueso antiguo. Su tacto sin embargo era áspero y sucio, polvoriento y guijarroso, el ruido de los neumáticos sufriendo sobre el firme lo dejaba claro. Así que todo el rato pisando huevos entre baches y agujeros hasta la raya con Aragón, desde donde seguí aún un poco por la A-226 hasta ese pueblo. Veintisiete kilómetros, tres cuartos de hora a través de colinas suaves, muy suaves como chepas de vieja, forradas de más prados que bosque. Pastizales mansos, amojonados. Algún que otro retal cultivado en las faldas. Pasé una zona de vides, fugaz, una sección de apenas dos decenas de metros cuadrados en la falda de un montículo, casi un sueño. Vi un águila o un halcón volando a media altura. Pude distinguir el blanco de la cara interna de sus alas. Me siguió durante un buen trecho. A todo esto y a decir verdad, lo que hice nada más levantarme fue ver si el vencejo seguía vivo. Así era. Bien. Es Mirambel el primer pueblo de Teruel entrando por esa carretera. Está bien el sitio, es muy bonito. Conjunto histórico-artístico. Probablemente decir precioso no sería exagerar. Tampoco describirlo como cuatro casonas de piedra en mitad de la nada del Maestrazgo turolense. En la fachada de una de ellas había una placa conmemorativa. Resulta que en el invierno de 1930 Pío Baroja se había alojado en ella mientras escribía La venta de Mirambel. No la he leído. Y no creo que lo haga. Baroja quedó muy impresionado por la quietud de la localidad, a la que describió como “dormida en el pasado”. Lo sé porque lo dice la placa. Yo con diez minutos tuve tiempo de sobra para recorrer el pueblo de punta a punta dos veces. Vi a cuatro personas. Dos hombres y una mujer septuagenarios largos que hablaban junto a una fuente y una niña rubia y bizca en una bicicleta con ruedines. El presente y el futuro de Mirambel. Gatos los había a docenas. Obviamente también encontré un bar. Estaba abierto pero no había nadie delante ni detrás de la barra ni delante. Me quedé rondando la puerta unos diez minutos a ver si aparecía alguien. Durante la espera me fumé un west contemplando a lo lejos, creo que por el oeste, la enormidad algo deforme de dos picos que la dirección de mi viaje por carretera no me había regalado. Pregunté a

Google, consulté al oráculo, y me habló: el Cabezo, la Muela. Parecían sendas narices de anciano, hinchadas, agigantadas.

A las diez de la noche ha vibrado mi móvil. Pensé que serían estos para saber si estaba por la ciudad, pero era la señora Valli, mi casera. ¿Todo bien por el piso? Todo perfecto, le he contestado. Y ella: Formidable. Me ha alegrado el hecho de que le haya perdonado la vida al signo de interrogación inicial. Y el adjetivo que ha utilizado para describir la sensación que mi bienestar le inspira es incuestionablemente precioso. Me cae bien la señora Valli. La encuentro de fiar. Se muestra atenta. Se muestra diligente. Se muestra cuidadosa y pulcra. Pronto la olvidaré para siempre, sin embargo, como a todo lo irrelevante. Tiene la foto de un loro verdirrojo en la foto de wasap y la voz atiplada. Es cuanto sé de ella. Hablamos brevemente cuando convinimos las condiciones del alquiler. Me dejó las llaves en el cajón para publicidad que hay a la izquierda de la puerta del edificio. Dijo que no me preocupara, que aquí nunca pasa nada. Ha sido el primer sábado noche en mucho tiempo que no he salido. He pensado en mis amigos con serena nostalgia, Andrés y Pablo, en puridad los únicos que tengo. Me resulta complicado intimar con personas que han evolucionado con limpieza y facilidad en la vida, con solvencia. Andrés, Pablo y yo compartimos lo precario de nuestros presentes y lo incierto de nuestros futuros. Solo llevo aquí cinco días pero les echo de menos. Es igualmente cierto que solo llevo aquí cinco días pero me siento bien justo por el hecho de no estar con ellos. Es probable que la palabra sea liberado. Supongo que habrán hecho lo de todos los sábados a partir de las diez de la noche. Primero unas tapas en el bar Lorca, unas cervezas, un par de gintónics. Y después otro par de copas en algún pub. He estado a punto de mandarles un mensaje. He llegado a escribirlo pero se me ha olvidado enviarlo porque andaba en el portátil y he acabado metiéndome en uno de mis refugios preferidos: el canal Ships in horrible storms de Youtube. Lo visito con frecuencia y nocturnidad. Vídeos de diez o quince minutos y cadencia hipnótica tomados desde el puente de pesqueros, cargueros o incluso transatlánticos azotados por la tempestad. Vídeos en los que solo se ve el día o la noche y el mar furioso. Trillones de metros cúbicos de agua cumpliendo con su misión al otro lado de un cristal de un par de centímetros de grosor. Vídeos sin música superpuesta en los que solo se oye el ciclón y a veces, como único testimonio de la presencia humana, el rumor industrioso de unas manos que se mueven, que trabajan misteriosamente fuera de campo, que pulsan

botones, que accionan mecanismos, que hojean papeles pensados para hacer de la naturaleza un medio transitable.

Domingo 16 de junio

Bien entrada la tarde puse la lavadora. A los cinco minutos empezó a dar saltos y enseguida se paró de golpe. Imposible abrirla. Es una Indesit de carga superior BTW L60300 SP/N 6kg A+++. Eso dice una pegatina en un lateral del aparato. Lo escribí todo en Google y busqué experiencias de otros usuarios similares a la mía. Lo más probable era que el problema estuviera en el filtro de drenaje, detrás del embellecedor inferior. Lo quité y abrí la portezuela redonda. Había una especie de tapón a rosca. Intenté girarlo. Nada. Probé más fuerte y cedió. Empezó a salir agua a mansalva. Lo enrosqué rápidamente y fui en busca de algún recipiente al armario de los productos de limpieza. Allí estaba el pájaro en la palangana. Tenía mal aspecto, ni siquiera se asustó al verme. Lo toqué con el dedo para asegurarme de que seguía conmigo. Encogió el cuello como a cámara lenta. No le había dado de comer en todo el día. Luego, me dije, luego. Al final recurrí para achicar a unos táperes que había en un cajón. La mayor parte del agua se derramó por el suelo. Me ha llevado dos horas que la cocina vuelva a estar transitable. Me duele la espalda. Con la lavadora ya vacía he inspeccionado el desagüe. Tenía enredado un pedazo largo y fino de tela elástica. Roja. El tirante de un sujetador. Una mujer vivió en este piso, una mujer se acostó en esa cama del dormitorio. En otra época me habría preguntado cómo sería. Ahora solo me pregunto quién sería. Me pregunto quien fue y si conoció la felicidad entre estas paredes. En este mundo. Volví a programar la lavadora. Hizo la colada sin problemas. Tendí y leí un buen rato en la terraza. Allan Pinkerton, cuentos del lejano oeste. Me gusta alternar lecturas. Oscureció. Tuve que encender el farolillo. Se giró un viento frío, frío. Pero me apetecía seguir fuera respirando la ropa recién lavada que ondeaba a mi lado, el perfume azul del suavizante. Fui a por una manta que había visto en el altillo del armario del dormitorio y detrás de ella encontré la chaquetilla de un chándal Kelme perfectamente doblada. Es de niño, fucsia y está muy pasada de moda. Creo que a esa tela quebradiza se la llama o se la llamaba tactel. Me queda tan pequeña que no puedo subirme la cremallera por encima del ombligo, pero me cubre los brazos hasta un poco por debajo del codo. Bien. Todavía seguí muy a gusto cosa de una hora en la terraza leyendo ahora a Larry Brown. Después

apagué el farol y de pie en la cocina me tomé un vaso de leche con un buen taco de galletas. Ya estaba en la cama a punto de quedarme frito cuando me he acordado del pájaro. Me he levantado renegando, me he plantado la chaquetilla y he ido a la nevera a ver qué le encontraba. He cogido unos cuantos tomates cherry y se los he puesto en la palangana. El animal tenía la misma mala pinta que por la tarde. Me ha dado por pensar que nadie debe morir en la oscuridad de un armario empotrado. He sacado la palangana al salón. Mi idea era dejarlo ahí entre las patas de la mesa pero no sé qué me ha pasado que me han entrado ganas de coger al pájaro y metérmelo en la bolsa que la cremallera de la chaquetilla crea a la altura de mi vientre. Es precisamente lo que he hecho. A veces coinciden realidad y deseos. El vencejo ha aleteado débilmente buscando el mejor acomodo en su exótico nido mientras me lo llevaba conmigo a la terraza para echarme el último west de la semana. Las estrellas brillaban que daba gloria. He pensado cosas extrañas. Cuánto durarán mis padres. Si tendré hijos. Si quiero tenerlos. Si debo. Si merezco dejar huella en la tierra. También he pensado en la novela. En si conseguiré acabar mi novela. Está perfectamente clara en la cabeza, acabada antes de empezarla. Puede que ese sea el problema. De tanto en tanto subían balidos y tufos desde el llano oscuro. Suben.

Lunes 17 de junio

El gobierno autonómico me ha autorizado el uso de los vehículos a motor de su propiedad de que dispone la oficina. El Terrano y un Seat Ibiza si cabe más cascado que el todoterreno. Lo ha gestionado el director. No me había comentado nada. Supongo que no tenía por qué hacerlo. El caso es que desde ahora parte de mi trabajo consistirá en desplazarme de vez en cuando a los pueblos dependientes de la oficina para hacer gestiones que solo se me ha explicado por encima. Este hombre siempre va acelerado, la tensión le posee, detecto en él cierta angustia. Recoger papeles, entregar papeles, cargar suministros, descargar suministros. Me parece bien. Me gusta conducir. No debería gustarme pero me gusta. Hoy también he aprendido que los ganaderos se las apañan para que en el intervalo de unos pocos días les nazcan los terneros. Una vez todas las madres han parido, sus dueños se pasan por la oficina a hacer el papeleo envueltos en una nube de estiércol y sudor animal. Doce terneros de una tacada, dieciséis, diecinueve. Por cada nacimiento que desean registrar traen una tarjeta de color verde

claro llamada D.I.B., documento de identificación bovina. Se supone que deben entregarla en la oficina ya convenientemente cumplimentada con los datos de la explotación ganadera y el número que correlativamente corresponda al animal de turno de entre los de una serie que la Conselleria facilita a cada ganadero a principios de año. Lo sé porque me lo ha explicado Elvira. Sin embargo muy pocos de los usuarios que han acudido hoy a la oficina se habían tomado la molestia de cumplimentar sus dibs. Los tenemos muy malcriados, me ha dicho mi compañera en un aparte, pero el Director quiere estar a buenas con todo el mundo y, claro, como él no pega ni chapa. Me ha gustado que la chica me abriera tan pronto su corazón laboral, que decidiera confiar en mi prudencia, en mi discreción. Quizá simplemente sea una insensata, ya digo que es joven. En cualquier caso su confianza ha logrado que de golpe me sienta más integrado en la oficina. Se lo he agradecido desde la intimidad de mi alma.

Por cierto que hoy fotografié de extranjis a Peter, a Eugenio, mientras se preparaba un café a última hora de la mañana. Envié la imagen al grupo de wasap que tengo con Pablo y Andrés. Aún no han hecho ningún comentario al respecto.

Martes 18 de junio

Al volver a casa encontré al vencejo en el suelo del salón. Que yo sepa es la primera vez que se aventura a salir de la palangana. Llevo un par de días dándole beicon. Parece que le sienta bien. Me miró fijamente con su cara de yonqui, de yonqui viejo. Medio asombrado, medio asustado. Todo pupilas.

A última hora de la tarde me corté el pelo en una peluquería que encontré abierta y vacía cuando bajaba callejeando hacia el Jesuso. Más que de negocio tenía todo el aspecto de ser la planta baja de una vivienda. Pero había una butaca dentro, frente a un espejo amarillento. Entré. Le dije a la mujer que me rapara al dos. Desde los quince cuando toca cortarse el pelo me rapo al dos y me olvido durante meses. Además los últimos fríos se están yendo. Se lo escuché a unos viejos durante el almuerzo en el Qué bueno. La peluquera me dijo lo que suelen decirme las peluqueras y de vez en cuando algún peluquero que otro: que no me rape, que tengo unos rizos preciosos. Tendría cincuenta bien largos y una cara pícara. Nariz respingona, ojos achinados. En la medida

de lo posible conservaba una buena figura y cierta sensualidad. Así que le dije que sí cuando me preguntó si quería que me lavara la cabeza. En otra época las manos de una mujer en mi pelo me provocaban de inmediato palpitaciones en la ingle. En otra vida. Hace mucho que dejó de ocurrirme. Y hoy no fue la excepción. Luego me preguntó que qué tal por la oficina. No me sorprendió que supiera dónde trabajo. Probablemente todo el mundo en este pueblo esté al tanto de mi nombre, de dónde trabajo y de dónde vivo. Bastan unos días por aquí para comprender que, efectivamente, de normal pasan pocas cosas en estas alturas.

Hoy el bar del Jesuso estaba cerrado.

Una declaración para acabar el día. Un recordatorio para mi espíritu. La novela será escrita en su integridad desde un iPhone s6. O 6s. Me habría gustado más hacerlo desde un Sony Xperia, un Huawei o un Samsung. Desde un aparato a priori menos esnob. Me habría encantado hacerlo desde mi primer móvil, aquel Alcatel azul y robusto, rocoso. Pero escribo esto y escribiré la novela desde el iPhone que mi hermano me regaló en las navidades pasadas a través del back market. Escribiré la novela desde cualquier punto de la Tierra. Desde el metro, desde las profundidades, qué maravilla. Desde la barra de un bar. Desde Madrid si se terciara. Desde este pueblo, desde este pueblo, desde este pueblo. Desde el trabajo, épicamente. Desde el váter del trabajo, épica y gloriosamente. Nadie puede llamarse escritor si no ha escrito un poema o un cuento, unas miserables líneas desde el váter del trabajo. Bien: yo escribiré una novela desde allí. Y desde la sección de congelados del Carrefour o frente al mostrador de quesos del Ultra de Casimiro. Desde el cine, desde la cola del banco, desde la sala de espera del dentista. Desde la terraza imperial de mi piso montañés, a las tantas, fumando mil metros por encima del mar. Lo haré. Lo haré así. Tendré que hacerlo así, deslavazadamente y cuando pueda, porque nunca se me dará lo que merezco: un año sabático, una vida sabática en la que no hacer otra cosa que sentarme a escribir en paz. Quiero decir en tregua. Porque tengo que madrugar para no salirme completa y definitivamente del mundo. Para poder echarle gasolina al Dacia y poder escribir un fragmento de la novela, por ejemplo, sentado al volante, cada vez que pille un semáforo en rojo. Pero una cosa: cuando llegue a casa después de mi jornada en la oficina ganadera no escribiré. No querré. No podré. Yo no escribo así. En casa me tumbo y duermo con elegancia y belleza. En casa cocino y veo algo en el ordenador. Hace mucho que le desinstalé el

Word y el Writer y demás. Mi ordenador solo sirve para escuchar música y ver películas. Ver vídeos breves, sobre todo, fragmentos de existencia. Y para navegar por la Red de redes en busca de lo extraño. Desconexión. En casa me refugio de la literatura. De mí mismo.

Miércoles 19 de junio

Llevo un par de noches durmiendo como Dios manda. Creo que el fin de semana me templó el ánimo. Y es un alivio porque casi todo me cuesta horrores pero dormir no, dormir nunca. Es algo de lo que me siento orgulloso. No haber necesitado somníferos jamás. Duermo como una civilización perdida. Me tiendo y si quiero se me cierran los ojos durante horas. Me tiendo y si quiero avanzo impasible hacia la ruina innegociable del futuro de mi futuro. Duermo valiente y humilde. Como una piedra. Como los muertos.

Supongo que tarde. Probablemente tarde, sí. Seguro que tarde porque llevo la vida entera llegando tarde a todas partes, a eso de las ocho he descubierto thispersondoesnotexist.com. Y me ha atrapado sin remisión. Pensaba bajar a tomarme un vino pero tendrá que ser otro día. Mis ojos no podían despegarse de la pantalla. No pueden. Lo que me ofrece este sitio web subyuga mi entendimiento con terrible dulzura. Es lo más bello que he visto jamás. Hablo en serio: lo más terriblemente bello. El arte más excelso. Perfecto. Lo precioso y lo atroz dentro de la misma forma. Cada vez que pulsas Enter el programa genera el retrato de alguien que no existe. No es un dibujo, no es una pintura. La imagen resultante trasciende las técnicas clásicas de la representación visual. La web se sirve del poder de la tecnología para realizar el milagro de crear una fotografía imposible y a la vez absolutamente real. La fotografía de alguien que no ha nacido ni muerto. Alguien que jamás será feliz ni lo contrario. Lo inimaginable. Retratos en primer plano de gente de todas las edades y colores generados por una inteligencia artificial. Fotos del estilo de esas de graduación de high school o de college estadounidense. Fotos del estilo de esas con las que las familias publicitan en las farolas la desaparición de sus hijos, de sus viejos con alzheimer. Fotos del estilo de esa tuya de chaval que resiste y resiste al tiempo en una estantería de casa de tus padres. Fotos como las del Documento Nacional de Identidad. Fotos como las del carné de conducir.

Fotos como las de los currículos. Fotos como las de las lápidas. Fotos, todas las que se me muestra en thispersondoesnotexist.com, que no son fotos, de gente que no es gente. De gente que no es nadie. De gente que no es. Cada vez que se carga la página me aterroriza que mi cara aparezca en la pantalla. Cada vez que se carga la página me aterroriza que no aparezca. No puedo dejar de mirar y mirar y mirar. Para qué escribir, me pregunto, creo que con alivio, existiendo este almacén virtual de gente que no existe.

Jueves 20 de junio

He cogido por primera vez el Terrano para bajarles unas jaulas a los veterinarios de la oficina de Los Llanos, en San Mateo. El móvil me anda flojo de batería, sobre todo si le pido algo más que el wasap y las notas, así que no he puesto el Maps. Pero ningún problema porque solo una carretera desciende hacia la llanura, hacia el mar. Se las dejaron a los nuestros hace unos meses, las cajas, y ya tocaba devolvérselas. Es lo que me ha dicho Emma. También me ha dicho que si no me venía bien podía encargarse ella. Pero le he dicho que qué va, que ya iba yo encantado. Me ha ayudado a cargar las jaulas. He vuelto a fijarme en sus manos. No sé si ya lo había anotado pero desde luego había pensado hacerlo. Son grandes y algo velludas, como de hombre. Puede que lo sean. La cara de Emma no contribuye a aportarle feminidad. Pero dijo que tenía hijos. Puede que lo sean, aun así, manos de hombre. Yo qué sé. Estaban vacías, las jaulas, pero como son de madera robusta pesan lo suyo. Son para pollos. Olían que daba asco. Pese a que he ido todo el camino con las ventanillas bajadas el todoterreno ha quedado atufado. Habría que lavarlo a fondo. Se lo diré al director. Por cierto que en los diez kilómetros de planicie que se extienden desde la falda del Puntal hasta la oficina he contado doce conejos atropellados. A la vuelta eran ya trece. Trece o catorce conejos muertos bajo el sol tostado de la montaña. Los he esquivado con estilo y limpieza a pesar de que la dirección asistida del Terrano está hecha polvo. No me lo habían advertido. Tampoco que el viento aquí abajo sopla cruzado y es fácil que te vayas al carril contrario. Ahora estoy tomando un café en un bar llamado Las Flores, a pie de carretera en Salzadella, ya empezada la subida al Puntal, a Las Cumbres. Qué nombre tan hermoso, Las Flores, que nombre tan sencillo y tan precioso. Así debería ser la vida, la muerte, todo. Fácil de entender. Los camiones pasan uno tras otro a noventa por hora a metro y medio escaso de la terraza, de mi mesa. Vienen y van del llano a las cumbres,

de las cumbres al llano, llenos de cosas imprescindibles para la vida, supongo. Hacen un ruido ensordecedor. La camarera de Las Flores es una esclava imponente. Me apetece decir que casi majestuosa. Lleva un cardado pomposo rubísimo, y un camafeo dorado en la blusa de raso lila. Con forma de libélula o de avioneta, de líneas minimalistas. Al dejarme el café en la mesa me ha llamado cariño con esa erre potente tan característica de otras europas. Otra que tal. Hay algo oscuro en que las camareras le llamen a uno cariño. Algo que da lugar a sensaciones ambivalentes cuando no contrarias: motivadoras, castrantes. Hoy no me ha hecho gracia. Bueno. Mucha gente de la Europa del Este por estas tierras. Latinoamericanos y moros apenas sí he visto. Negros ni uno. Creo que le he mirado ese par de enormes pechos un segundo más de la cuenta a la rusa, bielorrusa, lo que sea. Más contemplación que otra cosa, más meditación que otra cosa. Los cincuenta y cinco ya no los cumple. Ni los sesenta. Gracias, le he dicho cuando me ha traído el cambio, mil gracias. Quizá no se trata de escribir. Quizá mi misión en esta vida sea adorar a las mujeres, reverenciar a todas las mujeres mientras imploro mentalmente su amor, su pureza, su perdón. Quizá mi misión en la vida sea ser el hijo eterno. Desazón. Por eso unos cientos de metros antes de llegar a la oficina he metido el Terrano por un camino estrecho entre los prados del valle y he bajado a dar unos pasos por la primavera. Se estaba bien en el herbazal. Por aquí el sol calienta lo que el aire refresca y viceversa, forman un buen equipo. Hay bañeras viejas desperdigadas entre los pastos a buena distancia unas de otras. Me he llegado a la más próxima y a la siguiente con cuidado de no pisar los excrementos de vaca sembrados en la hierba. La porcelana amarronada, el agua encharcada amarilla. Ningún animal a la vista salvo los insectos que nadaban en las pilas y el buen puñado de ellos en órbita alrededor de mi cabeza.

Wasap en respuesta a la foto del Peter Griffin de Las Cumbres. Andrés: Qué maravilla.

Viernes 21 de junio

Tampoco sé si quiero escribir una novela. Leí en algún sitio que a John Cheever siempre se le criticó la excesiva fragmentación narrativa de las suyas. Algo por el estilo ha dicho de mis textos más o menos largos un puñado de personas. Supongo que por eso siento un absurdo hermanamiento con ese hombre. Sin embargo es cierto que antes de tener yo noción de su estigma como narrador ya me parecía un gran escritor.

Especialmente un gran cuentista, debo admitirlo. Se entiende que a él le criticaban plumas insignes desde tribunas y foros prestigiosos, revistas literarias y periódicos estadounidenses de ámbito nacional y repercusión mundial; a mí ese par de comentarios me llegaron a través de las redes sociales. Obviamente no recuerdo los nombres de sus autores. A esta fecha y esta hora tengo dos mil ochocientos catorce contactos en Facebook. Unas decenas de ellos siguen con algo parecido a asiduidad lo que escribo, quiero decir lo que cuelgo. Por supuesto a mayor extensión del texto menor número de lecturas. No, no sé si quiero escribir una novela. Además, ¿qué es una novela? Es lo que pensaba esta mañana en la terraza, bajo las golondrinas, entre las golondrinas, viéndolas entrar y salir frenéticas de sus dormideras adheridas a los aleros. Aún amanece un poco antes cada día, un minuto o minuto y medio. Lo suficiente para que apenas pasadas las siete el sol allí enfrente me ciegue señalando el este del que provengo. Las playas. El Mediterráneo. Valencia. Mi origen casual. Decía que no sé si quiero escribir una novela pero sé que voy a escribirla. Sé que voy a escribir algo parecido a una novela, por lo menos. Y voy a hacerlo por una razón muy sencilla: yo siempre estoy escribiendo. No pocos de quienes creen conocerme me dijeron que aprovechara el tiempo aquí arriba para escribir. Tendrás las tardes libres; tendrás la tranquilidad de un sueldo a fin de mes; tendrás un entorno inspirador; tendrás silencio; tendrás la serenidad necesaria; tendrás la oportunidad; por fin la oportunidad. Sigo sin entender el tono de revelación que envolvía sus consejos. Abajo, allí abajo, bien abajo, ya escribía. Escribía y escribo en todas partes y a todas horas. Es solo que hablo poco de ello. Siempre estoy huyendo. Deberían saberlo.

Sí sé que también había un río en Chelva, y supongo que aún lo hay. Siempre hay un río escuálido humedeciendo las ruinas de viejos molinos y viejas centrales eléctricas en las tripas secas de España, regando pobremente la maleza del recuerdo. De crío mi padre me contó que cuando él y mi tío Antonio eran pequeños las mujeres bajaban al cauce a lavar la ropa, a veces la loza, y que ellos se acercaban a hurtadillas para verlas allí arrodilladas ofreciéndoles el escote. Lo recuerdo porque fue la primera vez que mi padre me habló a su manera de la frustración de ser hombre. No le creí. El del pueblo de mi infancia era un río agónico, el rastro encharcado de un reguero que con las tormentas del ocaso de agosto revivía furioso entre rugidos de espuma. Un río que por lo uno o por lo otro ofrecía pocas posibilidades de recreo. Sin embargo algunas tardes nos bañábamos en él, con los calores profundos del julio, con los calores obstinados del agosto. Si no

nos apetecía caminar hasta el azud o no llevábamos las ciento cincuenta pesetas para la piscina, mi hermano y yo bajábamos por los caminos en la BH y nos remojábamos en los lagunajos dispersos, densos y calientes. Más barro que agua. Tiroteados por las ráfagas de sol que atravesaban los álamos como balas trazadoras no nos dábamos cuenta, pero luego en los bancos de la plaza dejábamos los listones de madera cubiertos de una fina capa de arenilla rojiza. Incluso las sábanas, por las noches. Porque era el tiempo en que no había que ducharse sí o sí después de ensuciarse, esos días mágicos en que el propio sudor es un perfume, en que uno todavía no sabe a qué hiede su alma. Decía mi abuela que en aquel caldo íbamos a pillar el tifus, que hasta las bestias saben que no hay que beber en los tollos. Quizá. Pero éramos niños, mi hermano y yo, a veces se me olvida. O nunca se me olvida, no sé qué es peor. Éramos niños y era divertido sentarse en las piedras como un par de salvajes, las Paredes hundidas en el limo mientras con las navajas convertíamos las cañas secas en lanzas con las que cazar alguno de los pájaros que bajaban a abrevarse si te quedabas quieto y casi no respirabas. Solo una vez lo conseguimos. Quiero decir lo conseguí. Fui yo el que acertó a ensartar aquel pájaro, en mi recuerdo una paloma, quizá lo fuera, una paloma extraña a mis ojos limpios, me pregunto si torcaz. En la novela tiene que salir. Mi hermano me admiró todo aquel verano.

Este fin de semana tampoco bajo a Valencia.

Sábado 22 de junio

Salí a media mañana a por yogures. Mi cuerpo aún no se ha acostumbrado por completo a mis nuevos horarios y rutinas. También cogí un par de kiwis. Había cola en la caja del Ultra de Casimiro. Recientemente descubrí en un documental que existe la fobia al hecho de hacer cola. Youtube es a todas luces el sitio web que más saber me aporta. También el que más me entretiene. Macrofobia. La sufro, siempre la he sufrido. Miedo a la espera. Miedo a aguardar turno. Miedo a las arenas movedizas de la existencia. Al paso en vano del tiempo. Miedo a desperdiciar la vida, en definitiva. Lo tengo, siempre lo he tenido. Por eso esperando, esperando, esperando en el Ultra de Casimiro con un pack de seis yogures en la mano izquierda, dos kiwis encima en precario equilibrio y en

la derecha el iPhone me dio por pensar en la dignidad. En qué consistiría. A lo mejor, por qué no, en llegar a ser uno de los jamones inmemoriales que cuelgan solemnes del techo del ultramarinos de Casimiro y su hijo, de Casimiro y su padre. Ahí y entonces, aquí y ahora, esa es mi idea de la paz de espíritu: aprovechar el tiempo hasta trascenderlo. Ojalá pudiera secar y secar a la sombra mis carnes hasta lo inconcebible. Ojalá el mero transcurso de los segundos me impulsara hacia una mejor versión de mí mismo. Ojalá pudiera sacar lo más delicioso de mí sin otro esfuerzo que el de la paciencia. Ojalá pudiera sacar a la luz lo que llevo dentro. Exhibir mi verdadero yo. Confesar sin confesar. Escribir no exige tiempo; escribir exige una gestión inteligente del tiempo. Serenidad. Y yo no la tengo. No la tengo.

Tarde en la noche he leído en Cosmosnews.net: En la luna, el algodón a bordo del róver chino Chang'e-4 muere en su primera noche lunar a causa de las temperaturas de 170 grados bajo cero. Qué frase. La más hermosa en mucho tiempo. Tanto que no quiero seguir leyendo. Dedico unos segundos a pensar qué opinaría Werner Herzog de esas palabras. Lo hago a menudo, esto de pensar en Herzog.

Domingo 23 de junio

A pesar de lo dicho atravesé la luz del sábado con solvencia. Leí a Palahniuk. Lo releí. Rememoré viejos tiempos. Por suerte era Asfixia, el único de sus libros que hoy por hoy salvaría de la quema. Di de comer al pájaro un par de veces. Al anoecer me planté en la terraza del Jesuso. El hombre se me acercó en cuanto me vio llegar, ni siquiera me dio tiempo a sentarme. Me pidió perdón por no haberse presentado el otro día. En efecto se llama Jesuso. O Suso, como yo prefiera. Jesuso. Me preguntó que si es que solo salgo los fines de semana. Me dijo que le sigue sonando mi cara. Que me conoce, que se juega los huevos. No le seguí el cuento. Cené un bocadillo a la fresca, una brascada. La ternera era de la zona. Lo sé porque me lo dijo Jesuso, quiero decir el Jesuso; así reclamó su atención un cliente desde otra mesa. Lo sé porque decidí creerle. En cualquier caso estaba buena la carne. Exactamente igual de buena que las terneras anónimas de cualquiera de los bocadillos de brascada que me había comido a lo largo de la vida. Me tomé tres verdejos. Vi pasar a la gente. Pensé en ponerme en serio con la novela. Tenía en la mente un pasaje resplandeciente y poderoso. Pero los ojos me

picaban de tanta pantalla. Así que lo dicho: vi pasar a la gente y hablé de esto y de aquello con el Jesuso, que se dejaba caer por mi mesa cada poco. No tenía demasiada clientela. Ya iba a irme cuando se me sentó enfrente y me dijo: ¿Y ahora qué? Me dijo: Por aquí poca marcha hay; en el 2011 cerraron la discoteca. Me dijo: Ahora no hay nada que hacer después del cubata; bueno, siempre puede uno pedirse otro y otro; por mí perfecto, imagínate; pero quieras o no se echa de menos un poco de marcha; chavalas, mujeres; chavalas; antes venían de Zorita y Ares a bailar y lo que surgiera; ahora para qué van a venir, se quedan en su pueblo a darle al ron y no se arriesgan a que las enganche la Civil en la carretera; total, que aquí ni Dios se come una mierda; te toca ir a las tantas a morir al Serafina; y los extremeños del control se quedan con tu cara; o ver si la Isi está con ganas, claro. Los extremeños. Mi cerebro dio un salto en el espacio-tiempo. El Jesuso se esfumó, este pueblo se esfumó. Este yo mío de ahora, esta degeneración de quien fui, se volatilizó. Qué delicia.

Así que eso ayer. Esta mañana temprano salí hacia Alcañiz. El otro día me dijo Elvira que acaban de reabrir el tramo de la Nacional después de veinticinco años de obras. Que ahora se llega en media hora y que allí siempre hay ambiente el domingo por la mañana. En efecto el asfalto es nuevo. Se veía, se oía. Se olía. Caía una suave llovizna. Los aerogeneradores los dejé rápido atrás, quietos, dormidos en la laguna de nubes embalsadas en torno a la cima del pico de Otero. Después pasé un túnel de paredes blancas y olor a recién pintado. Parecía un decorado. Me sentí parte de él. Atrezo. Una mentira. Por suerte solo medía ochocientos metros. De nuevo bajo el cielo bordeé las estribaciones de la sierra de Matarraña en dirección a la capital del Bajo Aragón. Una frondosidad mediterránea, es decir, pobretona, nada amenazante, siquiera imponente, apenas densa y muy desordenada. Una espesura que propiamente ni siquiera lo era, tan solo un bosque humilde, vecinal, nutrido del modesto esfuerzo de encinas, robles y pinos carrascos más o menos desperdigados. Es lo que averigüé en Internet al cabo de un rato, tomándome ya un blanco en la calle Alejandro de Alcañiz. Del mismo modo supe que entre la discreta fronda de estas latitudes habitan ardillas, jabalíes y jinetas. Criaturas mitológicas para mí. Ya he dicho que hasta mi llegada a este pueblo nunca había visto en vivo y en directo por ejemplo una vaca. Tampoco un caballo. Mucho menos una jineta, un jabalí o una insignificante ardilla. Durante todo el trayecto de vuelta al pueblo imaginé esas y otras alimañas agazapadas tras cada árbol, tras cada

arbusto, viéndome pasar en el Dacia a ciento treinta por hora al ritmo del country gótico de Slim Cessna's Auto Club, como un mesías de lo indecible.

No me explico que aún me guste conducir. Me da vergüenza admitirlo, pero me gusta. Esto también lo he dicho ya. Me encanta. Por eso en la novela tienen que salir todos los coches en los que he viajado, todos los coches que me han transportado por el mundo. Que me recuerden por los coches en los que recorrí la tierra, eso es lo que deseo. Por lo menos hoy; mañana no existe. El Renault 10 azul cielo de mi padre, que parecía que no iba a llegar ni de milagro a la siguiente curva de aquellas que subían a Chelva. Pero lo hacía, siempre rebasaba la siguiente revuelta y luego la otra y la otra hasta que de pronto veías el campanario allá entre los montes y sabías que por fin el verano había empezado. El Ford Fiesta gris aluminio de mi padre, con su tapizado de pata de gallo ametrallado a chinazos de ducados. Fuimos a Málaga en el Fiesta. Fuimos a Toledo. Fuimos a Ciudad Real, quién sabe por qué. Conocí el calor en aquel coche. Descubrí que mi madre también sudaba. Vi brillar su nuca. El Opel Corsa TR rojo de mi padre que recogimos un sábado a mediodía en el concesionario Valop de la pista de Silla y estrenamos yendo a comer un arroz a banda al Palmar. Llevo el aroma a nuevo del Corsa en lo más hondo del alma. Así deberían oler los ataúdes, por si acaso hubiera eternidad. Es el mejor olor de la creación. El Opel Kadett 1.6 gris grafito de mi padre. Chupaba como un tanque pero tenía por fin una radio decente, una Pioneer con frontal extraíble que nos duró un suspiro. Era muy fácil abrir el Kadett y por entonces aún había por ahí mucho yonquí que se las había apañado para sobrevivir a los ochenta. Mi tío había estado a punto de lograrlo. Se lo llevaban cada dos por tres. Al cabo de un par de días aparecía con los cables colgando bajo el volante en los descampados de Campanar o entre las huertas del otro lado del río donde iban a pincharse. Cuando mi padre se compró el Mitsubishi mi hermano y yo heredamos el Kadett y nos lo turnamos democráticamente hasta que se puso a currar y se compró el Hyundai Getz. Aún me lo robaron alguna vez más más antes de que se le rompiera la junta de la culata. Después por cierto vinieron todos los coches de mierda que mi hermano me sacó por cuatro chavos de aquella campa de usados allá en Paterna en la que se tiró diez años sudando la gota gorda o pelándose de frío. Coches que cumplían con dignidad su misión durante siete meses o año y medio y que una buena mañana amanecían muertos discretamente, sin gloria, sin drama, en plena calle. Hablo de aquel Citroën AX plateado más viejo que la tos y ligero como una pluma que acabó de cabeza en una acequia de La Albufera una mañana temprano, muy

temprano, el aire oscuro todavía. Parecía un pato allí amorrado, un pato gigantesco y más o menos grotesco, más o menos hermoso. Tuve que llamar a un gruísta amigo de un amigo para que me lo rescatara. Vino con cara de sueño y con su hijo, un crío de cinco o seis años que quedó hipnotizado por la visión del coche ahí medio hundido. Ya en tierra firme el AX arrancó a la primera, qué maravilla. Henchido de alegría invité a aquel hombre y su chaval a desayunat anguilas en el sitio ese de Sollana, el coche ahí fuera en el parquin de tierra, al sol, inexplicablemente vivo entras las flores blancas y rosas de las altas adelfas. Hablo de aquellos tres Seat Ibiza blancos consecutivos que me hicieron tan feliz. Aquellos Seat Ibiza en los que hice el amor, en los que dormí, en los que sufrí. Que me llevaron a cámpines y a entierros, a fiestas de pueblo y a entrevistas de trabajo, a discotecas y a oficinas. Al primero no le entraba bien la cuarta pero volaba que daba gusto por la AP7 hacia Gandía, hacia Denia, hacia Benidorm. El segundo tenía un conejito de Playboy pegado en el culo, las alfombrillas rosa chicle y unos bafles alucinantes en la bandeja trasera. Era glorioso hacer botellón en el paseo marítimo al ritmo de la música que salía poderosa de aquellos altavoces mientras ahí al lado en el hospital de la Malvarrosa la gente luchaba por su vida. Los vendí por una miseria en el Cash Converters la víspera de colocarle el coche a un gitano de Paterna. El tercero me duró algo más de lo previsto. Me llevó al trabajo en Museros, al trabajo en el puerto, al trabajo en Alzira. Me llevó a empresas de nombres alucinantes como Bisutería Noguera, Urbamar Levante Residuos Industriales, Academia El Progreso. Hablo también, cómo olvidarlo, de aquel Honda Civic verde pantano con el que me quedé tirado una noche en los alrededores de la Almunia de Doña Godina, Zaragoza, un 28 de diciembre, menuda broma, en mitad del hielo y de la niebla. Tres horas en el arcén a dos palmos de los camiones, aquellas luces pavorosas que surgían de la nada y se perdían en la nada. Hablo de aquel Citroën Xsara azul cobalto con un alerón descomunal y las lunas traseras tintadas. Parecía obra de una mente perturbada. Sus tapacubos, por favor, sus tapacubos cromados centelleando de camino al cementerio cuando lo de Dani son la imagen de la belleza definitiva. Y después otro Seat Ibiza, esta vez amarillo, de catorce años de edad, un adolescente enfermo y marchito pero bellissimo que me aguantó casi cuatro años, creo, más que todas las mujeres, más que muchos amigos, hasta que la palmó sin chistar en la avenida de Cataluña, ocho de la mañana, hora punta. Y, claro, el Dacia, mi prodigio rumano. Mi Dacia Sandero, el coche más vendido de España, blanco blanquísimo también debajo de esa capa de polvo y cagadas de pájaro que a la larga lo cubre todo, y al que solo amaré de verdad cuando ya no exista, cuando ya no pueda

amarlo, como está mandado. Que me recuerden por todos esos coches, digo. También por aquel Córdoba. Sobre todo por aquel Córdoba rojo.

Cuarto milenio. Sí, reposición. El misterio también puede ser previsible. Los fantasmas bien pueden llegar a aburrir.

Lunes 24 de junio

Desde hoy los lunes y los viernes en principio me desmarcaré durante un rato del almuerzo para ir a Correos. Hasta ahora se encargaba Elvira. Hay tras el mostrador una mujer de aspecto prematuramente envejecido, es imposible que tenga los setenta y cinco que aparenta. Su tez es del color del papel antiguo, y promete ese tacto. He evitado que mis dedos tocan los suyos al intercambiar las cartas. Había algo en ella que me producía desasosiego, no conseguía identificar el qué. Al ver el sello oficial en los sobres me ha dicho: Así que tú eres el chaval de la Ganadera. Rozo los cuarenta años. Pero es cierto: soy un chaval. No tengo nada salvo a mis padres, mi sangre. No he construido nada de nada. Acto seguido me ha preguntado que qué tal en el piso, que es de una conocida suya. También ha querido saber qué alquiler pago. Le he dicho que el piso está bien, que todo está bien. A cada poco la mujer parecía quedarse sin aire. He intentado no mirar demasiado su escasísimo pelo; ahí sentada delante de mí podía verle el cuero cabelludo entre sus pobres mechones. Llevaba al cuello una medalla excesiva, creo que de un santo. Diría que es virgen. Justo cuando le decía adiós he descubierto el porqué de la inquietud que me provocaba la mujer. No tenía cejas. No tiene cejas.

A las diecisiete treinta y cinco horas ha empezado oficialmente el verano. En estas cumbres el viento constante suaviza la sensación de calor pero hay que tener cuidado con el sol a mediodía. Parece que no calienta, y la verdad es que no calienta demasiado en comparación con cómo lo hace en la costa, pero quema. El Director me ha dicho hoy mismo: Es por el aire; aquí arriba hay mil metros menos de aire entre nosotros y el sol. Vale. Además de esa cara de roedor el hombre tiene dos hijas de dieciséis, dieciocho años, por ahí. No están nada mal, como es natural. Tampoco su mujer. El otro día me crucé con toda la familia donde Casimiro. Ellos entraban, yo salía, por suerte. Estoy casi seguro de que es homosexual. Me refiero al director. Hay algo insinuante en el modo en

que me mira. Cuando hablamos rara vez posa sus ojos en los míos, casi todo el tiempo se detienen en mi boca. Además saca la lengua rápida y sutilmente. Intuyo cierto recreo detrás de su frente. Fantasía. Fantasías. Saca la lengua y se moja los labios. Puede que sea un tic pero diría que se trata de algún gesto que no puede reprimir o que ha decidido no reprimir. Una suerte de válvula de escape de parte de todo lo que no le está permitido expresar. Con la de hoy ya me ha propuesto en tres ocasiones que un día de estos bajemos juntos monte través al trabajo, que me enseñará las huellas de dinosaurios, que prácticamente nos pilla de paso y que es una ruta muy guapa. Emplea a menudo esa expresión. Yo le he dicho que no soy mucho de hacer ejercicio, que prefiero bajar en el coche. Él me ha dicho que venga ya, que soy joven y tengo buenas piernas, y que me lo piense. Que no hay nada como llegar bien relajado al trabajo.

Martes 25 de junio

Hoy pasé el día entero moderadamente obsesionado con la idea de que en la novela tienen que salir todas las grabaciones de seguridad en que he sido capturado a lo largo de mi vida. Todavía no vislumbro cómo lograrlo pero tienen que aparecer. Nada ni nadie es hermoso sino bajo la mirada clandestina del otro. Y eso con suerte. Ni terrible ni vulgar ni fascinante. Nadie es uno mismo hasta que un observador en la medida de lo posible objetivo e investido de una autoridad generalmente aceptada le reconoce identidad. La ONU eleva o no territorios a la categoría de países, el prójimo eleva o no a los seres humanos a la categoría de personas únicas. Quiero conocerme, saber cómo ando cuando creo que nadie me mira, de qué manera cae sobre mí el sol los días de diario. Me urge saber cuál es mi aspecto, qué vibraciones transmito, qué sensaciones provocho en mis congéneres cuando avanzo por el tiempo y las ciudades y estos montes duros creyéndome solo e ignorado.Cuál es mi modo natural de ser y estar conmigo mismo y con el mundo. Porque escribir es todo lo contrario: la elección consciente de la exposición pública del pensamiento. Lo cual de manera inexorable da lugar al artificio en mayor o menor grado. Elimina la sinceridad, en el mejor de los casos la vicia. La escritura no confiesa. Nunca confiesa. Estoy perdiendo el tiempo. Irremisiblemente surge en la escritura la máscara de la autoría, ya sea con el propósito de resultar más interesante de lo que en realidad se es, más rompedor, más especial o simplemente más corriente, más legible, es decir, más comprensible. Por eso opino que a quien escribe

nunca se le conocerá fidedignamente por lo que exponga en su obra ni por cómo lo exponga. La temática y el estilo en la escritura son un traje. Un abrigo, de buena o de mala calidad. El frío nos hace hermosos porque nos obliga a vestirnos, y los escritores, como casi todo el mundo, suelen tener mucho frío. Por eso se ocultan bajo capas y capas de opciones temáticas y recursos estilísticos. Por eso buscan cobijo en el calor de su propia voz, esa fogata acostumbrada, domesticada, inofensiva, por cegadora y transgresora que pretenda ser para el lector. Por tanto, para conocer la verdadera identidad y naturaleza de un escritor, sería mucho mejor, por ejemplo, analizar los movimientos, comportamientos o tics que de él recogieron las cámaras de videovigilancia que le vieron pasar por la Tierra. Pese a su habitual baja calidad y carencia de banda sonora, esas imágenes poseen la neutralidad y la asepsia necesarias para captar la esencia humana. Personalmente fantaseo a menudo con el largometraje que gracias al trabajo de esas cámaras de vigilancia públicas y privadas podría hacerse de mi historia vital. Una película multicam de, no sé, mil o dos mil horas o medio año de duración con un único protagonista: yo, por fin y radicalmente libre de los vapores del ego inherente a quien firma una obra. Un filme transparente, indistinguible de la realidad en la que se insertara, en el que ese extraño que soy actuaría no en el sentido de interpretar un papel en una película o una obra de teatro, sino en el sentido de comportarse o proceder de una manera determinada. El problema es: todas esas hermosísimas imágenes de mi juventud fueron borradas de las cintas VHS, de las cintas BETA, de los devedés en que quedaron grabadas. Cintas y devedés que por otra parte supongo hace mucho que se quemaron al sol implacable de los vertederos. No hay un registro fílmico nacional, ni siquiera municipal, de mis tiempos dorados. Es horrible. Tampoco hay un registro fílmico de mi edad adulta, ni administrativo ni corporativo. Es trágico. La Ley Orgánica de Protección de Datos establece que esas grabaciones, salvo que antes sean reclamadas por la autoridad judicial para contribuir a la investigación de un presunto delito, falta o infracción administrativa, habrán de destruirse al transcurrir dos meses desde su captación. Así, no existe el espejo indiferente que refleje la auténtica realidad de mi ser. No existen las secuencias con las que poder montar la narración fiel de mi novela. Tendré que imaginármela. Pereza.

Miércoles 26 de junio

En la oficina me dediqué a hacer dibs. A celebrar la vida. El récord hoy hay lo ha establecido un ganadero llamado Iván, un chaval barbudo, calvo como una pelota y claramente deportista. Diría que runner o alpinista, en cualquier caso rebosante de salud rústica. Le certifiqué el nacimiento de veintitrés terneros. Debe de rondar los treinta años pero parece algo mayor por la piel que tiene, curtida por el sol. Quiso saber de mí. Le sorprendió más de la cuenta el hecho de que fuéramos tocayos. Le sorprendió también que hubiera dejado la capital para subirme aquí. Me ha caído bien, y no solo por el hecho de que en todo momento se mostrara paciente con mi torpeza en el uso del programa informático de registro de movimientos ganaderos. A Elvira en cambio empieza a irritarle. Se lo he dicho ya varias veces. Le he dicho: Elvira, nunca me aprenderé de memoria el procedimiento de gestión ganadera; nunca jamás. Ella dice que che, que por favor, que claro que sí. Puede que tenga razón Elvira, puede que la tenga yo. Decía que el joven ganadero Iván, eso seguro, me ha caído bien por su serenidad. También es cierto que tengo la impresión de que aquí en las montañas la gente no conoce la prisa o la mide de un modo muy diferente al que estoy acostumbrado. Ninguno de los hombres, porque todos eran hombres, que han acudido hoy a la oficina se veía apurado por el tiempo. Yo en cambio siempre lo estoy. Siempre tengo la angustia en la tripa de quien sabe que está desperdiciando su vida. El ganadero Iván me ha caído bien porque llevaba unas zapatillas J'hayber como las de los años ochenta y bizqueaba notablemente. Siempre le he pedido poco a la vida para acariciarla. Me pregunto sin emoción si llegaré a hacer amigos aquí.

En una de las que he salido a fumar he descubierto que ribera abajo, pasando la chopera, hay una caseta de ladrillo. Es la del forestal. Lo sé porque el propio forestal me lo ha comunicado. Yo pensaba que los forestales se pasaban el día en lo alto de una hermosa torre de vigilancia mirando el horizonte con la radio puesta. Supongo que no todos. Este estaba sentado en el tranco de la puerta leyendo un libro. Me ha mirado fijamente unos segundos y luego me ha dirigido un gesto inquisitivo con el mentón. Le he dicho que soy el nuevo de la Ganadera y que había salido a hacerme un cigarro. A veces se me olvidan mis principios y comparto con el mundo informaciones irrelevantes. Pero el hombre no se lo ha tomado a mal. Puede que se aburra salvajemente, como yo, que esté harto de su papel en la creación. Me ha hecho saber que va ya para tres años sin acercarse al tabaco y que por la oficina solo se pasa si le entra un apretón. Que no me extrañe si le veo entrar cualquier día a toda prisa, que lo tiene hablado con el director.

Me ha dicho: Mear se puede mear entre los árboles. Me ha dicho: Y, bueno, pues cagar también se puede. Pero le sabe mal porque cuando es temporada mucho jubilado se pasa por aquí a coger setas. Naturalmente he reaccionado barriendo el suelo con los ojos, lento, muy lento, fingiendo despreocupación. Solo tierra y plantas y, bueno, unos cuantos crotales de un naranja más o menos intenso en función supongo del tiempo que haya pasado que se desprendieran de la oreja de la vaca de turno. Los de las ovejas son amarillos, y también se ven bastantes por ahí tirados. Hasta ayer mismo que me explicó Elvira qué eran esas cosas que hay tiradas por los alrededores de la oficina no había oído jamás la palabra. Eso: se trata de una chapa de plástico que se le coloca a modo de pendiente a cada vaca para identificarla. De paso aprovechó para instruirme en el proceso para solicitar que nos abastezcan de crotales. Por lo que me dijo y por lo que he visto se sueltan con facilidad. Ya digo, los hay perdidos por todas partes, las carreteras, los prados, he llegado a ver alguno que otro en el empedrado de Conquista. No me extraña. Por todas partes campan a sus anchas aquí arriba las ovejas, las vacas. Lo mismo cruzan con desenfado cualquier CV que deciden bajar hacia la oficina para refrescarse en el Bergantes. Adivino estupidez en las ovejas. Quizá sea una opinión preformada, no lo sé, Lo cierto es que así recién esquiladas parecen muy poca cosa y como perdidas. Las vacas son otra cosa. Puede que estas de por aquí no sean animales sagrados como las de la India, pero sí son animales libres como sus hermanas de la otra punta del mundo, por lo menos hasta que les revientan el cerebro en el matadero. El forestal y yo no hemos intercambiado los nombres. Creo que leía Los Pilares de la Tierra. Iba vestido estilo explorador, estilo Coronel Tapiocca. Llevaba en el cinturón un walkie-talkie que de vez en cuando emitía al aire mensajes indescifrables. He pensado que quizá esa voz eléctrica fuera la de Dios.

Jueves 27 de junio

Lunes, martes, miércoles y jueves viniendo al bar de Jesuso. Ya no tengo ni que pedirle el verdejo.

Cuando he vuelto al piso para la cena el vencejo estaba en lo alto del armario del salón. He advertido de golpe cuánto ha crecido, es ya un buen trasto. Ha piado una vez al verme entrar. Del sentido de su canto poco puedo decir. Miedo, alegría, hambre. Simple

naturaleza. Vete a saber. Un sonido en absoluto hermoso, eso sí. No me quitaba ojo mientras me cenaba un par de longanizas con anisetes de las de Casimiro. Un sabor fuerte, probablemente demasiado fuerte más allá de paladares personales. Sabor a animal, a vida y a muerte. He dejado en el plato la punta de una de ellas y he salido a la terraza a echar el cigarro. Tan pronto como le he cedido espacio el pájaro ha descendido a la mesa. Más que volar o planear hasta ella ha caído despacio, aleteando con torpeza y esfuerzo. Está claro que algo le pasa en el ala izquierda. Ha asegurado el trozo de carne entre sus patas. El ruido de las garras contra la porcelana me ha puesto los pelos de punta. Se lo ha zampado de dos picotazos. Ha ocurrido ahora mismo. Esta noche le dejaré abierto el ventanal de par en par por si quiere salir a tomar el aire o ver si es capaz de alzar el vuelo y largarse para siempre. No es bondad, ni siquiera respeto por mi parte; es que sé que no está en condiciones de irse a ningún sitio. Otra cosa: he investigado un poco más en Google y no descarto que el vencejo no sea un vencejo sino un mirlo. Por lo que a mí respecta la posible confusión no tiene la menor importancia. Supongo que tampoco para el vencejo. Ni para el hipotético mirlo.

Cambio. Las voces son muy importantes para mí. Algunas me producen náuseas y ganas de matar. Ante otras, contadas, caigo rendido, enamorado. La gran mayoría son solo ruido de fondo. Por eso, y esto es fundamental, la novela tiene que ser lo suficientemente memorable como para que el lector la oiga en su mente en la voz prodigiosa de Werner Herzog. La voz de la conciencia de la especie, que trasciende las miserias de las individualidades y nos abraza como el cielo. Pero cómo lograrlo. Con independencia de la capacidad de dislocación mental que una buena obra artística pueda poseer, seguramente le resulte imposible eludir hasta tal punto los mecanismos cerebrales de seguridad encargados de garantizar que el yo sigue siendo el yo más allá de interferencias creativas e imaginativos deslumbramientos puntuales. Nunca en la historia se ha visto un caso así salvo en personalidades de algún modo desequilibradas de partida. No es descartable que transmutar la voz interior del prójimo en la del cineasta alemán constituya un reto inasequible incluso para mí. Máxime si se pretende hacerlo sin instrucciones de ningún tipo, siquiera una somera orientación previa, únicamente por el mero poder hipnótico del lenguaje. De modo que quizá haya que solicitar expresamente ese esfuerzo de los lectores. En lugar de una absurda dedicatoria que no interesa a nadie salvo, con suerte, a quien la protagoniza, se trataría de abrir la novela con esta sincera petición en aras de un mayor disfrute y comprensión del texto:

busque en YouTube la voz de Herzog, deje que penetre hasta el fondo de su mente y hágala propia durante la lectura. Sea como sea, esa voz desgastada y patética que escuchamos a todas horas en nuestro interior debe callar de una santa vez y dejar paso a la de Herzog. En el arte, en la vida. Es necesario. De hecho ahora me golpea con contundencia una intrépida evolución de la idea que acabo de exponer: la novela no tendrá sentido si no da lugar a un audiolibro en que Werner Herzog, gracias a su voz sosegada y apocalíptica, como corresponde a quien es tocado por la lucidez, eleve a la enésima potencia la historia que quiero contar. Puede que sea una impresión personal pero si tuviera que apostar apostarí a que Herzog es una de esas personalidades que dedican cierto tiempo a la semana, si no al día, a responder las misivas educadas de sus admiradores, de sus estudiosos, seguro que también de sus críticos. Herzog es, estoy todo lo convencido que puedo estarlo, el tipo de hombre que te diría Lláname Werner. Así que: Indagar el modo de contactar con Herzog. Contactar con Werner. Hablarle del asunto.

Viernes 28 de junio

Esta mañana el pájaro estaba en su palangana. Dormía. Ni las golondrinas han logrado despertarle.

En otro orden de cosas hoy era el último día laborable del mes. Día de paga, chaval, me dijo Eugenio durante el café; dinerito, dinerito. Hacía con las manos como si tocara las castañuelas mientras canturreaba: clin-clin-clin. También me dijo: Tu primer sueldo como funcionario; no te hagas ilusiones, los auxiliares cobráis una mierda. Se reía. Se reía a gusto, no sabía por qué. Primero pensé que el gordinflón estaría contento porque era el cumpleaños de Emma. Quiero decir que atribuí su alegría a los pastelitos de crema que encontramos sobre la mesa al entrar en la salita del café. Es impresionante ver comer a Eugenio. No muerde, no mastica. Luego me planteé la posibilidad de que su buen humor se debiera a que era viernes. Después supuse que se trataba sencillamente de un capricho de su locura, porque sospecho que Eugenio está loco y a veces se le nota más de lo habitual. Hay algo que no carbura en esa cabezota maciza. Algo perturbador y potencialmente peligroso. Fuera por lo que fuera que estuviera contento el hombre, Elvira lo estaba con él, por él. Creo que a Elvira le gusta Eugenio. Siempre da prioridad

al trabajo que él le pasa y lo mira con un candor casi religioso en sus ojos claros. Lo que pasa es que he notado que Elvira también me mira raro a mí. Puede que a Elvira mire de un modo especial a todo el que le devuelva la mirada por educación o simple interacción humana. No sé. Desde luego a Eugenio le gusta Elvira porque me ha dicho lo contrario en más de una ocasión. Vaya percal que tenemos en la oficina, ¿eh, macho?, la más guapa es Ernesto. Bueno. La verdad es que ni me había preocupado de averiguar el sueldo. Me picó la curiosidad y a la hora del almuerzo aproveché para pasarme por el Bankia de más allá de los soportales a ver cuánto me habían ingresado. No está tan mal. Teniendo en cuenta lo que hago aquí, no está mal en absoluto. De regreso en el bar me pedí una pulga de morcilla de la tierra. Ya a última hora en la oficina Eugenio se pasó por mi mesa. Que se iba quince días de vacaciones. A Cuenca, al pueblo, a ver a su madre. Que definitivamente la chiquilla no le acompañaba pero que a lo mejor conseguía que viniera al pueblo en agosto. Que lo está negociando con la cabrona de su madre. Que nos veíamos a la vuelta. Salió de la oficina haciendo el moonwalk.

Sábado 29 de junio

En la novela tiene que salir la discoteca Réflex de Chelva. Perdón, perdón, perdón por no haber escrito antes sobre ella, perdón mil veces. Aquella discoteca de pueblo, aquella discoteca en mitad de la nada y de los noventa a otros tantos kilómetros de Valencia superaba en todo y con creces a Spook Factory, a Puzzle y a Barraca, incluso a Bananas Maxidisco. Qué pequeña y qué grande era la discoteca Réflex. Tendría un aforo de cincuenta personas pero allí dentro se metían fácil trescientas o cuatrocientas. Novecientas. Allí se congregaba todo el pueblo, toda la comarca de Los Serranos en edad de merecer. Algunos acudían desde Liria. Algunos acudían en la derbi o la suzuki desde la mismísima provincia de Teruel. Algunos hasta iban con el perro. El diyéi era el hijo del de la carnicería Romero, no recuerdo su nombre porque no hace falta. Lo que recuerdo es que tenía una gran mancha morada en la cara y que el asunto no parecía importarle en absoluto. Lo admiraba más que a Lubo Penev. Siempre andaba enrollado con alguna de las camareras. Las camareras. Un año eran criajas que jugaban en la plaza y al siguiente florecían ante tus ojos detrás de la barra de la Réflex mientras te servían un chupito de tequila, esplendorosas y maquilladas salvajemente e inolvidables. Mi paupérrima fe se aferra a la creencia de que el más allá es una barra infinita donde

cualquiera de esas chicas me pondrá cubata tras cubata durante toda la eternidad mientras los pies se me van al ritmo del musicón de la Réflex. Porque qué música tan alucinante atronaba en esa discoteca. El desfigurado aquel lo mismo te ponía a Chimo Bayo que a Joy Division, lo mismo te ponía a los Pixies que al Dúo Dinámico, lo mismo a la Creedence que a Mari Trini. La Réflex era una amalgama de estilos. Era el Universo. Todo. Y también total era su público. Pastores y camellos, auténticos lugareños e hijos de paisanos llegados de Barcelona o de Albacete para pasar las vacaciones, las solteras del pueblo y punkarras de Valencia, chavales de instituto y hombres de cuarenta y tres tacos que por entonces me parecían más viejos que la santa biblia. Esa hermosa mezcla alcanzaba su máximo esplendor cuando ya bien entrada la madrugada se desataba una pelea. Eran casi tradición las batallas multitudinarias de la Réflex. Al día siguiente se comentaban en los bares, en la iglesia, en el ultramarinos. A veces aparecía la Guardia Civil. Los malagueños, no los extremeños, los malagueños les llamaban a los hombres aqueles, qué importa por qué. Las luces azules de sus todoterrenos se colaban por las ventanas sin cristales y eran más potentes y discotequeras que los cuatro focos mal contados que colgaban del techo del garito. Entonces muchos aprovechábamos para salir a echar un cigarro, porque aunque se podía fumar y se fumaba a muerte en la Réflex, era mucho mejor encenderse un Fortuna o siete en la entrada, a la fresca, al borde de la carretera desierta, negra, caliente de sol y juventud. No olía a mar, gaviotas y cocaína en la puerta de la Réflex, no olía a la Albufera. No olía a ruta ni a bakalao. Olía a ovejas y a almazara y sí, a cocaína. Al agua olivácea estancada en las balsas de riego. Olía, claro, a verano. Todo el mundo debería llevar en la cartera esa foto mía y de mi hermano en que se nos ve ahí de pie contra la fachada de cal desconchada de la disco, bajo el neón azul. Con nuestras camisetas desteñidas de tirantes, con nuestros cigarrillos, con nuestros vasos de tubo en la mano. Con nuestros ojos llenos de flash y maravilla. Con nuestra delgadez, aquella delgadez imposible de resucitar por mucho que me empeñe en vomitar. No es ningún trastorno alimentario, es asco, puro asco. La delgadez, decía, la delgadez sana y hermosa, adolescente, con la que mi hermano y yo posamos inconscientes para aquella foto sin sospechar que estábamos a punto de ser fusilados por el tiempo. En la parte de atrás estaba el parquin, una explanada de grava llena de Fiestas y Corsas y Marbellas, antesala del monte. Si quiero volver a nacer es para atravesar de nuevo ese parquin medio levitando, adentrarme en el frescor de la pinada y mear litros y litros de cerveza larga, despreocupada y juvenilmente. La canción de cierre en la Réflex era la de Nos

vemos en el infierno de Dinamita pa los pollos, un himno inmortal e inspirador. Naturalmente la gente se venía muy arriba, así que en realidad esa casi nunca era la canción de cierre sino la canción que anunciaba que más pronto que tarde se acababa la fiesta. Todavía se alargaba bastante, de todos modos. Ya abrasaba el solazo cuando salías. Qué espectáculo era ver los coches que aún quedaban en el parquin acoger el sueño y el sexo de los afortunados. Qué maravilla contemplar a los durmientes tendidos bajo los almendros que se extendían desde el borde de la comarcal hacia los bancales, hacia las montañas. Hacia el cielo.

He cenado con Pablo y Andrés en el bar Lorca. Después una copa allí mismo y también unos chupitos obsequio de Manoli. Hemos hablado de lo de siempre. Pablo sigue dándole a las oposiciones de correos. Andrés siempre anda con que a ver si le compran una nueva idea que tiene para un guion de cómic, de serie de animación, algo por el estilo. Ambos viven en casa de sus padres. El primero a disgusto, el segundo encantado. Dicen que a lo mejor suben a Las Cumbres a verme algún finde que yo no baje. No lo harán. No lo harán nunca. Lo sé.

Domingo 30 de junio

Comida con mis padres. Tres semanas sin ir por su casa, por casa, supongo que la de los padres siempre es la casa de uno. Digo que tan solo tres semanas sin ir por allí y los he encontrado más viejos, mucho más viejos, puede que tres años más viejos. Seguramente todo sea cosa mía. Hoy estaba yo especialmente sensible, demasiado consciente de lo humano y de lo divino. Sin embargo es incuestionable que un día mis padres no existirán. El año que viene, o en 2035, o mañana. O quizá el hecho se haya consumado hace diez minutos. Durante el café estuve a punto de coger el toro por los cuernos y hablar en serio con ellos. Y decirles luego que les quiero y todo eso. Bueno. Estábamos viendo Saber y Ganar. Mi madre no se pierde una edición. Dice que le gusta porque aprende, que es cultura general. Mi pobre madre, que solo estudió hasta los trece. Mi santa madre, la persona más bella sobre la faz de la tierra, la más bella persona. Mejor morderse la lengua, decididamente, mejor seguir callando. Comimos canelones. Ella sabe que me encantan. Me he traído un táper con seis. Le he puesto un trozo de uno al vancejo. Un buen trozo. Por mi parte no hay hambre. Un vino me tomaría, pero no, me

tomé uno muy malo hace un rato en La Parrilla y me ha sentado como una patada. Me apetecía conocer el lugar y paré ahí debajo de regreso de Valencia antes de meterme en el piso, el Get behind me Satan de The White Stripes durante todo el camino salvo unos kilómetros para un par de canciones en modo random de Johnny Cash. Había oído que lo llevan unas rumanas, el bar digo, pero no. Diría que eran armenias o georgianas las mujeres detrás de la barra. Diría que eran armenios o georgianos los hombres aceitunados que bebían chupitos transparentes sentados en la terraza, descalzos, diez o doce chanclas amontonadas bajo la mesa. Me fumé un par sentado a unos metros, medio cegado por el sol reverberante y hermoso, muy gordo, fauvista. Hay rabia en todo lo que se muere, o debería haberla. Hablaban en su lengua, fuera la que fuera, casi susurrando. Pero a pesar de eso y de los camiones de la Nacional y gracias al viento que aquí se levanta al atardecer, alcancé a distinguir algunas palabras castellanas o universales que han incorporado a su vocabulario privado: penalti, fiesta, jefe. Un buen resumen de España. Uno de ellos se limpiaba las uñas con una navaja. De vez en cuando me miraba como si tuviéramos pendiente algún asunto truculento. También es posible, por qué no, que me amara. De hecho existe en mí este deseo, en realidad esta norma moral: todo el mundo debería amarme precisamente porque yo no puedo hacerlo.

Lunes 1 de julio

Otra de mis tareas diarias es la de visar las guías, los documentos que dejan constancia de los movimientos de ganado. Básicamente son todas iguales: indican la explotación ganadera de la que sale determinado número de vacas, determinado número de ovejas, a veces cuatro o cinco, a veces treinta o sesenta, y el destino al que se dirigen, es decir, el matadero en el que acabarán sus días.

En realidad no recuerdo nada de la planta baja pero había una ventana y un árbol enfrente y una vez no sé cómo se coló un pájaro diminuto todo ojos y pico con esa expresión implorante y las alas mojadas, agua o sudor en las plumas. Quizá todos los desheredados tengan esa cara. También la tenía mi tío Antonio, que andaba por allí en pijama consumido hasta el hueso con el mono royéndole el cerebro. Aun así recogió del suelo el pájaro y me lo puso en las manos. Me dijo que era un jilguero pero que no le cogiera porque no aguantaría la noche. Le dimos con un palillo un poco de pamplonés y

mi tío se encendió un Record extra-filtro de los que siempre tenía a mano mi abuelo, dijo que iba a echarse la siesta y se metió gritando en el cuarto azul aquel del póster de Emmanuelle. Yo me salí con el jilguero al tranco de la entrada y me quedé un buen rato mirando la Bultaco apoyada contra la fachada al sol. Estaba hecha una mierda pero era la mejor moto del mundo. Tenía que serlo porque cada vez que el tío la malvendía para sacarse unos gramos mi abuela se recorría los descampados de Valencia para recuperarla a cualquier precio. Y la recuperaba. Era hermoso verla venir empujando la moto por el manillar con esa pinta cansada de haber pasado diez años en las montañas a base de hierbas y esperanza. Está claro que no me acuerdo de eso, ya digo. Tampoco del pájaro. Ni de la cara fantasmal de mi tío. Es imposible. Las leyendas no se recuerdan. Lo sé porque lo sabe mi padre.

Martes 2 de julio

Poco tiempo en este pueblo pero ya a veces me aburro tanto que tiro al campo a pasear. Hay zoquetes de pan amontonados aquí y allá por los prados. Es pan de salvado para los perros pastores. Lo sé porque me lo dijo un hombre que detuvo a mi lado su pequeño tractor rojo óxido la primera tarde que tropecé con una de esas pirámides. Sacó una petaca del mono y bebió sin apearse. Güisqui. Lo sé por la misma razón. Me ofreció un trago. Se lo agradecí, lo rechacé. Fue con güisqui mi primera borrachera. No he vuelto a probarlo. Se quedó un rato ahí en lo alto con unos aparatosos auriculares amarillos en la cabeza y la vista en la distancia. Tendría cuarenta o sesenta años, siempre he sido malo para medir el tiempo. Luego dijo algo que no llegué a entender sobre las nubes, y siguió su camino. Me sentí en mitad de América, quiero decir en mitad de los Estados Unidos de América. A menudo me ocurre, sí, a menudo me ocurre que todo me resulta familiarmente insólito, cinematográfico. He visto muchas películas, he leído muchos libros, viene a ser lo mismo. Supongo que a veces las aves se arriesgan a picotear los mendrugos porque no es raro encontrar los restos de alguna de ellas cerca entre la hierba. Plumas y sangre, algún que otro hueso largo y afilado. Quién conoce el hambre de los pájaros. Además sigo pensando en la novela. Eterno mar de fondo. Cada cierto tiempo me empeño en escribir una. En intentar escribir mi novela. Cada cierto tiempo, siendo más preciso, me empeño en imaginar que quiero escribir una novela y que voy a

hacerlo. En esta ocasión el capricho está durando más de lo habitual. Pero nada que ver con la obsesión. Me resulta un entretenimiento. Hay quien medita sobre Dios, sobre la naturaleza humana, sobre las características que debería reunir su próximo coche para ser el idóneo o sobre si esa punzada que siente en la espalda será o no será cáncer. Yo le doy vueltas a mi concepto privado de novela, esta tarde sin ir más lejos, en medio de un campo del que sé tan poco como de la literatura. Le doy vueltas y vueltas intentando que encaje mal que bien con lo que los políticos, las páginas web, las reales academias de la lengua, los profesores de autoescuela, las peluqueras, los viejos, los jóvenes, quizá también el sector editorial y la economía mundial entienden por novela.

Desde ayer, primero de julio, el pueblo entero se enciende a las diez de la noche. La potente iluminación municipal rescata de la negror las murallas, la iglesia y el castillo. Es un espectáculo para los turistas, hay carteles que lo anuncian, el ayuntamiento lo ha llamado La luz monumental. Después de cenar muchos bajan unos cientos de metros por la carretera para ver el encendido. El pueblo está hermoso maquillado por la electricidad. Han elegido unos elegantes tonos dorados. El aire se llena de un resplandor como de fuego, de incendio lejano, antiguo. Sí, es hermoso. No obstante es cierto que esa misma luz pone en evidencia la decadencia del lugar. He estado un buen rato tendido en el terrazo aún tibio de sol de la azotea mirando en contrapicado las ruinas del castillo ahí en lo alto, disparado en luminosa vertical hacia la estratosfera. A las doce en punto se hace de golpe la oscuridad. Durante dos o tres segundos la tiniebla es absoluta. Pura ceguera. La nada alrededor. Puede uno sentir ese repentino vacío en el agua de los ojos. La fragilidad de nuestra afinada percepción. La apabullante soledad que debe de ser estar muerto. El frío ahí, en las pupilas. Luego me he conectado a Internet. Thispersondoesnotexist. Aquí seguiré un rato.

Miércoles 3 de julio

Tres semanas sobran para constatar que hay pocas mujeres en esto de la ganadería, muy pocas. Al menos en esta zona. Por supuesto desconozco cómo estará el asunto en otros sitios. Por supuesto lo desconozco casi todo de todo. En cualquier caso aquí arriba muchos de sus colegas de profesión las llaman raposas o gorrinas por lo bajini. A veces incluso se lo sueltan a la cara, así como medio de broma, con una sonrisa sórdida y los

ojos brillando algo rojos en sus caras de pan, sórdidas e infantiles. Siempre es la Edad Media en el corazón de los hombres. También es verdad que ellas no se ofenden. Por la oficina no se pasan más de cuatro o cinco. Tengo cierto trato con un par de ellas, Inés y Candelaria. Con trato quiero decir que nos hemos dicho nuestros nombres y alguna que otra frase sobre el tiempo y que de dónde soy y que si me gusta el pueblo. La primera es mayor aunque tampoco demasiado, la otra joven. Deben de ser madre e hija o tía y sobrina. Puede que no, pero comparten un aire enérgico que no veo razón para no describir como masculino. Creo que la vestimenta tiene bastante que ver: esas botas aparatosas, esos pantalones sucios, esas camisas amplísimas. Esas gorras promocionales de marcas de forrajes o maquinaria, supongo, desteñidas por el sol. No es la imagen de Emma. Emma siempre va con falda y el pelo arreglado y aun así tiene el mismo parar viril. Quizá la cosa no dependa del trabajo en cuestión de una mujer ni de la ropa que se ponga. Quizá la dureza de estas montañas arrecie la naturaleza de las mujeres de por aquí, así de sencillo. Por lo demás ambas son hermosas dentro de sus posibilidades. Inés lo justo, Candelaria bastante. Huelo su atractivo oculto bajo la peste, la suciedad y los andrajos que se pone para trabajar la granja, trabajar el campo, lo que sea. Huelo claramente su feminidad, fuerte, intensa, quizá todavía un poco adolescente. Un aroma floral y lácteo al mismo tiempo. Debe de tener veintidós o veintitrés, seguramente más bien dieciocho. El pelo rojo, rojo. A eso de las doce se ha presentado a rellenar un impreso de indemnización porque ayer los buitres se le comieron vivas dos cabezas. Una vaca y su cría, durante el parto. Ha sacado el móvil y me ha enseñado un vídeo impresionante del suceso. Casi no se ven las reses de tantos pajarracos que las picotean, por lo menos ochenta o ciento veinte. Me ha dicho: Lo primero que se comen son los ojos. Qué pasada, se me ha escapado, porque lo cierto es que encontraba fascinante lo que se veía en la pantalla. Pero es obvio que Candelaria no opina lo mismo porque con un movimiento abrupto y algo despectivo ha retirado el teléfono de delante de mi cara. Me ha lanzado una mirada retadora durante unos primorosos segundos. Se la he sostenido a duras penas, al final la he retirado. Yo siempre huyo. Le he entregado el formulario y me he puesto a observar por la ventana mientras esperaba en respetuoso silencio a que lo rellenara. No había mucho que ver ahí fuera. Aire, verde, cielo. Partículas en suspensión. No lo había. No lo hay. Salgo dentro de diez minutos.

Pero curiosamente he acabado el día rodeado de mujeres. Esta mañana mientras fumaba en la puerta del Qué bueno reparé en un cartel pegado a la cristalera. Publicitaba un

centro cultural, si bien el anuncio usaba en concreto las palabras espacio cultural, más a la moda. Un local llamado La Revo. Club de lectura, cine-fórum, tertulias. Catas de cerveza artesanal. Esta noche a las nueve y media habría un recital de poesía. En Valencia no piso ese tipo de lugares. Me mantengo a distancia prudencial de esa clase de actividades, de cualquier círculo intelectual o artístico de la naturaleza que el nombre del establecimiento, la lista tipo de eventos, en general todo el contenido del cartel e incluso su diseño de aires grafiteros me hacían intuir. Pretenciosos, previsibles, endogámicos. Lo que pasa es que aquí arriba hay poco que hacer y, en fin, acudí. No había mucho público. Solo mujeres. Una docena de mujeres entre los treinta y los sesenta sentadas en pufs frente a una pequeña tarima al fondo. Naturalmente me incomodó tal realidad, soy un hombre discreto. Las miradas de extrañeza no ayudaban. Busqué rápido refugio en la barra. No había nadie tras ella. Descansé en un taburete escribiendo las primeras líneas sobre este asunto. Porque siempre estoy cansado. Llevo media vida cansado. Por fin una de las mujeres se levantó y vino a ver qué quería. Tenía una quijada imponente y una rasta en la cabeza, por lo demás rapada. Era tan hermosa como la mujer promedio, como el hombre promedio. Un vino blanco. Mientras me lo servía me preguntó si pensaba quedarme al recital. Resumí la verdad en un sí. En ese caso la consumición mínima serían cinco euros, para la causa. Me dio la impresión de que esperaba que le preguntara que de qué causa se trataba. Me limité a pagar y esperé a que comenzara el espectáculo. Todavía tardó un rato, durante el que dos o tres mujeres más se incorporaron a la audiencia. Reparé en que el sobrepeso era un rasgo común entre ellas, quince, diecisiete, las que fueran. También la ausencia de maquillaje y la uniformidad de su indumentaria, ese predominio del color morado o violeta en sus prendas, si es que no son lo mismo no sé distinguirlos, en diversas tonalidades. Asimismo me llamó la atención la serenidad de sus voces, de sus movimientos. El porte religioso, incluso místico que lucían. Lógicamente pensé en irme. Salí a echar un west un par de veces seguro de que no volvería dentro. Pero no me fui, en ambas ocasiones volví al taburete. La curiosidad siempre me ha guiado. Quiero decir que el morbo siempre me ha guiado. De hecho administré el vino con paciencia hasta que la primera de las mujeres subió al brevísimo escenario y empezó a declamar. Nada que no hubiera previsto. La estudiada entonación próxima al rap, la temática feminista. Bueno, no exactamente. No encuentro conexión entre la reivindicación feminista y la denuncia del machismo del mismo modo que no encuentro conexión entre la libertad y el martirio. No obstante aplaudí con las mujeres cuando esta primera lectura terminó. Para entonces

el local se había llenado un poco, incluso había algunos hombres entre el público, en la barra como yo. Busqué sus ojos con los míos, busqué camaradería, instintivamente. En efecto alguno me miró, pero me miró como a un forastero. Me sentí igual de solo. De tanto en tanto una o dos mujeres se giraban para echarnos un vistazo. Creo que les sonreí. Las siguientes dos intervinientes recitaron prácticamente lo mismo y de idéntica manera. No había ni rastro de poesía en sus palabras, solo posicionamiento, militancia, guerra. Identidad. Tanto es así que empecé a sentir cierto orgullo por el hecho casual de haber nacido hombre. Por ser capaz de mear de pie. Una reacción defensiva hasta cierto punto natural, supongo. Pero a la vez tan aberrante como la autosatisfacción femenina que aquellas mujeres parecían profesar. Me fui.

Jueves 4 de julio

Cada mañana al bajar hacia la oficina paso por el desguace Las Águilas ahí, al borde del valle. A día de hoy para mí es lo mejor del paisaje. La gente se chupa cientos de kilómetros para venir a ver la iglesia o los restos del acueducto o el museo de dinosaurios. Pero puede que la gente no suela saber lo que le conviene. Estoy convencido de que no hay nada más religioso, nada más histórico, nada más imperecedero en la contornada que la bicicleta que reina en el desguace Las Águilas, hermosamente instalada en lo más alto de la pila más alta de coches aplastados. Esa bici alucinante, sin ruedas, sin cadena, tan solo una silueta primaria y dura alzada al azul de montaña. Esa bici muerta que ya nadie montará, ofrecida a Dios, a los dioses, a lo indiferente. Cada mañana me digo que hoy lo haré, que hoy voy a hacerlo: que voy a detenerme en el desguace y trepar ese altar de chatarra. Besar la bicicleta. Pedirle perdón. Echarme allí a llorar como una magdalena. Entonces veo ese perrazo grande y pardo dando vueltas por el polvo justo al otro lado de la verja. Ladra cuando paso a su altura. Afónico pero ladra. Viejo y sin ganas, como por inercia, por obligación, por hacer algo, pero ladra. Cumple con su papel en el mundo: odiarme ciegamente, lo cual me reconforta de inmediato y supongo que sin sentido alguno. Y sintiéndome ligeramente mejor que un segundo antes sigo adelante con mi vida por la CV-14, prosigo mi camino hacia ese lugar inconcebible llamado oficina ganadera.

Por la tarde fui a Casimiro a hacer una compra básica. Incluí beicon por y para el pájaro. Cuando volví no estaba. Miré en todas partes. Nada. Llevo tres horas en la terraza oteando los tejados, peinando el cielo. Pensando. Fumando. Ya se ha hecho oscuro. Verano, verano, pero la noche está viniendo fresca. Me he puesto la chaquetilla del chándal. Aparte de darle de comer no le prestaba mucha atención, pero diría que esa ala aún no estaba curada. Por eso no me preocupé de cerrar del todo el ventanal corredero de la terraza, me lo dejé entornado cuando salí para el Ultra. Me sabe mal. Siempre, siempre la culpa conmigo. Puede que se lo haya llevado un gato de los que a veces van y vienen por los aleros. Pero supongo que un suceso así habría dejado algún tipo de rastro. No tiene por qué, por otra parte; la tragedia sucede, punto.

Sobre el asunto Herzog, quiero decir el asunto Werner: varios días de investigación más o menos disciplinada y bastante descorazonadora. Está su página web oficial, claro: www.wernerherzog.com. Tiene una pestaña titulada Contact, claro. Pero cuando pienso en contactar con Werner mi mente visualiza realidades más tangibles. Dos realidades en concreto. Un valle alemán entre agua y montañas verdes, verdes de verdad, no como estas, con una bonita casa de madera blanca, un buzón al inicio del camino de entrada, y mi carta dentro. O un teléfono sonando en la acogedora sala de estar, con chimenea y muchos libros, de esa misma casa imaginaria; un teléfono que suena y suena hasta que por fin descuelgan y la voz más impresionante de la historia del cine me dice: Hier spricht.

Viernes 5 de julio

Pienso. Se suele escribir desde la certeza. Más aún: desde el acierto. Yo lo hago desde el error, ni siquiera desde la duda. Escribo desde la sombra del error. Yo todo lo hago desde la presunción del error. No lo pretendo, es mi natural. Intuyo, supongo, imagino. Eso: pienso. Nunca sé. Cuento siempre con la posibilidad de equivocarme. Por eso no me preocupa saberme repleto de prejuicios. No los entiendo como elementos distorsionadores del pensamiento limpio y sano y atinado, aceptable. No sé lo que es el pensamiento limpio, sano y acertado; correcto. Ni siquiera sé si su existencia es posible. De modo que no me importa reconocermelo lleno de prejuicios, si bien prefiero decir que lo que tengo son impresiones. Todo cuanto observo me genera una impresión a la que

procuro atenerme. No es desprecio ni alabanza lo que las inspiran; es experiencia, y muy limitada. Y es por ello que escribo y pienso desde la presunción del fallo. Puedo equivocarme en relación con el director, con Elvira, con el Jesuso, con mis amigos, conmigo mismo. No debería hacer falta decirlo. No debería hacer falta decir que es posible que mi visión de las mujeres del recital de poesía sea imprecisa. Desde lo de La Revo llevo un par de noches releendo con atención y cautela a Houellebecq. Visto lo visto me lo pedía el cuerpo, es normal. Quiero decir que supongo que es normal. Concretamente estoy leyendo su Poesía. Y más concretamente Sobrevivir, esa especie de manual de la angustia, de guía para poetas perdidos. Me gusta lo que dice de la militancia: que es para gente feliz, que el poeta no debe adherirse a ninguna idea, que debe cuestionarlo todo. Pervertirlo todo. Me gusta y me conmueve, porque me da la sensación de que va dirigido a mí. Para ser más preciso, y si no fuera imposible, diría que por momentos estoy convencido de que Michel Houellebecq escribió Sobrevivir inspirado por mi vida. En efecto hay que ser una persona feliz para abrazar una gran causa. Cualquiera. Uno ha de estar lleno de una pureza interior poco menos que divina para creer que existe algo profético en su pensamiento. Uno ha de poseer una fe inquebrantable en la robustez de la bondad de sus ideas para querer poner con ellas los cimientos de algo más grande. La gente feliz rara vez cuestiona sus razones, sus méritos, su suerte. La gente feliz tiene las cosas claras. La gente feliz tiene tiempo de sobra para sumarse a movimientos más o menos amplios en los que sentir su voz representada, en los que retroalimentarse del asentimiento y la concordia de otra gente idéntica, otra gente feliz. La gente feliz predica, la gente feliz se adhiere a cruzadas y busca la adhesión a la suya. La gente feliz quiere tener razón. La gente feliz está iluminada, y en sus cerebros el sol brilla sobre la pradería, las vacas pastan con eficiencia y sin conflictos interiores, limpios arroyos refrescan el aire; cada día es un verano suave, tibio, joven; no mueren los niños, no mueren los justos; el bien y el mal viven inconfundibles uno a cada lado de la frontera marcada por el nosotros, por el ellos. Algo así es lo que piensa Michel Houellebecq. Algo así es lo que pensé yo la otra noche oyendo aquellos poemas tan apasionados y tan llenos de convencimiento, de devoción, de verdad absoluta. De supremacía. Y ahora pienso que cada vez que leo a Houellebecq me gusta menos porque detecto en sus posiciones el reverso exacto de lo que cuestiona. Hace bandera de la disidencia, lo cual es tanto como militar. Entonces me prometo no cometer el mismo desliz. Pero imagino que es humano hacerlo, de modo que es probable que antes o después acabe por cometerlo, si no lo he hecho ya. Imagino

que es casi imposible no aislarse en el propio pensar a medida que uno va cumpliendo años y la existencia se convierte en un empecinamiento. Michel Houellebecq está viejo. Quizá siempre lo haya estado, siempre lo haya sido. Han pasado muchos años desde que escribiera *Sobrevivir*. Aún era relativamente joven cuando lo hizo. Sin embargo ese libro parece la obra de un anciano, de alguien para quien el futuro es cosa ajena. Me preocupa que la novela adolezca de lo mismo. Me preocupa hasta cierto punto, porque una novela no es más que una novela. Una historia. Un cuento. Un objeto que no tiene por qué embellecer el mundo, mucho menos dignificarlo. Pero no quisiera que se me tomara por un autor descreído, renegado. No quiero que en mi novela el yo y el los otros estén en guerra. Yo solo guerreo contra mí, y no es algo que me honre ni me enriquezca ni me mejore en ningún sentido. Lo que de verdad me gustaría es estar en paz. Esperar la llegada de los días, los años que se avecinan y pensar que vendrán llenos de luz.

Esto y más cosas es lo que pienso esta noche en la terraza mientras me como un polo de chocolate de una caja de seis que compré en el Casimiro y saco a pasear los ojos por el relieve azulado. Luna creciente, creo. No memorizo los cielos. Quizá debiera. Eso y más cosas inanes es lo que me rondaba la cabeza esta mañana en el mercadillo. Lo montan cada viernes en los soportales, también un sábado al mes, lo he leído en algún sitio. Cuatro puestos mal contados. Uno vende ajos y cebollas, otro cocina. El que más éxito tiene se dedica a la miel de hierbas y los jabones de hierbas. Romero, tomillo, espliego. Los turistas hacen cola para pagar seis u ocho euros por pastilla, catorce o dieciséis euros por tarro. En los otros tenderetes solo compran las viejas. Lo hacen escasamente, con reflexión, con prudencia, con el recuerdo del racionamiento que guiaba su pensar cuando de niñas iban al mercado en la posguerra. En cualquier caso el ambiente del mercadillo me gusta. Quiero decir que me distrae. Desde que descubrí su existencia los viernes suelo dar un rodeo de camino o de vuelta de Correos para pasarme por allí. Seguramente emplear el verbo *soler* sea excesivo en este caso; lo cierto es que solo dos viernes he hecho esto que digo. Seguramente, también, sea esta otra disquisición sin sentido. Digo que es agradable eso de echarme un cigarro entre las columnas mientras admiro y envidio el interactuar plácido de la gente, la sencillez y eficacia de sus operaciones comerciales y vitales. Conservo cierto amor por la inocencia.

Domingo 7 de julio

Me tomé el café con las golondrinas, la tele encendida ahí dentro. No sé por qué me dio por ponerla. Creo que en ocasiones uno recuerda sin recordarlo que se siente solo. Que está solo. En fin, vi el encierro por casualidad. No hubo heridos por asta de toro. Limpié la cocina a fondo. Tendí y tomé otro café al sol tibio. Ya he dicho que el perfume industrial de la ropa lavada me acerca a casa, a lo conocido. El olor natural de los árboles y los senderos de montaña también cansa. Por inmutable, por obstinado, por viejo. Leí a Stanley Elkin. Decepcionante. Reconozco que compré el libro movido por su título: Poética para acosadores. Cuentos. Desistí a mitad del segundo. Salí cuando daban las once. Desde que llegó julio el pueblo está más lleno. Emigrados que retornan con el calor a las casas donde nacieron. También turistas, por supuesto, de fin de semana o de mes entero, españoles y extranjeros. Veraneantes todos, en definitiva, que alegran el ambiente con su despreocupación. Advertí mucho paisano endomingado. No sé si es que aquí hay devoción por San Fermín o es que la gente conserva la costumbre de ponerse guapa el domingo. De ser así no me había percatado. Puede que tampoco sepa observar. Me preocupa vagamente qué será de mí, Dios mío. Bueno. El contraste con sus ropas de diario era muy intenso. En el pueblo lo normal es que los vecinos vayan hechos un desastre. Hay en ellos cierta tendencia al abandono estético, como si se pusieran lo primero que sacaran a ciegas del armario o directamente lo más feo posible. No hablo solo de los ganaderos, en su caso resulta comprensible que vayan hechos unos zorros. Hablo de la inmensa mayoría de habitantes de este sitio, hombres y mujeres. Quizá sea que cuando todo el mundo te conoce los conceptos de decoro y buena presencia se desvirtúan. Quizá para esta gente los vecinos sean su familia y el pueblo entero su casa, y ya se sabe que la confianza da asco. Así que lo habitual es ver mucha camiseta de propaganda, mucha riñonera y mucho pantalón de mercadillo. Mucho pelo como de recién levantado. Hoy en cambio la imagen del habitante medio era como mínimo digna. No sé la razón de este cambio radical ni me importa. Seguro que es pasajera, pero he dado gracias al cielo; tengo unos ojos elegantes. Me crucé con Candelaria en los soportales. No es que fuera especialmente arreglada pero al menos no estaba cubierta de barro seco. Llevaba el pelo suelto y una camiseta de Nirvana. Dios mío otra vez, Dios mío, es de una juventud impresionante. Una llamarada en apogeo. Ni hablar de veinticinco, definitivamente no pasa de veinte. Me ha lanzado una mirada igual de poderosa que la del otro día, pero distinta, mejor. Brevísima, eso sí, no más de un segundo. Se me ha puesto la piel de gallina.

Anoche cené donde Jesuso. A las once ya se le habían ido los demás clientes, se había enfriado la noche. Está visto que por aquí arriba nunca se sabe. Me dijo que le ayudara a recoger la terraza y me invitaba a la última dentro. Le ayudé porque me cuesta negar nada a los desgraciados. En cuanto a la copa le di las gracias pero no. Me sentí un héroe, un dios atroz. Volvió a salirme con lo del Serafina. Que en nada venían un par de amigos y se iban los tres para allá, que me apuntara. Que uno era el Garbo, que seguro que lo conocía de pasarse por la oficina. Así es pero le dije que no sabía, que a lo mejor. También a esta oferta le di las gracias pero no. Y con rotundidad. Una rotundidad que en verdad no habitaba mi cerebro ni mi corazón ni mi alma. Llevo un par de días con este calor adolescente en las ingles. Todavía de tanto en tanto, cada vez más de tanto en tanto me ocurre. Hay momentos en que fecundaría a cualquier mujer solo para dejar prueba de mi paso por la Historia. Por la Tierra. Luego recuerdo quién soy.

Lunes 8 de julio

Encierro. Verlo hace que llegue a la oficina un poco más tarde de lo que acostumbro pero me llena de una vitalidad inofensiva y creo que saludable. Hoy dos heridos por asta de toro y unos cuantos contusionados.

Con el sol alto salgo en el Terrano hacia el ecoparque de Ortells. Todo recto por la CV-14 hasta que veas la señal, me ha dicho Esteban durante el café; todo derecho por la CV-14 hasta casi llegando a la Ermita del Consuelo. Me sorprende que me acabe de salir llamarle Esteban. Hasta ahora cuando mi cerebro le pensaba lo hacía invariablemente con su cargo de director, formal, inofensivo, lo bastante distante. Y cuando tengo que dirigirme a él en persona no le llamo ni director ni Esteban, empleo una segunda persona difusa, impersonal. Digo que me sorprende un poco la familiaridad que denota el hecho de haberme referido como Esteban. Puede que sea porque el sábado al anochecer me lo encontré borracho. Yo iba para el Jesuso y no sé por qué me dio por girar la vista hacia el interior de un bar cercano. El director estaba en la barra, cerca de la puerta. No me detuve, solo aminoré el paso lo justo para darme cuenta de que Esteban, quiero decir el director, en fin, lo justo para darme cuenta de que el hombre iba bien ciego. Las rodillas se doblan en un ángulo muy determinado por el exceso de

alcohol. Estoy casi seguro de que sollozaba. Estoy casi seguro de que no me vio. Mejor; en esta vida es fundamental que nadie sepa qué sabes. Que nadie sepa que sabes, en realidad. Así que con el Terrano hacia el ecoparque pensando en que en todas partes la gente sufre por causas misteriosas y disfruta por otras causas misteriosas hasta que un buen día se muere. Esto casi siempre por razones perfectamente claras. En la parte de atrás un montón de torres, teclados y monitores de las tandas de ordenadores que sucedieron a los actuales, también una cosa que a lo mejor un día fuera una impresora o un escáner. Cables y más cables. Madejas. Malas hierbas. Y asomando entre ellas ratones fucsia, azul eléctrico, ratones rojos y amarillos. Total, decenas de kilos de plástico duro que sin embargo emiten un ruido frágil cuando el movimiento les hace chocar contra el suelo de metal desnudo del todoterreno. Un ruido ligero, ridículo, estúpido, como si la información almacenada en todos esos discos duros no tuviera la menor trascendencia. Así es, me digo. Como si esos ingenios que un día fueron tecnología punta, las máquinas más inteligentes de la Historia, hubieran desperdiciado su potencia procesando datos tristes. Así es, me digo. Como si hubieran humillado a su propia memoria obligándola a recordarlos para siempre. Así es. Ni dios en el ecoparque, por suerte. Se me ha ennegrecido el pensamiento, a veces me pasa. Está prohibido fumar, lo indica un cartel a la entrada. Pero fumo. Lo descargo todo y fumo, fumo, fumo con la cara hacia el azul desenfadado. Aquí miras el cielo y es que no se te acaba. Que a mediodía tendríamos treinta grados, dijo esta mañana la emisora local. Ahora sí, el verano ha llegado. Releo esto que he escrito. Bien.

Martes 9 de julio.

Cada día más Chelva se erige en mi Walden particular, es innegable. Tanto como asombroso. Viene a mí mientras duermo, mientras subo y bajo por estos pasajes de piedra, mientras certifico el nacimiento de un puñado de vacas o la muerte de una remesa de corderos. Chelva, el pueblo primigenio, el pueblo de mi padre, viene a mí sin que lo llame. Es innegable, es asombroso, es inquietante. La naturaleza nunca me ha atraído, lo rural nunca me ha atraído, es probable que todo lo contrario. ¿Entonces por qué? Supongo que me hago viejo. Cada día me pesa más la cabeza, me pesan más los testículos. Chelva. Walden. Admito que incluso se me pasó por la imaginación la posibilidad de que también estas montañas pudieran ser mi nuevo Walden en las alturas,

mi nuevo Walden privado. A ciertas edades uno ya ha leído todo lo que tenía leer, lo ha olvidado casi por completo y solo conserva una idea distorsionada y algo insidiosa de lo que en otro tiempo le pareció esencial. No obstante supe enseguida que no, que no alzaría en estas cimas mi paraíso natural. Me bastó con pasearme cinco minutos por sus calles. No hay libertad en este pueblo, no hay alegría. También es posible que sea yo el que no las ve. Sea como sea es imposible que este lugar se me ofrezca como un idílico Walden porque el viaje a Walden es y solo es el remedo más o menos viable del regreso imposible a la infancia. Y yo no fui un niño aquí. El deseo de abandonar la civilización es el deseo de abandonar la edad adulta. Los problemas, las responsabilidades. El deseo de dar esquinazo a esa forma contrahecha en que uno se ha acabado convirtiendo. Un afán iluso de regresión. La naturaleza brota en la mente como el reducto de las sensaciones primarias que atravesaban libres de imposiciones nuestro cuerpo de diez años, de cinco, de quince. Seguro que esto no es más que una simplificación porque todo lo que construye el pensamiento humano, todo lo escribe el pensamiento humano es la simplificación de una realidad interpretable en su forma e indiscutible en su fondo. Partir hacia Walden solo demuestra incapacidad de adaptación o cobardía o ambas cosas. Igual que hacer puzles de madrugada o irse a Cuba a buscar esposa mulata de veinte años. Sí, igual que pensar que hay verdadero amor en los piropos con que las chicas calientan a los ganaderos en las habitaciones del Serafina, igual que pensar que es amor eso que sienten estos hombres por ellas. Igual que intentar escribir una novela. Una invalidez hermosa, una cobardía hermosa. El intento de fuga de uno mismo. Chelva es el niño que fui mucho antes de leer Walden. Un chaval silvestre. Otra cosa quiero decir, la considero relativamente importante. La mayor parte del tiempo me aburro, supongo que está más que claro. Como los dioses me aburro, y me sumerjo en la contemplación melancólica del caos irremediable de mi presente y mi futuro. Eso que ruge ahí fuera son las hordas de la vida, aniquilando sin prisa ni piedad todo aquello que fue creado para honrarme. Los bárbaros arrasan Roma, mi Roma. Chelva.

Espárragos para cenar, con ajos y tacos de jamón. Espárragos. A última hora de la tarde he bajado a comprarlos donde los Casimiro movido por un sentimiento de culpa y vergüenza de moderada intensidad y origen indeterminado. Me ha atendido Casi, el hijo, así he oído que le decía una clienta; al viejo lo mencionan con todas las letras. Ya no hay duda, ha heredado el nombre de su padre. Por desgracia para él poco más. Ha sido bendecido con un moverse rudos, una estática torva y una mirada poco inteligente.

Parece que le cueste hablar, mirar a los ojos. Al padre se le ve más despierto, más operativo. Quizá por eso se haya ganado de los vecinos el respeto a la integridad de su nombre. Casimiro. O quizá se deba simplemente a antigüedad, al hecho casual de haber llegado a este mundo antes que su hijo. Bueno. El hombre se ha aprendido el mío, mi nombre. Empiezo a extenderme. Me propago por estos montes, como un fuego, como algo peligroso, algo hermoso, algo que mata. Digo que Casimiro ya sabe cómo me gusta que me corte la panceta. El mostrenco de su hijo no sabe nada o finge no saber nada. Solo mueve el culo si Casimiro no está, de lo contrario se pasa el día sentado en una silla de enea haciendo sopas de letras. Solo sopas de letras, no miento. Puede que sea el más listo del pueblo, un genio. También me he provisto de acelgas y espinacas con las que preparar un arroz ligero o una pasta o un puchero que al cabo de un par de días tiraré a la basura prácticamente intactos. He estado a punto de comprar una col. He llegado a tenerla en la mano. La he devuelto a su sitio, aturdido por las dudas. Sí he acabado comprando un pomelo contundente. No me gustan los pomelos pero lo he comprado. Quiero explicarlo. Al ver los pomelos en el expositor he recordado que no me gustaban. Sin embargo una fracción de segundo después he caído en la cuenta de que no recordaba el sabor de un pomelo. Ha sido un momento de turbación. Sabía que no me gustaban los pomelos pero no sabía qué no me gustaba de ellos ni por qué. Así que, ya lo he dicho, he comprado uno, que he tomado de postre. Ahora vuelvo a tener claro por qué no me gustan los pomelos. Es crucial tener fresco en la mente lo que a uno no le gusta. En otro orden de cosas, la espadaña da las doce. Me lavo los dientes, como siempre con la impresión de no hacerlo del todo bien. Leve sangrado en la encía superior derecha. Hacía tiempo que no sucedía. La juventud no es ir en vaqueros. Mientras me desvisto frente al espejo del baño rosa mi pensamiento escribe esa frase en mayúsculas de neón contra la inmensa noche del desierto americano, que es lo mismo que decir las entrañas desiertas de España, estos montes estériles de granito y pinocha. Quizá eso lo explique todo. Lo de las verduras, lo de esta certeza de ser frágil y efímero que se apodera de mí de golpe ahora que sacudo con diligencia monacal mi pene tras expulsar la última orina del día. Un mes de barba.

Miércoles 10 de julio

No es raro que los ganaderos se pasen por la oficina con sus padres. Me refiero a ganaderos de sesenta años cuyos padres de ochenta y tantos o noventa todavía viven. Viejos menudos con manos como palas y la cara surcada por arrugas profundas como zanjas, como caballones. Viejos compactos con el cinturón a la altura del pecho y los ojos de aceite hundidos en sus cabezas quemadas, curtidas y morenísimas. Imagino que si te bronceas durante tres cuartos de siglo nunca vuelves a estar pálido. Sus hijos se los llevan de vez en cuando al campo, sobre todo cuando hace bueno. Se les ve nerviosos, a los viejos, mientras esperan a que tramite los papeles de turno. Nerviosos para bien, con ilusión. Solo quieren campo, campo, campo. Campo y vacas, ovejas, cerdos, lo que haga falta. Solo quieren pasar la mañana al sol en la granja que cedieron a sus hijos cuando el cuerpo ya no les daba para más. Hace décadas de eso, y sin embargo aguantan. Digo que hay muchos viejos en este pueblo. Hay muchísimos viejos, hay viejos a patadas en el interior de España. Algunos son felices, todavía se las apañan para subir y bajar las cuestas y las escaleras de este pueblo encastillado. Otros se tiran el día sentados a la puerta de su casa viendo pasar a los vecinos de siempre que aún no se han muerto: buenos días, buenos días, buenas tardes, buenas tardes; viendo desfilar excursiones de turistas de diferentes nacionalidades e idéntico aspecto: buenos días, bon jour, buenas tardes, good afternoon. También hay unos cuantos que vegetan en el jardín trasero de la residencia Atalaya, ahí abajo, donde los bancales yermos, abandonados. Los he visto. También a ellos les saludan los que pasan caminando del lado bueno de la verja. Parece que todo el mundo se conoce en lo profundo de España, que en cierta forma todo el mundo se ama. Y es verdad, o casi, porque también es cierto que algunos en estas bellas alturas esperan solos a morir y ser olvidados o a ser olvidados y morir. Ley de vida. Ocurre en cualquier otra parte.

Doce de la noche. Ha sido una larga sesión de Thispersondoesnotexist. Me ha costado mucho reunir el aplomo suficiente para apagar el portátil. Ahora en la terraza. Hace buena noche. Unos cuantos wests lentos. Luces en la oscuridad. En la tierra y en el cielo. Faros furtivos abajo en el valle que aparecen y desaparecen tras cada curva, cada ribazo. Si uno aguza el oído puede captar el ruido sencillo y casi animal de los motores. Y arriba el resplandor de las estrellas y entre ellas los destellos limpios, tecnológicos, asépticos de algún que otro avión. Me parece también que en cierto momento un satélite de este a oeste, lento y veloz, muy veloz al mismo tiempo. Se pierde en la noche al superar el parpadeo rojo de las luces de seguridad de los aerogeneradores. Lejos. Todo

lejos. Todo muy lejos. Y todo esto no sé para qué, porque lo que quiero decir es: Werner, amor mío, hace cosa de una semana que pienso en ti de manera ruin; confieso: envidio tu suerte; yo no tengo un barco que subir a una montaña; dime: ¿cuál es el reto que haya de poner a prueba mi capacidad?; no cometeré la estupidez de decir que soy mi propio desafío; aún me respeto; algo es algo, Werner; por favor, valóralo.

Viernes 12 de julio

Coincidí con Emma en la fotocopidora. Me comentó algo que no entendí. Me lo repitió. Tampoco. Incomodidad. Por salir del paso le pregunté si es que no hacemos comida de empresa antes de agosto como en todas partes. Me contestó: La verdad es que no porque en la oficina ya nos tenemos todos muy vistos y además cuando no es uno es otro el que está de vacaciones; ahora mismo Eugenio, pero es que la semana que viene soy yo la que se va quince días; y con los otros pues más de lo mismo; además a mitad de agosto son fiestas aquí y ya verás la que se monta, bueno, bueno, una locura; una semana entera comiendo y bebiendo a lo bruto; además por ejemplo Elvira ya anda liada desde mayo con la preparación de las actividades de su colla; es muy fiestera, ella, del pueblo pueblo, ya sabes, de pura cepa; total, que la verdad es que entre unas cosas y otras hace mil años que ni nos planteamos lo de la comida de empresa en verano; la hacemos en navidad y eso porque Eugenio se empeña; le hace ilusión; es como un chiquillo, te habrás dado cuenta, pero cuando llegan las navidades todavía más; nos vamos ahí a Tronchón, a Casa Clotilde, ¿lo conoces?; es una maravilla, cocina que es un espectáculo, esa señora; y tendrá ya ochenta u ochenta y tantos, igual alguno más; todo muy casero y muy bueno, por veinte euros te pones hasta arriba; vamos, que cuando llegas a casa ya ni cenas; lo malo es que, claro, hay que decírselo a Esteban.

Por cierto que llevo demasiado tiempo sin llegar a casa. Demasiado tiempo sintiéndome un sin techo. Según la Real Academia hay que escribirlo así, separado, me había equivocado. Es ya demasiado tiempo echando de menos la seguridad del único y genuino refugio. Justo por eso en la novela tiene que salir lo de aquella vez que okupé fugazmente la de mis padres. Hará tres o cuatro años, quizá el doble. Era ya tarde, las diez o así, seguramente martes o domingo. No contestaban al fijo. Mis padres siempre contestan al teléfono pero aquella noche no lo hicieron ni a la primera ni a la segunda ni

a la quinta. Tampoco mi madre atendía al móvil. Estaba preocupado, más por mí que por ellos, siempre me preocupo por mí más por nada en el mundo, supongo que es normal, a fin de cuentas si yo no existiera nada existiría. Además de otras cosas soy un egoísta. Además de otras cosas procuro ser honesto. Digo que la noche aquella que me colé en casa de mis padres diría que fue porque me sentía arrinconado por la vida. Necesitaba la voz hermosa de mi madre, necesitaba la voz segura de mi padre. Me urgía constatar el hecho de que los dos únicos seres del universo dispuestos a morir por mí seguían respirando, pensando, sintiendo. Me fui para allá, llamé al telefonillo. Nada. Salió un vecino y me metí, subí y toqué a la puerta. Nada. Pegué la oreja a la madera. Nada de nada. Abrí con la llave que no tuve que devolverles cuando me independicé porque por suerte o por desgracia nací hace cuatro décadas en España, y en España en el siglo XX, en el XXI, en el XXV y en el XV la casa de los padres siempre fue y será la casa de uno. La mía siempre fue y será el piso de la puerta 17 del número 79 de la calle Fontaneres de Valencia. Yo jamás me independizaré de mis padres por dos razones: porque soy español y porque soy y seré un niño: el hijo total. El piso estaba oscuro y en silencio. Lo recorrí de habitación en habitación encendiendo y apagando las luces con asombrada excitación hasta llegar a su dormitorio. También nadie. Tampoco nadie. No sé por qué sentí el impulso de tumbarme en la cama. O puede que sí. No me acuerdo pero seguro que estaba cansado. Cansado y asustado. Me dejé caer en la cama, bocarriba, como un muerto. Me dio vértigo pensar cuánto tiempo llevaba sin acostarme en la cama de mis padres. Solo tenía recuerdos infantiles al respecto, recuerdos agradables que supongo contribuyeron a que me quedara dormido. También había bebido, es cierto. Algo, no mucho, un par de verdejos, jamás me permitiría el lujo de evadirme adrede de mí mismo. Me despertó el ruido de la puerta al cerrarse. Oí las voces de mis padres, sus movimientos en el recibidor, en el salón. Me asaltó un miedo repentino. El miedo del intruso, del furtivo. El miedo triste del que sabe que no tiene derecho a estar donde está. Me levanté de un salto, alisé la colcha apresuradamente y me eché al suelo. Me deslicé bajo la cama. Les oí entrar en el baño. Oí a mi padre orinar pobremente, un rumor, un presagio, mientras mi madre se lavaba los dientes. Después oí orinar a mi madre, con más vigor, con más salud. Luego entraron en el dormitorio. Mi madre encendió la luz de su mesilla. La cama se hundió por los lados cuando se sentaron dándose la espalda para descalzarse. Vi sus pies viejos. Me habría gustado tanto besarlos. Me contuve. Hablaron un poco de la película que habían visto en el cine. No les había gustado. Se pusieron el pijama, se acostaron y la luz se apagó. Me quedé

en la oscuridad escuchando sus respiraciones cada vez más y más profundas, más y más tranquilas. Solo cuando estuve seguro de que ya no podían oírme susurré mi confesión contra las láminas del somier. No sé si ya he dicho que soy un cobarde. Huelga decir que este gesto interesado no hizo que me sintiera mejor. Desde luego soy un miserable, y desde luego tampoco soy tonto. Un rato antes del amanecer me escabullí sin ser visto. Es lo que mejor se me da. Es lo único que se me da bien. Que nadie sea capaz de decir que Iván Rojo estuvo en un determinado lugar en un determinado momento. Yo siempre huyo.

Domingo 14 de julio

Sin embargo también me he quedado este fin de semana. Me habían hablado del santuario de la Virgen de la Palma y para allí que me fui el sábado. Más lejos que nunca por la CV-14. Casi hasta besar Teruel. Todo el rato remontando el curso del Bergantes con el Farm de Dinosaur Jr en las orejas, en realidad I want you to know una y otra y otra vez, todo el rato, ya lo he dicho, a todo volumen. Pasé de largo el campo de fútbol, una explanada de tierra, mera tierra, ni siquiera brotes de maleza. Pasé de largo la oficina, pasé de largo el ecoparque, pasé de largo Zorita y su central eléctrica abandonada. Pasé de largo los hocinos que aquí y allá salpican la margen donde el río se ensancha un poco, coloridos, fértiles, sembrados de plantas. De cultivos tampoco sé nada. Veinte minutos a través de los pastos, se dice pronto, hasta que por fin el valle deja de serlo y el asfalto enfila hacia el cielo abierto entre dos estribos. En el de la izquierda el santuario, excavado en la roca viva de la ladera. Para subir se coge una carretera hecha polvo. Vi un par de cuadrillas a lo largo de la ascensión. Hombres del Este, más o menos rubios, más o menos oscuros, barnizados de ocre por el sol alto. Algunos trabajaban en los socavones, otros se comían el bocadillo sentados a la sombra de los pinos carrascos. Al pasar todos me miraron con ese orgullo que en otras ocasiones he detectado en quienes desarrollan un trabajo físico. Me miraron como si ellos fueran hombres, quiero decir verdaderos hombres, y yo no. He percibido lo mismo en algunos de los ganaderos que se dejan caer por la oficina. El santuario es en puridad una gruta de techo irregular y bajo. Al fondo hay una pequeña talla de madera de la virgen sobre una hornacina excavada en la piedra. Según cuenta la leyenda un buen día de otro tiempo se apareció a unos pastores. Lo de siempre. Está detrás de una reja cuyos

barrotes se incrustan en la piedra húmeda. Un cartel dice que es del siglo XIII, recién liberada la zona del dominio islámico. Puede ser. También dice que se trata de una imagen policromada. Bueno, a día de hoy no lo parece pero no soy un experto. Puede ser. La figura no resulta en modo alguno impresionante, como mucho algo repelente. Cerosa, aniñada y algo estrábica, como la chiquilla de Mirambel pero rodeada de exvotos. Las peticiones de la gente esparcidas por el suelo húmedo. Sus esperanzas colgadas de las paredes. Piernas ortopédicas, sillas de ruedas, dentaduras postizas. Gafas, muchísimas gafas. Y un montón de cabelleras, no sé si auténticas o de plástico pero cabelleras. Trenzas, coletas, colas de caballo. Fotos. Fotos de hombres y mujeres con aspecto de llevar muertos cincuenta años, setenta y cinco, un siglo. Fotos de críos en blanco y negro. Fotos de perros en color. Fotos de burros. Prendas. Chalecos de punto, mantos hermosamente bordados, boinas, zapatos. Hay unas botas Puma de fútbol, lo juro. Y velas. Una infinidad de velas con forma de cabeza, con forma de ojo, con forma de mano, con forma de riñón, con forma de corazón. Y una con forma de coche ahí mismo, a dos palmos detrás de la reja. Ninguna marca ni modelo concretos. Quizá se pareciera un poco a un Seat Ibiza blanco, blanquísimo, del tamaño del puño de un niño. Alargué el brazo entre los barrotes y la cogí sin que me vieran. Me la llevé a casa y por la noche la encendí en la terraza. La puse en el poyete lateral, entre las macetas vacías, y coloqué la silla dentro de su temblorosa esfera de luz. Leí a Bukowski hasta que se consumió. Una hora y tres minutos según el cronómetro de mi iPhone.

Hoy poca cosa. Trasteé un rato en la red. Vídeos de furia al volante en el centro quemado de los Estados Unidos de América, en las entrañas heladas de la gran Rusia. Colisiones en espacios inmensos. Intento comprender. Cené un buen tomate con queso fresco.

Lunes 15 de julio

La mujer de correos me dice mientras gestiona la correspondencia de la oficina que tiene el corazón muy débil. Desde pequeña. Muy débil. Muy delicado. No sé qué decirle. No le digo nada.

Vacas. Por aquí hay muchas. Lo sé porque tramito sus nacimientos, ya lo he dicho. Un ganadero al que Elvira se ha dirigido por el sobrenombre de Mediometro me ha dicho que antes abundaba la oveja pero que renta muy poco y que en cambio Europa suelta una buena pasta por vaca. El caso es que te las encuentras en cualquier parte y momento. Vacas. Esta misma mañana de nuevo me obligaron a detenerme en la carretera cuando iba al trabajo. Insisto: insisto: hasta hace unas semanas no había visto una vaca. De hecho para mí las vacas eran animales exóticos, incluso imaginarios o casi, legendarios manantiales de leche y depósitos de carne al servicio de los Mercadonas del país, del mundo. Ahora que las he visto me asombran como la maravilla que son. Antes no tenía noción de su verdadero tamaño, de su olor, de su lenguaje. Porque las vacas hablan. Hablan con sus ojos, esos ojazos gelatinosos con un rango de visión de casi trescientos sesenta grados que te miran con humanidad. Sí, con humanidad, con amor y perplejidad, como una madre mira a su hijo tonto, como un hijo tonto mira a su madre. Las vacas hablan con el rabo. Con las orejas. Con la lengua. Las vacas lanzan sin parar mugidos al universo. Mensajes sencillos, hermosos, necesarios. No es culpa suya que se pierdan en el ruido, en el tiempo. Si pudieran escribir lo harían a todas horas. Estoy seguro.

Por la noche una melancolía repentina, suave y desagradable como morder algodón. Hace solo un rato, ya estaba en la cama. Me he levantado con la intención de vomitar. Esta vez quizá haya sido cosa de las longanizas del Casimiro. No sé por qué las he comprado. También un par de morcillas de cebolla. Carne basta. No importa cuánto tiempo la pases por la sartén, queda medio cruda y muy potente. Quizá precisamente por eso acabo cenando embutidos del Casimiro mínimo dos veces por semana; es como comerse algo todavía medio vivo, un cerdo recién destripado, aún caliente. Resulta desagradable y a la vez natural, animal, humano, le conecta a uno de manera fácil y segura con los ancestros. Estoy convencido de que Werner opinaría lo mismo. Por cierto que esta tarde me hice seguidor de su página Facebook. Dudo que Werner sea el administrador, dudo que sepa siquiera de la existencia de ese sitio por mucho que su nombre sea Werner Herzog Official. Aun así en Messenger redacté un mensaje privado dirigido a la página. Lo encabezé con un Dear Mr. Herzog y tiré de las nociones de inglés que por alguna razón no he olvidado. Lo repasé tres o cuatro veces. Concluí que había logrado dejar claro mi propósito. Mi oferta. Sin embargo a última hora recapacité y borré el mensaje, naturalmente.

Martes 16 de julio

Me largaba de la oficina cuando me preguntó Elvira si ya había ido a la piscina. Me dijo que la han reformado este año y le han puesto césped y todo y que está muy bien, que ella se ha sacado el bono y acude casi todas las tardes. He estado a punto de responderle que para mí solo existe una piscina de pueblo: la piscina municipal de Chelva, años ochenta, aquella agua azul con sabor a Mirinda de naranja. El fondo de cemento basto. Desconchones en los azulejos. Atestada de veraneantes. Atestada de moscas. Enjambres de moscas de un negro tan intenso como nunca he vuelto a ver, chispas de puro carbón por todas partes, duras al tacto si chocaban con los cuerpos, con las caras, con las bocas. Cuando se cansaban de volar se apelotonaban sobre el terrazo abrasador, formaban melés de diez, doce, treinta, no sé qué hacían, pelear, fornicar, no sé, pero había frenesí en sus movimientos, un algo orgiástico. Mi hermano y yo simplificábamos el asunto aplastándolas a zapatillazos con aquellas chanclas de rizo, las mías azules, las suyas rojas, que olían como a peces muertos. Bocadillos de atún. mirindas, sí, y cervezas El Águila para mis padres. Hay una foto de los cuatro. Se ve un trozo de cielo, se ve un trozo de agua. Mi hermano y yo nos estamos comiendo sendos sándwiches de nata de aquellos de Avides. Mi madre lleva un bikini con un estampado de piñas alucinante. Mi padre lleva la barba a lo Fidel, ahora que lo pienso la misma barba que Iván el de las vacas, a lo mejor también por eso me cayó simpático nada más verlo. Dios mío, es terrible, todo está conectado. En la foto los dos fuman con desenfado, con libertad. Yo solo quería crecer para ponerme a fumar sin parar. Me parecía el mejor de los futuros, porque lo era. Puedo oler el dulce Nobel, puedo oler el agresivo Ducados. Puedo oler todo de aquella piscina, puedo oler todo lo que ya no existe. Los pinos, quiero decir aquellos pinos, y la Nivea, y el cloro, y el plástico caliente de los manguitos. Y puede que melocotones. Y seguro que el leve olor a quemado de la permanente de mi madre y el rastro de los rayos de luz hundiéndose preciosos e irre recuperables en su pelo. En el agua irisada de bronceador de la piscina. En esa suciedad resplandeciente. En el tiempo. ¿Quién la hizo? ¿Quién nos encuadró a la perfección y nos congeló a pleno sol para siempre? Quienquiera que fuera supo captar lo mejor de nosotros. Se nos ve a todos de maravilla. Parecemos la auténtica y genuina sagrada familia. No volvimos a salir así de

bien en ninguna. Quienquiera que fuera, sépalo: hay una estatua suya en el centro de cada plaza de la ciudad perdida de mi mente.

Miércoles 17 de julio

Y sin embargo hoy después de comer me fui a darme un baño en la poza, por hacer algo. Casi todo lo que hago lo hago por hacer algo. Mis compañeros me habían hablado del lugar, creo que también la peluquera mientras me pasaba la máquina. Lo había imaginado de otro modo. Más hermoso. Suele ocurrirme. La realidad es que es un paraje un tanto hostil. Un par de árboles asesinados por la solana o quizá por el frío de los inviernos y una modesta cavidad entre unas rocas, medio llena de un agua verdosa. No valía la pena haber forzado el Dacia tres o cuatro kilómetros por ese camino de carros. Me dije que debería haber ido a la piscina municipal. Pero ya puestos me metí. Estaba helada, el agua. Nadé torpemente de punta a punta de la charca unas cuantas veces pensando en el azud de Chelva donde me bañaba de crío. Pensando en otros veranos, los únicos. Luego me dediqué a medio flotar al sol entre los insectos dorados, entre los críos dorados, entre las señoras doradas. La gente puede ser maravillosa, incluso puede parecerlo. Agradecí la ayuda de toda esa energía cegadora que llegaba del espacio para volcarse en mis ojos. Las mujeres debían de pertenecer a un club de algún tipo. Las que pululaban por la orilla de la poza llevaban todas el mismo sombrero de paja. En la cinta había algo escrito, no pude leerlo. Los destellos me cegaban y además me aburro rápido. Así que me dio por bucear. Había de todo ahí abajo. Peces gordos de aspecto lodoso y latas de cerveza, latas de coca cola, latas de aceite de motor. También el esqueleto de una moto, en realidad un ciclomotor, me pareció que una Typhoon. Quizá en otro tiempo hubiera sido amarilla. Salí algo asqueado. Me senté en una piedra. La rejilla del bañador me molestaba en el escroto. Estaba vivo. Supe sin lugar a dudas que aún estaba vivo. Era una noticia. Con frecuencia lo dudo, así que sí: era una noticia. Es una noticia. Buena o mala no lo sé. Una noticia.

Jueves 18 de julio

Hoy al atardecer este pueblo oprimía. Ni siquiera el vino me apetecía así que pasé de largo los soportales ignorando el grito del Jesuso y salí de la muralla por la Puerta del Rey. Desde luego no tiene ni pizca de la majestuosidad de la de San Blas. Pintadas absurdas en el pasadizo, que huele a meados recientes e históricos pero cumple a la perfección con su función: dejar entrar, dejar salir, que la vida fluya. Tiré por el camino de los perfumes, así llama esta gente al sendero que desciende zigzagueando entre los bancales de plantas aromáticas. En uno de ellos descubrí la pequeña plaza de toros, extraña, con forma de media luna, malas hierbas crecidas aquí y allá entre la arena seca, apelmazada. Abajo el llano era una sombra que se hinchaba, a mí el sol aún me sacaba algún sudor en la ladera. Había mucha flor amarilla y lila, también bastantes anaranjadas. Al resguardo de la muralla el viento ni las rozaba. Nada, ni una brisa, ni el menor movimiento. Parecían como pintadas, las plantas, ajenas a los elementos, y me pregunté si no estaría soñando; otra versión, más ligera, de mi duda recurrente: si estoy soñando, si estoy muerto. Si lo que veo existe, en definitiva. Pero una avispa se había posado en mi mano. El temor me tranquilizó. De los brotes solo identifiqué el romero y el espliego, puede que también el tomillo. Arranqué unos tallos de cada para llevar al día siguiente a mi madre y me senté en una piedra a echar un west. En el valle todavía algunos destellos de claridad. Supuse bañeras los bultos inmóviles. Los otros, los lentos, se revelaban vacas al aguzar la vista. Seguían a lo suyo, amorradas a la tierra negra. Sonó media campanada en el cielo. Y me alcanzó la oscuridad que trepaba pendiente arriba desde el valle, recalentada por el sol recién muerto, como una tibia inundación. El aire olía igual que ese bazar chino de la avenida Pérez Galdós de Valencia en el cruce con Tres Forques. Happy Asia, creo que se llama.

Por cierto que hoy en el trabajo me conmovió un tanto la cara de preocupación de Ernesto y quise distraerle. Quise hacerle sentir útil, que según he observado por ahí es lo más alegre a los hombres a partir de cierta edad. Le pregunté que si es verdad que no hay ovejas por aquí, que todavía no había visto ninguna. Me vino a decir lo mismo que el Mediometro: que antes había muchas borregadas, pero que ya no rentan, que las subvenciones europeas para la cría de vacas son mucho mayores y que todo el mundo se ha pasado al vacuno. Sin embargo ahora en la terraza oigo balidos. Llegan remotos, con un deje de desamparo. Incomodan. Me pregunto si así suena mi voz cuando hablo, cuando escribo.

Por cierto también y por supuesto que en este pueblo hay estanco. Un estanco. Lo que pasa es que nunca compro el tabaco en esos establecimientos. No me gusta delatarme. No me gusta que nadie sepa fácilmente hasta qué punto soy débil, hasta qué punto sucumbo al vicio. Hasta qué punto estoy incómodo en la vida. Prefiero sacar el west discretamente de la máquina expendedora del Jesuso, de la máquina de cualquier otro bar, de la máquina de la gasolinera.

Viernes 19 de julio

Está claro que no soy un buen explorador. Hasta esta misma tarde desconocía que tan solo unos números más adelante esta calle se estrecha para convertirse en callejón. Hay en él sombra, hay humedad, una atmósfera mohosa permanente, diría que perpetua. Basta con respirar para sentirlo. Olor a covacha, en fin, a tierra antigua, a frío polvoriento. Y hay también casi en su fondo una casa en ruinas que sin embargo muestra sobre su entrada un panel cerámico en perfecto estado de conservación. Representa el milagro realizado por San Vicente Ferrer en esa vivienda o en la que en 1414 se alzó sobre su suelo. Estoy seguro de que si entrara en Google daría con unas cuantas teorías acerca del motivo que pudo traer al santo a este lugar hace seiscientos años. Pero no me interesa. Me interesa la historia dentro de la Historia. La leyenda. La inscripción que glosa la inquietante escena pintada en los azulejos: “En esta casa obró San Vicente Ferrer el prodigioso milagro de la resurrección de un niño que su madre enajenada había descuartizado y guisado en obsequio al santo”. He estado un buen rato plantado frente a la miserable fachada con los ojos puestos en el panel y dolor en las cervicales. Unos metros más arriba la penumbra ya anidaba en los aleros, un enorme murciélago viejo. Pensé en el vencejo. Más arriba aún, mucho más arriba, se abría un retal de cielo. Azulísimo. Irreductible. Pensé en el vencejo. Serían ya las nueve largas de la noche. Pensé en el vencejo y en que nada se parece más a hacer milagros que la escritura. Y sin embargo tampoco ella los hace. Pensé en los montones de pan de salvado, en los despojos de sangre emplumada. No vuelven los que se van. No vuelven los vencejos que quizá no lo fueran. No vuelven las chiquillas con cara de buena que quizá no lo fueran. No vuelven los muertos.

Una bravas en el Jesuso. Hablamos de lo que hablan los hombres. Quiero decir que me habló de lo que hablan los hombres. Se sentó conmigo en la terraza y me contó cuánto y cómo le gustan las mujeres, cuánto y cómo le gustan los coches, cuánto y cómo le gusta matar conejos.

Sábado 20 de julio

En la terraza temprano, ya duchado. Como cada mañana las golondrinas celebran en el cielo lo que quiera que puedan celebrar las golondrinas. No tener memoria, no tener conciencia, quizá. Supongo que también hay hombres para los que la vida es un juego. Los envidio. En cuanto me acabe el café saldré hacia Valencia, he despertado lleno de añoranza urbana. En realidad yo siempre echo de menos la ciudad por razones análogas a las que me hacen añorar Chelva: en el pueblo fui la infancia, en Valencia fui la juventud. En uno y otro sitio encarné la omnipotencia, brillé en el centro de las galaxias. En ambos lugares fui otro antes de ser este de ahora. En fin, que uno no elige su sitio. Uno no elige sus añoranzas. Uno no elige lo que se le arrebató.

Domingo 21 de julio

El único caballo que he visto de cerca, el único caballo que he acariciado yacía panza arriba en mitad de esta tarde y del espliego salvaje que pinta la falda del monte de Puntal hasta el mismo arcén de la Nacional. Volvía yo de Valencia, de ver a mis padres, a mi hermano, a Pablo y a Andrés. Volvía sin ganas y seguramente fue más por postergar todavía un rato mi llegada que por curiosidad que arrimé el Dacia a la cuneta y me acerqué a echarle un vistazo al animal. No era hermoso ni imponente ni blanco ni negro ni tenía ojos ni nombre, pero de algún modo aún parecía lo que había sido: un caballo, y al mismo tiempo lo que era: nada. Pensé en mis cadáveres, quiero decir en mi cadáver, en mi bellissimo cadáver particular, y sobre todo en mí. El caballo ni siquiera apestaba ya. Lo respiré hondo: solo olí el sol, la fragancia definitiva, lo único que recuerdo de los entierros. El sol que brillaba y brilla en todos los entierros que he vivido, también en los lluviosos. Brilla el sol sobre la muerte en las lavandas de estas cimas y en las flores de plástico de los camposantos. Brilla en la terraza del típico bar de

enfrente del cementerio. Brilla sumergido en la cerveza obstinada y te lo bebes y piensas: Qué bueno, qué bueno, y te sientes bien y mal al mismo tiempo, pero sobre todo bien porque brilla, brilla el sol cuando la muerte te roza y te lame y no le gustas y se aleja como una perra. Sol se llamaba la de mi tío Francisco, una spaniel bretón blanca con manchas doradas. ¿Por qué pienso en ella? Murió de vieja más o menos al mismo tiempo que mis abuelos. En realidad mi tío Francisco no era mi tío, y en realidad Sol no murió del modo que he dicho, por lo menos no exactamente. La mató su dueño en una horma de Chelva, por los bancales de abajo, de un par de pedradas en la cabeza. No lo vi, y lo lamento. Lo sé porque alguna que otra vez lo ha comentado mi padre.

Unas horas antes habíamos comido toda la familia en casa de mis padres. Hubo noticia: mi hermano y su mujer están esperando otro crío. Sentí cierta autocompasión al corroborar lo acertado de uno de los dogmas en que se ha ido asentado mi estar en el mundo: en general la vida avanza; la mía en concreto no. No en el mismo sentido, por lo menos. El martes les confirmaron la buena noticia. Me duele un poco que no me llamara para contármelo al enterarse. Mi madre hizo una paella. Le puso romero de Las Cumbres. Para mi gusto demasiado.

Otra cosa: Dios guarde a los camiones que ruedan por la N-232 a las seis de la mañana, a las ocho largas de la tarde, a las doce de la noche o a las dos y media de la madrugada. Esos camiones descarados que no dudan en hacerte luces si no le pisas, que se ponen a un palmo de tu culo resoplando como bisontes. Dios bendiga los nombres escritos en las viseras anti-UVA de esos monstruos: Peñarroja, Marujín II, Robert, Gómez Espejo. Y Dios proteja por siempre a los hombres que los conducen: esos misteriosos camioneros sin rostro, esos inquietantes camioneros de un solo brazo, esos camioneros devotos de las vírgenes manchegas y de los santos rubios expuestos en sus ventanillas. Hombres que comen de menú, cagan de menú y follan de menú, tasada y agónicamente, a lo largo y ancho de este país, de este continente. Hombres que llevan las fotos de sus hijos y sus padres en el salpicadero. Hombres de pulso firme que siempre saben adónde se dirigen. Hombres que jamás extravían el rumbo. Le pido a quien mande en las alturas que, a su debido tiempo, alguno de esos camioneros me haga el honor de conducir mis restos hasta el cementerio. Mi cuerpo a cien por hora en la caja de uno de esos tráileres. Mi cuerpo de viaje hasta el último minuto. Mi cuerpo dentro de un contenedor picado por el óxido a través de los valles y las montañas, a través de la intuición de la hierba y de los

ríos, de la lluvia y del sol. Mi cuerpo transportado en la oscuridad y el silencio hacia el mercado definitivo como el producto irrepetible que siempre fue, mientras en la cabina suena el último y conmovedor hit de los Cuarenta principales o una tertulia sobre cualquier tema de candente actualidad. Oh, sí: que Dios o los astros o quienes puedan hacerlo guarden a los camiones por los que no pasa el tiempo. Visto de cerca un camión impresiona, lo mismo ahora que hace medio siglo. Un camión es un elefante. Un mamut, un mastodonte. Un monstruo. Una realidad que empequeñece a los hombres, que los vuelve chiquillos. Por eso lo que más quiero cuando se haga la noche eterna es despertar en mi cuarto de niño y verlos, verlos, verlos de nuevo ahí abajo. Eso es lo que quiero: acercarme a la ventana de mi niñez y que ahí estén, en el descampado de mi infancia, en los confines de una ciudad que ya no existe, los camiones. Camiones hermosos, camiones épicos, camiones exhaustos tras atravesar las peligrosas carreteras de la democracia recién nacida. Camiones polvorientos y descomunales: Tara: 6.500 kg, PMA: 19.000 kg; Tara: 7.200 kg, PMA: 21.000 kg; Tara: 8.000 kg, PMA: 23.000 gloriosos kg., durmiendo feroces bajo las estrellas ciegas. Camiones silenciosos como las ruinas de la civilización. Camiones con ruedas negras como la mirada de Dios. Camiones con nombres de leyenda, repito, nombres para la Historia: Bolinches, Hnos. Carracedo, Juan "El Gordo" Muela. Sí, camiones con la virgen de Guadalupe pintada en la puerta. Camiones con pósteres de tías rubias en la pared trasera de la cabina. Camiones regresados de lugares desconocidos. Camiones como veteranos de guerra. Camiones resucitados que traían en el parabrisas restos de insectos, restos de pájaros, sangre de toda Europa, sangre de otros mundos. La electrizante sangre del más allá. Camiones Pegaso. Camiones Barreiros. Camiones Iveco. Camiones llenos de arañazos. Camiones que arraigaban en la tierra de los solares de Valencia profunda y largamente, una semana, dos, un mes, y un amanecer cualquiera desaparecían con los antiniebla puestos. Quería ser como ellos. Quería ser uno de ellos. En cierto sentido lo soy. Siempre me voy, siempre huyo.

Algo más, todavía. El domingo menos pensado verás las manos de tu madre en remojo en una palangana azul. Pálidas. Blancas. Como de madera. Como arrancadas a una imagen de Salzillo. Verás sus manos sagradas mortificadas por el síndrome del túnel carpiano, ahí hundidas, y querrás bañarte en ese agua tibia. Querrás bebértela. El domingo menos pensado la iconografía vulgar de tu vida tornará santa en un instante, sagrada. En un solo instante el futuro será el pasado. Sin nostalgia, con precisión. El

domingo menos pensado verás tan, tan vieja como una catedral gótica la casa de nueva promoción en que creciste. La recorrerás como un extraño, como una visita inesperada que la pisara por primera vez. Un visita absurda, casi un turista, el primogénito desheredado sin dinero para agenciársela. Detectarás los prodigios domésticos que te pasaron desapercibidos durante todos los años que la habitaste. Te maravillará la calidez ambarina que la envuelve a las cuatro de la tarde. La pacífica geografía del gotelé en que jugabas sin éxito a buscar siluetas de países, mujeres desnudas, caras de difuntos, se te revelará ahora como si por una magia dominaras una lengua muerta. El sencillo cuarto de baño, las baldosas en que sembraste tu primer y mejor semen, aquel que creíste inagotable. Tu descendencia, tu trascendencia brillante desparramada por el suelo. El primer campo de batalla de la guerra que después vendría. Y la cocina, la pequeña cocina que ella siempre estuvo empeñada en reformar. La pequeña cocina blanquiazul de la que salieron los manjares más exquisitos que jamás te echaste al buche. El domingo menos pensado repararás también en los defectos de aquel piso. El raquitismo congénito de sus tabiques, vía libre para el frío en invierno, el infierno en verano. Su permeabilidad bidireccional a la futilidad. Y la humedad sepulcral de los armarios empotrados, aquellas manchas indestructibles en los rincones del techo, paranormales, sobrenaturales. Recordarás su tacto esponjoso, glacial, de líquen. El augurio misterioso que aquel moho albergaba lo descifrarás ahora con exactitud matemática. Y será decepcionante, casi insultante en su simpleza. El domingo menos pensando repararás, en definitiva, en la sutil carencia que te acompañó desde el origen de los tiempos: no participaste de nada de aquello, solo lo observaste; no viviste; solo escribiste. Y no lo lamentarás ni por un instante. Partiendo de escenarios idénticos otros lograron formar familia, ganarse bien la vida, incluso levantar emporios. Tú elegiste heredar lo inaprensible, lo que no da más que para un texto de tres minutos que lo condensa todo. Lo que se apaga para dar paso a lo oscuro. Lo que hace que salten los plomos del mundo, como cuando al ir a la ducha enchufabas aquel pequeño pero potente radiador taunus.

Lunes 22 de julio

El futuro está en las mujeres que conducen sus minis a lo largo de la E-15 en paralelo al Mediterráneo. Todos esos Minis Cooper y Minis Countryman de treinta y pico mil euros negros o blancos o blanquinegros, relucientes, impecables. Todas esas mujeres rubias, siempre tan rubias con sus enormes gafas de sol y el ambientador en el retrovisor y las dos manos al volante, que me adelantan mientras tararean la dulce, dulce música de sus dispositivos de reproducción. Que me adelantan con desenfado a la altura de La Pobra Tornesa, de Borriol, de las Alquerías del Niño Perdido. Que me adelantan sin el menor esfuerzo, como si no hubiera nada memorable en dejarme atrás. Cualquier día mi motor morirá en plena autovía, y acabará una era. Pero de momento el Dacia aguanta. Es increíble.

Martes 23 de julio

Eugenio volvió la semana pasada. Las vacaciones no le han sentado muy bien. Un momento se le ve mustio y al siguiente enfadado. Tengo ya claro que es un hombre de sentimientos intensos, un niño de ciento treinta kilos en canal o más, sí. Y con tendencia a cruzarse, lo noto. Hace días que me apetece preguntarle por qué nunca vamos a almorzar al Cazador, ni siquiera a La Parrilla. Me apetece porque sé que le dolería la pregunta. La gente habla, Iván Rojo escucha. Pero hoy no es buen día para picar a Eugenio. Esta mañana echó de malas maneras a un paisano que acudió a su despacho a preguntarle algo sobre los almendros y la Política Agraria Común. Creo que una vez estudié algo al respecto. Una vez supe cosas, creo, hace tiempo que no estoy seguro de nada. En una de esas que salió Eugenio al garaje a echarse el marlboro estuve a punto de ir detrás. Pero al final me lo pensé mejor porque en realidad apenas lo conozco y por otra parte cada uno tiene bastante con lo suyo. Además hoy tuve un día movido. Muchos de los ganaderos de cerdos están haciendo el vacío de sus granjas y me desborda el papeleo. Estoy cansado de oír hablar de cabezas de ganado y de pronósticos del tiempo. A menudo en la oficina fantaseo con llegar a casa y echar una cabezada hasta el día siguiente. Hoy sin ir más lejos. Sin embargo a las cinco se me caía el techo encima y salí a estirar las piernas. Me llevaron directo al Hotel El Cid. Está en la parte baja, que llaman el arrabal. El Hotel El Cid es un horrible pegote de ladrillo visto y cinco alturas con el sabor inconfundible de los años setenta y un bar-cafetería en la planta baja. Eugenio estaba sentado a una mesa con tapete verde jugando a las cartas

con tres viejos de ochenta y tantos, los cuatro con su copa de anís. He saludado y Eugenio me ha presentado como el nuevo de la oficina, el de Valencia, el de la capital. Mi presencia ni mucho menos ha interrumpido la partida. Ni siquiera me han mirado. Pero de los breves comentarios de los abuelos he deducido que ya sabían de mí. Le he pedido un cortado al chico y me he sentado a la derecha de mi compañero, un poco por detrás. Tenía buena vista de sus cartas, lo cual no me ha aportado la menor información para entender la dinámica del juego. Pensaba que alguien me lo explicaría, pero no. Mejor. No me interesa en absoluto la botifarra. Lo mismo puedo decir de los viejos y del propio Eugenio. En la tele en modo mute una presentadora que a lo mejor un día había sido guapa y talentosa sonreía y se atusaba la melena mientras hablaba con María del Monte en un tresillo. María del Monte tiene unos dientes immaculados, de una blancura angelical. Últimamente todo el mundo luce una dentadura impecable. La perfección siempre me ha aterrado, algunos días experimento ese pánico con particular crudeza. En cierto momento ha entrado en la cafetería una familia francesa o belga. Después de echar un vistazo alrededor han intercambiado unas palabras en su hermosa lengua y se han largado. Eso es precisamente lo que debería hacer yo. No sé por qué he ido al Hotel El Cid. Sí lo sé. Por hacer algo. Ya he comentado que tiendo a aburrirme. También es posible que me sintiera solo. Que me sienta solo. Es posible que esta tarde me haya dejado caer por la partida de Eugenio y sus amigos ancianos para disfrutar la bendición de no ser ninguno de ellos. Me he tirado allí un buen rato, el cortado y luego dos cafés con hielo, respirando la mezcla de sus sudores. Un cartel en la pared de madera contrachapada decía que el aire acondicionado no funcionaba. Un rato bien largo callado, viendo a esos cuatro hombres abaratar el azar hasta la indignidad. Dos horas callado como un muerto, pensando en mis cosas, mientras los jugadores apostaban y perdían o ganaban lo irrelevante. A veces decían Botifarra. A veces decían Triunfo. Qué hermosura.

Antes de subir al piso me senté un buen rato a los pies de San Blas. Se abre allí una especie de balcón natural. En realidad, claro, todo el perímetro de este pueblo amurallado es un balcón, un mirador. Pero donde San Blas es especialmente cómodo porque el último tramo de carretera justo antes de penetrar por el portal está flanqueado por un murete ideal para sentarse cara al paisaje y darle al tarro. Así que eso hice, fumando con las nike suspendidas sobre el abismo mientras oteaba la hondonada, fumando mientras veía escalar la montaña los coches que al caer la tarde regresan de los

prados, de las granjas, de las masías. De la guerra. Como es natural hay mucho todoterreno pero a mí me fascinan los turismos antiguos que pasan sus últimos días trabajando en estas tierras. Auténticos vehículos históricos. Coches diseñados hace veinte o treinta o cuarenta años para rodar por las carreteras tersas del futuro y que acaban sus vidas entre el polvo, el barro y las piedras de los caminos inmemoriales de estas montañas. Hablo por ejemplo de ese Renault 21 azul marino que solo tiene un tapacubos, de ese Citroën BX gris escuálido sin guardabarros, de ese Ford Escort rojo con el techo hundido sobre el asiento del copiloto. En la ciudad hace tiempo que serían chatarra. Aquí cuando la vejez les incapacita para pasar la ITV todavía tienen que deslomarse unos buenos años antes de encontrar descanso en el desguace Las Águilas. Despintados por el sol y el hielo recorren los senderos hasta que revientan en el intento desesperado de superar un ribazo o arden a pocos metros de la sombra de una carrasca. Con frecuencia no tienen retrovisores exteriores, algunos tampoco el de dentro. Y la radio hace tiempo que dejó de funcionarles, de existir. Les han arrancado las entrañas, solo conservan el asiento del conductor. Son pequeños almacenes rodantes. Espacios destinados a cargar y transportar fardos de pienso, hatos de leña, aperos, herramientas, problemas y de tanto en tanto y si no es muy grande alguna criatura muerta. El polvo, la mierda y la hojarasca recubren la intimidad de sus almas. Me recuerdan a mí. Sí, todavía en ocasiones pienso en mí del modo en que pienso en los Renault 12 que pueden verse por las montañas de Castellón, por las planicies onduladas de Cáceres, por los pinares de Soria, por las lejanías de todo. Todavía en ocasiones logro pensar en mí del modo en que pienso en los Seat Málaga y Citroën AX que usan en esas tierras, estas tierras, para ir y venir de los bancales, de los campos, de las granjas. Con épica. Pienso en mí del modo en que pensaré en mi Dacia Sandero dentro de treinta años. Maravillas en la niebla. Hay que anticiparse a la pátina ilustre del tiempo. Todo el mundo es historia, buena o mala, gloriosa o trágica. Así que mi mediocridad resplandezca en el abismo de los días, por qué no, elevada a mitología desde ya. Estoy aquí para mentir, para mentir a lo grande. No hay nada más difícil. No hay nada más sacrosanto. Porque si hablamos de verdad solo hay una, de pureza incomparable: mi madre tardó más de lo deseado en parirme. Veinticuatro horas. Y le dolió mucho más de lo necesario. He de hacer que le haya merecido la pena. Pobre mujer. Tengo que hacerle creer que mereció la pena.

Miércoles 24 de julio

El vencejo. Otra vez me sorprende con la vista vuelta al cielo. Ahora lamento no haberle puesto nombre, no poder pegarle un grito a ver si vuelve. Tonterías. Por las mañanas lo busco entre las golondrinas. Desde el mediodía hasta bien entrada la tarde son los buitres los que imponen su despiadada paciencia en las nubes. Y ahora que ya ronda la noche llegan los cuervos. No siempre ocurre. Hoy sí. Digo cuervos porque es la primera palabra que me viene a la cabeza a la vista de su negrura apizarrada. Pero imagino que bien podrían ser urracas. Sin embargo Google acaba de ofrecerme una alternativa plausible y más original: cornejas. Responden más o menos a la descripción que ofrece de estas aves la página web faunaiberica.org. En verdad no parecen demasiado grandes, esos pájaros. Algo más de medio metro de envergadura. Podría ser. Lo de la cola cuadrada también encaja, diría. Lo malo son esos ojos glaucos. Qué más da. Cornejas, por qué no. Con los últimos rayos se alzan desde los tejados de chapa del polígono allá abajo y remontan el aire chillando. Sobrevuelan mi terraza en grupos de cuatro o cinco y se pierden a mi espalda hacia un cobijo aún más alto en la iglesia, en el castillo. Percibo en sus graznidos algo parecido a la alegría. Percibo en su vuelo desgarbado y cansino pero enérgico algo parecido a la omnipotencia juvenil. Hay en estos pájaros un espíritu desafiante y gamberro, pandillero. Intuyo en la pequeña oscuridad de sus cerebros la despreocupación absoluta de los que vuelan. La inconsciencia de los chavales de cualquier especie. Por descontado es posible que todo esté en mi cabeza. Sea como sea ojalá la tragedia jamás les roce. Ojalá. Ojalá. Ojalá.

Y otra vez he cenado un poco de jamón y un tomate. Me parece que he perdido un par de kilos desde mi llegada a este pueblo. Puede que alguno más. Me siento más ligero. Más insignificante. Las noches como la de hoy que sopla fuerte el viento imagino que me eleva de esta terraza y me arrastra contemplado por las estrellas más allá de esas montañas de ahí enfrente. Que después de zarandearme durante un rato me escope a la tierra con desprecio. Que mi cuerpo acaba desmadejado entre las ramas de un pino carrasco, o enredado entre unas zarzas, o lleno de cortes y golpes en el vertedero ese que hay camino a Mirambel. Por supuesto estoy fumando. Por supuesto estoy pensando. Hoy sucedió además algo extraordinario a última hora en el trabajo, tan extraño que he estado dudando hasta ahora si anotarlo o no. Ya solo quedábamos Ernesto y yo. Se pasó por mi mesa y me preguntó si yo era Iván Rojo, si era yo Iván Rojo, el escritor. Eso

dijo. Al principio creí haber entendido mal, tardé unos segundos en contestarle. No solo por culpa de mi sorpresa sino también porque no es una pregunta en absoluto sencilla. Al cabo respondí lo que siempre respondo cuando me preguntan eso, si soy escritor: que sí, que bueno, que escribo, que me gusta escribir. Por lo visto Ernesto lleva tiempo leyendo mis escritos. Me sigue en Facebook, incluso me seguía en el blog aquel que naturalmente abandoné hace mucho. Le gustan mis poemas, le gustan mis cuentos. Empecé a sentirme incómodo. No sé conversar sobre lo que escribo; no me interesa. Y me avergüenza un poco. Lo que de verdad quería era preguntarle qué le pasa en la boca. Por qué habla así. Si está harto de secarse la baba a cada frase, si lo lleva bien, si saldrá de esta. Si está en paz con su vida. Sin embargo me limité a darle las gracias. Ni siquiera le pedí discreción; sé que Ernesto no comentará con los demás que hay un escritor en la oficina. Es un buen hombre, Ernesto. O quizá es que los enfermos, los desvalidos, los que sufren siempre parecen buenas personas. Sea por lo que sea me cae especialmente bien. Estoy seguro de que él también escribe. Creo que en un momento dado ha estado a punto de mencionarlo. Le agradezco que se lo haya callado. Me ha ahorrado el trance de tener que fingir interés por sus textos. Es un buen hombre, Ernesto. Es elegante. Es decente.

Jueves 25 de julio

Es raro ver ciclistas por Las Cumbres; por aquí todo queda cuesta arriba. Doy las gracias. Doy las gracias cada día. Sí que es habitual encontrar grupos de moteros remontando la nacional, como esta mañana. Van rumbo a Alcañiz, rumbo a la motortown, rumbo a los entrenos del campeonato autonómico de superbikes. Siempre me ha fascinado lo inescrutable de la fuerza que impulsa a los cuerpos. Hay algo en esa gente que me repele. Exudan gregarismo. Supongo que es eso. Además desde un punto de vista estético dejan bastante que desear. Esas botas, esos monos de colores chillones. Con todo lo peor es lo que dejan entrever cuando se bajan la cremallera y entran en El Cazador a hacerse un café con el cuero abierto, las mangas vacías colgando de la cintura, medio espatarrados, como si esto fuera el lejano Oeste. Esas camisetas de propaganda. Ducados, el banco de Santander, Jack Daniel's. Esos tatuajes. Valentino Rossi, Michael Doohan, Olvido Gara, lo prometo. Esas almas gripadas, caladas en algún lugar de su juventud perdida donde se oxidan, son reducidas a orín que arrastra el

viento. Igual que sus pelos destartados. Porque hablo de hombres y mujeres de cuarenta y largos, cincuenta y pico años o más. Ellos con barriga y una coleta recogiendo el recuerdo de la melena. Ellas innegociablemente rubias de bote y una expresión de crispación y desdén. Dios bendito, muñequerías de remaches, pulseras con la bandera española. Nada en esta vida justifica el mal gusto. En cierto sentido todos parecen salidos de la Inglaterra profunda, de la América más oculta. Pero nunca he estado en uno ni en otro lugar, no sé cómo es la gente que habita los abismos de la tierra anglosajona. Sí sé cómo son los hombres y las mujeres de la España profunda, que no es exactamente la España vacía pero también, porque el agro y la urbe ibéricas comparten el uno con la otra un rasgo esencial, que a su vez tienen en común con toda agrupación humana más o menos asentada y estable en cualquier punto del planeta: la generalizada falta de distinción de sus miembros. Digo que esta mañana me dio por acercarme al Cazador antes de ir al trabajo, en realidad para tomarme un cortado extra y cinco minutos adicionales para preguntarme si quería o no quería ir al trabajo. Si debía. Si podía. Digo que en ello estaba cuando vi llegar con el amanecer esa caballería motorizada de hombres y mujeres desprovistos de elegancia, y la tristeza volvió a someterme. La verdad es que no había dejado de hacerlo, es solo que a veces uno se olvida de lo acostumbrado. Sin embargo amé a esa gente que se quitaba los cascos y llenaba el aire de voces rotas. Total, qué más da nada. Amé a esa gente, la amo. A ellos, a ellas, los amo a todos. Son tan reales que duele. Su vistosa indumentaria los hace aún más normales. Más adorables. Más hijos e hijas, más padres y madres. Me impresiona mucho la facilidad con la que a mi alrededor se extiende la alegría. Me admira. Creo que si mi tío siguiera vivo sería como estos hombres. Mi tío tenía una Bultaco cuando yo era niño, a la que trataba con amor, a la que maltrataba con amor. Puede que ya lo haya dicho, si es que no, debería haberlo hecho. Ahora tendría una Kawasaki, por qué no, y seguramente una motera de esas tan flacas que parece que tengan los dientes enormes. Ahora tendría algo de tripa y la voz arañada, delincuencial. Ahora tendría un amplio grupo de amigos, Los Ángeles de Cofrentes. Una mujer. Y un hermano mayor con cáncer.

Viernes 26 de julio

Hoy el forestal se pasó a media mañana por la oficina. Entró hablando por el walkie y se metió deprisa en los servicios. Al salir me comentó que se iba volando, que había incendio por Olocau y podía ser gordo. De no ser por él y su circunstancial urgencia intestinal tal vez nunca habría recordado que en la novela tiene que salir el Cubato, vecino de Chelva, en la serranía de Valencia. Lo de Cubato es, claro, por los cubatas en vaso de tubo que se bebía, diez o doce al día. Hace tiempo que no bebe, al menos eso dice mi padre. Son amigos desde chavales. De vez en cuando hablan por teléfono. A mi madre no le hace ninguna gracia, dice que es un tío cerdo el Cubato y que mira a las mujeres que da miedo. Yo al Cubato lo tengo poco visto. Guardo vagos recuerdos de él. Un tío feo y adiposo como un sapo que se pasaba todo el santo día colgado de la barra del Neutral o del Mayte o de Los Pericos, todos aquellos bares chelvanos a los que mi hermano y yo entrábamos de críos para jugar a la máquina recreativa. Cuando tenía cincuenta años su mujer le puso los cuernos con el concejal de festejos. Entonces dio comienzo la fiebre incendiaria del Cubato. Ya digo que todo esto de los cuernos y los incendios lo sé porque lo sabe mi padre. Los fuegos se sucedieron verano tras verano durante cinco años. Al sexto lo pillaron los forestales, precisamente. Dicen que confesó del tirón y con cierto orgullo. En total veintitrés mil hectáreas. Le cayó casi una década, y por lo visto salió de lo más rehabilitado. Eso: que ya no bebe y que va a misa todos los domingos. A lo mejor conoció a Dios en la cárcel. Me parecería bien y hermoso porque, en el fondo, tiendo a la bondad y la belleza. Su mujer no llegó a nada con el concejal. La atropelló un pequeño tractor que se le encabritó a un abuelo por donde la Fuente de la Gitana hará tres o cuatro años. Me lo debió de contar mi padre, claro. Me esfuerzo en pensar que son cosas que pasan.

A última hora de la jornada fui a correos. La mujer me preguntó que si tenía vacaciones en agosto o qué. Le respondí que lo dudaba, que apenas llevo mes y medio en la oficina. Me dijo que bueno, que casi mejor, que así no me iría a ningún sitio y podría conocer las fiestas. Que empiezan el segundo lunes del mes y que son las mejores de la contornada. Que hay que vivirlas. Mucha alegría. Mucha juerga. Que merecen la pena. Que tiene muchas ganas de que lleguen. Hay que vivirlas, en serio.

Domingo 28 de julio

Casi en Aragón el monte lleva ardiendo todo el fin de semana. Lo he oído en la calle, lo he oído en la televisión, pero ninguna señal de ello en el ambiente. Ni resplandores ni humos. La luz del fuego, el perfume del fuego, qué hermosura. En ocasiones me imagino que así soy por dentro: un paisaje en llamas. Los he buscado estas noches desde la terraza, el brillo, la humareda, pero ningún fulgor, ningún hollín aparte de los de la brasa de mi west. Ayer me llamaron mis padres. Mi madre estaba preocupada, las noticias decían que el incendio amenazaba Las Cumbres. Le dije que por aquí está todo normal, muchos turistas pero todo tranquilo. Luego se puso mi padre: que había visto en Internet que las fiestas aquí son a mediados de agosto. Casualidades. Le dije que pudiera ser, que en realidad no sabía nada, no sé nada. Insistió en que sí, que sí, y dijo que estaría bien subirse unos días, ¿no?, que a mi madre le haría ilusión. Claro, ya hablaremos.

Jueves 1 de agosto

Esta tarde la novela afloró con fuerza a mi sesera. Emergió a este mar insípido en el que nada mi cerebro. Intenté hundirla en sus aguas, devolverla a su fondo. Ahogarla. No pude. No sé si por falta de agallas o por falta de maldad o por falta de ambas cosas. No pude. Tal vez también por pereza. No pude. No supe. ¿No quise? Decidí salir en el coche a hacer kilómetros. A despejarme. A postergar la aceptación de mi deber, la ejecución de mi tarea. Dios. Dios. Dios. Ojalá creyera en Dios para pedirle, para rogarle: Perdóname, Padre, porque envidia, porque odio mucho y muy bien a ese hombre del concesionario de tractores Lamborghini que hay en mitad de los campos de nada que rodean Tírig. Él es el guardián de todas esas bestias verdes, rojas, amarillas de cuatro mil kilos. Le imagino en la campa acariciándolas y me muerdo los puños. Él es el que las cuida, el que las pone en manos de los elegidos para que hagan temblar la tierra. ¿No iba a ser ese mi trabajo, Padre? ¿Mi misión prometida? Siempre me pongo profético cuando escucho a Bonnie Prince Billy.

Demasiado tiempo sin pensar en Werner. Dos semanas. Me pregunto si no habré dejado morir, de forma más o menos inconsciente, mi deseo de establecer contacto con él.

Domingo 4 de agosto

Sí pienso a menudo en la casa de mis abuelos en Chelva. Dos o tres veces al año, pongamos. Supongo que puede decirse que eso es pensar con frecuencia en una casa, sobre todo si se trata de una casa que nunca se ha pisado. Porque la casa de mis abuelos en el pueblo tuvo que ser malvendida por culpa de la legendaria mala cabeza de mi abuelo. Digo lo que he oído. Ocurrió mucho antes de que yo naciera. Digo lo que siempre le he oído a mi padre, fascinado por el orgullo y la alegría atesorados en sus palabras y en su forma de decirlas. Con lo que sacaron se fueron a Valencia. Mi padre tenía ocho años. Era 1960. Mi abuelo alquiló una planta baja en la calle San Jacinto y montó un almacén de pieles. La planta baja era también la vivienda familiar. Ruidos, ratas. Me pregunto cómo debió de ser aquel trance para el viejo. Había llegado a ser alcalde de Chelva, alcalde franquista, qué duda cabe. Era un dandi, un chulo, un figura. Digo lo que he visto en un puñado de fotos: un mandamás de ojos brillantes y mentón alto que destilaba hombría antigua. Quizá la única hombría que exista porque, que no se olvide: siempre es la Edad Media en el corazón de los hombres. Lo que digo es que mi abuelo se convirtió de un día para otro en un anónimo pellejero de Valencia. De pronto fue pobre. De pronto era pobre y seguramente siempre lo sería porque como norma ser pobre no es una variable; como norma ser pobre es una norma. De repente nadie le saludaba por la calle y ni uno solo de los camareros de los bares de su nueva ciudad sabía lo que bebía. Lo que digo es lo que he dicho y lo que quiero decir es que por eso los veranos en Chelva los pasábamos en un piso que mis padres le alquilaban en julio, en agosto o en julio y agosto a la Rosario. Debería de haberla olvidado. Debería haberla olvidado. Pero es imposible. La Rosario era muy pequeña y muy jorobada. Es como si la estuviera viendo sentada en la salita de aquel piso, supongo que se pasaría por allí a cobrar el mes. Los zapatos de tacón le colgaban a un palmo del suelo, blancos y diminutos, de muñeca pretérita, rancia. Y aquellas manos huesudas y demasiado grandes para su cuerpo. Aquellas manos de alambre como garras de jilguero con las que abría y cerraba el abanico contra el rosario de su pecho. Y los ojos pintarrajeados de azul eléctrico. Y aquel collar de perlas sin el menor destello de blancura. Amarillentas. Dientes de vieja. Sus dientes. Puede que por entonces la Rosario tuviera cuarenta años, es verdad, pero también es posible que tuviera setenta. Me recordaba a un juguete antiguo. Me daba miedo y no podía apartar la mirada de ella. Es una oscura querencia de la que no he conseguido librarme con el tiempo: lo que me repele me fascina. Pero lo

que hoy me proponía anotar es que la primera noche de las vacaciones en el pueblo mi padre nos llevaba a mi hermano y a mí a comprar unos helados en el Neutral. Siempre eran de mantecado los helados que inauguraban julio o agosto, que inauguraban la diversión, que inauguraban cremosos y nevados de canela el verano. El verdadero verano. Y siempre eran de mantecado porque de mantecado eran los helados que mi padre conservaba en el refrigerador de su memoria. Los helados que mi abuelo, quiero decir los helados que el padre de mi padre mandaba que les llevaran a sus hijos desde el Neutral para despertarlos de la siesta. Allá por los años cincuenta. Allá por el corazón del siglo XX. Allá por el corazón de España. Después de comer mi abuelo, quiero decir después de comer el padre de mi padre se iba directo a la partida del Neutral. Y el Antonio y yo nos asomábamos a la ventana a esperar los mantecados, nos contaba ahora y aquí mi padre, el mío, el único y exclusivo, en los ochenta, que hace ya mucho que se convirtieron en entonces y allá. En esa ventana que ahora os diré, nos contaba mientras paseábamos dando lengüetazos rosas a los mantecados, el tío Antonio y yo esperábamos ver aparecer por la esquina al camarero con su chaquetilla blanca y los helados en la bandeja. Nos meábamos de risa, nos contaba, al ver aparecer al chavalín de turno con la bandeja en equilibrio y cara de susto andando rápido, rápido para que no se derritieran los mantecados para los chiquillos del Pepe. Porque el abuelo, nos contaba mi padre, no levanta dos palmos del suelo pero cuando pedía algo se hacía. Cuando quería algo lo conseguía. Hasta que dejó de ser así. Lo que me proponía anotar es que en la novela tiene que salir que mucho antes de que se nos acabara el helado llegábamos a la que había sido la casa de mi padre en Chelva, en el paraíso irrepensible de la infancia. La casa donde mi padre había nacido, qué maravilla. Tiene que ser un privilegio conocer el lugar exacto donde uno vino al mundo. Yo solo sé que nací en el antiguo hospital La Fe de Valencia, ignoro en qué habitación, ignoro en qué planta. Sí sé que aquel hospital ya no existe. Y siento que esa certeza me acerca solo un poco al desamparo que debía de sentir mi padre plantado ante la casa en que había nacido y crecido, la casa en que había sido el niño que nunca jamás volvería a ser. Eso sí, él tenía dos hijos pequeños con los que enfrentarse al juicio del pasado desde el presente de mil novecientos ochenta y cinco, ochenta y ocho. Un buen par de argumentos con los que apelar a la magnanimidad del tiempo, con los que demostrar que había llevado su vida hacia un destino productivo, aunque solo fuera en términos biológicos. Yo no tengo hijos, y esta noche de domingo vuelve a asaltarme la extraña pregunta: ¿los tendré algún día? Ni siquiera siento que la respuesta esté en mis manos. Vuelvo a Chelva. Vuelvo a mi padre,

a mi hermano. Nos pasábamos los tres un buen rato de pie dándole al mantecado mientras contemplábamos aquella vieja casa. No sé si alguien vivía en ella. Sé que había un farol enorme y de forja anclado a la fachada irregular, como con bultos, grandes habones, pero tan blanca. Emitía una luz limpiísima aquel fanal. Una luz lunar muy tranquila que flotaba como un fino talco en el silencio de mi padre durante la contemplación del lugar en que nació y creció. Pero la casa que mi mente erige no acoge resplandores ajenos en las ventanas. La casa que mi mente erige está suspendida en el tiempo a la espera de que mi abuelo y su estirpe vuelvan a ocuparla. Nunca sucedió. De igual modo que mi abuelo nunca recorrió con nosotros aquel paseo ritual, no me consta, por lo menos. ¿Por qué? Ni a él ni a mi abuela les gustaba ir al pueblo en el que habían sido felices, jóvenes, en el que de golpe perdieron eso y todo lo demás. Pero en ocasiones cedían a la insistencia y venían un par de días. Esa es la pregunta, pues: por qué mi padre y mi abuelo no visitaban juntos la casa en la que habían sido el niño y el hombre que siempre serían. Era orgulloso, mi abuelo, quizá por eso. Lo sé porque mi padre lo comenta a menudo pero cualquiera lo habría podido percibir en sus ojos de charol. Incluso un crío lo habría notado.

Miércoles 7 de agosto

Hoy me sorprendí siguiendo a una pareja. No lo tenía planeado. Simplemente ocurrió. Fue como si la energía sencilla, buena y despreocupada que irradiaban esos dos enamorados abdujera mi mente y mi cuerpo. Paseaban a media tarde por Conquista, despacio, sin ninguna prisa, y antes de darme cuenta estaba yo paseando con ellos. En la medida de lo posible, naturalmente; es decir, a cierta distancia. Me sentía entre absurdo y perplejo, el primer sorprendido por lo que estaba pasando. Digo que me puse a pasear con ellos, unos pasos detrás de sus pasos, fumando un cigarrillo o sin fumármelo. Paseaba también yo, unos metros detrás de los protagonistas de la historia, del futuro, desempeñando mi función en el mundo, cumpliendo mi misión entre las gentes: escribir en el iPhone exactamente esto. Eran sin duda turistas. Miraban cachivaches en las tiendas, iban comiendo algo de una bolsa que compartían. Me pareció que se trataba del dulce típico de este pueblo. Flamas se llaman, tienen forma de llama, de antorcha. Por lo visto todo el que aquí viene ha de probar y prueba una flama; yo aún no lo he hecho. Eran sin duda jóvenes. Me refiero a la pareja. Veintiséis, veintiocho. Ambos eran

guapos, ambos también estilosos. No habrían desentonado dándose una vuelta por el centro de Milán o por el de Roma o por el de Turín. Recorté un par de pasos la distancia que nos separaba. Agucé el oído para ver si es que eran italianos. No escuché una palabra. Iban cogidos del brazo y se hablaban prácticamente al oído. Con amor. Con ganas. Con sonrisas. Me gustaron las zapatillas del muchacho, me gustaron las gafas de sol de la muchacha. Se fotografiaron frente al ayuntamiento nuevo, del siglo XV; se fotografiaron al pie de fachadas inopinadas de piedra y madera nobles; se fotografiaron enmarcados en el portón de la antigua cárcel medieval, que en realidad nunca fue más que una mazmorra provisional para los que no pagaban impuestos. Es lo que le entendí el otro día a un guía inglés. La gente habla, Iván Rojo escucha. Se fotografiaron también abrazados al diplodocus de cartón piedra que hay plantado como reclamo a la entrada del museo de dinosaurios. Así que fotos, fotos y fotos siempre en Conquista, porque todo en este pueblo sucede en algún punto de la calle Conquista. En un momento dado me descuidé y terminé acercándome demasiado. Estaban cabeza con cabeza mirando la pantalla del móvil que el chaval sostenía en la mano. Con toda probabilidad las fotos que acababan de sacarse. Reían. La chica levantó la vista y me miró. No habría más de cuatro metros entre nosotros. Me miró, estoy convencido. Tanto como lo estoy de que no me vio. No sé explicar cómo lo sé pero lo sé. Sé que lo único que captaron los ojos de la joven cuando se posaron en los míos fue la tibia transparencia del aire que al atardecer peinaba suave estas montañas. Con suerte algo espectral más que otra cosa. Un destello inefable. La adivinación de una leve presencia que no impedía la visión de lo importante. Lo demás. Las tiendas, las gentes, el pueblo. Todo lo demás. El sol bajo encendía como teas los picos de los montes. Las vacaciones. La juventud. El verano. Lo hermoso. La ilusión de habitar una parte buena y amable de la Tierra. No me dolió el desplante, soy consciente de que incluso el mejor de los hombres deviene despreciable para los sentidos de una mujer en determinadas circunstancias. Circunstancias tuyas de ella, se entiende, de la mujer, privadas y a menudo inaccesibles. No era el caso de las de esta chica; las tuyas eran circunstancias obvias y felices. Me alegró que también al chico se le viera contento. Reanudaron su paseo, y yo con ellos, siguiendo el rastro de su felicidad, olfateándola con la nariz de la memoria. Yo con ellos de algún modo, y sin ellos en todos los demás. Al llegar a la pequeña explanada que se abre a espaldas de la puerta de San Blas giraron hacia la derecha. Siempre lento, muy lento, tocados por el deleite, tiraron pegados a la muralla. Les acompañé hasta que entraron en el hotel El Cid. Me encendí un west y contemplando la cara principal del viejo hotel me pregunté

cuál de todas aquellas habitaciones iría a acoger el amor juvenil de la pareja italiana o de Pamplona o de Madrid o de donde fuera. Me pregunté por cuál de aquellos balconillos se colaría la brisa dulcísima e irrepetible que se prometerían recordar eternamente y que antes o después olvidarían. Porque la gente vive y olvida. Todo el mundo lo olvida todo. Todo el mundo menos yo. Por cierto que a eso de las siete y media Eugenio no estaba en el bar del hotel. Es buen dato. Pero necesito asegurarme.

Jueves 8 de agosto

Lo más frustrante es esta certeza: Werner, cualquiera de las cosas que se me pasan por la cabeza inspiraría tu mejor documental. Si supieras lo que suena en mi cerebro, Dios mío, lo que canta, lo que danza aquí dentro, si lo supieras harías las maletas y tomarías el primer vuelo a Valencia, el primer autobús a Las Cumbres, el camino más directo a mí. Pero, Werner, no puedo contártelo. ¿Por qué? ¿Por qué no? Nos haríamos un gran favor si charláramos un rato. Werner, ¿por qué no está tu número de teléfono en la red? Me vendría tan bien que me regalaras tu subyugante voz en privado y en exclusiva. Te vendría tan bien escuchar mi hermosa voz de chicharra. Un último intento, todavía: Werner, ¿estás ahí? ¿Me recibes, Werner? Soy yo, Iván Rojo, el hombre al que mereces conocer, intentando contactar contigo por telepatía. ¿Werner? ¿Señor Herzog? ¿Werner, Werner? ¿Escuchas esto? ¿Me oyes? Ahh... Voy a tener que escribirte por Internet. Eso es lo que hago con los extraños. Tú y yo somos almas gemelas. Qué vergüenza.

Viernes 9 de agosto

En la novela tiene que salir la báscula municipal de Chelva, detrás de la gasolinera del Juan Domingo, un medio primo de mi padre con el labio leporino. A veces mi hermano y yo íbamos a que nos enseñara la cicatriz. La otra cicatriz. La de la tripa. Una noche de invierno le llegó un Renault 5 y los chavales que entraron le acabaron metiendo un par de tiros. El Juan Domingo nos contaba la historia con todo detalle. Quizá demasiado. Pero era el precio a pagar por los flashes de lima-limón que nos regalaba cuando acababa. Se decía también que uno de los tiros le había volado los testículos. Mientras nos hablaba yo le miraba la bragueta de tanto en tanto intentando sacar mis propias

conclusiones, francamente consternado, lleno de una conmiseración purísima hacia aquel hombre. Ya entonces sentía un amor incomparable por mi sexo. Ya entonces, aunque fuera de un modo infantil, vago, difícilmente explicable, ya entonces me apiadaba de la hipotética tragedia de aquel hombre. La peor. La inutilidad. La nulidad. Pero lo que quería decir en este momento es que de pequeño me gustaba ver detenerse sobre aquella chapa metálica a los camiones que iban y venían por la nacional que atravesaba Chelva. El testigo subía y giraba hasta marcar cifras imponentes que memorizaba como si fueran mandamientos. Pero cuando yo me colocaba en la báscula la aguja no se movía ni un milímetro. Saltaba, presionaba el metal con los pies, sentía como su calor solar acumulado ascendía por mi cuerpo, me calentaba eso, los testículos, las tripas, el cerebro. Pero nada. Yo era un chaval enclenque pero no tanto. Me tomaba aquello como una afrenta. Iba corriendo a la farmacia a pasarme. Treinta y cinco kilos, cuarenta. Me quedaba un poco más tranquilo pero seguía envidiado y odiando a muerte a los camiones. Quería ser importante. Quería dejar una huella profunda sobre la tierra. Me creía una maravilla.

Puede que estos cuervos no sean cuervos ni cornejas. Quizá se trate de grajillas. Casualmente las vi en el documental de la 2 de sobremesa: grajillas. Formaba parte de una serie llamada Italia salvaje. Estos pájaros de grafito que sobrevuelan el pueblo podrían serlo: grajillas. Bien mirado no son tan grandes como se supondría a una corneja. Según Wikipedia la envergadura de la grajilla oscila entre los treinta y dos y los treinta y nueve centímetros. Y su iris es muy blanco. Adjudicado. Además me gusta cómo suena: grajillas. Me raspa la garganta. Me hace sentir incómodamente vivo.

Domingo 11 de agosto

Las calles del casco antiguo están cortadas al tráfico rodado. En realidad solo Conquista y la de Correos, las únicas aptas para el tránsito de vehículos. Cierran sus extremos unas puertas metálicas despintadas y de gruesos barrotes ancladas a las fachadas y a las aceras. Es por los toros. Soltarán el primero esta noche, dentro de un rato. Me parece oírlo mugir ahí abajo, pero creo que son cosas mías. Sube mucho ruido hasta la terraza. Risas, griteríos, petardos. De vez en cuando incluso sube la luz de algún cohete solitario lanzado por un chiquillo, seguro, hacia la luna madura, sanguínea que flota ante mis

ojos perfumada de pólvora. Decía que todo esto es por los toros. Andaba yo esta mañana sentado a la sombra de San Blas cuando llegó el camión. Un camión cochambroso con tan solo un cajón bamboleante en la plataforma, medio fijado con un par de cadenas. Todo tan precario. Me sentí en el siglo pasado, en los ochenta, en la matanza del cerdo de Chelva, otoño, una intuición hostil en el pecho. En la novela tiene que salir el campo aquel y los Fiestas, los Pandas, los Rondas en círculo asegurando la escena, carrando cualquier vía de escape, y las sillas de campin y las mesas de campin y el cerdo que trajeron en un remolque. Un remolque muy pequeño o un cerdo muy grande con un nombre escrito con luminosa pintura azul en la panza: Pepe, al que un viejo llamado Enrique el Muerte degolló con un cuchillo enorme de mango amarillo. Quería decir que quizá las autoridades de aquel tiempo habrían aceptado sin remilgos el transporte de un toro en las condiciones en que esta mañana llegó al pueblo el que dentro de un momento se convertirá en el primer toro embolado de las fiestas. Las autoridades de hoy no. El concepto de seguridad muta con el transcurso tiempo hasta que ocurre algo que evidencia que no importa cuánto intente protegerse uno; la vida sabrá golpearle donde más le duela si así decide hacerlo. Con todo hay gente que muere convencida de las bondades de su prudencia. Bueno. Supuse pues que el camión vendría de muy cerca, de alguna de las explotaciones de la comarca. Quise fijarme en el hombre al volante: era una de las pocas mujeres que se pasan por la oficina, cercana a la jubilación, compacta, fusiforme. También ella me vio, hizo sonar el claxon cuando pasó a mi lado. Puede que solo pretendiera llamar la atención de los encargados de abrirle las barreras y continuar por Conquista hasta la puerta opuesta, del Rey, y la plaza de toros semicircular. Con o sin derecho me sentí honrado como un imbécil. Y me impresionó oír al toro revolverse dentro del cajón, el choque de una pezuña, quizá un asta contra la chapa vieja de su celda. Me compadecí del animal, siempre estoy compadeciéndome de los vivos. No estoy en contra de la fiesta nacional en ninguna de sus variantes, como tampoco pienso que la tauromaquia sea arte. De hecho empiezo a sospechar que el arte no existe. Pero no importa; no es necesario admirar algo para desear que perviva sobre la faz de la tierra. No es necesario amar para no odiar. Es la solemnidad que envuelve el mundo del toro lo que respeto. Porque cualquier vicio tiene un componente de rito innegable, requiere de un acto de fe, de una abnegación inexplicable que impulsa los pensamientos y los movimientos. Cuando fumo mis wests soy un devoto, soy un devoto cuando bebo mis verdejos. Y no exactamente del tabaco, no exactamente del alcohol. Soy un devoto de una manera de ver el mundo, miento, quiero decir que cuando fumo,

cuando bebo, cuando miro soy un ferviente devoto de una forma de huir del mundo. Mucha gente de este pueblo, mucha gente de los pueblos de España lleva un año anhelando lo que aquí sucederá en unos minutos: una bestia cegada por el fuego de alquitrán recorrerá sus calles. Y será una bestia muy real, de quinientos kilos de peso y astas afiladas. Una realidad capaz de matarlos, un hecho incuestionable y negro zahino, porque así es como un español se imagina siempre a un toro. Una maravilla capaz de poner un poco de luz, velocidad y riesgo a sus existencias, capaz de emocionarlas. Y eso vale más que la vida del último toro de la tierra, del último oso polar, de la última ballena roja. Por eso me siento cómo me siento cuando me cruzo con los camiones de ganado en la nacional, en las autonómicas. Me gusta viajar unos buenos kilómetros detrás de ellos respirando su pestilencia mientras pienso que soy yo el que ha sellado la guía que autoriza el tránsito de esos animales. Que soy yo, yo, yo quien los manda al matadero. Yo, el torero. Me gusta porque me duele leve y pasajera, como una cornada, supongo. Me gusta porque me distrae por un rato de dolores más fuertes, más, mucho más importantes.

Lunes 12 de agosto

Han empezado las fiestas, propiamente. En la oficina tenemos horario reducido desde hoy hasta el miércoles. Acabaremos la jornada a la una. Luego cinco días libres, el lunes que viene incluido. Hay mucho ambiente, el pueblo está a reventar. Pensaba decirle a la mujer de correos que sí que es verdad, que sí que está animado el pueblo, sí, pero no la he encontrado en su puesto de trabajo. Sentado en su silla había un hombre muy grande y puede que algo bebido. Desde esta mañana me pregunto con una vaga turbación si se habrá muerto. La mujer, digo. Supongo que se me pasará este absurdo desasosiego. Por otra parte no había mesa en el Qué bueno a la hora del almuerzo, ni dentro ni fuera, hemos tenido que comer el bocata de pie en la calle, junto a la puerta. De aquí y de allá llegaban ráfagas de música, sin parar subían y bajaban cuadrillas de fiesteros. Todo el que pasaba por Conquista andaba con una cerveza en la mano pero quería otra. Viejos y jóvenes iban bien entonados. Era la hora del almuerzo, ya lo he dicho, alrededor de las once. La chavala búlgara no daba abasto con tanta clientela y tanta alegría. Entraba y salía del bar pegando gritos y empujones con cara de mala hostia. Y eso que ha colocado a sus padres para echar una mano durante el verano. La chica se lo ha dicho a

Elvira en un respiro que se ha tomado para recomponerse la coleta. Cómo le brillaba la frente, qué espectáculo todo ese sudor juvenil, europeo oriental, pobre, esforzado y vulnerable. Me han dado ganas de aprovecharme de todo ello y limpiárselo de un soberbio lametazo. Benditos sean los prejuicios de los hombres, sí, benditos sean los de las mujeres. No lo he hecho. No lo he hecho porque yo nunca hago lo que quiero. La chica le ha dicho a Elvira que el Ramón no le ha puesto pegas a lo de sus padres, que al Ramón lo que le interesa es que a fin de mes la caja sea decente y venir por el bar lo menos posible, que para eso la hizo encargada. Cómo no sospechar que algo más querrá el Ramón de la chiquilla. Pero, vete a saber, igual el tal Ramón es un santo o un loco o un idiota. No lo sé. No puedo saberlo, no lo conozco. Y sin embargo estoy salvajemente seguro de que estoy en lo cierto, de que algo pretenderá el Ramón de la bulgarita, aunque solo sea alegrarse la vista de tanto en tanto. Repito: los hombres, la hermosa Edad Media, etcétera. Bueno. Ambos son jóvenes para los tiempos que corren. Me refiero ahora a los padres de la muchacha. Quiero decir relativamente jóvenes. Cincuenta. Pero no he podido evitar considerarlos viejos, tristes y algo despreciables porque cuando hablan brillan en sus bocas sendos dientes dorados. Colmillos. Al padre lo ha puesto en cocina. De vez en cuando salía dando voces en su abrupto idioma, sin duda pidiendo ayuda. Ese oro barato, ese oro mojado. Elena, Elena, era la única palabra que se le entendía. Su mujer y su hija se giraban hacia él. Me ha llevado dos meses averiguar el nombre de la camarera. Aproximadamente cuarenta almuerzos. O quizá no ya averiguarlo, sino retenerlo. No sé qué resulta más revelador de mi dispersión mental, de mi destierro de la vida.

Miércoles 14 de agosto

También hoy el pueblo estaba de bote en bote. En el almuerzo Eugenio ya empezó a empinar el codo. En el Qué bueno han instalado una barra exterior. Todos los locales de Conquista y los soportales han hecho lo propio. Elena ha puesto tras ella a su madre. La mujer se da mucho aire para rellenar los vasos de plástico. Mientras sirve uno tras otro no deja de sonreír con la espalda muy recta y la barbilla incrustada en ese pecho generoso, proyectado con frescura hacia delante, hacia el mundo, sutilmente rociado de sudor. Hay en cada gesto una exuberancia atemporal y congénita que encaja a la perfección con los modos recios y lozanos de estas gentes. Esta vigorosa búlgara bien

podría ser española, la típica madre española que hará con solvencia y de buen grado lo que haga falta para ayudar a su hija. Supongo que no es extraño. Supongo que toda esta parte vacía de España se parece dolorosamente a la parte vacía de Bulgaria. En cualquier caso decía que Eugenio se puso fino bebiendo con unos y con otros una especie de sangría típica. En cuestión de media hora se haría lo menos ocho vasos. Habíamos subido al pueblo mano a mano en su coche, de vuelta a la oficina iba a tener que conducirlo yo. Es un Volkswagen Passat de ocho o diez años. Un coche de padre de familia. Un coche de porte formal, incluso serio. Quizá otro personalizaría más y diría claramente que el Passat es un coche que no le pega en absoluto a alguien como Eugenio. Pero yo no tengo ni idea de lo que le pega a la gente, de lo que le corresponde. De lo que merece. Lo único que sé es que esta mañana el pueblo estaba tan lleno que habíamos tenido que dejar el coche fuera de la muralla, aún más allá de las aromáticas, en un bancal en desuso a un buen trecho de la puerta del Rey. Un par de viejos me ayudaron a llevar a Eugenio. Sus axilas olían de la única manera posible. Lo tumbamos en el asiento de atrás y bajé las ventanillas. Como la carretera estaba bloqueada de tanto coche tiré para abajo por un camino de carros. Tiré para abajo entre las flores primero, tiré más para abajo entre los almendros, creo, y tiré más para abajo aún, entre los matojos de hierbajos hispídos que se quemaban vivos en la falda. Hasta que alcanzamos el valle y hundí por fin el acelerador. Viva Volkswagen, pensé, viva Alemania. Lo siento por mi Dacia pero tengo que reconocerlo: el Volks, el Volks sí que es un coche. Bukowski sabía. Eugenio roncaba a lo bestia ahí detrás en posición fetal cara al respaldo, de vez en cuando farfullaba. Cosas sobre las putas, cosas sobre las madres. Lanzaba manotazos al aire. La pierna izquierda le asomaba desde la corva por el hueco de la ventanilla. En cierto momento perdió un zapato, un mocasín de esos típicos marrones con un par de borlas acampanadas en el empeine. En realidad se deshizo de él haciendo palanca en el talón con el marco de la puerta. Lo vi dar tumbos por el retrovisor hasta perderse en la cuneta. Ni por un momento pensé en parar y recogerlo. Seguí conduciendo ni deprisa ni despacio con un ojo en los camiones que bajaban zumbando de la zona de Zorita, no fuera a ser que se le llevaran la pierna. En el retrovisor principal Eugenio dormitaba inmensamente. Media raja del culo le asomaba del gigantesco pantalón Levi's. El hombre parecía más Peter Griffin que nunca, pero al mismo tiempo, me di cuenta de golpe, me parecía más Eugenio que nunca. Con frecuencia anteriormente la mera intuición de sus carnes excesivas, de sus lomos, de sus andares y hablares me había evocado una res. Un animal de granja. Ganado. Quizá esté

mi percepción muy imbuida de los elementos de mi nuevo paisaje. Puede ser. En cualquier caso ahora, ante la visión obscena de su espalda grasosa, me sentía más próximo que nunca antes a mi compañero de trabajo. Por supuesto sería exagerado decir que hermanado con él, pero no cabía duda: Eugenio era un hombre. Un hombre con pelos en la rabadilla. Un hombre ridículo e indefenso. Un hombre que sufría como nadie nunca sabría. Un hombre como yo que se echó a llorar cuando nos detuvimos frente la oficina. Deseé que se me humedecieran los ojos. Pensé en decirle algo. Venga, Eugenio, ánimo, macho o alguna cosa así. No lo hice. También pensé en mover el coche hasta la sombra de una carrasca. Tampoco lo hice. Abandoné a Eugenio ahí tumbado y volví al trabajo. No acudió ni un solo ganadero. El director me preguntó que dónde estaba Eugenio. Se lo dije. Faltaban tres cuartos de hora para la una. La mañana siguió tranquila. Aproveché para escribir esto. Ernesto, Elvira, el director y yo salimos a las doce cincuenta y cinco. Peter seguía frito en el Passat. Una moscarda dorada se paseaba por la planta del pie que le asomaba por la ventanilla, un pie enorme pero de inmaculada blancura y rasgos delicados al que le presumí un tacto suave, casi infantil. El sol caía a plomo. El empeine se le estaba empezando a escocer. El director fingió que le daba un lametón. Me dio repelús. Esa mueca de duende, de chaval viejo, de viejo aniñado. De depravación indemostrable. Hay cosas que mi mente solo admite si las protagonizo yo. Nos dijo que seguro que nos veíamos luego en la charanga o en la verbena. También puede que me lo dijera solo a mí porque desde luego fue a mí a quien guiñó un ojo. Luego se subió al Ibiza corporativo y salió a buena velocidad para el pueblo. Ernesto hizo lo propio con su Avensis, pero lentamente. Por alguna razón me transmitió cierta paz la sencilla visión de su Toyota alejándose con pausa y clase por el camino hacia la CV-14. Antes de incorporarse a la carretera detuvo el coche, se apeó y nos gritó algo desde dentro de la polvareda seca que había levantado. Hasta el martes, me pareció entender con cierta decepción. Si en verdad esas fueron sus palabras no justificaban tanta parafernalia. Claro que es posible que dijera cualquier otra cosa. Con esa lengua que se gasta, vete a saber. Emma había dicho que se quedaba un rato a acabar unas cosas y que la verdad no se encontraba muy bien, que le había venido fuerte la regla y que hiciéramos nuestra marcha, que ya nos pegaba ella un toque si al final se apuntaba. Su declaración me pilló por sorpresa. Si me hubiera detenido a suponer habría supuesto que Emma llevaba años seca. Hay muchas cosas que aún desconozco. Suele tratarse de cosas que no me interesan. Por ejemplo hasta cuándo tiene el período una mujer. A solas con Elvira le sugerí la posibilidad de despertar a Eugenio o al menos llevarle

dentro. Dijo que ni hablar, que a ver si así aprendía la lección, que últimamente estaba muy descontrolado, que ya era hora de que pasara página. No insistí mucho. No insistí en absoluto. Elvira estaba enfadada. Aunque más que enfadada se le notaba ofendida, por lo menos esa fue mi impresión. Quizá incluso traicionada. Detecté un aire de burda venganza hacia Peter en la forma en que mi compañera se me colgó del brazo y tiró de mí hacia mi Dacia. Un despecho ramplón, calenturiento. Supuse que ella y Eugenio habrían quedado en subir juntos a la fiesta. En ir a comer o a lo mejor en acostarse un rato en el piso de él o en el de ella o donde fuera. Lo supuse y lo supe.

He comido con Elvira y su cuadrilla en un garaje que han alquilado por fiestas una calle más debajo de Correos, dos calles más abajo de Conquista. Olía a sombra, leña y gasolina. Supongo que todavía huele a eso y también demasiado a perfume barato. Había cerveza, dos pozales de sangría de esa rara y doce o catorce mujeres. Solo mujeres. Todo mujeres. Muchachas, niñas, señoras. Y sin embargo lo más hermoso era esa moto del rincón, medio tapada por una lona y con los radios picados de herrumbre. Fuera por el olor, fuera por el alcohol, fuera porque es horrible hacerse viejo, en determinado momento necesité con urgencia tomar el fresco. Aproveché para orinar. Lo hice en una calleja sin portales, solo un par de cocheras y tres o cuatro gatos de actitud desinteresada y aspecto autónomo, solvente. Los envidié un poco. Envidio un poco a todo ser y a algunas cosas. Me sentó bien vaciarme al aire libre, ver mi orina escurrirse cuesta abajo sobre el empedrado. Me aportó cierta sensación de poder, como aquella vez de chaval en uno de los históricos viajes Valencia Chelva o Chelva Valencia, no estoy seguro. Supongo que era un trayecto de vuelta porque recuerdo el anochecer, el fin del verano al otro lado de las ventanillas y cómo mi padre se echó de repente al arcén diciendo que no aguantaba más, que si nosotros también teníamos ganas. Mi hermano no, yo tampoco muchas, pero movido por el instinto quise acompañarle. Nos recuerdo a mi padre y a mí bajando del Fiesta y adentrándonos unos pasos en el campo púrpura. Nos recuerdo codo con codo meando en silencio con la cara elevada a las estrellas, a la grandeza y a la indiferencia. Y recuerdo mirar con una mezcla de asombro y respeto la picha de mi padre soltándolo todo en mitad de España. Parecía que no fuera a acabar nunca. Anhelé el día en que también yo pudiera mear a lo grande, sonora y poderosamente. Allí, entonces, con mi padre, presintiendo por primera vez el futuro que un día encarnaría, supe que el tiempo me llenaría de una fuerza única y sublime: la fuerza de los hombres. Era hermoso ser un hombre, pensé, seguramente solo intuí. Era

hermoso que mi padre fuera un hombre, era hermoso que su hijo fuera a serlo con el tiempo. Era hermoso y fácil. Era fácil ser un hombre y mear en cualquier parte, a cualquier hora. Era fácil ser un hombre y no tener que decirle nada a mi padre durante aquella meada, que él no tuviera que decirme nada a mí, simplemente limitarnos a vivir naturalmente nuestro sencillo vínculo. No existía el cáncer, entonces. Un padre era un dios. Dios. Y Dios no orina sangre. Esta tarde, en la calleja, me sentí muy solo. Antes de volver al garaje me encendí un west y escribí todo esto y que definitivamente en la novela tiene que salir la Bultaco de mi tío Antonio. Quizá fuera una Ossa. Me acuerdo mejor de aquella moto que de él. Sí, quizá fuera una Ossa pero tenía el depósito y el chasis de color naranja butano. Las llantas eran blancas. De vez en cuando se plantaba en Chelva sin previo aviso, mi tío, digo, y nos íbamos a dar una vuelta. Me levantaba por las muñecas, me sentaba delante, sobre el tanque, levantaba a mi hermano y lo sentaba detrás, y nos lanzábamos en picado por la cuesta de la calle nueva. En mi mente vamos los tres a cien por hora o a doscientos. Quizá ni siquiera ponía en marcha la moto. Puede que tan solo la dejara rodar cuesta abajo lentamente. Puede que ni eso. Pero en mi cabeza mi tío, mi hermano y yo vamos a toda pastilla por las calles del pueblo. Sin casco y riendo. Ya eran más de las ocho cuando por fin las chicas han decidido dar por terminada la comida. Han sido cinco horas largas, seis, qué se yo. Llevo en mi cabeza buena parte de la discografía de Marc Anthony, buena parte de la discografía de Alejandro Sanz, buena parte de la discografía de La oreja de Van Gogh. Y por descontado mucho reguetón y mucho C Tangana. Pese a las solicitudes, invitaciones y desafíos que he recibido, no he bailado. No sé bailar. No quiero bailar. No puedo bailar. No debo bailar. Elvira ha estado todo el tiempo muy simpática conmigo. Me hablaba desde demasiado cerca. Que si me encontraba a gusto, que a que sus amigas eran muy majas. En una de estas, como si fuera algo absolutamente inevitable, me ha dado un beso en la oreja. Creo que ha sido un error de cálculo por su parte, que su objetivo era otro lugar pero no ha coordinado bien o tal vez yo me haya movido de modo imprevisto en el instante crucial. Se ha quedado con cara de tonta. Me han dado ganas de darle un abrazo fraternal. Ojalá haya un paraíso para mí. Ya en casa me he bebido litro y medio de agua en diez segundos. La fiesta sigue ahí fuera. La algarabía se alza hasta mi terraza. También algunos cohetes. Explotan secamente delante de mis ojos mientras me fumo el último. Sin fuego, sin luz, solo ruido y humo y luego nada. Y me llegan un montón de risas, risas, risas femeninas. No sé si de la tierra o del cielo pero me llegan, me rondan, algo locas, algo siniestras. Por suerte estoy

demasiado cansado y demasiado sobrio para prestarles la atención debida. Mejor me acuesto. Mañana será un día duro. Un día durísimo. Mejor me acuesto, sí. Mejor me acuesto y me duermo, me duermo, me voy durmiendo mientras pienso en el elegante mocasín de Eugenio tirado en plena cuneta. En medio del monte. En las entrañas de España. Es decir: en sus afueras.

Jueves 15 de agosto

Día de la Asunción. España entera en fiestas. También yo. Supongo. Lo he celebrado durmiendo hasta tarde. Más que pedírmelo el cuerpo me lo pedía la mente, su voz a medio camino entre la orden y la súplica: no abras los ojos, no abras los ojos, no abras los ojos. Por supuesto he desobedecido. Me he levantado a las once y media. Me he duchado y aquí estoy en la terraza con un café, un west y esta angustia intransferible mientras las campanas tocan a júbilo. Tengo una leve resaca. Pero no se trata de eso. La luz reverbera en el aire. Me siento como atrapado en un cristal, un bicho de otra época, expuesto a la curiosidad maleducada, inquisitiva del futuro. Frágil, desnudo, aparentemente vivo. Nada nuevo. Llevo mucho tiempo sintiéndome así. Mi vida se detuvo. Sigo vivo pero ya no vivo, por lo menos no como la gente acostumbra hacerlo. Ahora mismo en las alturas flotan dos o tres nubes inmaculadas y algodonosas en el azul frenético. El cielo que pintaría un niño. Ni siquiera los buitres se atreven a mancharlo. Además me gusta el perfume que me ha dejado en la piel el gel que compré ayer en el Casimiro. Oliva. Me quedaría aquí hasta el fin de los tiempos. Aquí, mirando las montañas, respirando la industria. Aquí, rodeado de belleza y comodidades. Aquí, preguntándome si alguna vez firmaré la paz con el universo. Aquí, solo, mientras mi cabeza dicta y mis dedos teclean. Sí, hace un día espléndido. Y además es mi cumpleaños. No se me ocurre otro modo de decirlo: hoy es mi cumpleaños o algo por el estilo. Hoy es el aniversario de la muerte, de mi muerte, en ese orden o el inverso. Hubo paella popular a partir de las dos. De pollo y conejo, claro. En los soportales, claro. Qué sería de este pueblo sin los soportales. Qué sería de las profundidades de España sin todas y cada una de esas plazas porticadas en las que se reúnen sus gentes. Esta estaba repleta. No sé cómo me arrastró el gentío que se arremolinaba en torno a la paella. Giraba. Girábamos alrededor de aquella kaaba humeante y fragante. Hay arroz para dos mil personas, oí decir a un abuelo. Una mujer le apostilló que más, que bien pudiera ser

que para unos cuantos más. Obviamente no se había dispuesto la menor infraestructura para organizar la distribución de las raciones. Ni turno ni tiques ni cola. Tampoco ningún tendal bajo el que refugiarse del sol duro de montaña. Una tensión incipiente se había instalado en muchos de los presentes. Tenían hambre, tenían prisa. Querían comer, querían ganar. Unos metros a mi izquierda se formó un conato de pelea. Sentí cómo la angustia se intensificaba en mi tripa. En ocasiones a la vergüenza de mí mismo se junta la que los hombres me inspiran justo antes de despertar mi ternura. No soy un perro, pensé. No lucho por la comida. No lucho por nada. No compito. No quiero ganar. Decidí abandonar la muchedumbre. Giré el cuerpo hasta colocarme en perpendicular evasiva respecto al centro del remolino, y empujé. Avancé. Empujé. Avancé. No era fácil. Rendirse tampoco es un camino de rosas. Retirarse suele ser un acto heroico. Lo sé muy bien; yo siempre huyo. Una mujer hermosa con la que coincidí cara a cara unos segundos me señaló de malos modos que iba en dirección contraria, que si estaba tonto. Tenía acento francés. Le sonreí. Antes de que el movimiento nos separara le pisé la punta de un pie, diría que a propósito pero no estoy muy seguro. Me pareció que iba en chanclas. Emitió un quejido gutural. Por fin fuera de la vorágine busqué la sombra. Estaba empapado, me olí una axila con relativo disimulo. A través de los cuerpos entreví llena la terraza del Jesuso. También las otras. Turistas en su mayoría. Algunos vecinos. Todos comían, todos bebían. Todos reían. Vi a una ganadera a la que dicen Susi pero se llama Ascensión bailando entre las mesas agarrada a un calvo con bigote. A lo mejor por el griterío o a lo mejor por cualquier otra cosa yo no podía oírla, pero sin duda había música en la vida de quienes me rodeaban. Sin duda en general reinaba el contento. Y me alegré por ello. Porque soy un buen hombre, eso me dije: soy un buen hombre. Por eso hace ya mucho tiempo que de tanto en tanto se me aparece la virgen. Miento: siempre está en mi mente, siempre está conmigo la virgen de todas las vírgenes. Justo en ese momento Candelaria surgió de entre la masa a tan solo unos pasos de mí. Se me acercó decidida con sus ojos en los míos. Son verdes, pensé, son azules, sí, garzos. Pero no: al final verdes. Y quizá me sonriera aunque solo fuera con las pestañas. No lo sé. Lo que es seguro es que puso en mis manos un plato bien lleno de arroz y se fue sin decir palabra por donde había venido. Tampoco yo abrí la boca. La seguí entre la muchedumbre con la mirada perpleja. Llevaba una camiseta de un naranja muy subido que sin embargo no competía con la incandescencia de su pelo. En la espalda unas letras blancas escribían en mayúsculas Candelaria. Me confortó comprobar que no se hace llamar por un diminutivo. Me confortó a las tres de la tarde en los soportales, solo a

plena luz del día, y me conforta ahora en este piso, en esta terraza, solo bajo las estrellas. Me esperanzó de un modo difícilmente explicable para quien no sepa lo que es dejar de reconocerse a uno mismo. Lo que digo es que es importante saber que existe un nombre para cada cosa, para cada acción, para cada tragedia y para cada maravilla. Un nombre preciso e irrevocable. Y Candelaria me lo recordó. Personalidad. Por cierto que no debería hacer falta decirlo pero lo diré: no estoy enamorado. Yo no me puedo enamorar. Ya no.

Ah. En el tumulto de la paella capté al vuelo un fragmento de conversación entre dos mujeres. Marieta ha muerto. ¿La de Correos? La de Correos. Hará un par de semanas. Según parece era un milagro que siguiera viva a estas alturas. La pobre tenía lo mismo que la ministra aquella de Defensa, la rubita, creo, la catalana. Y toda la vida sola, la pobre. Cincuenta y cuatro años, oye, pobreta. Le habría echado quince más.

Sábado 17 de agosto

Eso que se oye es la última verbena de las fiestas. Tampoco esta noche bajaré, tampoco esta noche bailaré. Hay que estar muy cómodo dentro de uno mismo para bailar en medio de la multitud de una plaza, hay que ser muy valiente. Y yo no lo estoy, yo no lo soy. Sí: siempre ha habido algo intrépido en los que bailan en las fiestas de pueblo. Esas personas están a medio camino entre este mundo y el futuro, entre este mundo y el pasado. Son todos los emperadores que fueron y serán. Nada parece importarles. Nada les importa. El aire que les rodea es su palacio. Una inconsciencia desafiante impulsa sus movimientos. Son libres como la luz, libres como el verano. A mí me inspira contemplar a los que bailan en las verbenas, me inspira aún más imaginarlos, me inspira mucho más todavía escribirlos. Me emociona su audacia. Siempre hay un hombre cercano a la jubilación dispuesto a ser el primero en animarse a mover el esqueleto, dispuesto a romper el hielo. Un hombre que se ha pasado la vida entera en el pueblo, un hombre que se llama José Pedro o Anselmo o Jonathan. Se quita la chaqueta y se aproxima a la orquesta o al diyéi dando caladas a un puro y palmas sobre su cabeza. Esos hombres y solo esos son los que merecen ser seguidos a la guerra, al mismo fin del mundo. Hay un carisma natural en ellos, un liderazgo que no se compra ni se entrena. El sudor de su frente caliente es la tinta de todas las biblias de motel de la galaxia. La fe.

Esos hombres son el que deberíamos acabar siendo. Podría pasarme cien años viéndolos en acción. Y podría pasarme cien siglos viendo cómo las señoras bailan en corro paso adelante, paso atrás con los brazos agitando unas maracas imaginarias. Viendo cómo ríen, ríen, ríen juvenilmente, es increíble. Esas mujeres son mi madre; y mi alma besa por donde bailan. Me vuelve loco también ver la danza dudosa de las parejas algo más jóvenes si bien veteranas. Los matrimonios que tan solo llevan diez años casados y por suerte o por desgracia aún recuerdan que hubo un tiempo en que bailaron. Me conmueve observar sus torpes intentos de sincronización. Bajo las luces de celofán parecen parte de un videoclip de los ochenta; una copia de lo irrepitible; una copia hermosa, por qué no. Me gusta que necesiten un buen par de copazos para ir soltándose. Me gusta que al final, con benevolencia por ambas partes, alcancen un remedo de entendimiento rítmico entre sonrisas cómplices. Y luego están los chavales, las chavalas, todas esas camisas desabotonadas, todos esos escotes, toda esa gomina, todo ese pintalabios. Siempre me impresiona presenciar el acercamiento progresivo de los grupos, la liturgia que se desarrolla al compás de la música. Esa diversión tensa, esa agresividad desenfadada. No existe mayor espectáculo en la naturaleza. Hay millones de años de esforzada evolución detrás de esa danza ritual. La contemplo con respeto; la perpetuación, el futuro de la Humanidad está en juego cuando la juventud baila. Por eso esas gentes, todas esas gentes que bailan en las verbenas de pueblo conforman la punta de lanza de la especie. La élite que justifica la existencia en nuestros cerebros de Giorgie Dann, de Camela, virgen santa, de Mecano, de Manolo Escobar, de Gloria Gaynor. Esas gentes que bailan en las fiestas de pueblo son la alegría fundamental de estar vivo aquí y ahora. La alegría pese a la realidad. La dicha porque sí. Y porque sí bailan y bailarán lo que les echen. Rock duro y canciones del verano, pasodobles y salsas, sevillanas y música disco. Mis ojos han visto a esos benditos bailar jotas, bailar polkas, bailar sardanas. Mis ojos les han visto bailar sambas frenéticas en las plazas mayores, en los paseos, en los parterres de España. Mis ojos les han visto bailar como bailan los que regresan del frente, dándolo todo. Y si hay dios, cuando mueran, esos bailarines se incorporarán a la conga de todas las congas y circunvalarán la plaza más hermosa del más hermoso pueblo de este país, avanzando a golpes de cadera hacia el paraíso. Es de justicia. Como es de justicia que yo esté aquí en mi terraza, tan cerca y tan lejos del presente festivo de estas montañas, con un west entre los dedos, imaginando con magnanimidad ese futuro y recordando con crueldad mi pasado. Qué bien me lo pasaba en las verbenas de Chelva. Qué bien me lo pasé.

Domingo 18 de agosto

Hablando de humo y conejos, una vez vi uno ardiendo. Hace muchos años. Quizá quince, quizá veinte. Vi un conejo ardiendo, en un pueblo de La Mancha. Un pueblo muy distinto a este y a la vez idéntico porque todos los pueblos tienen algo de hermanos, de gemelos. Me habían invitado a una boda. Estaba buscando un bar, una terraza, un chiringuito. Estaba buscando la vida. Pero todo estaba cerrado. Era domingo, era verano. Hacía ese calor que solo hace en esta parte del mundo, ese calor mal llevado porque nos hermana con el tercer mundo, a nosotros, que nos creemos ciudadanos del primero. Digo que no había nadie por la calle, ni un alma, hasta que aquel conejo de fuego salió de repente de una casa que tenía el portón entreabierto. Una monstruosidad blanca con una cresta de llamas que pasó a dos palmos de mí. No emitía el menor sonido. No chillaba, no bufaba. Nada. Solamente se quemaba vivo, una mañana de domingo. Me sentí muy cerca de él. Me sentí él. Solo que entonces yo era feliz. Por eso me sorprendió reconocerme en el pobre animal. Siempre, siempre, siempre esta compasión dentro de mí, conmigo. Se perdió tras una esquina. Mi primer arrebato fue seguirlo. Soy español, soy morbosos. No lo hice. La muerte nunca es espectacular, solo es muerte. Sí que me acerqué al portón. Me asomé. Miré. Y vi un patio lleno de flores, y una niña allí que me sonreía arrodillada bajo el sol y sombra de un emparrado. Le devolví el gesto. Y me largué. Así fue mi primer encuentro con el futuro. Con el más allá. Con las vírgenes y los dioses. No hay más que contar.

Martes 20 de agosto

Muy tranquilo en la oficina. Digo yo que será que el pueblo sigue de resaca. Solo se presentó mi tocayo, la barba ya le llega hasta mediado el pecho. No sé a qué vino. No le había nacido ningún ternero, no se le había muerto ninguna vaca. Creo que se pasó a saludar. A saludarme. A charlar. Eso es lo que hicimos, hablar un rato. Me preguntó qué cómo llevaba el trabajo. Le contesté que bien, que poco a poco, que cada día mejor. Le pregunté que qué tal las fiestas. Me contestó que no le gustan. Demasiado follón según él, demasiada borrachera. Le dije que la sangría esa que hacen sus paisanos está

realmente buena. Me dijo que no lo sabe, que él no bebe. Durante unos segundos se hizo el silencio. Lo rompió para repetir que no le van mucho las fiestas y matizar que, bueno, salvo los toros. Pero que este año no ha corrido porque a su mujer le daba miedo. Que qué cosa más rara. Que ella siempre era la primera en ponerse delante del toro pero que a principios de verano había tenido un sueño: un toro le atravesaba el corazón a su marido, a Iván. Y que se había obsesionado un poco más de la cuenta con el tema. Seguramente sea por el embarazo. Y que total, por no oírla, pues eso, que este año no ha corrido. Movido por un fogonazo de normalidad pensé en preguntarle de cuánto estaban. No lo hice. Solo le dije que claro, claro. Es un buen hombre este hombre. También hoy calzaba las J'hayber.

Hace cinco minutos he llamado a mi hermano desde aquí mismo, el murete enfrente de la puerta de San Blas. Había un puñado de japoneses fotografiándola. A espaldas del monumento el cielo moribundo era una verdadera preciosidad. Sigue siéndolo. Agoniza, su estallido se atenúa por momentos, pero sigue siéndolo. Púrpura y azul eléctrico no parece el de la Tierra. Parece el cielo de un lugar mejor. Le echaba de menos. A mi hermano digo. También a mis sobrinos. Los he pillado de vacaciones en la costa, si me lo había dicho no me acordaba. En un hotel. Pensión completa. Acababan de ducharse de vuelta de la playa y ahora se bajaban al buffet. Aquí hay de todo, me ha dicho, bingo, discomóvil, animadores para los críos. Es lo mejor para ellos. Y, bueno, sobre todo para nosotros porque. Le he cortado. Oye, a ver cuándo subís a hacerme una visita. No he podido reprimir las palabras, un sentimiento de finitud me ha poseído. Me ha respondido que claro, que si eso a fin de mes. Como tiendo a ponerme difícil la consecución de mis deseos le he informado absurdamente de que en el piso solo tengo una cama. De matrimonio, eso sí. Pero que no pasa nada, que duerman en la cama ellos dos y la nena, y el chaval y yo en los sofás. Sin problema. Bueno, ha dicho, ya veremos. Le he mandado besos para los nanos y he colgado. He encendido un west y me he quedado mirando unas aves que atravesaban despacio el cielo caliente en formación de cuña. Patos, he pensado desde mi ignorancia. Parecían demasiado grandes para serlo. No he seguido preguntándome.

Miércoles 21 de agosto

Un calor considerable a mediodía, cosquilleo en los antebrazos mientras fumo al sol en la puerta de la oficina, puede que me esté quemando. Seré breve, o no, hoy también está siendo un día tranquilo. Pero me he entretenido un buen rato arrancándole las alas a una mosca. Andaba sobre mi mesa cuando he llegado al trabajo. La he noqueado de un manotazo y la he inmovilizado pegándola bocabajo en una tira de cinta adhesiva. La he retenido ahí un par largo de horas mientras observaba sus esfuerzos con un interés inconstante y desde luego nada científico, la verdad, justamente bastante pueril. Creo que me ha sentado bien constatar que conservo la capacidad del juego. Creo que me ha sentado bien intuir que las moscas no conocen la desesperación. Es claro que hay criaturas de mejor calidad que otras. Las vacas sufren, las vacas se relajan, las vacas procesan en la medida de sus posibilidades los estímulos humanos que reciben, y reaccionan a ellos. Las moscas no, estoy convencido casi por completo, siempre guardo en lo más hondo de mí un rincón fresco, ventilado, agradable para la duda. En cualquier caso he mutilado a la mía sin cargo de conciencia. Luego me he puesto a pensar en la novela sin premeditación. He cortado tajante mis reflexiones y no sé por qué me ha dado por divagar sobre la trascendencia inigualable de Internet. Lo cierto es que ocurre con frecuencia que me sorprende dándole vueltas a la cabeza sobre el tema. Google es la vida eterna y la condenación eterna. Supongo que Instagram también, que Twitter también, no uso lo uno ni lo otro. Sí tengo Facebook, y puedo asegurarlo: esa red social es la eternidad, el más allá, porque qué es el paraíso sino la memoria, qué es el infierno sino la memoria y qué es Facebook sino nostalgia, millones y millones de publicaciones obsoletas un segundo después de ser colgadas. El recuerdo de lo que un día fuimos, quiero decir el recuerdo de lo que un día quisimos creer y hacer creer que éramos. Un recuerdo además que no se desgasta. Un recuerdo grabado en una mente infalible, en la memoria colectiva informática, invulnerable al paso del tiempo, inviolable por las enfermedades del cerebro humano. Un recuerdo en alta definición, terriblemente vívido, demasiado, y perfectamente falso porque perfectamente falsa es la imagen con que uno enfrenta el mundo, máxime a través del filtro de una página web. En Internet estamos todos y sin embargo no hay nadie, porque ni uno solo de los datos que compartimos en la red es inocente, siquiera espontáneo. Thispersondoesnotexist. Internet bien podría ser, por tanto, el escenario ideal en el que la ficción creativa experimentara un salto cualitativo hacia confines inexplorados. Así quise entenderlo y lo entendí al principio. Una escapatoria, quizá la mejor de todas, la definitiva. Yo siempre huyo. Obviamente me equivoqué, me di cuenta bien pronto. Pero seguí en la Red, seguí en Facebook

durante años y años. Incluso yo tengo un ego que alimentar. Incluso yo tengo una bestia privada que entretener, que saciar, es probable que más fiera que la de nadie. Así que seguí publicando mis poemas, publicando mis cuentos, seguramente las letras más dignas que cada día se escribían en España, a cambio de un puñado de likes, de algún que otro comentario adulador. Y cada día los vi hundirse rápidamente en el pasado entre un amplio catálogo de expresiones del naufragio humano. Reportajes vacacionales de desconocidos, discusiones políticas, reivindicaciones de moda, Dios te ama, Dios ha muerto, bendiciones, anuncios de presentaciones de novelas en Soria, anuncios de presentaciones de poemarios en Jaén, anuncios de presentaciones de poemarios en Madrid, en Valencia, en Barcelona. Porque sobre todo vi mis textos hundirse en la nada entre poemas, qué dolor, esos poemas bochornosos ilustrados con una foto en pose teóricamente sugerente de su autora o de cualquier otra mujer siempre bien formada, invariablemente de escorzo y en blanco y negro. Esos poemas bochornosos iluminados con una foto en pose teóricamente soñadora de su autor, la mirada en un punto indeterminado algo por encima de la cámara, intentando desesperadamente transmitir cierta genialidad, por lo menos cierta inteligencia, cierta libertad de espíritu a falta de algo mejor. Nada que objetar, no obstante, porque igual de leve y engañoso es mi rastro en Internet, igual de mezquino. Conducirá a los pocos que lo sigan a un concepto de mí diseñado aunque sea de manera inconsciente, una personalidad artificial y artificiosa, por la que paradójicamente seré recordado. Un tiempo al menos, sin duda breve. Porque además, pienso ahora, quizá sea esa confusión identitaria la única obligación de un escritor, y la única prueba de haber hecho aceptablemente bien su trabajo. Lo que digo es que si muriera ahora y los morbosos entraran mañana a escrutar mi muro de Facebook en busca del que una vez fuera Iván Rojo nunca sospecharían que se trató de un asesino. En Internet solo somos la proyección intangible de nuestros órganos, de nuestra sangre, entes inmunes a la corrupción. Me verían sonreír en fotos de golpe ya míticas, incluso mitológicas. Interpretarían que fui un joven que escribió, luego un hombre que escribió. Un español que trabajó y se ganó la vida, que no triunfó en sus sueños, pero que tuvo un Ibiza, que tuvo un Dacia. Una persona normal. La futilidad perfecta. Tanto es así que si un día usara mi perfil para confesar lo que soy nadie lo creería. La distancia inherente a las tecnologías nos otorga a todos la condición de seres inofensivos, amigos imaginarios, personajes de ficción. Buenas personas, por ejemplo. Artistas, por ejemplo. Escritores. En Internet todo el mundo escribe poesía y sin embargo no hay un solo poeta. Thispersondoesnotexist. Mi madre me lee, por cierto,

lleva años haciéndolo. Me insistió e insistió en que le creara un perfil solo para poder entrar en Facebook y leer lo que escribo. Lo que escribía. Porque lo estoy dejando. Lo estoy dejando todo, voy a dejarlo todo menos el tabaco y esto. O no. También dije que iba a ser breve.

Viernes 23 de agosto

Hoy en cambio ha sido un no parar de altas en la oficina. Muchos nacimientos, muchos dibs, muchos nuevos terneros. Sin duda hay más vacas que gente en estas tierras. Es una verdad que me pone nervioso. Procuro no pensar en ello, pero mi cabeza es como la de cualquiera: hace lo que quiere. Por ejemplo anoche soñé que paría uno. Un ternero. No sé cómo. No sé por dónde. Pero salía de mí. Estaba yo en la playa, solo. Por la luz no parecía muy temprano ni muy tarde pero no había nadie a la vista. Ni un alma aparte de mí, que me mojaba los pies en la orilla. Y de pronto un dolor atroz. La sensación de estar a punto de reventar. Y algo que empezaba a brotar de entre mis piernas, por delante, por en medio, no sé, entre mis muslos. Algo duro. Algo peludo. Algo de carne y hueso. Caliente y aterrador. Me sentaba en la arena. La espuma me bañaba con sus idas y venidas impidiendo que viera con nitidez aquella cosa. Pero la veía, al final la veía. Un ternero taheño de ojos verdes y enorme, más grande que yo y que sin embargo nacía de mí. A mí alrededor el mar se teñía de mí. Podía oler mi sangre. Primero el ternero asomaba la cabeza, el cabezón brutal. Luego el ternero me abría en canal por ahí abajo haciendo tijera con sus pezuñas. Pronto ya había salido del todo. Ya había nacido. Con el hocico bajo el agua luchaba por levantarse sobre sus patas flacas y temblorosas. Las olas se lo ponían difícil. Me daba la impresión de que chillaba ahí sumergido. No como una vaca, no como un animal. En el sueño estaba convencido de que el ternero aquel me gritaba que le ayudara. Me imploraba con palabras muy humanas de las que solo me llegaba un rumor burbujeante. Yo no movía ni un dedo por él. No sabía si quería que viviera o que se ahogara. Desperté de madrugada francamente angustiado. Salí a la terraza a fumarme un west dando por seguro que al final serían unos cuantos más. No logré quitarme de encima la desazón. Se me ocurrieron varias explicaciones de la pesadilla. De ellas dos me resultaban particularmente plausibles. Una: que deseaba ser padre o me asustaba la posibilidad de serlo un día o me frustraba la convicción de no llegar a serlo nunca o un poco de todo eso. La otra: que dentro de mí la novela luchaba

por abrirse camino hacia el mundo sensible, salvajemente. Sé que ninguna de ellas es por completo acertada.

Mensajes en el wasap. Andrés, Pablo. Acabo de leerlos por encima. Entiendo que La Liga ya ha empezado o empieza este fin de semana. Me reconforta. Lo que más valoro en la vida es aquello que me permite desconectar de ella. Es por eso que amo el fútbol.

Domingo 25 de agosto

Leí a Edward Bunker. La educación de un ladrón, de cabo a rabo. Ayer fui al Jesuso a mediodía. Me desconcertó encontrarlo cerrado. Seguía igual cuando me pasé de nuevo a eso de las ocho. Me sentí frágil de golpe. Soy humano, necesito cerca gente mediocre.

Lunes 26 de agosto

Efectivamente a eso de las siete Eugenio ya ha acabado su partida de cartas. Estos últimos días he rondado el bar del hotel El Cid hacia el final de la tarde y nunca me lo he encontrado. Además para mayor seguridad se lo he preguntado. Me ha dicho que no, que a las seis y media recogen el tinglado, que al cabo de dos horas de partida a los abuelos no les da para más la cabeza. Mejor, porque siempre es bueno disponer de un puñado de lugares donde beberse un vino a solas. Mejor, porque en el fondo creo que me conviene poner distancia de por medio con el Jesuso. Mejor, porque resulta que me encanta el hotel El Cid, dos estrellas, bar-cafetería. Refugio de italianos, de franceses, de madrileños. Refugio del amor de temporada, de verano, de fin de semana. Me encanta pero dudo que lo visite a menudo, dudo que vuelva, queda demasiado a trasmano, demasiado abajo. Me hago viejo. Excusas. La verdadera razón por la que no volveré es precisamente que me encanta. Me encanta la recepción del hotel El Cid, se ve de refilón desde cierto punto de la barra. Ese aire setentero perfectamente respirable, esos ojos en carne viva de la señora de detrás del mostrador, como si no hubiera dormido un solo minuto en los últimos treinta años. Me encantan los llaveros que se gastan en el hotel El Cid. Es impresionante ver a los turistas pasearse por el pueblo con ese trasto colgándoles del bolsillo. Algo así como botijos en miniatura pero no lo suficiente. Quiero decir que están más cerca de ser botijos que botijos de bolsillo; cada

uno debe de pesar trescientos gramos. Me encantan los balcones diminutos del hotel El Cid, orientados al lejano oeste, a la tierra prometida, a las águilas imperiales que sobrevuelan los campos y el polígono. Me encanta la languidez con que al atardecer resplandecen las cortinas naranjas del hotel El Cid. Me encanta el papel de pared de flores que se aprecia desde la calle en las habitaciones del primer piso del hotel El Cid. Y me encantan más si cabe las camareras de habitaciones del hotel El Cid. Por supuesto son todas rumanas, rumanas flacas de ojos grises y pendientes dorados de aro. Salen a fumar cada dos por tres. Me encanta oír las hablar en los escalones de la entrada y no entender ni jota. Me encantan los camareros del bar-cafetería del hotel El Cid. Ese par de latinoamericanos imberbes y bien peinados que no dudan en noquearte con estilo llamándote Señor con una sonrisa, juraría, una sonrisa o algo parecido. Irradian carisma. Podrían ser chaperos de lujo en Nueva York o actores muy secundarios en Miami. Pero aquí están, en Las cumbres. Quién sabe qué les trajo a este pueblo extraño lleno de lugareños, vacas y emigrantes de la Europa oriental, migrantes, como se diga. Quién no lo sabe. Cielo santo, me encantan los extintores de las escaleras del hotel El Cid, esperando pacientes el incendio que justifique su existencia. Esperando el peligro y la gloria, ese toro astuto, ese toro asesino. Me encanta el hotel El Cid, ya lo he dicho y me reafirmo. Y me encanta cómo reflejan mi cara las cristaleras sucias y algo rayadas del bar del hotel El Cid. En justicia simplemente desgastadas. Viejas. Me encanta la distorsión que producen en mi percepción. El elemento irreconocible que introducen en mi reflejo. Si estoy dentro del bar se diría que un extraño me observa desde fuera, si estoy fuera juraría que un extraño me observa desde dentro. Hay una distancia insalvable entre yo y lo que soy, la misma que media entre lo que soy y yo.

Martes 27 de agosto

Verano, verano, pero dos de cada tres noches ya llegan frescas a la terraza, casi frías. Se agradece la chaquetilla, incluso me he subido la cremallera hasta donde he podido. Me ha llevado unos minutos encontrarla. La chaqueta, digo. Se había colado entre el asiento y el respaldo del sofá, está increíblemente arrugada. Manchada no, pero debería lavarla; me parece que huele a mí. He acercado mi nariz a mi axila y sí, definitivamente tiene impregnada mi peste. Debo lavarla. Lo que pasa es que me da miedo que se desintegre. Se la ve tan frágil como un pergamino. Casi evanescente. Una reliquia. Mi sábana santa.

Mi santo sudario. Lino antiguo, cáñamo histórico, lo que quiera que utilizaran los desgraciados del pasado para vestir a los enviados celestiales. Desde luego el tactel no es de esta época, el tactel no es de este mundo. De hecho según la RAE su nombre no existe. Wikipedia sí que me informa de que Tactel es el nombre comercial de las microfibras de la marca DuPont. No tenía ni idea, y no importa; es solo otro dato que olvidaré pronto, muy pronto, es solo otro dato que ya he olvidado. Porque para mí el tactel es y será por siempre el material del que estaba hecho aquel chándal verde rana que mi madre me compró en el mercadillo que los sábados por la mañana ponían en la plaza mayor de Chelva. Los noventa nacían. El verano moría. Para gimnasia, me dijo. En la novela tiene que salir aquel mercadillo. Los gitanos y los quinquis, el olor fuerte a encurtidos, a cortezas de bacalao y a banderillas; los ajos, las cebollas; los bikinis y los bañadores de mujer que colgaban de cada barra de la estructura del puesto que había en la esquina. Recuerdo uno, un bañador, un bañador de un amarillo muy subido cruzado en los costados por zarpazos de rayas negras. De tigresa. Recuerdo a mi madre comprándoselo. Fue el mismo día del chándal de tactel. Recuerdo también pensar que mi madre era joven, que mi madre era animosa y valiente. Ahora supongo que en realidad no lo pensaría, que seguramente se tratara más bien de una sensación. Un sentimiento. Fuera lo que fuera lo experimenté con orgullo y embeleso, con cierto enamoramiento. Tendría entonces treinta y cinco años, mi madre, uno arriba, uno abajo. Los hombres la miraban mientras sostenía en sus manos el bañador y le daba vueltas para ver si era su talla. Yo la miraba. Dios bendito, claro que era su talla. Dios bendito, claro que lo era: una tigresa. Una hermosa tigresa. Me resultaba incomprensible que se hubiera casado con mi padre, que aún estuviera con él. Nunca he logrado entender qué ven las mujeres en sus hombres, en esa multitud de hombres de hombres que no son Iván Rojo.

Miércoles 28 de agosto

Poco que decir salvo que bien de mañana acudió a la oficina un tal Ponce con su mujer o una tal Ponce con su marido. No me quedó claro y si me dieron alguna otra información no la retuve. Incluso es posible que no fueran matrimonio ni pareja de hecho. A lo mejor eran hermanos, por ejemplo. Se parecían bastante: el mismo tono de piel, de un anaranjado subido, muy subido, en realidad directamente naranja. Venían por

lo de la trashumancia de las abejas. Seguramente sin ningún sentido me los imaginé en los prados todo el día al sol: dos flores de sesenta, setenta kilos, inofensivas e irrefutables, dos flores humanas que se pasarían la vida bebiendo vino y comiendo queso y fumando polen, polen, polen mientras contemplaran embelesados el ir y venir de sus abejas. Con o sin razón les envidié un poco. Difundía felicidad, la pareja. Bienestar. No tendrían ni los treinta. Elvira se ha cogido libre hasta fin de mes para recuperarse de las vacaciones y los demás habían salido al almuerzo, así que tuve que confesar a los apicultores que nunca había tramitado un movimiento de colmenas. Por lo que se ve por aquí arriba las llaman ruscos, eso me dijeron, tampoco parecían estar muy seguros. Al principio no entendía de qué me estaban hablando. Me entregaron unos papeles con el membrete de la Junta de Castilla-La Mancha. Hice una copia de cada uno de ellos y se las devolví debidamente selladas. Les pregunté si con eso bastaba y me contestaron que eso esperaban, que todavía no se aclaraban mucho. Me explicaron que es que ellos eran de Madrid y un día se habían cansado de los precios y el estrés, que llevaban apenas año y medio de aquí para allá en la furgoneta con las colmenas, que habían pensado instalarse por esta zona, que de momento habían alquilado una casita ahí detrás, en La Chiva, y que sobre los papeles pues la verdad es que ni idea, que en cada zona les pedían una documentación, que ahora por ejemplo volvían con los ruscos, es decir, volvían con las colmenas desde Cuenca y que a ellos la burocracia les superaba. Se rieron. Se rieron con sinceridad y ganas. A él se le balancearon las trenzas, ella me obsequió con la visión rutilante del pirsin de bola prendido a su lengua. Les envidié aún más si cabe a la vez que sentí ganas de apalearlos fuerte. Sin embargo les dije sin dolor que estuvieran tranquilos, que ya se lo comentaría yo luego a los veterinarios y que si hubiera que hacer algún otro trámite ya les llamaría a decirles que se pasaran por la oficina. Ya lo he dicho: me enternezco, supongo que tengo mucho que compensar. Al despedirnos no sé por qué les pregunté a ver dónde iban a colocar las colmenas y me dijeron que no lo tenían muy claro, que un conocido les había hablado de la masía de los Llorens, que por lo visto había por allí un buen pradillo habilitado al efecto, que si eso las dejarían allí y ya verían. Perfecto. Buen día, les deseé.

Domingo 1 de septiembre

Vino mi hermano, vinieron mis sobrinos, vino mi cuñada. Todavía no se le nota el embarazo. Aun así le puse la mano en el vientre después de saludarla. La mantuve ahí unos segundos. Nada. Vinieron, al final solo a pasar el día. Les enseñé el pueblo. La iglesia, Conquista, los soportales, las vistas del valle desde San Blas. Los chiquillos se empeñaron en ir al museo de dinosaurios pero lo encontramos cerrado. Era obvio que se estaban aburriendo. Les compré unas flamas, no les disgustaron. Les propuse bajar al valle, que seguro que veríamos vacas. No. Les propuse subir al castillo. Sí. Cuando lo contemplo desde la terraza parece que esté a tiro de piedra. Lo que pasa es que el camino serpentea en su ascenso de manera muy poco eficiente en torno a lo más alto del cerro. Tardamos más de una hora en coronar. Y la verdad es que cara a cara el castillo no es ninguna maravilla. Un montón de piedras polvorientas y algún que otro clavo oxidado. Hay, eso sí, un mirador desde el que se supone que se ve el mar a cincuenta, ochenta kilómetros, los que sean. No lo vimos. Además a la nena le dio como un mareo. Sería por el solazo. Le echamos agua por la nuca y buscamos la sombra. Por descontado no hay ni un árbol en condiciones allí en lo alto. Nos metimos en un torreón semiderruido y esperamos hasta que recuperó lo suficiente el color. Bajar solo nos llevó un cuarto de hora. Mi hermano llevó en brazos a su hija durante todo el descenso. Le envidié. No les apeteció comer por ahí por lo de la niña, para que descansara un poco. Preparamos unos macarrones en casa. Después quisieron echar la siesta. Mi hermano, su mujer y la cría se tumbaron en mi cama. Mi sobrino dijo que no tenía sueño y se quedó conmigo en la terraza. Le impresionaron bastante los buitres que merodeaban por el cielo. Así fue por lo menos durante dos o tres minutos. Al cabo parecía mortalmente aburrido. Supongo que es normal; tiene doce años, puede que trece. Dijo que iba a por un vaso de agua y ya no volvió. Entré a ver y estaba frito en el sofá. Le miré las piernas. Ese bronceado que resaltaba el vello incipiente y rubio en las canillas. Eran idénticas a las piernas de mi hermano a su edad. Idénticas a las mías a su edad. Eran las piernas del futuro y sin embargo me acordé de muchas cosas. Cosas del pasado, claro. Sentí cierto orgullo por mis genes. Mis hermosos genes, que no transmitiré. También cierta pena. Me acordé de muchísimas cosas. Luego volví a mi silla de la terraza y seguí leyendo El camino del tabaco, de Erskine Caldwell, empalmando wests. Cuando despertaron dijeron que se iban a ir ya, que si no luego se pilla mucho tráfico a la entrada de Valencia. Les acompañé al coche. Tienen un Opel Insignia imponente, de un azul que fulgura en plata, como una espada. Como el cielo aquí por las mañanas. Nunca lo sabrán. Ni que es una hermosura ver los gorriones arremolinarse en torno a las mesas de

las terrazas de los soportales mientras te tomas un café. Ver los gorriones, diminutas bolas de color y calor saltando alegres entre tus pies, rozando tu pelo cuando aterrizan con un aleteo de papel en tu mesa. La hermosura de ver los gorriones revoloteando bajo por los adoquines azules, todavía fríos de tanta noche, todavía frescos y limpios como lo que son: trozos de montaña dormida, en ese momento del día en que el paso humano aún no ha hecho de ellos mero pavimento. Hace décadas que el aire de Valencia solo lo surcan palomas, miles de palomas. A lo sumo, de tanto en tanto, alguna gaviota enloquecida.

Como en el Jesuso no hay televisor me he metido en un bar llamado Campos para ver el fútbol. En principio ni siquiera era mi segunda opción pero es que resulta que en el bar del hotel El Cid no tienen movistar. Ha sido mi primera noche en el Campos, y me ha gustado. Ya desde la calle me llamaba la atención durante mis idas y venidas por Conquista. Tiene en la puerta un barril de madera oscura y como resudada, un cenicero sobre él. Tiene una pizarra colgada a la altura de los ojos a la derecha de la puerta, una lista a doble columna de tapas y bocadillos escrita con una caligrafía redondeada y florida de una belleza infantil, es decir, atemporal. Aunque solo fuera por eso debería haberle dado una oportunidad al Campos hace tiempo. Me ha gustado de verdad, y en cualquier caso mucho más que el Jesuso. Ahora mismo juraría no volver a pisar ese antro si no fuera porque sé que no tardaría mucho en faltar a mi palabra. En cuanto uno pone el pie en el Campos se da cuenta de que está en un bar con solera. Azulejos hasta mitad de pared y madera en la barra, en el techo. El aire huele a vinagre. Pero es un olor agradable y acogedor, no como el de El Cazador. Me ha venido a la mente mi padre. Cuánto le gustan las banderillas y ese tipo de cosas. Lleva un par de años largos sin probar nada por el estilo por lo de su cáncer de vejiga. El aire también huele a morcilla. El aire huele a lejía y a sangre. Una infinidad de servilletas de papel hechas bola siembran el suelo. Hay hombres con boina. Hay señoras con shorts. Hay mucha veteranía patria y unos guiris en una mesa dándole bien a la sangría. Hay vida. También hay una cortina de canutillos detrás de la barra y un par de toneles enormes tumbados sobre unas poderosas vigas en una especie de altillo sobre la máquina de café. Yo estoy en el extremo más alejado de la puerta, junto a la caja registradora. Las mesas estaban ocupadas. Juega el Madrid, y en todas partes y todas las épocas todo el mundo es del Madrid. En las ciudades, en los pueblos. Al otro lado del mar, en lo alto de las montañas. En los desiertos. En el pasado, en el presente y en el futuro. A la masa le

gusta ganar; a unos pocos la emoción. La mujer me ha dicho que el negocio tiene más años que ella, y eso que el mes que viene hace ya ochenta. Estoy seguro de no haberle hablado más que lo imprescindible para pedir un vino. Y además tenía y tengo en todo momento la vista puesta en la pantalla. La de la tele, la del móvil. La pantalla. Está más que claro que esto a la señora le da totalmente igual, como está mandado. Me ha dicho que no tengo pinta de turista, y que vamos a ver, si soy el de la oficina ganadera o un nuevo profesor del instituto. No sé si ha oído mi respuesta. Me ha dicho también que el bar era de sus padres y que antes de eso era de sus abuelos. Que está prácticamente igual que cuando ella era niña. Esa lámpara de ahí arriba, por ejemplo, la trajo su abuela del viaje de novios en Zaragoza. Es cristal del bueno. Le he pedido un plato de morro, es posible que de manera un tanto abrupta. He conseguido lo que pretendía. Distancia. Alimento. Pero gol de Benzema. El bar es una fiesta.

Lunes 2 de septiembre

Mis padres llevan tiempo diciendo que quieren venir a verme. Desde el primer día, de hecho. Siempre les doy largas. No me resulta fácil. Me gustaría que me visitaran. Sin embargo siempre les doy largas. Les digo que ya bajaré yo, que esto está muy lejos y muy alto y que el papá ya no está para conducir por las montañas. Todo más o menos cierto y a la vez simples excusas. Se pusieron particularmente insistentes cuando fiestas. Ambos son de pueblo, seguro que el ambiente les habría gustado. Además habrían sido para ellos unos días diferentes a los que desde hace ya mucho tiempo se suceden en sus vidas. Pero esquivé su sugerencia. Tenía bastante de petición, en realidad. Sé que un día me arrepentiré. Sé que un día lamentaré no haber compartido más tiempo con ellos. Más verdades. Más fiestas populares. Más veranos. Más calor, más frío. Aquí arriba y en todas partes. Existe entre nosotros un abismo, y es por mi culpa. Tengo la certeza de que en ocasiones lo perciben, sobre todo mi padre. Pero son respetuosos y como norma no preguntan más allá de si estoy bien, si me pasa algo. Naturalmente les contesto de modo invariable que sí, que no, que nada. De vez en cuando mi padre alarga un poco más de la cuenta estas conversaciones y empiezo a ponerme tenso. Primero huidizo. Luego agresivo. Nunca se da por vencido sin decir la última palabra: que le puedo contar cualquier cosa, que es mi padre, que soy su hijo. Es oír esas palabras y llenarme de vergüenza. Dedicué todo el día a pensar en esto. A pensar en mis padres. A pensar si

este desapego mío es lo mejor que puedo hacer por ellos. Me parece que sí. Cuando baje les llevaré algo. Unas flamas, embutidos de la tierra. Algo.

Martes 3 de septiembre

He bajado al río. A pie. Veinte minutos de camino por la única ladera transitable, de bancal en bancal a través de los ribazos, a través de los insectos. Con las nikes. Algo se me ha metido en el ojo izquierdo. No deja de llorarme. El sol ya andaba de capa caída cuando salí, pero todavía merecía su nombre cuando he llegado al Bergantes. He oído que los ecologistas dicen que está contaminado; yo lo encuentro prístino. Se ven las piedras en el fondo, redondas y tersas como cráneos pequeños, infantiles y azulados. Por otra parte es verdad que no habrá más de dos palmos de agua entre ellas y el aire. Me he lavado el ojo ya un par de veces mientras me doy un baño de pies sentado en la orilla, bajo los chopos. El lugar es hermoso. La luz dorada, el rumor de la corriente, el perfume profundo de la naturaleza haciendo su trabajo. Estar. Aguantar. Ser. Ni siquiera se oyen los camiones que sin duda en este instante pasan atronando un poco más arriba por la CV-12. Se está bien. Me enciendo un west. No obstante me pregunto si el forestal habrá cagado por aquí cerca recientemente. Mi ojo bueno peina la tierra con aprensión. Tampoco acabo de entender qué me ha impulsado a salir de casa y plantarme en el río. Creo que me arrepiento. Algunos suelen alardear de no lamentar nada de lo que han hecho. Me inspiran curiosidad, también desprecio. No estaría mal abrirles la cabeza y ver qué hay dentro. Yo me arrepiento de todo. Siempre hay una manera mejor de decir y hacer. Pienso en la novela. No quiero pero pienso en la novela. En la imposibilidad de que cobre forma exactamente como me gustaría. Cuestión de talento. Cuestión de energía. Entropía. Tampoco yo logro ser el que quisiera. Es posible que ni siquiera lo intente. Diría que la pereza me explica. Además ahora me toca deshacer el camino. Cuesta arriba. Será el doble, calculo, más probablemente el triple: una hora. Una hora de subida que haré resollando, seguro, parando a fumar un par de veces, seguro, mientras pienso, seguro, que en la novela tiene que salir cuando nos bañábamos por la tarde en el azud de Tuéjar. Hablo de mí y de mi hermano y de aquellos chavales. En algún lugar de los últimos treinta años perdí sus nombres. Da igual, supongo. Conservo las aguas congeladas cristalinas y el lengüetazo de luz fundida que abandonaba despacio las faldas, en preciosa retirada, cegadora, metro a metro. Las rocas recalentadas y la

intuición del fin de una época y quizá el comienzo de otra tienen que salir en la novela. Los testículos recién nacidos, tienen que estar en la novela. Y también tiene que estar el Talbot azul, azul, azuloso naufragado en el fondo, con aquellos peces grandes y feos que entraban y salían de él. En la novela tenemos que salir todos cascándonosla en grupo entre las carrascas, eso eran también aquellos árboles humildes, todos cascándonosla entre las carrascas y los mosquitos de fuego mientras miramos las montañas. Por lo menos así lo hacía yo. Recorría con los ojos entornados la cresta de la sierra, igual de mellada que Dora, una camarera muy morena del bar Neutral, e igual de imponente, igual de inasequible. Y el sol a medio hundir tras los peñascos, calentándome el pecho y el cerebro, tiene que salir en la novela. Y los buitres allí arriba planeando, tranquilos, elegantes, pacientes. También los había en la infancia, pero no daban miedo; siempre los llamé águilas. Durante mucho tiempo pude elegir el nombre de las cosas. Por ejemplo el mono aquel no era un macaco, era un chimpancé en toda regla, pero resultaba más cómico llamarle macaco. Me refiero al mono de la Rosario. Tiene que salir en la novela. Era más o menos igual de grande o pequeño que ella, que no pasaría del metro cuarenta. Por la noche la mujer se sentaba en la silla de mimbre a tomar la fresca en la puerta de casa, ahí en la calleja del Charco. Y el mono al lado de la vieja en otra silla, obediente y bien sentado y afeitado de los pies a la cabeza. No miento. Ni un pelo. Nadie debería morir sin contemplar a un mono afeitado. Es algo que te acerca de golpe unos buenos miles de kilómetros a la sabiduría. A Dios. A la resolución del misterio de la naturaleza. Esa piel secreta, suave y blanquísima. Esa tripa casi humana. Ese pene rotundamente humano. Pienso más de lo que quisiera en aquel animal. Qué hacía un africano como él en mitad de la serranía de Valencia, empapado en colonia nenuco. De dónde lo sacaría la Rosario. Cómo se llamaba, cómo se llamaba, cómo se llamaba el macaco, quiero decir el chimpancé. Me parece imposible haberlo olvidado. Le doy vueltas y vueltas y siento vergüenza. Lo recuerdo dando lametones a un polo de limón de esos de hielo. Lo recuerdo mirándonos, mirándome, dedicándome un aborto de sonrisa. Lo recuerdo acariciando los rulos de la cabeza de la jorobada. Lo recuerdo subiendo hacia la plaza de la mano de su dueña o lo que fuera para él la Rosario. Un niño desnudo de pies zompos. El tonto del pueblo. Cuánto tiempo vive un chimpancé, por favor, que alguien me lo diga. Me dice Google que cuarenta años. Por qué ninguno de los cazadores de la zona tuvo el valor y la decencia de agarrar la escopeta y meterle dos tiros. De todos modos no importa. Aquel mono absurdo e

irrepetible vivirá mientras yo viva. No es hermoso. Jamás oí su voz, nada, ni un chillido. Me la he de imaginar.

Viernes 6 de septiembre

Otra cosa en la que he tardado en reparar es que hay pocos perros aquí en Las Cumbres. Pocos perros domésticos, quiero decir de compañía. Supongo que de los que desarrollan alguna función relacionada con el ganado tiene que haber unos cuantos. Y unos cuantos de esos he visto en momentos puntuales yendo y viniendo por los pastos de la pradería, subiendo y bajando por los bancales de las pendientes. También está el guardián del desguace, es verdad. Pero no se ven perros paseando con sus dueños por el pueblo, a excepción de los de algunos turistas. No se ven excrementos de perro en las calles ni en las plazas. Valencia está llena de ellos; aquí no hay ni uno. Ha de existir una explicación para ello. Imagino que tendrá que ver con el dispar estilo de vida dominante en uno y otro escenario, con las estrategias para enfrentar la soledad que se aprenden y se practican en el entorno urbano y en el rural. Aquí mucha gente se pasa el día a la intemperie, puede buscar el afecto de la sangre directamente en la naturaleza. En las águilas, en las vacas, en los corzos. Aquí la gente puede sentir el calor primario de esas criaturas sin necesidad de comprarse una por quinientos euros. Aquí la gente puede bajar al Bergantes y atrapar renacuajos o echarse la escopeta al hombro y subirse al monte a pegar unos tiros. Quizá en esto de la escasez de perros también influya el clima. Aquí el frío ya está volviendo, ya se siente su aliento en el agua de los ojos, siempre el agua de los ojos, cuando uno mira las cimas después del atardecer. Aquí el invierno tiene que ser duro. Sacar a pasear a un perro una noche de enero tiene que ser complicado. Seguro que requiere de un amor profundo y sincero por los animales.

Domingo 8 de septiembre

Es antigua la noche de Las Cumbres. O lo contrario: de un futuro remoto y salvaje, post extinción. Es más oscura que la noche a la que estoy acostumbrado: la noche urbana. Más limpia. Más fría. Más noche. Oigo clara mi voz en su intensa negrura, casi tanto como la de mi cerebro. La oigo demasiado. Me dice: Ahí arriba arden estrellas que

jamás había visto. Asiento, y luego me inclino sobre el volante y miro al cielo a través del parabrisas. Estrellas que brillan potentes pese al resplandor de los faros de mi Dacia. También es en cierto modo una noche más cercana, más percida a la última noche de cualquiera, a la noche definitiva en la que todos caeremos. Conduzco a mil metros sobre el nivel del mar. Eso que atravieso de vez en cuando son nubes, jirones de nubes empujados por el viento que sopla de Aragón, el viento cruel que mueve los impresionantes aerogeneradores que asoman sobre la larga cresta del Otero. Veo parpadear sus luces rojas de seguridad pero no me siento a salvo. Veo o creo ver las aspas girar. Lo que es seguro es que oigo el ruido que hacen, ese aullido ronco y coral. Chicharras gigantescas que entremezclan sus voces con la música de Idles. He salido con el coche porque a eso de las ocho y media de la tarde se cayó Internet. He salido a conducir por aburrimiento. Hay poco que hacer por aquí. Los pueblos por los que he pasado son iguales que en el que vivo desde hace unos meses pero aún más pequeños: comunidades de doscientas o trescientas personas desperdigadas por las laderas y los valles. Un campanario, un ultramarinos, un bar o dos. Buitres. Pío Baroja pasó una temporada en uno de estos puebluchos, ahora no me viene el nombre pero ya está dicho. Durante su estancia escribió una novela que llamó con el nombre del lugar, así que tampoco me acuerdo del título. Tiene una calle dedicada en la localidad. Yo no soy Baroja. Desde que estoy aquí solo escribo mierda. Mierda corta. Yo no soy Baroja, pero sin duda merezco que pongan mi nombre a la calle principal de todos los pueblos de esta comarca. Hay miles de cosas más meritorias que escribir, y en mí se dan un buen puñado de ellas. Dios lo sabe, o quizá no. Pero lo sé yo, y eso es lo que cuenta. Aquí respiro. Mis pulmones filtran este aire puro. Aquí mis ojos ven los paisajes, las personas. Aquí pienso en los unos y las otras. Así que merezco que pongan mi nombre a una de las jotas raras que se cantan por estos lares. A un pasodoble. Al pico más alto de esta tierra montañosa: el Puntal de Iván Rojo. Yo tendría que salir en los mapas físicos y mentales de esta región olvidada. Formar parte de sus leyendas, porque soy un monstruo, un monstruo que camina por las montañas de esta pobre gente. Algo ha cruzado la carretera unos veinte metros delante de mi coche. No ha habido suerte. Todas las células de mi cuerpo se mueren de ganas de atropellar a un jabalí. De chocar contra algo irrelevante y feo, de acabar con una vida por la que nadie llore. Todas las células de mi cuerpo se mueren poco a poco y aquí estoy, demasiado consciente del proceso, tomando curvas a setenta kilómetros por hora a un palmo del desfiladero. Mis compañeros de trabajo se han llevado por delante liebres, corzos, zorros y jabalíes en

estas tierras. Hablan de ello con más frecuencia de la que cabría esperar. También hablan de Máster Chef, de Albert Rivera y del tiempo, de si este invierno será más o menos duro que el anterior, de lo bien que vendrían veinte o veintidós litros de lluvia. Veinte o veintidós, no más. Saben cuándo empieza la temporada de setas. Saben cuántos entierros hubo en la comarca el año pasado. Saben los que habrá el que viene. Saben cosas que nadie debería saber. Pero es que llevan en este lugar quince, veinte, treinta años. Toda la vida. Soy incapaz de ponerme en su piel. Así que no les juzgo, solo les escucho y, en ocasiones, si me siento en paz, les bendigo en silencio. En otro orden de cosas ahora mismo, viendo el resplandor de neones que asciende de la tierra unas cuantas curvas más abajo, daría la mitad del tiempo que me quede entre los vivos por que fuera un cine. Pero sé que el cine más cercano está a ochenta y ocho kilómetros. Y sé que el resplandor brota del Club La Serafina, Chicas & Copas & Chicas. Su arquitectura recuerda a la de La Casa Blanca, vagamente, como quedaría después de una guerra nuclear a escala planetaria. Me imagino que también tras las puertas del Serafina se hacen felaciones, pero el club está pintado de color verde pistacho y se cae a pedazos. Si levantas un poco el pie cuando pasas por delante puedes oír la bachata, el merengue, como se llame esa música que retumba en la oscuridad como un corazón enorme y caliente. Escucha. Es un sonido inquietante, casi espeluznante. Todo ese ritmo tropical aquí, entre esta gran nada de pinos carrascos, a diez u once grados centígrados y sin embargo todavía verano. Es un sonido que puede reventarte la cabeza. Además me he quedado sin tabaco, se me va a hacer interminable el camino hasta el pueblo. Pero se termina, claro, porque todo se termina, y un rato después aparco delante de San Blas y tiro al bar Jesuso a por un paquete de West. Hay cuatro gatos en la barra. Ni ellos ni Jesuso me miran cuando entro. No me miran cuando me acerco al tirador de cerveza del que cuelga el mando de la máquina. Lo agradezco y me ofende. Me ofende y lo agradezco. No me miran, qué maravilla, cuando les digo Buenas noches. Dios bendito, si supieran quién les habla. Carraspeo y le pido un vino al Jesuso.

Lunes 9 de septiembre

A primera hora se pasó uno al que llaman el Eusebio a dar de baja un toro que se le murió hará un par de días por donde la masía de no sé quién. El Eusebio es un ganadero mayor ordenado y pulcro del que merece tanto o tan poco la pena hablar como de

cualquiera. Traía los impresos cumplimentados e incluso el certificado en regla del servicio de retirada de cadáveres, eso sí. No tuve más que ponerle el cuño. Respeto al Eusebio porque él me respeta. No me hace perder el tiempo. Me facilita la vida. Entiende a la perfección que lo mejor que le puede ocurrir a una interacción laboral es que sea lo más breve y sencilla posible. Inocua. Quizá sea lo mejor que le pueda ocurrir a cualquier interacción humana. También respeto al Eusebio porque sí, porque en el fondo yo destrippo y respeto todo y a todos. El Eusebio siempre lleva la documentación en una especie de mariconera elegante y marrón, de piel. Piel buena, basta un vistazo para saberlo. La acaricia mientras espera a que tramite su solicitud de turno. Acaricia esa mariconera como si se tratara de un ser vivo. Hoy además calzaba unos bonitos zapatos, de piel también. Impolutos. Italianos. Colegí que no tendría previsto manchárselos hoy en el campo. Tengo oído que muchos de sus colegas practican esa costumbre: librar los martes, solo que hoy es lunes. Se los toman para gestiones en el pueblo. Bancos, seguros, alguna compra de herramientas o maquinaria para la explotación. De paso aprovechan para almorzar a lo grande con los amigos. Y alguno también para pasarse por la oficina antes o después de los vinos y quitarse de encima algo de papeleo. Pero todo esto sobra. Lo que quiero contar es que los martes y por lo visto también ciertos lunes los ganaderos se ponen hechos un pincel. Pasarían por duques o directores de caja de ahorros de no ser por el bronceado brutal y las manazas. Tengo la manía de fijarme en las manos de la gente, especialmente en las manos de los hombres. Qué han hecho las mías, me pregunto. A muchos les faltan falanges en dos o tres dedos de tanto pasar el ganado por el potro. El caso es que suelen venir por la oficina repeinados y perfumados, oliendo a rosas o a trópico, en el caso del Eusebio oliendo a Varón Dandy. Y por supuesto las ganaderas. Estos días burocráticos las ganaderas se ponen guapetonas para pasarse a hacer sus trámites. Muchas parecen recién salidas de la peluquería, y en general se maquillan que no tienen nada que ver con las que uno atisba desde la carretera en mitad de los terrenos. Se arreglan que parecen otras. Por descontado también los y las hay que sea martes o lunes o viernes acuden a la oficina directos de la granja. La explotación. Estos llevan monos azules o verdes con el nombre y el teléfono de su empresa impresos en el pecho y las llaves de la pick up en la mano. Estos llevan siempre consigo un olor alucinante. Las vacas huelen muy distinto a las ovejas y estas a las cabras. Y supongo que nada huele ni por asomo como los cerdos, lo intuyo por el hedor que sus propietarios traen enredado en las botas. Así que cada cual se trae consigo a la oficina el genuino tufo de lo suyo. Se plantan ahí

al otro lado de mi mesa tan campantes y yo lo respiro todo impertérrito mientras doy trámite a la solicitud de que se trate. Hay un ambientador de botón en la oficina que nunca he tenido ni tendré la indecencia de pulsar. Después apareció José Joaquín para que le registrara unos terneros que le habían nacido. José Joaquín debe de tener mi edad y problemas con la bebida. Identifico con absoluta fiabilidad ese tipo de asuntos. No es difícil, por otra parte. Vino con prisa y una gorra de las olimpiadas de Barcelona que me hizo pensar en Fermín Cacho y en Kiko Narváez y en cómo cambian las cosas. Pero hay que trabajar; vuelvo a la tierra; me pongo con los dibs. Todavía tengo que consultar de vez en cuando la chuleta que me preparé el primer día con los pasos a seguir. Sospecho que algún tipo de tara me impide memorizar estos procesos informáticos por muchas veces que los repita. Sin embargo a menudo pienso que tengo una memoria portentosa y audazmente independiente. Hoy sin ir más lejos experimenté una regresión de lo más vívida entre ternero y ternero, entre documento de identificación bovina y documento de identificación bovina. Recordé sin querer el día en que me hice mi primer Documento Nacional de Identidad. No considero necesario poner por escrito el porqué de una asociación de ideas tan burda, solo diré que tenía catorce años y estaba convencido de que me asignarían el número diez, o el uno, o el trece. En definitiva un número a la altura de la pureza, la belleza y la energía que iluminaban mi cuerpo adolescente. En ningún caso el cuarenta y cuatro millones y pico que me adjudicaron para mi estupor. José Joaquín fue el último cliente de la jornada. La palabra apropiada sería y es usuario. Pero cuando hablo conmigo mismo digo lo que quiero. Es lo que me queda, es lo que me mantiene cuerdo. Probablemente sea lo que me haya mantenido entre los vivos. Tampoco estaba el director ni Elvira ni nadie que creyera lógico y natural pedirme implicación y dedicación en mi trato con el trabajo y con el mundo en general. Solo estaban Eugenio y Emma encerrados en sus respectivos despachos, googleando. Es septiembre, pero los mediodías son como los de agosto. La misma densidad del tiempo cronológico y meteorológico. Atmósfera como de ascua. En el aire el recuerdo aún caliente del verdadero calor. Por las mañanas y las noches ya refresca. Decía lo de la lentitud del final del verano en el trabajo. Ese ánimo como de domingo por la tarde sea el día que sea, sea la hora que sea. Poco trasiego por la oficina. Así que giré la silla y básicamente pasé el resto de la mañana mirando por la ventana. Las ventanas de la oficina no se pueden abrir, ni siquiera tienen tirador. Son una lámina de cristal que se eleva desde un modesto zócalo para hendirse en el techo. El director me explicó por qué hace unos días. Cuestión de prevención de riesgos laborales. A mí se me antoja bastante

imprudente y peligroso inhabilitar vías de escape tan naturales como lo son las ventanas. Pero hace tiempo que dejé de preocuparme por la posibilidad de la desgracia. La desgracia no es una opción, es una certeza. Estoy acostumbrado a convivir con ella. Si me busca en forma de fuego me las arreglaré para sobrevivir. O no. Lo que ocurre es que desde un punto de vista más emocional sencillamente me gustaría poder abrir la ventana cada vez que me lo pidiera el cuerpo y asomar la cabeza. Respirar aire fresco. Oler el tufo de las vacas, quizá el magnetismo majestuoso de una tormenta en ciernes. Sentir en los ojos el tacto del viento que despeina estas montañas. Oír con suerte el débil discurrir del Bergantes. Nutrir mis sentidos, convencerles de que son los de un hombre que aún siente y padece. Que todavía está vivo. En ocasiones el aire de la oficina chasca por la electricidad estática de tanto ordenador, tanta impresora y tanta máquina en general. También es verdad que no hay mucho que ver ahí fuera. El llano. Los montes. Poco más. Lo que abunda en el paisaje son los insectos. Moscas. Mosquitos. Tampoco sé nada de entomología. Bichos que vuelan o medio vuelan. Cada vez que alguien entra o sale se cuelan dos o tres. Se cuelan incluso cuando nadie entra ni sale, no sé cómo lo hacen pero lo hacen. Imagino que se trata de una de las pocas ventajas de ser una criatura insignificante: nadie te presta la atención necesaria para descubrir tus trucos. Sea como sea a menudo trabajo con un buen puñado de mariposas, abejorros o simples moscardones revoloteando entre mi cabeza y el techo. Hoy mismo. Pensé en atrapar uno cualquiera y repetir lo del cielo. No lo hice. Lo que sí me impresiona es el cielo. Siempre que tengo un rato de asueto salgo a fumar envuelto en el azul. Hoy mismo. Y de nuevo me ha asaltado la convicción de que ahí arriba los dioses fuman conmigo, lloran conmigo, ríen de lado, conmigo. Me encanta oír el timbre del teléfono a mi espalda, dejarlo sonar y sonar mientras liquido un west sentado en el tranquillo de la puerta. Y bueno, estaba a punto de echar el cierre cuando llegó Benlloch con sus ojos de chino y me dijo que se le había perdido un caballo. Que lo había visto por última vez haría lo menos un mes, más allá de los molinos de luz, al atardecer. Que fijo que ya no aparecía y que casi mejor porque si apareciera estaría hecho un guiñapo. Que lo suyo sería darlo por muerto y chin pum, ¿no?, de todas maneras estaba ya muy machacado, así que eso, lo damos por muerto, ¿cómo lo ves?, ¿tú qué opinas? De pronto me dolió el cerebro. Fue un dolor por saturación. Como una hinchazón repentina. Me costaba pensar. No concebía la posibilidad de que un caballo pudiera esfumarse. Dejar de correr, dejar de relinchar, dejar de ser precioso. Dejar de ser. Consumirse en la falda de las montañas,

entre espliegos y culebras. Me entraron ganas de subirme al todoterreno y salir a buscarlo. Ok, le dije a Benlloch, como quieras.

Martes 10 de septiembre

Hoy el Jesuso estaba muy callado. Se le veía preocupado o quizá simplemente cansado. Solo en una ocasión se ha acercado a mi mesa, a ver si quería otro vino. Sí. Aun así cuando me lo ha traído no ha podido evitar explicarme que eso que respirábamos era la gallinaza, que cuando como hoy sopla del noroeste el viento arrastra el olor de las granjas de pollos de los Garcías. Eso ha dicho: Garcías, en plural. Que por cierto son unos hijos de puta. No me ha dado el porqué pero había seguridad en sus palabras. Tras la acotación ha retomado lo de la gallinaza diciendo que al final uno se acostumbra y solo se da cuenta si se empeña en darse cuenta. Que lo peor es cuando el aire viene del sur y sube la peste de las explotaciones de cerdos, que hay turistas que no lo soportan y vomitan de repente donde les pilla. Que hace semanas que nos estamos librando pero que ya vendrán los purines, ya vendrán, y que ya le diré, ya le diré. También me ha comentado que una muela lo está matando. Mira. Ha abierto la boca y se ha estirado el carrillo derecho con el dedo índice. He imaginado millones de partículas de excrementos de ave de corral aterrizando suavemente sobre su lengua. Sobre mi pelo. Sobre mi vino. He bebido. He escrito esto. Sigo bebiendo. Por lo demás el cielo está en ese trance cárdeno que sucede al azul y precede al negro. Es el color del que imagino mis entrañas. No sé por qué no he vuelto al bar del hotel El Cid. No sé por qué no establezco definitivamente mi campamento base en el bar Campos. No sé qué necesidad tengo de examinar el interior sucio del Jesuso. O sí lo sé, y ya lo he dicho. Me repito.

Miércoles 11 de septiembre

A lo largo del día muchas imágenes sobre la caída de las Torres Gemelas. En la tele, en el móvil, en el ordenador. Siempre en contra de mi voluntad. Algunas de ellas no las había visto hasta ahora. La inmensa mayoría sí, pero no me cansan. Podría admirarlas en bucle hasta el fin de los tiempos. Todos podríamos, santos o malvados. Porque nunca más contemplaremos algo tan hermoso. Es la palabra: hermoso. Nunca más seremos tan

jóvenes como lo fuimos el 11 de septiembre de 2001. Impresionantemente jóvenes. Entonces tenía yo el AX. El día más fatídico de la Historia de occidente lo conduje hasta casa de mis padres, mi casa, de vuelta de la Universidad. Estábamos mi hermano, mi madre y yo comiendo espaguetis con tomate cuando el World Trade Center empezó a arder, a extinguirse, a desaparecer. Lo impensable. Nos pensamos eternos. Quien más, quien menos se siente intocable a los veinte años. Por eso después de un par de rodajas de sandía cogí el coche y me fui a casa de mi novia a llenarme de otro tipo de dulzura. Hubo mujeres que me amaron, no miento, hubo bastantes mujeres que me amaron. Aprovechando que estaba sola vimos desnudos la tele. Vimos desnudos el fin del mundo hasta que se hizo de noche y luego amaneció y entendimos que en el fondo todo había sido una falsa alarma. Y me vestí y me fui a mis cosas, las clases, los amigos, los bares, en aquel AX gris leve como el viento. Aquel AX gris perla barato y sucio pero en cierto modo elegante, justo como el humo que ascendía y ascendía de las torres moribundas hacia el alucinante cielo americano limpio, ingenuo y grandioso, brutalmente triunfal, para no volver. Somos ruinas que recuerdan que hubo un tiempo en que no lo fueron.

Jueves 12 de septiembre

Dos días lloviendo. Diga lo que diga el calendario ha empezado el invierno. Aquí no hay primavera ni otoño, acabo de oírsele a la señora del Campos, y me la creo. Ha empezado el invierno, taimadamente, sin llamar la atención. Definitivamente he vuelto a la manta larga. En casa no me quito la chaquetilla Kelme, de noche en la cama me echo una manta. Desde mi terraza el panorama se va reblandeciendo. Los herbazales se han hinchado, son de un verde oscuro y más altos que ayer. Los prados, las montañas, las granjas, los rebaños, todo se ve medio hundido en la tierra. Aun así por la tarde voy al Jesuso, voy al Campos. Me gusta resguardarme bajo el toldo y fumar en silencio mirando la calle, mirando el móvil, mirando la calle junto al parroquiano de turno que tampoco puede domar el vicio. El empedrado brilla y resbala, las cuestas bajan con unos dedos de agua azul, cianótica. Petricor. Perdón. Habría que cortar los dedos a todo el que escribiera esa palabra. Tendría que cortármelos. No lo haré. Casi todo el que pasa me saluda. Me pregunto qué pensarán de mí, siempre en los bares, siempre haciendo malabarismos con el vino y el cigarro mientras tecleo encorvado sobre el móvil. Los

dedos helados, los huevos helados. La muerte dentro. Desde luego no creo que acierten. O sí. Al fin y al cabo anhele las mismas cosas que cualquiera: el amor, la paz. La paz, la paz, la paz. Llevo dos horas viendo llover, cuatro vinos perezosos oyendo sobre mi cabeza el repiqueteo sordo del agua contra la lona del toldo. En realidad llevo aquí toda la vida, medio cobijado, medio expuesto a las inclemencias del tiempo. Por lo menos esa es la sensación que tengo. Acaban de encenderse las farolas.

He releído a Dave Eggers. No es mejor que yo.

Viernes 13 de septiembre

Pese a todo estuve de nuevo en el Jesuso. Antes de retirarme entré a sacar uno de West de la máquina y de paso aproveché para orinar. Cuando salí del baño me encontré con que el Jesuso había bajado la persiana. En otra época me habría inquietado. Me refiero a la dulce época en que creía que el mal vivía afuera, en los otros. Ahora solo me invadió la pereza, mi santa pereza. Quería dormir, miré la hora en el móvil. Las dos. Quería dormir, es lo que mejor hago. Dentro solo quedaban él y dos hombres como él. Cutres. Uno era el Garbo, el otro se le parecía mucho. Los tres alrededor de las únicas luces de la barra. Me acerqué y le dije al Jesuso que me abriera. En lugar de eso me pasó un gintónico de Larios que acabó de preparar ante mis ojos. No sé por qué me quedé. Tal vez porque era mi cumpleaños. Lo ha sido hoy. Lo fue ayer. Hace horas que propiamente es sábado y además ya azulea la mañana, pero creo que tengo razón al decir que hace falta dormirse para dar por acabado el día. De modo que mi cumpleaños continúa. Sigue siendo el trece de septiembre. Sigo celebrando mis flamantes cuarenta años. A lo mejor también me quedé porque estaban hablando de fútbol. Todos eran del Madrid, o eso entendí. Me preguntaron que yo de quién y contesté que del Barça más que nada porque el tiempo que nos envolvía en el bar Jesuso no se hiciera un tejido aún más harapiento yapestoso. Hay que saber mentir, hay que saber cómo y cuándo mentir. Hay que azuzar a la vida. El doble del Garbo reaccionó bien: me dijo mirándome a los ojos que a todos los catalanes habría que pegarles dos tiros. Yo le repliqué que no era catalán. Creo que también me reí estúpidamente. El Jesuso le llamó al orden. Acto seguido me hizo un gesto disimulado con la mano como para indicarme que su amigo no regía del todo bien. Le pegué un buen trago a la copa para liquidarla cuanto antes. De

verdad que quería irme. Pero no me fui después de esa copa ni después de las dos o tres siguientes. Está claro que es uno de mis problemas: no saber cuándo hay que irse y cuándo toca quedarse. O más bien saberlo y no actuar en consecuencia. El Jesuso puso música. Technoailable de los noventa. Se me partió el alma al ver que se ponía a bailar detrás de la barra. Más que bailar se agitaba de pies a cabeza. Convulsionaba. A este lado el loco empezó a hacer lo propio. Qué temazo, decía cada dos por tres, qué temazo. Incluso el Garbo pareció animarse. Movía ligeramente los hombros escurridos. Hasta entonces había estado muy callado y muy quieto sobre su taburete dándole al güisqui con Red Bull, la piernecilla colgando. No sé si he dicho que el Garbo es cojo. Poliomiélico. Dios, esos poliemiélicos que aún arrastran la pierna por España, esos arados vivientes que unieron el siglo XX y el XXI con su dolor en vías de extinción. Uno de ellos fue en COU mi profesor de Historia. Le decíamos el bailongo. Se hacía los cubatas en el bar de la esquina del instituto. Había chispa en sus ojos desde las ocho de la mañana. Lo vi unos años después, un sábado a la hora de comer, en el bar Neutral de Chelva, bastante borracho y parlanchín. Me dijo que había ido a ver la Colegiata. Se acordaba de mí. Me llamó Dani pero no importa porque yo era y soy todos los nombres, todos los hombres. Me habló de su pueblo de Cuenca lo que me duró el vino que me pagó. Yo qué sé por qué. Aún tuve que esperar a que se acabara otra copa para acompañarle al coche, un Twingo multicolor adaptado para discapacitados, aunque por entonces nadie empleaba esa palabra, todo el mundo decía minusválido cuando no paralítico. Al despedirnos estreché aquella mano frágil y solitaria que me ponía un nueve en la esquina superior derecha de los exámenes. Porque de otra cosa no pero yo de tragedia y muerte sabía mucho, o eso creía. En el Jesuso los tres bebían JB con Red Bull. La madrugada fue avanzando al ritmo de Ace of Base, Doctor Alban, Technotronic y los copazos que el Jesuso iba rellenando. Yo esperaba que sonara Chimo Bayo pero no hubo suerte. Yo esperaba que en cualquier momento esta gente se pasara a las rayas o a las pastillas, pero son hombres sencillos en el sentido más puro de la palabra, y con el alcohol les basta. Como a mí. No sé qué hora sería cuando dijeron de ir a ver los ovnis. Supuse que estarían tomándome el pelo. Pero también pensé que si había alguien en España que esta noche pudiera proponer en serio salir al encuentro de los extraterrestres eran esos tres chalados. Así que mostré mi interés al respecto, mi interés profundo y sincero. Siempre he querido ver un ovni, por eso procuro no perderme Cuarto milenio, por eso me como todas esos vídeos trucados en YouTube. Siempre he querido constatar la existencia de vida verdaderamente inteligente. Salimos

del bar con los vasos de tubo y un par de botellas y nos subimos al coche del Jesuso. Un pequeño todoterreno rojo y cascado. Tres puertas. No me fijé en la marca ni el modelo. Olía a armario antiguo. Olía a tristeza. Me pregunté cómo era posible que un amasijo de hierro y plástico desprendiera semejante tufo. Yo iba detrás con el loco y la muleta del Garbo. El tarado se meneaba a mi lado mientras tarareaba un popurrí de las canciones que habíamos estado escuchando durante horas. Quizá por eso el Jesuso no puso la radio. Tiramos hacia la puerta del Rey. Para bajar furtivamente hasta la carretera por los caminos de las aromáticas, aconsejó el Garbo, no fuera cosa que los extremeños se hubieran apostado a la salida de San Blas. Íbamos despacio. Muy despacio. Por lo menos esa sensación me dio. Supuse que el terreno estaría embarrado. Apenas entraba el aire por las ventanillas de delante. Recuerdo haber pensado que quizá el Jesuso no estuviera tan chalado después de todo. Pregunté dónde era lo de los ovnis. El Garbo se giró en el asiento del copiloto y me espetó que dónde iba a ser, ahí arriba, en los ventiladores. Señaló la inmensidad negra que se abría al otro lado de la luna con un movimiento exangüe de su brazo derecho. Qué feo es el Garbo. Ni la noche logra disimularlo. Mucho más que su doble. Mucho más que Jesuso, que me sacó de mi aberrante contemplación deteniendo de golpe el todoterreno. Ya habíamos salido del pueblo. Nada a la vista aparte de las humildes vergüenzas del bosque mediterráneo puestas en evidencia por el cañonazo estático de los faros. Cierta sensación siniestra. También el Jesuso volvió la cara hacia el corazón del coche para proponer pegarle un toque a la Isi a ver si se apuntaba. ¿Qué?, dijo mirándome, ¿te hace?, preguntó sonriéndome. El brillante del pirsin centelleaba en su ceja. Diría que vi pena en sus ojos. El Garbo y su clon aguardaron mi respuesta. Comenté lo evidente, que no tenía ni idea de quién era la Isi y que lo que ellos quisieran. Creo que fue el loco el que le mandó un wasap. La tal Isi contestó de inmediato. Me maravilló un poco el hecho. La naturaleza nocturna que ponía de manifiesto. La predisposición, la audacia. Las ganas de vivir. Intuí que también la soledad. La desesperación. Dimos media vuelta metiendo el culo en la seguridad de la pendiente de un ribazo para ir a recogerla. Al doble del Garbo se le derramó el cubata sobre la bragueta. Le pegó un puñetazo rabioso al techo. El Jesuso me dijo que le diera una hostia de su parte. El loco me puso el puño en la cara y me dijo con los dientes apretados que si le tocaba me mataba. Ni siquiera tuvimos que entrar en el pueblo, ya estaba la Isi esperándonos al pie de la puerta del Rey. Me conmovió su visión. Una mujer expulsada de la ciudad. Una imagen bíblica. Una imagen atemporal. Qué pequeña parecía allí abrazándose los codos. Qué indefensa. Qué peligrosa. Y me

conmovió más y más conforme nos fuimos acercando a ella. Era una permanente lo que orlaba su cabeza. Amarilla. No rubia. Amarilla. Era una minifalda de piel rojo chillón lo que ceñía sus muslos. Pero no supe con certeza a qué tipo de gente me enfrentaba hasta que reparé en que la Isi no llevaba bolso. Mochila, gastaba una mochila como de tela vaquera bastante ajada que no portaba a la espalda sino sobre su pecho y su abdomen. Cuando nos detuvimos a su lado observé a la mujer fugazmente pero con auténtica atención a través de mi ventanilla. Más exactamente un ventanuco de diseño romboidal con una pestaña en su extremo trasero. Varias veces en los últimos minutos había intentado accionarla para abatir el cristal. En vano. El olor del todoterreno, el tufo de los hombres. La Edad Media. Pero hablaba de la Isi. A primera vista su figura conservaba cierta juventud. La delgadez disimula los años y la Isi era realmente delgada. Una estaca. No obstante era bien posible que fuera más joven que yo. Lo malo es que a poco que uno se fijaba descubría los desconchones de su fachada. Vi el pecho caído. Pensé en una cabra. Pensé en una cabra, lo reconozco, en las ubres de una cabra flaca. Vi asimismo los brazos flácidos. Y advertí el disfraz del maquillaje: esos labios granates, esos párpados azul eléctrico. Vi el exceso. Vi la vulgaridad. De hecho el deterioro de su cuerpo se debía a eso. Lo supe. Precisamente a eso. No al tiempo, se debía a la ordinariez. Seguro también al aislamiento. El estigma. Yo había tenido claro desde el primer momento de qué iba todo eso de la Isi, pero me dolió ponerle cara. Siempre duele poner rostro a la vergüenza. Y sin embargo no era fea. Sin embargo era guapa. Lo había sido más, sin duda, pero todavía lo era. Me prometí no volver a mirarle a los ojos. El Garbo corrió hacia delante su asiento para dejar que entrara. Recogí las piernas innecesariamente. Qué pequeña era. Me llegó su olor. Era agradable. También es posible que cualquier olor me hubiera parecido una fragancia en contraste con la atmósfera rancia como de cartones húmedos que se respiraba en el coche del Jesuso. Se sentó en el medio. Dijo hola muchas veces. Le dio dos besos al loco, al Jesuso y al Garbo les revolvió brevemente el pelo a modo de saludo. A mí me miró y me dijo que qué tal, que me había visto arriba y abajo por el pueblo, que con menudo trío me había ido a juntar. Era guapa, sí, pero al mismo tiempo no lo era. Era guapa y todo lo contrario, no se me ocurre manera más precisa de describirla. Me inspiró cierta aversión. Se le veían un poco demasiado las encías, oscuras. Por otra parte todo tendía a la sombra en las entrañas del todoterreno. Y otra vez enfilamos por entre las aromáticas, descendiendo lento por los caminos hacia la Nacional primero, quién sabía si en última instancia hacia dondequiera que nos esperaran los ovnis. No se olían. Sin duda estaban

empapadas de la lluvia reciente pero seguía sin poder olerlas. Aquello me desubicaba. Me refugié en la fragancia de la Isi, probablemente barata pero cumplidora, y en el tacto de su muslo flaco en cada curva y cada bache tras la frontera de mis vaqueros. Ese calor humilde a uno o dos milímetros de mí. Porque todo está siempre muy cerca de mí pero nada está nunca conmigo. Hay una holgura tan sutil como insalvable entre el universo y yo. Esa holgura que a veces queda entre el buje y la rueda de la bicicleta. Que entorpece el rodar, el moverse. El avanzar. Supongo que la culpa es mía. Me sentí algo mejor cuando por fin cogimos la carretera. La N-232, territorio más o menos conocido. El Jesuso tiró hacia el norte. Por descontado no sé orientarme por las estrellas porque en la ciudad de la que vengo nunca se ven las estrellas, pero es que circulábamos cuesta arriba, escalábamos penosamente por el alquitrán resbaladizo. Y sabía y sé que desde los pies del peñasco de este pueblo la N-232 todavía sube un poco más hacia los picos antes de meterse en el Matarraña y caer hacia Aragón. Ya bien alto tomamos la CV-110, más una senda que una carretera. Los faros alumbraban la decrepitud del asfalto viejo mordisqueado hasta su mismo tuétano por la tierra mojada, negra de la planicie que se extendía entre las cimas. El Jesuso esquivaba los socavones en el último momento. Unos cientos de metros más adelante rebasamos un cartel que informaba Puerto de Otero (Parque eólico). Pronto nos detuvimos junto a un árbol solitario. Al salir sentí el relente. Carne de gallina. Consulté el móvil no muy seguro de ir a disponer de cobertura. Pero la había. Según Google estábamos a mil doscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Aquí sí brillaban las estrellas, aquí sí que brillaban de verdad. Jamás había visto tantas. El Jesuso dijo que dejáramos las puertas abiertas a ver si se ventilaba un poco. Se puso a rellenar los vasos. Se nos había olvidado el hielo pero no me importó, ya he dicho que tenía frío. Le pegué un buen tiento al alcohol caliente y sentí el ardor en la garganta, en los ojos y en las sienes mientras contemplaba el sembrado de aerogeneradores Siemens. Se alejaban hasta perderse en todas direcciones. Se alzaban hacia el cielo azul marino. Flores. Girasoles. Girasoles quietos. Solemnes. Muertos. No corría una chispa de brisa. El frío parecía caer del mismo espacio y encharcarse en cada pequeño hoyo de la superficie. Me miré las zapatillas manchadas de fango, un fango terso quizá algo anaranjado aunque en realidad se veía azul. Busqué también los pies de la Isi, sus sandalias rojas, los tacones se le clavaban en la tierra. Sacó de la mochila uno de esos altavoces inalámbricos que gastan los chavales y lo colocó sobre el techo del coche. Desde el móvil ordenó que sonara la música. Era música negra. Los Four Tops. Me emocionó comprobar que la mujer tenía facetas

imprevisibles. El Garbo y su doble chalado se le quejaron. Que otra vez con los negros, que siempre igual, que tenía un gusto musical de mierda. Pero la motown siguió sonando en lo alto de la comarca de Las Cumbres. Supe que siempre recordaría esa noche. Se me acercó. Se me acercó la Isi. Evité sus ojos. Se me colgó del brazo y sus cuarenta kilos tiraron de mí hacia la noche profunda. En realidad me llamo Pilar, me dijo en tono de confesión; lo de Isi es cosa de estos tíos, cosa de los del pueblo; aquí te enrollas con dos o tres y ya eres una guarra. También me dijo que hacía mucho tiempo había estudiado periodismo en Castellón. Tres años. Percibí que esperaba algún comentario mío al respecto de lo uno o de lo otro, seguramente al respecto de ambas cosas. No lo hice. Para cambiar de tercio le pregunté por los ovnis. Pilar se rio. Una carcajada soez, esa fue toda su respuesta. Agradecí que me liberara el brazo y se alejara correteando de vuelta al coche. De vuelta a la música, de vuelta a su apodo. De vuelta a su vida. Vi que el Garbo se ponía a bailar con ella. La muleta les trastabilló. Cayeron al suelo, al barro, y allí se quedaron ovillados en un amasijo indecente. Riendo. También reían el Jesuso y el loco. Los cuatro reían mortecinamente iluminados por la luz interior que se derramaba desde el todoterreno. Cuando el Garbo y la Isi lograron levantarse se metieron en la parte de atrás. Por fin acerté a interpretar la peste que flotaba en aquel coche. Semen. Semen rancio. Quizá también un poco de amor. Otra vez se me puso la piel de gallina. Otra vez estaba sin tabaco. Y ese resplandor a lo lejos tras las montañas solo podía ser la mañana. La mañana encendiéndose en un verano que se apagaba. Que se acababa. Que hacía mucho tiempo que se había extinguido.

Sábado 14 de septiembre

Pero hoy: un día oscuro. Una idea humillante ha rondado durante toda la jornada este pozo que a veces soy. Se asomaba a mi interior, inconsciente. Al final, hace tan solo un rato, se ha precipitado, estúpida, más que estúpida, en mi inhóspito interior. Ahora chapoteará toda la noche aquí dentro, aquí abajo, luchando por sobrevivir como una mosca inmundada en el cáliz tramposo de la planta carnívora. Se resistirá a su suerte, luchará en vano contra el orden natural de las cosas. Agonizará largamente, para nada. Ya me siento hinchado por su peste, ya me siento ahogado por su asfixia. Lo que quiero decir es: ningún coleccionista cinéfilo, ni uno solo a lo largo y ancho del mundo, se sienta cada noche con un coñac de seis mil euros en la mano frente a la pantalla de su

sala de proyecciones privada para deleitarse con las secuencias de mi vida. Lo sé. Y es inaceptable. Es un convencimiento que me paraliza. Es un error en la Historia de la Humanidad que debe ser corregido. Ahora lo entiendo: mi problema no es la pereza, es que no encuentro motivación. Me urge tu ayuda, Werner, más que nunca. Mañana te escribo. Lo juro.

Domingo 15 de septiembre

Werner, he cumplido. He cedido. He obrado como cualquier hijo de vecino. Tu secretaria, porque te imagino con secretaria, no con secretario, o quizá tu community manager, o tu mujer, Lena, o alguno de tus tres hijos, o un asistente personal de confianza, en definitiva alguien de ese equipo de colaboradores con o sin contrato laboral de que seguro dispones, encontrará mi mensaje en la bandeja de entrada del correo electrónico asociado a tu sitio web oficial. En él te lo explico todo. Mi propuesta. El proyecto más hermoso imaginable. Me pregunto: ¿tienes becarios, Werner? Ojalá. Me gustaría volver a nacer solo para gozar de la remota posibilidad de, son apenas veinte años, convertirme durante cosa de un año en uno de tus becarios. Lo que aquí estoy escribiendo, concentrado, con las cejas fruncidas y los dientes apretados, haciendo fuerza con la mente para que mis pensamientos sobrevuelen Europa hasta aterrizar en tu prodigioso cráneo y filtrarse en tu cerebro, es lo que no me he atrevido a escribirte en el e-mail. En el mensaje que ojalá leas me limito a solicitarte una entrevista. En el mensaje que ojalá leas no te cuento que en la estantería Billy de Ikea de mi piso alquilado en Valencia guardo tu filmografía al completo en devedé. Que he visto diez o doce veces cada una de tus películas. Que me sé de memoria pasajes enteros de tu cuaderno de rodaje de Fitzcarraldo, Conquista de lo inútil, quizá el más bello título con que nunca se haya bautizado una obra de arte. Que, igual que tú, opino que ese libro es lo mejor y más hermoso que has hecho en la vida. Que escribes aún mejor de lo que filmas pero que Truffaut tenía razón al considerarte "el director de cine vivo más importante". Que sigue teniendo razón. Que coincido con el crítico de cine estadounidense Roger Ebert cuando afirma que Herzog "nunca ha creado una sola película comprometida, vergonzosa, hecha por razones pragmáticas o sin interés", que asimismo coincido con él cuando añade que incluso tus fracasos son espectaculares. Que me llenó de orgullo que la revista Time te nombrara una de las cien personas más influyentes del mundo en el

año 2009. Que en mi opinión deberías haber sido nombrado la persona más sabia del universo cada año desde el de tu nacimiento hasta el del fin de los tiempos. Que casi lloro de felicidad cuando tuve conocimiento, gracias a Internet, ese invento de uso cotidiano cuya existencia, sin embargo, ni tu mente ni la mía consiguen normalizar, desvincular de la magia que significa saberlo todo, de su papel de oráculo, de su poder arcano y sobrenatural, que casi lloro cuando Internet me ofreció la más sublime de tus declaraciones. Me refiero a esa frase que pronunciaste el año pasado durante una charla en el campus Lo Contador de la Universidad Católica de Chile: “Ciertamente, mis películas no son arte”. Me admira que cedas el protagonismo a la realidad que te inspira. Me admira que hayas alcanzado tal estado evolutivo. Creo que acierto al explicar tu trabajo como el de engarzar perlas de fantasía entre un pedazo basto de realidad y otro y otro y otro. Me conmueve que naturalices tu misión creadora, que la equipares a la artesanía. Mi ego, en cambio, aún crece, su volumen ya excede al de este cuerpo que lo alberga. Pero, Werner, por lo menos soy consciente de mi miseria. Si me concedieras esa entrevista entendería por qué necesito hacer algo grande en la vida, dejar un objeto más o menos digno en este mundo antes de abandonarlo. Soy consciente de que la novela, si es que un día la acabo, será más obra del devenir indomable del tiempo y del espacio que mía. Solo soy un catalizador de visiones, Werner, igual que tú. Necesito de tu experiencia, de tu consejo, de tu enseñanza. Presta tu voz a la novela, amigo mío, querido mío. O documenta por lo menos mi proceso creativo. Esta lucha. Soy un hombre interesante. Soy único, especial y genuino, como cualquiera, pero quizá un poco más. He matado. Haz de mí unos de tus personajes.

De algún modo el ayuntamiento da por terminada la temporada alta. Esta ha sido la última noche en que el castillo y las murallas se han encendido para los veraneantes. No sé si por eso me cuesta hoy conciliar el sueño. Raro. Me imagino mañana esas ruinas a oscuras y siento los terrores nocturnos de un niño, siento orfandad. Llevo horas en la terraza viéndolas brillar. Cada vez que alguna criatura me sobrevuela pienso en el vencejo.

Miércoles 18 de septiembre

El vencejo. También hoy siento cómo agoniza el verano, también hoy echo mucho de menos al vencejo. Imagino que por eso llevo horas recordando el día aquel que le volé la cabeza a un pato verde azulado, prácticamente turquesa y sin duda precioso, con la escopeta de mi tío Francisco, que no era mi tío, ya lo he dicho, que era un amigo de mi padre que a veces subía por Chelva pegar unos tiros. Siempre le decía a mi padre que le acompañara, y mi padre siempre le decía que no. Era septiembre, como ahora. Lo sé porque recuerdo en la tripa la arcada de un niño en vísperas de volver a la escuela, esa impotencia. Simplemente desapareció. Hablo del pato. Quiero decir de la cabeza del pato. Sin salpicaduras de sangre, sin dejar una nube de plumas flotando en el aire espeso de aquel corral. De quién era aquel pato, de quién era aquel gallinero. ¿Dónde acaba el contexto que se pierde de las historias? No sé si es necesario para escribir una novela. No sé si es necesario para escribir lo que sea. Empezó como una broma, lo del pato. Creo que ni Francisco ni mi padre pensaban que fuera a atreverme. Sin embargo disparé. Quiero suponer que a veces si tienes una escopeta es un crimen no dispararla. O a lo mejor podría haberme ahorrado el cartucho. Sea como sea un instante había un pato con cabeza y al siguiente uno sin ella. Así de sencillo. No es verdad que todavía den unos pasos después de ser decapitados; un pato sin cabeza cae de inmediato a tierra. Un pato sin cabeza se convierte de golpe en una piedra extraña. Eso me decepcionó un tanto pero en el fondo ya lo sabía. Lo que sí me sorprendió muy hondamente fue mi puntería. Y también lo agudo que se había vuelto mi sentido del oído. Era capaz de escuchar las entrañas del silencio de la mañana de verano maduro, ya algo blanco, algo pasado. Era capaz de escuchar los conejos de los montes ignotos valencianos, corriendo, apareándose, haciendo lo que quiera que hagan los conejos en verano, en el monte. Tiré la escopeta al suelo. Aplastó unas margaritas que quizá no lo fueran. Salí de allí, abandoné el pueblo por los caminos de abajo. Me dolía el hombro. Me dolía más de lo que nada me había dolido en la vida. En el río Blanco me lavé las manos, la cara, la nuca, busqué mi reflejo en el agua. Todo parecía una película. Pero estaba estancada y muy verde, plagada de renacuajos que querían comerse mi cara. Los miré un tiempo e hice lo que me gustaba hacer con ellos. Después trepé a un árbol cercano. Casi seguro era un pino. Me rajé las manos y mis Victoria del treinta y nueve, amarillas, audaces. Desde la copa vi formarse sobre Chelva la tormenta de mi fama. La amenaza, el presagio de la amenaza. Se hinchaba, crecía, se acercaba a velocidad de crucero. Nada volvería a ser igual, allí, en los corrales. Quise decir algo memorable, algo para la

posteridad, algo ingenioso al menos. No supe. Me invadió el ansia de escribir. No lo hice. En la novela tiene que salir.

Hablando de eternidad, quizá no sea otra cosa que el tiempo que tardan las viejas, los viejos del bar Campos en contestar al móvil. Los viejos y las viejas del mundo entero. Esos segundos que les lleva darse cuenta de que eso que suena y suena es el tono predeterminado de su teléfono. Esos segundos que mueren mientras buscan el Nokia o el Motorola de teclas enormes en el bolso o en los bolsillos de la chaqueta. No hay prisa en sus movimientos, las manos de esos hombres y mujeres tienen su propio ritmo, el ritmo del siglo pasado, el dulce ritmo de la era predigital. La eternidad son las llamadas que los viejos, las viejas no llegan a responder. Llamadas de Vodafone o de sus primos de Soria. Llamadas del centro de especialidades de la Seguridad Social o de sus hijos. La eternidad, estoy seguro, es un infinito de palabras que no llegaron a decirse. Alguna vez que otra he visto a mi madre por la calle en algún punto de la ciudad, a cierta distancia, y la he llamado por teléfono solo por ver qué pasa. La respuesta es nada. Nunca se entera. Nunca me oye. Sigue su camino como si no sintiera en lo más hondo que su hijo la llama. Es algo aterrador. Como el futuro. Es hermoso. Como el futuro. Es inevitable. Como el futuro.

Jueves 19 de septiembre

Un poco harto de todo esta mañana me levanté aún más temprano de lo acostumbrado. En lugar de tirar directo para la oficina cogí la cuesta que baja hasta el polígono y me detuve en la gasolinera. No necesitaba repostar, lo que pasa es que desde ella hay una buena vista del cuartel allá un poco más adelante, pegado a la nacional que sube hacia Aragón, la misma nacional que en sentido contrario resbala hacia Los Llanos, hacia Castellón, hacia Valencia. Di un respingo en el asiento cuando me pitó una furgoneta que sí quería echar gasolina. Así que todavía avancé veinte o treinta metros hacia el cuartel. Despacio, despacio, usando solo el embrague. En realidad casa cuartel, es lo que dicen unos azulejos blanquiverdes en la jamba derecha del portón de entrada. Casa Cuartel de Las Cumbres. El murete que la rodea es realmente bajo. Pude ver a un extremeño dentro. Iba de uniforme. Verde, verde oscuro. Portaba una regadera amarilla. Semejaba un faro en la atmósfera confusa del amanecer. También llevaba la espalda

muy recta. Me pareció muy joven. Un chaval. Regaba un macizo de plantas. Había flores en él, no sé cuáles, estoy casi seguro de que no eran rosas. De pronto el guardia civil me miró. Con decisión. Como si me hubiera oído pensar. Como si me hubiera oído por dentro. Fue como si algo en mí hubiera llamado físicamente la atención de aquel extremeño, como si hubiera captado algo en mí digno de ponerle en alerta. Me pregunté si todos los guardias civiles sabrían leer la mente o sería una facultad exclusiva de aquel joven. Simulé estar maniobrando para aparcar en la explanada que hay delante del bar El Cazador y del bar La Parrilla. Salí del Dacia y me dirigí al primero mientras pensaba en las rumanas del segundo. El porqué no lo sé, nunca lo sé, ni de esto ni de nada. A lo mejor me decanté por el Cazador por las cabezas que cuelgan de sus paredes, porque su expresión muerta me recuerda a lo que seré, porque quizá no sea tan cobarde como a menudo pienso. Seguramente me equivoque. Mientras caminaba hacia el bar podía sentir en la piel de la sien izquierda, de la nuca, de la nariz el calor limpio y leal de las pupilas del extremeño. Puede que todo fuera producto de mi imaginación. En cualquier caso empecé a sudar. Intenté parecer un buen hombre y elevé los ojos hacia la bandera de España. Ondeaba con desmayo en lo alto de su mástil. Efectivamente en el Cazador los ciervos me miraron desde las alturas. Los ciervos me contemplaron con sus hermosos ojos de cristal y benevolencia, quise pensar, magnanimidad. No había nadie aparte del camarero cabezón. Fregaba la loza detrás de la barra. Me fijé en las cicatrices largas de sus antebrazos, me fijé en el orzuelo de su ojo derecho. Tenía puesta la COPE, quizá Onda Cero, puede que la SER. El Ferencvaros sería a priori el rival más duro del Espanyol en la fase de grupos de la Europa League. Le pedí un cortado, me lo preparó en treinta segundos. Me preguntó que qué tal me iba por la oficina. No me sorprendió ni un poco que supiera de mí, me he acostumbrado a que la gente de este pueblo sepa quién soy pero no me conozca. O tal vez sea más oportuno decirlo justo al revés: me he acostumbrado a que los habitantes de este pueblo me conozcan más o menos pero no tengan ni la más remota de quién soy. El hombre se quedó de pie delante de mí esperando mi respuesta. Fue breve. Me preguntó también que si me gustaba el pueblo y mi contestación fue igual de escueta. Ahora la voz de la radio comentaba el giro al centro del PSOE para captar el voto descontento de Ciudadanos. Era una voz muy varonil, seguramente demasiado. Una voz que no desentonaría en el mismísimo Dios. Decidí apurar el café afuera con un west. Puse el euro con veinte sobre la barra y eché a andar hacia la puerta después de despedirme con un gracias. El cabezón me llamó por mi nombre. No hace falta decir que ni siquiera eso me sorprendió. Me giré. Me dijo que

a ver cuándo volvíamos a almorzar, que se lo comentara al Eugenio y a la Elvirita, que son los que mandan por allí. Me dijo que le dijera al gordo que no fuera tan rencoroso, que pelillos a la mar. Me recalcó que le dijera eso: pelillos a la mar. Pelillos, pelillos, dijo frotándose las yemas de los dedos y haciéndome un gesto obsceno con la lengua. Sentí ganas de matarlo. Me sorprendió mucho mi furia, mi energía. Aún lo repitió otra vez: Pelillos a la mar, díselo a ese gordinflón. Y empezó a reírse solo bastante estúpidamente. Salí. Me terminé el cortado. Me fumé dos cigarros a la espera de que la calma, quiero decir a la espera de que la indiferencia o el tedio volvieran a mi interior. No soporto el mal gusto, la ordinariéz. Me dije que esa era la razón de mi rabia. O a lo mejor era la voz del cabezón, como de jabalí, como si tuviera la laringe llena de estiércol y gusanos. Qué importa. Por fin llegó el alivio que ansiaba: volví a saberme vacío, esquilado, indolente. No se veía a nadie en el jardín de la casa cuartel. Me sentí solo. Nadie nunca podría acompañarme porque nadie nunca me conocería de verdad. Subí al Dacia. Escribí esto con The Smashing Pumpkins sonando fuerte en mitad de la mañana, en mitad de mi cerebro, el Mellon collie abd the infinite sadness, claro. Tonight, tonight. Today. Al acabar besé mi iPhone, me entraron ganas de reconocerle su fidelidad, no pude contenerme. Arranqué, conduje hasta la oficina.

Lunes 23 de septiembre

Cada día leo menos pero pasé el fin de semana con los cuentos reunidos de Faulkner y unos cuantos botellines de cerveza. En casa procuro no beber vino; me resultaría absurdo; el vino ha de beberse en los bares, viendo pasar la gente, la vida, la Historia. Hacía tiempo que no leía. Tampoco es que lo echara de menos. Leí por falta de alternativas fáciles y rápidas de ocio y por pereza para buscar otras más costosas. Escribir, por ejemplo. Ni el sábado ni el domingo madrugué. Habría estado bien volver a ver amanecer a las golondrinas, ya hace bastante desde la última vez. Habría estado bien contagiarme un poco de su jolgorio matinal. De hecho así lo había planeado. Pero a la hora de la verdad ambos días apagué la alarma y me quedé dormitando hasta bien pasadas las diez. No sé si estoy cansado o simplemente aburrido, probablemente un poco de cada cosa. El sábado a mediodía preparé un kilo y medio de macarrones. Aún queda algo en la olla. Por la tarde alterné la lectura con breves pero frecuentes conexiones a Internet. Básicamente visioné en YouTube secuencias aleatorias de

capítulos de Mayday, catástrofes aéreas. Me di cuenta de que uno de los actores trabajaba en cinco de ellos. Por supuesto el director o quien fuera lo cambiaba de sitio en cada avión, en cada episodio. En cada episodio los de atrezo, caracterización o como se diga intentaban disimular la cosa poniéndole al tipo un bigote postizo o unas gafas de sol o una peluca. Pero aquel pasajero era siempre el mismo hombre: Jim Vanuzzi, según los créditos. Jim el indestructible, me salió del alma decirle. O mejor aún: Jim el inmortal. Porque vi a Jim caer en picado en la jungla venezolana. Lo vi hundirse salvajemente en el atlántico norte. Lo vi explotar en mil pedazos en el cielo de Escocia. Lo vi arder hasta el hueso en el aeropuerto de Tenerife. Lo vi, lo vi, lo vi. Lo vi con mis propios ojos. Desaparecer. Morir. Y aun así vi también cómo el tal Jim cogía un quinto avión, en Moscú, destino Vladivostok, de nuevo rumbo a la muerte, rumbo al silencio que abraza a los actores fracasados. En esta ocasión le había tocado ventanilla. Sonreía como un chiquillo. Cuando los motores del enésimo avión empezaron a fallar sobre las estepas de Asia decidí apagar el pc. La mentira puede ser buena, la mentira puede ser mala. Pero ha de ser hermosa. Un día cualquiera, quizá lamentando no haber comprado chocolate donde Casimiro, lo comprendes. También entré un momento en Facebook. Lo tengo abandonado. Encontré un par de mensajes privados en los que se me preguntaba al respecto: que si todo bien, que si algún problema. Uno era de una chica colombiana, el otro de un hombre de Vigo. Me decían que echaban de menos mis textos. No contesté, naturalmente; el día que hable con desconocidos a través de las redes será la hora de abandonar, de abandonarlo todo. Me quedé sin tabaco poco después de medianoche y me fui a dormir con el sabor de la frustración encharcado en la lengua. El domingo bien temprano me acerqué al Cid y saqué un par de paquetes, el resto del día hice más o menos lo mismo que el anterior. Decididamente de Faulkner me gustan más las novelas cortas que los cuentos largos. A eso de las seis de la tarde me dio una rampa en la planta del pie derecho. Salí a caminar. Hay pocos, muy pocos niños en este pueblo. De vez en cuando se ve algún pequeño grupo de críos. En los soportales, corriendo entre las columnas. O en la plaza de la iglesia, algunas tardes, chavales que comen pipas sentados en el poyo corrido que flanquea uno de sus lados mientras otros juegan al fútbol en la explanada. Me detuve un rato a ver el partidillo hasta que el lugar empezó a llenarse de los viejos y las viejas que acudían a misa. Puse el piloto automático, me llevó al Campos. En la tele echaban el Athletic Valencia. Vi medio ausente el partido mientras intentaba recordar el nombre del chaval aquel de Chelva al que le faltaba un hervor. Era nuestro amigo. No recuerdo su nombre, ya digo, pero

supongo que lo era. Lo malo es que salvo dos o tres de ellas las noches de verano en el pueblo en torno a mil novecientos noventa y dos se hacían eternas; ya no éramos críos y desde luego aún no éramos lo otro; España era una fiesta pero aún no podíamos vivirla. Así que en la novela tiene que salir que no era raro que allí en el callejón y por hacer algo le dijéramos al tarado que a ver si tenía huevos de ir a los bancales y soltar una buena mierda entre las sandías. Al principio se negaba pero era por hacerse de rogar un poco. A todo el mundo le gusta que le imploren. A todo el mundo le gusta parecer valiente. A todo el mundo le gusta que le acepten. Total que a la segunda o tercera que le insistíamos decía Venga, vamos y tiraba para la carretera con aquellos andares de pato que tenía. Y luego para las cuestas donde ya no había luces ni fuentes ni nada salvo las casas de cal azul de algunos viejos con mala hostia. Y mi hermano y yo y algún otro todo el rato detrás animándole hasta que el chaval se adentraba en la tierra blanda de los huertos y se acuclillaba y en mitad de lo oscuro se ponía a hacer lo que le habíamos dicho que hiciera. Lo recuerdo allí agachado escrutando la noche. Buscándonos, riendo nervioso como un imbécil. No nos encontraba. Nunca nos encontraba porque lo bueno del asunto era ponerse a pegar voces para que se despertaran los agricultores y largarse corriendo. Lo hermoso era dejarle allí solo con las bermudas fosforescentes por los tobillos y el culo al aire. Lo maravilloso era no volver a verlo hasta el día siguiente o hasta el año siguiente, cuando el verano nos devolviera al pueblo de vacaciones y él estuviera en la plaza, más solo que Dios, esperándonos lleno de idiotez y amor. Porque el tarado se chupaba el año entero en Chelva. Para el tarado Chelva no era diversión, ni verano, ni vacación. Para el tarado Chelva era lo único. Quizá por eso no logro ser del todo brutal con el Jesuso, el Garbo y los hombres de Las Cumbres. Porque quizá fueron niños que nunca salieron de aquí. Quizá fueron niños que se hicieron hombres que nunca saldrán de aquí. Cero uno.

Martes 24 de septiembre

De verdad: a veces las vacas se pierden. No deja de maravillarme. Cuesta imaginar que una vaca se esfume sin más de la superficie de la tierra. Hace unos meses yo tampoco lo habría creído. Pero ocurre, el monte se las traga. Otras mueren en lugares llamados de difícil acceso, quedan para los buitres y las alimañas. Y algunas estiran la pata en la

granja. Para esas hay una empresa que se encarga de retirarlas. He establecido cierta relación con el chaval del camión, quiero decir que me ha hablado un poco las mañanas que se ha pasado por la oficina. No recuerdo su nombre. Hoy le he acompañado a evacuar un cadáver. Se empeñó. Acepté más que nada por salir de la oficina. Es un rumano que habla valenciano y por los codos. Tiene el pelo a cepillo y dos hijas o tres. Mencionó sus nombres. Naturalmente tampoco los retuve. Es del Atlético de Madrid. Cholista, quizá anticholista. Me lo contó mientras avanzábamos a todo trapo por la nacional hacia Zorita. Ni siquiera levantó el pie al pillar el desvió por el camino de tierra, los dos ahí dando tumbos en el asiento de polipiel rajado. Me sentía como de pequeño en las atracciones de feria. Ya en la granja el ganadero nos hizo señas plantado al lado de la vaca muerta. Me la había imaginado de otra manera, por cierto. Hablo de la granja. No tenía un aspecto demasiado campestre. Y tampoco es que pareciera exactamente un entorno industrial. Era más bien una atmósfera decadente la que la envolvía, chernobyliana, un polvo de hormigón abandonado. Tenía algo de reducto el lugar. Algo nostálgico, triste y bello. El ganadero era un hombre panzón de unos cincuenta. Llevaba un peto verde militar de tela vaquera, los tirantes colgando a los lados. Una camiseta blanca radiante. Una gorra roja. Tenía la cabeza casi perfectamente cuadrada. No sé qué pasa con las cabezas de esta gente, a menudo son especiales, llamativas. Fumaba. Es probable que nada de esto sea relevante. Ahora que estaba más cerca caí en la cuenta de que lo conocía. Lo conozco. Viene de tanto en tanto por el trabajo a que le tramite papeles. No sé cómo se llama. Últimamente la información coyuntural del presente de los hombres pasa de largo de mi cerebro como del de las ratas. El rumano maniobró para orientar el culo del camión hacia la vaca. Bajamos. Olía duro. Las nikes se me mancharon de arenilla. Nos acercamos al hombre, a la vaca, al hombre y a la vaca. Era un ejemplar de color pardo rojizo. Pese a mi aturdimiento sí que recuerdo las diferentes razas de vaca entre las que el ordenador me da a elegir cuando registro el nacimiento, la venta o la muerte de una de ellas. También recuerdo sus códigos de introducción rápida. Todo ello acude a mi mente de forma automática, fácil. Pensaba que no pero a este trabajo también me estoy acostumbrando. A veces creo que soy una máquina. 0152 Charolesa. 1117 Limusina. 0884 Aubrac. 0919 Murciana-Levantina. 0318 Angus. Y la más habitual: 0000 Conjunto Mestizo. Me pregunté cuál sería la raza de aquella vaca. No me respondí porque no lo sabía, ya digo que solo me encargo del papeleo. De la teoría. Para las visitas de campo están los veterinarios. De no haber sido por la insistencia del rumano afable mi conocimiento físico acerca de las

vacas seguiría básicamente reducido a su fugaz visión desde la carretera cuando voy o vengo del trabajo, como mucho al que me proporcionan su contemplación al otro lado de la ventanilla del Dacia cuando provocan un atasco en la CV. Ahora en cambio tenía a un imponente espécimen tendido a mis pies en el polvo. El camionero y el ganadero se estrecharon la mano por encima del corpachón. Más arriba todavía el cielo era de un azul asombroso, de dibujo animado. Observé la estela doble de un avión diminuto, casi invisible. Una mota pálida que se convirtió en puro fuego durante el breve instante en que el sol incidió en el fuselaje en determinado ángulo. Pensé en mi mente. Mi mente pensó con fuerza e intensidad en mi pobre mente. Sentí que mis pies empezaban a despegar del suelo. Eh, me dijo el rumano. Tomé tierra. Eh, ven, échame una mano con esto. Me llamó la atención que dijera eso: échame una mano. Esa frase hecha perifrástica en lugar de un simple ayúdame. Sin duda era aquel un hombre avisado y resuelto. Le seguí hasta la parte de atrás del camión. Subimos a la plataforma. Abrió un compartimento incrustado en la pared trasera de la cabina. Sacó unos guantes aparatosos, amarillos, manchados de grasa y de más cosas. Me los tendió. Un tacto aceitoso. Me los puse. El mismo roce sobado por dentro. Me estaban grandes. Nos movimos hasta el brazo de la grúa. El cable colgaba un par de palmos, se veía algo oxidado. En el extremo no pendía un gancho sino una correa, una especie de cinturón de cuero tan sucio y ceroso como los guantes, muy ancho y con los ojetes desnudos, ni anillas de metal ni nada, algunos reventados, rajados. El rumano le dio un tirón al cable. Ahora sí: Venga, ayúdame, dijo. Tiramos juntos del cable. Bajamos de nuevo al suelo y llegamos hasta la vaca. Señaló con la barbilla el cinturón y me dijo: Ensancha un poco eso. Con los guantes no podía. Me los quité. Tampoco pude, el cierre estaba atascado. Quita, anda. Por cierto que el rumano puede que fuera búlgaro, es una más de esas cosas que de un tiempo a esta parte me cuesta conservar en la memoria. Pero pongamos que el rumano era rumano y digamos que el rumano aflojó hábilmente la correa y con un último tirón al cable se agachó junto a la vaca. Procedió a rodear el enorme cuello con el cinturón. Para completar la operación tuvo que deslizar su brazo por debajo del animal. Le costó pero consiguió que la correa asomara reptando por el polvo del otro lado. Ciñó el cuero con todas sus fuerzas en torno a la garganta de la vaca. Se levantó. Ok, dijo, y me dio un simpático puñetazo en el brazo. Ven. Subimos otra vez a la plataforma del camión. El rumano me ofreció el mando del remolque. Mantén pulsado el botón verde, me indicó, no lo sueltes hasta que las patas traseras estén arriba. Pulsé. El cable se tensó. El brazo de la grúa se inclinó un poco. Chirrió. Mantuve el botón pulsado. La

vaca empezó a avanzar por la tierra. A reptar. A arrastrarse. La lengua le crecía y le crecía entre los dientes. Ochocientos kilos de vaca venían hacia mí dejando un profundo surco en el suelo, en España, en el mundo. El ganadero me miró. Sonrió detrás del humo del cigarro. El rumano me miró. Sonrió y sonrió. La vaca me miró. Parpadeó, se meó. No estaba muerta. No te preocupes, me dijo el rumano. Me dijo: Créeme, está muerta. Y tan muerta, dijo el ganadero. Y se rieron. Se rieron los dos con ganas. Bien. Sonreí y seguí pulsando. Estaba allí para verlo todo. Estoy aquí para verlo todo. Para hacer lo que haga falta. Soy el verano muerto. Soy el verano que nacerá. El círculo de luz que atrapa todas las cosas.

Miércoles 25 de septiembre

El Terrano es del 96, está más que amortizado. Merece un reconocimiento. Los compañeros no veían el momento de quitárselo de encima. Me resulta incomprensible, quizá sea que la gente no tiene alma. El caso es que están encantados con que sea yo el encargado de ir con él de aquí para allá. Bueno, bien, vale, porque yo también lo estoy. Amo con locura a ese cacharro. A veces creo que más que a mi Dacia, porque el Terrano es una fiera huraña, algo así como un caballo salvaje. Una criatura que no todo el mundo puede domar, y que yo he domado. En realidad tampoco es esa la palabra. Sencillamente nos entendemos. Ese trasto debería dar charlas motivacionales en asociaciones de vecinos y universidades. Debería ir a visitar a los niños con cáncer de todos los hospitales del país. Ese trasto sabe lo que es la vida. Se cae a pedazos y sin embargo se mantiene al pie del cañón. Arranca a la primera a treinta y cinco grados, y estoy seguro de que ruge igual de fuerte a menos ocho, menos doce. No pone excusas. Atraviesa dando tumbos el barranco de La Mota, el del Dragón, el del Camino Viejo y todos los barrancos sin nombre de esta zona. Vadea con solvencia veterana el río Bergantes, el río Monroyo, el río Seco. Me lleva a la cima del puerto del Puntal, del puerto del Otero, me lleva a la cima de este pequeño mundo celestial. Los días claros se ve el mar a lo lejos, es verdad, los días turbios veo el mar a lo lejos, desde allí arriba, y no siento nada. Me gusta que se me clave en la espalda el esqueleto de su asiento; es como conducir abrazado a la muerte. Me gusta sentarme sobre la fusca antigua que recubre sus asientos; es como conducir sentado sobre la tierra que se nos tragará a todos.

Me gusta hablar con el Terrano durante nuestros trayectos. Me gusta escuchar su fiable cháchara mecánica, su vozarrón de gasolina. Me gusta llamarle Jimmy porque ese todoterreno japonés convierte en América todo lo que sus ruedas pisan, quiero creer que me explico. Así que me gusta contestarle: Ok, Jimmy o Cierra la boca, Jimmy o He llegado al límite con este trabajo, Jimmy. Porque no soy como él. No soy un héroe, no soy un mártir. Yo sí me quejo, yo sí a veces me vuelvo muy loco, como ahora. Por eso me viene tan bien su ejemplo: veintitantos años aquí arriba, en los montes carcomidos, aguantando. Te admiro, amigo. No hay nada mejor que tú, mi querido vehículo corporativo Nissan Terrano. Nada mejor que tú salvo quizá este poema mental sobre ti, mi querido vehículo corporativo Nissan Terrano. Cuatro por cuatro. Intercooler. Camarada, te beso la frente vieja. Jimmy, beso con lengua tu radiador caliente manchado de insectos reventados. Manchado de sangre, manchado vida. Eres fuerte, eres tenaz. Eras una obra cumbre. Dios, debería estar escribiendo la novela. A lo mejor hasta saldrías tú. Bendito seas.

Jueves 26 de septiembre

Sí que me acuerdo de uno que se llamaba Carmelo. Lo machacamos bastante porque era la época de los descubrimientos y resultaba llamativo que el chaval nunca meara con nosotros en corro en la ribera del río, en el azud, en los bancales. Por fin un día le vimos hacerlo sentado en los baños del Neutral. Quiero decir que le dimos una patada a la puerta y le sorprendimos ahí dentro, sentado muy tenso en la taza. Es como si lo estuviera viendo: paralizado, asustado, lleno hasta los topes de vergüenza. Su cara no era la de un crío, era la de un santo, un niño santo, un niño mártir. Se me pone la piel de gallina. Lo levantamos a la fuerza, le vimos la chorra. Así la llamábamos en aquel tiempo: la chorra, la picha, la pilila, y la suya era diminuta y testimonial porque no meaba por ella, no, lo hacía a través de algún sitio misterioso oculto más abajo, más adentro entre sus piernas. Digo que por todo eso o más bien por nada en concreto a Carmelo le torturamos a base de bien durante un par de veranos. Tampoco es que fuera un asunto diario; éramos críos, no había constancia en aquello ni en nada, no había plan, disciplina. Simplemente resultaba fácil y divertido meterse de vez en cuando con Carmelo. Resultaba hasta reconfortante si no pensabas en ello demasiado. Resultaba

natural porque natural es la maldad, la dominación y la sangre. Definitivamente había algo hermoso en lo que le hacíamos a Carmelo, un motivo de celebración, de hermandad. Lo había, sí, entonces lo había y no tiene sentido intentar verlo con los ojos de ahora; sería indecente, indigno, y uno no escribe para avergonzar ni avergonzarse. Por eso esto tiene que salir en la novela, no a modo de disculpa sino en todo caso como una confesión, un reconocimiento en cierto sentido orgulloso y desde luego fácil, despojado de horror por el mero paso del tiempo. Porque seguramente quedaría de lujo que estas líneas tuvieran que ver con Carmelo, pero la verdad es que no. La verdad es que nada de esto va de Carmelo ni de nadie de los que se mueven ahí fuera. La verdad es que todo esto va de mí y de lo que vuelve y vuelve a mi cabeza. Ojalá pudiera contar que sucedió de otro modo. Pero no sucedió de otro modo.

Viernes 27 de septiembre

Anoche Eugenio destrozó a palos la furgoneta del hombre del Cazador. Con un bate de béisbol que el otro día bajó a comprar en el Carrefour de Castellón. Lo sé porque nos lo ha contado a mí y a Elvira hace un rato, nada más llegar a la oficina. Así que entre ir y volver fueron más de dos horas, dos horas largas que no le quitaron las ganas de hacer lo que le pedía el cuerpo, lo que su cerebro desconcertante había planeado. Me duele admitir que le admiro por ello, que le envidio. Esa determinación. Elvira se ha puesto a llorar y se ha metido en el cuarto del café. Yo no he hecho nada, no he dicho nada. Me he limitado a disimular mi fascinación mientras me preguntaba que qué clase de loco le cuenta tal cosa a un desconocido. Porque la pura verdad es que Eugenio y yo somos perfectos desconocidos. Aún me duelen las manos, ha dicho; mira. Tenía las palmas rojas e hinchadas y un corte de buen tamaño en la derecha. Se ha ido al baño riéndose como un chalado, supongo que a volver a lavarse. Venía especialmente arreglado. Especialmente contento. En plenitud. De momento no se han pasado por aquí los extremeños. Empiezo a hablar como esta gente. Quiero decir que no se ha pasado por aquí la Guardia Civil. Seguro que saben muy bien quién ha destrozado la furgoneta. Seguro que todo el pueblo sabe quién lo ha hecho. Pero es esta la hora que nadie ha venido a detener a Eugenio ni a meterle dos correazos o dos navajazos. Los extremeños

no le preocupan. Me lo ha dicho mientras se abrochaba la bragueta ahí de pie delante de mi mesa; y el Caboto menos; que venga; que venga si tiene huevos.

Por lo demás nada significativo salvo el hecho de que he pensado en Candelaria durante todo el día, con pureza. Cené en la terraza, frugalmente y temprano, el caramelo del sol y un gajo de luna bien avenidos en el cielo. Un pequeño bol de macedonia. Plátano, melocotón, melón. Cierta ascetismo posmoderno en mis pensamientos, un sentimiento de martirio de baja intensidad. Luego he estado leyendo a Limonov, Historia de un servidor, muy fucsia bajo la blancura anémica del fanal, bajo las estelas pálidas de los murciélagos, bajo el brillo muerto de las estrellas. Soy una mancha de luz, un punto subversivo en el paisaje dormido, potencialmente peligroso. Vuelvo a imaginarme fotografiado desde el espacio por satélites rusos y estadounidenses, por satélites chinos. En ocasiones me siento un mesías, pero no sé de qué. Tampoco sé de dónde viene el viento pero esto que respiro, esto que trago tiene que ser el olor de los cerdos.

Sábado 28 de septiembre

Sin noticias de Werner. ¿Era previsible? Me pregunto si no seré un ingenuo. Reconozco que contaba con que me respondiera de inmediato. Pero el silencio dura ya una semana. Lo que siento se parece al desamor. Creo que lo es. El peor desamor imaginable, el que conserva la esperanza en que el ser amado vea la luz, que comprenda, asuma y disfrute la evidencia de que a Iván Rojo no se le puede negar lo que desea.

Desde un punto de vista más tangible hoy, circunstancialmente como todo en la vida o por lo menos en la mía, era sábado. He bajado a Valencia, en el Dacia el Without you I'm nothing de Placebo, cuatro reproducciones del disco íntegro y luego un rato con Pure morning en modo repeat. He salido con los amigos. Ya he hablado en otros momentos de quiénes son mis amigos. Esta noche estaba Pablo, sí, pero ahora cuando he escrito amigos me refería a otras personas que me consideran buen amigo suyo y a las que yo llamo amigos por simplificar, por economía de lenguaje. También lo hago porque he aceptado que basta y sobra con que las cosas sean más o menos ciertas, más o menos falsas. Me he tomado cuatro vodkas con limón en un local del barrio de Ruzafa. Antes habíamos cenado en un restaurante de moda a instancia de uno de ellos. Comida

mala y un par de buenos vinos. Cuarenta y cuatro euros por barba. La mía continúa en crecimiento, en expansión. A veces pienso que mis amigos no me conocen. Me resultan ajenos sus planes y sus preocupaciones. No me interesa a cuánto está el metro cuadrado a la hora de comprarse un piso en esta ciudad. No sé nada de crianza, de pediatría. No tengo un empleo en el que poder promocionar. Pero les escucho amistosamente y de tanto en tanto intento aportar algo a la conversación. Yo sí sé lo que pasa por sus cabezas, lo que les conmueve y lo que les aflige, lo que desean y lo que temen. Y me importa porque les quiero. Ellos parecen desconocer que soy auxiliar administrativo, que hasta hace tres meses no era ni siquiera eso y que me bebo encantado el más barato de los vinos, que es un don que tengo. Aunque sea yo de poco hablar, deberían saber estos y otros datos sobre mi realidad. Por eso a veces pienso que no es que mis amigos no me conozcan, sino que no les importo. O más bien que les importo de manera tangencial y distante, como por ejemplo la posible extinción de un ave amazónica. Rara es la ocasión en que me preguntan sobre intimidades, sobre las filias y fobias que definen mi personalidad. Rarísima es la ocasión en que me preguntan sobre mi faceta de escritor, la única que me separa de ellos sin dejarme en peor posición, la única que me proporciona digamos un toque de distinción. Saben que escribo, naturalmente, y es verdad que cuando publico un poemario muestran cierto compromiso puntual con la causa, me preguntan dónde pueden agenciárselo, si voy a hacer alguna presentación. Todo eso. Pero nunca, y con nunca quiero decir nunca jamás, han querido informarse de qué ideas tengo en la mente para próximos libros, de cómo es que mis poemas triunfan en el underground latinoamericano, de si mis cuentos funcionan o no, de si por fin voy a animarme a escribir una novela. Nunca sabrán que la semana pasada escribí un correo electrónico tan amoroso como profesional a Werner Herzog. Pienso o quiero pensar que ese educado desdén es el que sufren todos los escritores sin éxito social, los que escriben sin recibir nada a cambio más que, con suerte, la satisfacción de ver impresas sus frases en un soporte físico, con erratas y carente de belleza. Esa inmensa mayoría de escritores que no vive de escribir. Pero aunque así fuera no me consolaría. Yo, es así de sencillo, debería vivir de escribir. Tengo talento para ello. Un talento tan modesto como el que mis amigos tienen para vivir dignamente como directores de sucursal bancaria, abogados o fisioterapeutas. Pero no se trata solo de eso, porque es indiscutible que existe un sinnúmero de escritores que viven de escribir sin tener talento para la escritura. De modo que no es solo que yo sí lo tenga, sino que merezco un poco de paz. Mi inteligencia, mi alma, esa esencia mía que se apagará para siempre el día menos

pensado, es poderosa y brillante. Más que muchas. Más que casi todas. Es de justicia que se me regale una buena vida mientras espero el final. He sufrido. Sería hora de gozar, o simplemente no sufrir. Ya en el pub, todo el rato con mi ópera alemana, mi historia de amor inconfesable en la cabeza, me ha poseído un arranque de rabia que me ha lanzado a la pista. He bailado, con furia contenida, con elegancia universal, con una tremenda sorpresa en la mente, en el corazón. No me gusta bailar, no debería bailar, pero he bailado. He bailado porque nada hay más hermoso que un hombre triste que baila. Nada más literario que un hombre que baila con lentos movimientos de cabeza en mitad de una pista de baile acelerada, de una noche suave y borracha, de mujeres maquilladas para potenciar o simular su fugaz esplendor. He bailado porque hay música dentro de mí. Más allá de las circunstancias y de las chicharras de la vida hay buena música dentro de mí. Música de otro tiempo, no sé si pasado o futuro. Música dulce. Hay un desfase entre el medio ambiente y yo, ya lo he dicho, y a lo largo y ancho de esa holgura de la vida, esta noche, he bailado. De algún modo, todas las noches, todos los días, bailo y canto. Todos los días y todas las noches y todas las horas, también esta, me siento un aparecido, un alienígena. Y mi voz, todo lo que pienso, todo lo que escribo, una psicofonía o un mensaje de los ovnis, de las estrellas, de los muertos.

Lunes 30 de septiembre

También creo haber dicho ya que las vacas lanzan sin descanso mensajes al universo. No tiene importancia porque aquí los días son muy parecidos, todos los hombres son muy parecidos. Los pensamientos. También eso, los mensajes. Desde la terraza escucho sus mugidos, sus flatulencias. Sus gritos, sus ruidos. No es culpa suya que nadie más los reciba, que nadie los respire, que acaben perdidos en el aire. Energía despilfarrada. Efecto invernadero. Claro que no es culpa suya. Qué culpa puede tener una vaca. Qué responsabilidad puede tener una masa de carne recalcitrante respecto a la sordera del tiempo, del espacio. Respecto a la decrepitud de los paisajes, de las mentes. Desde la terraza veo allá abajo las vacas atravesar el retal de pastos que se extiende en forma de cuña allá donde la CV-14 y la N-232 se juntan o se separan. ¿Por qué estoy escribiendo en presente? Toda narración es siempre la versión desactualizada de la realidad o del deseo. Un siglo, un segundo, pero obsoleta. Supongo que hoy estoy especialmente desesperado. Son las seis y media pasadas de la tarde. Luz de fogata en el aire. Luz

pobre. Luz que se apaga. Que alguien me oiga: aquí debería venir Werner Herzog a rodar el último y mejor de sus documentales: la culminación a su carrera: un documental inmortal sobre vacas. Temo y me avergüenza estar olvidándome de Werner pero aún a veces oigo o quiero oír su cavernosa voz en mi cabeza. Me dice en su inglés germánico, románticamente castrense o viceversa: Haz tú el trabajo, hace frío y estoy viejo. Pero yo no tengo contactos en la Paramount ni en la Warner ni en Netflix. Mi cerebro es el único dron de que dispongo para tomar inolvidables planos aéreos de la comarca de Las Cumbres, y le cuesta alzar el vuelo, le cuesta mucho. Así que como de costumbre me conformo con escuchar los sabios consejos telepáticos del alemán, con imaginar que los escucho, que me los regala. Gracias a ellos al final, poco a poco, cansadamente, penosamente, me elevo. El horizonte se repliega para dar paso a otro y luego a unos cuantos más. Veo el panorama y escucho a Herzog: Veintisiete vacas rojas recién llegadas en camión de Francia pastan envueltas en la leve bruma vespertina que flanquea el curso del Bergantes; son conscientes de su épica; en un ser tan potencialmente efusivo, con esa mirada desorbitada y esa lengua de medio metro, la impasibilidad solo puede ser elección, conocimiento; meditación; quizá el recogimiento anejo al sacrificio; un buen puñado de sus terneros ha muerto durante el viaje. Un poco más allá, diseminadas por los bancales que escalonan las montañas cuyo nombre ignoro, las vacas grises de la Agropecuaria Tena brillan quietas como mármol al sol. Me lo dijo Ernesto el otro día: de aquí hacia el parque eólico todo es de los Tena. Por lo menos es lo que le entendí. Werner vuelve y me habla con fuerza: Ahí están, respirando montaña, comiendo montaña, cagando montaña a razón de veinte toneladas al año; construyendo un mundo nuevo; ayer hicieron lo mismo y lo mismo harán mañana mientras haya mañana; su expresión no es más ausente que la mía, amigo Iván Rojo, que la nuestra; quizá sean estas vacas la última encarnación genuina del ora et labora; ¿existe vida más plena? Nunca se calla, mi Herzog privado. Se sienta a mi lado en la oficina y miramos por la ventana. Me acompaña cuando salgo a fumar a la orilla del Bergantes. A bordo de mi Dacia o de Jimmy recorre conmigo los montes de esta comarca brutal. A bordo de mí. Sus frases para la posteridad de la posteridad me alcanzan desde el interior de mi interior, desde el maletero de mi sesera: La temperatura corporal de una vaca es de 38.5 grados; son fuertes, las vacas; conocen la templanza; viven lejos de la fiebre; son la fiebre.

Martes 1 de octubre

Casi cuatro meses aquí y todavía no he ido a ver el acueducto, todavía no he visitado el museo de dinosaurios, todavía no he entrado en la iglesia de Santa María. Es lo que pensaba con cierto malestar esta mañana en la oficina. Decidí que por la tarde le pondría remedio. Me acercaría al acueducto. Entré en Google e investigué la ruta. Sin embargo después de comer me quedé viendo el documental de ñus que echaron después de Saber y Ganar. Por supuesto tuve que esperar al último minuto para contemplar su matanza en el río ese infestado de cocodrilos. Hay que cuidar la emoción, hay que cuidar el clímax. A las cinco y media la luz del cielo ya empezaba a languidecer. Tendría que ser otro día. Encendí el farolillo y a ratos leí a Emily Dickinson en la terraza, con pereza y la chaquetilla. Ha envejecido bien su escritura, me temo que porque siempre fue vieja. Igual que Emily. Ya oscuro me he bajado al Jesuso. Vacío. Se ha sentado en mi mesa durante un par de cigarros. Ha vuelto a hablarme de conejos. De matar conejos.

Miércoles 2 de octubre

Llegó un repartidor esta mañana. Cielos cubiertos. No más de veintidós años, no más de cincuenta y cinco kilos, todo fibra, puro nervio, las venas del cuello como cables, sobrecargadas de energía y prisa. Le deseé lo mejor: una vida larga y templada. Bajo el dintel repasó extrañado un papel que traía en la mano antes de preguntarme con voz de grillo si estaba en la oficina ganadera. Sí. Luego aún quiso asegurarse de si entonces los juguetes eran para nosotros. ¿Juguetes? En ese punto Elvira me tomó el relevo: que sí, que sí, le dijo al chaval, que todo estaba bien, que fuera descargando, le firmó el albarán y me dijo que ahora me explicaba. Se trataba de juguetes para cerdos, venían en diez o doce cajas cúbicas de metro de lado que el chaval apiló en el garaje. Cosas de la política de bienestar animal impulsada recientemente desde el gobierno autonómico. En cuanto pude bajé a la puerta de la cochera a echar un west y de paso a ver qué contenían concretamente los bultos. Sopesé un par, no pesaban gran cosa. Iba a desprecintar una caja cuando el director llegó a toda mecha en el Ibiza de la oficina. No me lo esperaba, se me erizó el espinazo. Me persigue ese coche, Dios bendito, siempre un Seat Ibiza blanco acompañándome a través del tiempo y el espacio, de la vida, de la muerte, vigilándome, oyendo los secretos que a veces digo en voz alta. Al ver las cajas el

director me preguntó si por fin había llegado lo de los cerdos y le contesté que eso creía. Me dijo que si no andaba en nada urgente cogiera las llaves del Terrano y que por favor lo llevara todo a la explotación de un tal Cosme. Que ya sabía dónde quedaba, ¿no?, bueno, pues que tirara por la CV-14 hasta el polígono y que solo pasarlo cogiera la CV-125 todo para abajo y luego el camino de piedras, ojo con los cortados, hasta lo más hondo del barranco de La Parra. De todas maneras no me perdería, bromeó, solo tenía que dejarme guiar por la peste. Tenía razón. A los cien metros de meterme en la 125 el olor era ya una realidad irrefutable. No es que el tufo flotara en el ambiente, más bien parecía que hubiera sustituido al aire. No respiraba nitrógeno y oxígeno, respiraba una fetidez perceptible no solo por el olfato sino por todos los sentidos. Aquello no era un gas, mi organismo gestionaba el hedor como una sustancia autónoma y untuosa que me rebozaba de mugre tibia la piel, lo notaba, que se me agarraba a la garganta como un alimento en mal estado, que me nublaba más y más la vista a medida que bajaba hacia el fondo de la hoya. La tierra alrededor cada vez más oscura, reblandecida, tocones podridos, marañas de breña sucia aferradas a las paredes del quebrado, un panorama canceroso. Pobre padre. Subí las ventanillas y enseguida volví a bajarlas. No había barreras capaces de mantener aquello al otro lado de ellas, era evidente. Nada servía de nada contra aquel mal. A veces ocurre. Pronto pude oír los primeros gruñidos. Hice sonar el claxon cuando franqueaba la entrada del recinto, me detuve a unos metros de la nave de ladrillo. Acudieron al trote media docena de perros, de tamaño mediano todo ellos menos uno, muy parecido en su porte y en su expresión de incuestionable demencia al perro del desguace Las Águilas. Se sentaron al otro lado de mi ventanilla, tranquilos. Uno de ellos, moteado, se puso a chuparse el pene sin apartar sus ojos de los míos. Se sabían poderosos, los perros, sus cerebros despreocupados ardían con el fuego antiguo, hermosísimo de la verdad primordial: no tenían por qué preocuparse por mí; la criatura que soy ningún daño podía hacerles, estaba claro, mientras que ellos tendrían muy fácil despedazarme a bocados en caso de que se les planteara la necesidad o el capricho. Volví a tocar la bocina. He escrito bocina pero en realidad he pensado pito. Es de ese tipo de errores que no podría permitirme en la novela y que sin duda cometería. Aún transcurrió un minuto largo hasta que en el lateral de la construcción se abrió una puerta metálica naranja. Salió por ella un hombre alto que se encaminó sonriendo a lo grande hacia el todoterreno mientras me indicaba con gestos que estuviera tranquilo, que los perros no me harían nada, que saliera, venga, creo que le escuché. Llevaba unos pantalones andrajosos y una gorra de la Expo'92 de una limpieza deslumbrante. Este

detalle me hizo confiar en él lo justo y necesario para apearme. Los perros ni pestañearon. Al pasar entre ellos recogí los brazos para que mis manos no colgaran cerca de sus fauces. Me sentí vacío y frágil como el típico buda de porcelana barata que espera su absurdo destino en los pasillos de cada bazar chino de España. Me sentí inútil y ridículo. El hombre insistió en que me relajara, que no había problema con los chuchos, que solo mordían a moros y sudacas. Se rio. Por eso verás tan pocos por aquí. Se rio. Con los rumanos no lo he conseguido. Se rio. También me dijo que se llamaba Cosme. Encantado. Evité su mirada y vi a su espalda, junto a unos grandes cubos de pienso o pintura, dos enormes ratas negras bocarriba entre los hierbajos. Las nubes se abrieron justo en el momento en que las descubrí, como para iluminarme la escena. Estaban despanzurradas, su sangre muy roja y brillante al sol, fresca. El hombre se dio cuenta de que lo había visto. Los animales se juntan, me dijo, pero mejor si no se entera el Esteban. Juntos fuimos descargando las cajas, otra vez bajo las nubes grises y onduladas de uralita. Deseé que se pusiera a llover, una ducha inmensa, que el cosmos entero se derramara sobre mí. Reunimos las cajas contra la pared al lado de la puerta naranja, pura herrumbre. Al terminar se puso a abrirlas con un cúter, me dio las gracias por la ayuda y me preguntó que qué, que cómo llevaba el tufo. No era peor que el que se me había metido dentro un kilómetro camino arriba, supongo que había alcanzado la perfección. Vislumbré en el interior de una de los paquetes algo que se me asemejó a un montón de pelotas amarillas. El Cosme sacó una. Lo era: una pelota a rayas amarillas y rojas más o menos del tamaño de un balón reglamentario de balonmano pero de goma. Polietileno, me corrigió el ganadero. Y me explicó que a los cerdos les gustan las cosas que ruedan, que los distraen, los entretienen, que si los cochinos se aburren pues mala cosa, que si no les pones pelotas y mordedores bien pronto se arrancan las orejas y el rabo unos a otros, incluso los cojones. No sé qué me vería el Cosme en la cara que me dijo que si quería echarle un vistazo a la granja. Vale. Detrás de la puerta se abría un pasillo largo y estrecho con portezuelas enfrentadas a ambos lados. Muchos cerrojos, muchos pestillos. Parecían puertas de celda, o no, la verdad es que nunca he estado en una cárcel, en un calabozo, y la televisión no siempre dice la verdad. Las hojas estaban divididas en dos mitades, superior e inferior. Abrió la parte de arriba de una y nos asomamos a un cubículo del tamaño de un salón español de clase media, si es que eso existe, lleno hasta los topes de cochinitos. Cien, trescientos. Me golpeó una bocanada de calor turbio, mitad calefacción, mitad irradiación corporal de aquellas criaturas, que se apiñaron de prisa, con cierta desesperación contra el tabique desnudo opuesto a

nosotros. En el cemento sucio del suelo que los lechones despejaron yacían los cadáveres rosados de tres o cuatro de ellos, relativamente semejantes a bebés. Estos tienen dos meses, me dijo el Cosme cuando hubo cerrado. Lo consideré una información irrelevante. Avanzamos unos metros por el pasillo hasta que nos detuvimos delante de una puerta, ahora de la otra pared. Dentro se me mostró un cerdo ya en plena madurez. Lo encontré un animal en cierto sentido esplendoroso y magnífico, objetivamente espectacular. Era gigantesco, en realidad gigantesca, pues se trataba de una hembra que nada más vernos nos dio la espalda y se puso a orinar como nunca antes había imaginado que se pudiera hacer. Aquello no era un chorro, ni siquiera el vertido de un barreño, era una catarata sobrenatural lo que caía de entre sus patas traseras, incesante. Incesante. Incesante. Pensé que aquella cerda orinaría sin descanso hasta que le llegara la hora de convertirse en embutido. Sin embargo el espectáculo terminó al cabo de un par de minutos dejando en el ambiente una nube de amoníaco que me resultó incluso fragante. El Cosme se rio, me dijo que estas cosas no se ven en la ciudad, ¿eh? Era un hombre en verdad muy risueño. Supongo que sería más apropiado decir que lo es. Apenas han pasado doce horas desde que me despediera de él, y se le veía saludable.

Hoy no leí nada. Empieza a ser lo habitual. Me siento bien al respecto. Tampoco comí, otra cosa a la que me estoy acostumbrando. Al llegar a casa me desvestí, metí la ropa en la lavadora y me duché largamente frotando con especial dedicación mis genitales. Tengo una hermosa polla, creo que es una frase de Carver. Desde luego en mi caso es cierto. También unos hermosos testículos, puede que se me estén empezando a descolgar un poco, es cierto. Pasé la tarde viendo en Youtube recopilaciones de vídeos de gente afortunada. Lucky people. Los hay a cientos, a miles. Personas que salen ilesas de caídas mortales, personas a las que les roza un rayo, personas que se salvan por un pelo de ser atropelladas. En realidad su suerte no se puede medir en distancias espaciales. La diferencia entre la vida y la muerte no la marca que un camión sin frenos pase un milímetro más cerca o más lejos de ti. La auténtica diferencia entre la vida y la muerte es que el relámpago que te ha acariciado haya descargado sobre el punto que ocupabas sobre la tierra hace una fracción de segundo en lugar de sobre el que ahora habitas. Es el tiempo el que juega con nuestra fortuna, el que tira los dados por nosotros. Poner en marcha el Sandero, el Ibiza o el Córdoba, el Córdoba, el inolvidable Córdoba un segundo más pronto o más tarde del segundo en que lo hiciste esta mañana, o ayer, o hace diecisiete años, habría hecho de ti alguien totalmente distinto. Cené un bocadillo

pequeño de jamón york y queso fresco bien empapado en aceite de oliva. Virgen. Extra. Al final no llovió.

Jueves 3 de octubre

Pienso en mi madre entre dib y dib, entre guía y guía al matadero. Pienso qué pensaré de mí cuando piense en mí con la lucidez debida. Quiero creer que todo hombre llega a este trance en la vida: que nada le importe salvo la opinión que su madre tenga de él. Pero me pregunto si es posible que una madre piense con objetividad en su hijo.

Domingo 6 de octubre

Ayer por la tarde subí al Dacia y puse rumbo a la masía de los Llorens con Elvis en los altavoces, Elvis en las ruinas de mi sesera. Necesitaba belleza. Por la mañana tomando un café en el Campos le había preguntado a la señora si sabía cómo se llegaba. Me dijo que sí, que muy fácil: que fuera en coche hasta el campo de fútbol, porque seguro que tenía coche, ¿no?, claro que sí, qué tontería, bueno, pues que lo dejara en el aparcamiento del campo de fútbol y que tirara a pie para arriba entre las granjas de pollos, todo derecho para el acueducto. Curioso. Le di las gracias y diez euros. Por cierto que viví un momento espeluznante en el bar mientras esperaba a que la mujer me trajera el cambio. Un hombre sacó la cabeza por la cortina de canutillos que hay en la pared de detrás de la barra. Ni los hombros, ni las manos. Solo asomó la cabeza, muy despacio, justo delante de mí. Era una cabeza alarmantemente pequeña en la que unos ojos negros y descomunales me miraban muy fijos y muy brillantes. Era una cabeza rechupada, calva, sin cejas, sin pelo y con todo demasiado protuberante, nariz, mandíbula, pómulos, cada hueso. Era una cabeza de cincuenta y pico años sin el volumen imprescindible para albergar un cerebro humano desarrollado con normalidad. La expresión de aquel rostro rebosaba por igual demencia y serenidad cuando sin dejar de quitarme la vista de encima me dijo: La tengo más gorda que Felipe González, mira, mira. Se me pusieron los pelos de punta. Qué maravilla extraña es la vida. Los locos conectan conmigo. Los locos me recuerdan cada día más a mí. Acto seguido vislumbré algo encarnado entre los canutillos a la altura de donde un humano suele tener su sexo,

pero aparté la mirada a tiempo. También la señora del Campos actuó con una viveza sorprendente para su edad y condiciones físicas. Para dentro, Satanaso, le soltó al hombre, y con un par de empujones le hizo desaparecer en la penumbra amarillenta que flotaba tras la cortina. Al darme las vueltas me explicó que era su hijo, el pobre. No me dio mayores detalles ni falta que hacía, salvo un comentario hermosísimo que merecería constar en algún libro o por lo menos en una de esos azucarillos de bar que iluminan de sabiduría los desayunos de España: No hay enfermedad que pueda con las ganas de jugar de un hombre, virgen santa de mi vida. Le dejé ochenta céntimos de propina. En casa comí ligero una ensalada, en realidad un solitario tomate y la última hoja de una lechuga, vi Saber y Ganar edición fin de semana y salí hacia la masía. Seguí las instrucciones de la señora. Desde el campo de fútbol eché para arriba por lo que me pareció un camino a través del polvo y las escasas greñas de matorral medio muerto. Pronto vi las granjas de pollos y pronto las dejé atrás. El aire alrededor no olía mal, tampoco bien, era el aire ladino que habitualmente se respira en occidente. Diez minutos después o diez minutos más adelante la vegetación cobró algo de vida. Tonos grises y azules en los tallos, en las minúsculas flores. Parecían ahogadas, asfixiadas, las plantas. Miré el cielo. Nubes y claros, ninguna promesa de agua. Creo que vi una culebra en el último instante antes de ocultarse en un zarzal. Y por fin el zumbido, y enseguida un poco más allá las colmenas. Conté nueve, distribuidas de tres en tres sobre sendas banquetas de aspecto rudimentario. Unos cuantos cientos de metros en ligera cuesta arriba, donde la maleza se abría a compartir el terreno con unas pocas carrascas, se alzaba lo que supuse era el acueducto. Por supuesto no tenía mucho que ver con el modo en que me lo había imaginado. Solo se conservaba un ojo de la arcada inferior y además el monumento mostraba evidentes señales de haber sido restaurado con más prisa que cuidado. Demasiado cemento. Total que no había gran cosa que ver en el acueducto, así que lo ignoré y peiné con la mirada los alrededores. El corazón me latía con cierta viveza. No se debía únicamente al esfuerzo de haber remontado un buen trecho de ladera. También me agitaba el hecho de que había subido a los ruscos con una lata de gasolina para mechero en el bolsillo interior del abrigo y la intención de prender fuego al proyecto de vida de aquella pareja madrileña. Los Ponce, los Gómez, no recordaba, no recuerdo, podría consultarlo pero no quiero y tampoco importa. Lo que importa es que quería quemar sus sueños, hacer arder la alegría que me transmitieron aquella mañana en la oficina, esa simple felicidad. Tal vez por envidia, por rabia, por frustración. Por poner un poco de luz a esta vida, eso seguro. Digo que lo que importa

es que deseaba con todas mis fuerzas pegar fuego a esas colmenas porque simbolizaban una paz y una armonía con el mundo que yo no siento, que jamás experimentaré, y sin embargo no lo hice. No hubo llamas. No lo hice. Tal vez por ahorrarme problemas, burocracia, tal vez por pereza, por hastío. Por costumbre, eso seguro. Nunca hago nada. Es una verdad que ya ni siquiera me duele. Dejé la lata en el suelo y desanduve el camino hacia el Dacia. Ocho euros me había costado en la gasolinera del polígono.

Hoy he escrito lo que he escrito. Por lo demás todo el día intentando adivinar el nombre del hijo de la señora del Campos. Cándido, Manuel José, Rubén, son mis caprichosas intuiciones. Hace un rato un poco de lentejas que me habían sobrado del otro día. Ahora un cigarrillo en la terraza entre balidos timoratos y las últimas campanadas. En cuanto me lo acabe me pondré Cuarto milenio. Antes este wasap al móvil de mi madre: Hola, madre, ¿cómo estáis?, junto con una foto, un selfi mío con los ruscos detrás, con las montañas detrás, con el cielo azul papel de regalo de las cinco tarde alto, muy alto sobre mi cabeza, rasgado por la estela de un avión invisible. Porque qué alto pasan los aviones por aquí. Qué lejos parece quedar cualquier lugar, cualquier persona. Y qué ojos los míos en la foto, el blanco algo amarillo. Qué canas sin brillo. Qué nariz más gorda. Qué sonrisa, si es que eso es una sonrisa. Sería fácil y quizá hasta literario decir que no me reconozco. Pero me reconozco.

Martes 8 de octubre

Al amanecer ha habido un accidente en Los Llanos. Emma ha visto los restos cuando subía hacia la oficina. Dos turismos, frontalmente, dos familias. Cosa seria, cosa seria, ha dicho. Según parece ha sido culpa de un jabalí. Un jabalí realmente grande. Tanto que en un primer momento el bulto reventado en la cuneta le había parecido un ciervo. Suelen atravesar la CV-10 con las primeras luces. Esto último lo sé porque me lo ha dicho Ernesto mientras se comentaba la noticia en la sala del café. Me ha dicho que de repente surgen de la niebla. Que muchos llegan como un rayo al otro lado pero otros resbalan en el asfalto o se quedan hipnotizados ante los faros. Que a la larga casi todo el mundo de por aquí acaba llevándose por delante algún jabalí. Que jabatos es raro el que no ha atropellado dos o tres yendo o viniendo de allá abajo. Pero que, bueno, los jabatos no suelen ser un problema si tienes un coche decente, les pasas por encima y casi ni lo

notas. Que el problema son los jabalíes. Que si tienes un buen coche te lo destrozan. Que si tienes un mal coche acabas destrozado tú. Me ha dicho: Tú ten cuidado si vas por Los Llanos de buena mañana; un jabalí mediano te haría polvo el Dacia. Pobre Ernesto, definitivamente le caigo bien. Solo espero que los conductores hayan muerto. El que conduce debe morir en el accidente, por su propio bien y por justicia. Ojalá hayan muerto los conductores. Me urgía saberlo. Quería preguntarlo. No lo he hecho. Repito: no suelo hacer lo que quiero hacer. Es mi regalo al mundo, para que siga, para que no explote.

Ahora son casi las doce. Hace un rato ha venido un camión cisterna, en realidad bastante pequeño, nada impresionante. El asunto me ha pillado en la puerta fumando con Eugenio bajo el voladizo. Llovía. Lluve. Yo no quería pero el hombre estaba decidido a hablarme. Me ha preguntado si es que voy a menudo por el Cazador y que a ver a qué santo. Eso ha dicho: a qué santo, y que cualquier día de estos se matan ese y él. Puede que hoy esté yo extrañamente sereno, porque no me ha molestado en absoluto su descaro. Había cierta ansiedad en su voz, una desesperación de baja intensidad que no lograba disimular. Me he compadecido y le he contestado que no, que solo me paso algún domingo al volver de Valencia si paro en la gasolinera. También a veces al salir del trabajo si me he quedado sin tabaco. Desde la oficina es la máquina más cercana, en la Parrilla no tienen, seguro que ya lo sabía. Vale, vale, perdona. Me ha ofrecido un marlboro, lo he aceptado. Ojo con el tabaco, Eugenio, que aquí en la chepa llevo ocho mil litros de queroseno. Es lo que ha gritado el conductor del camión cisterna desde la cabina. Resulta que son para la caldera. Hay un depósito bajo el suelo del garaje. Hemos levantado entre los tres la trapa, de la oscuridad pestilente ha salido una araña patilarga de aspecto saludable, y la cuba ha vertido el combustible. Están a punto de llegar los fríos, pero los fríos de verdad. Lo sé porque me lo ha dicho Eugenio. El del camión ha querido saber de dónde era yo. Se lo he concedido. Le ha hecho gracia. Entonces no sabes lo que es el invierno. Eso me ha dicho. Prepárate, chaval.

En cuanto a la novela, puede que su corazón todavía palpita. Por supuesto que así sea no implica necesariamente que esté viva. De hecho se ha abierto una brecha entre la novela y yo. Si en algún momento estuvimos en sintonía, siquiera con una buena disposición el uno para con el otro, pasó. Aun así en ocasiones pienso en ella o más bien en cuestiones baladíes relacionadas con ella. Por ejemplo ahora mismo me pregunto cuál sería el

mejor modo de representar los diálogos. Me parece irrelevante, insisto. Sin embargo me hago esta y otras preguntas con cierta frecuencia, no sé por qué, algo así como en un segundo plano de la consciencia, cuando realizo actividades de cierto automatismo. Sin ir más lejos hace tan solo un rato empecé a divagar sobre esto de los diálogos mientras batía un huevo y recordaba el modo de hablar del Juez Holden en Meridiano de Sangre.

Jueves 10 de octubre

Me encontré al ganadero Iván en la otra orilla del Bergantes, esta tarde temprano. Otra vez olor a ranas, en esta ocasión ranas frías, muertas. No me desagradó. Al salir del trabajo tiré por la CV-14 con Band of Horses unos buenos kilómetros hacia el oeste en dirección La Palma, hasta un camino de cabras que me llevó directo a la ribera. Laredo, The funeral. No me apetecía encerrarme en casa. Tampoco me apetecía comer. Llevo unos días con el estómago revuelto. Angustia. Crucé el río por un puente medieval que según encantadorasrutasdeinterior.com era una auténtica joya. También desde esta orilla me pareció sencillo y elegante, funcional y sincero, fiel y, sí, hermoso. El barbudo surgió de pronto de la luz entreverada de otoño que danzaba al pie de una arboleda en pendiente sobre el río. No eran chopos, no sé qué árboles eran. No había visto a Iván hasta que me gritó con su voz enérgica, sana, sanísima: Hombre. Me asustó. O me asusté. Llevaba una especie de saco atado por los hombros a su pecho, quizá un pañuelo grande, un fular. Cuando se me acercó vi que arrebujado en la tela viajaba un bebé. El barbón de su padre le acariciaba la pelusilla del cráneo. Del bosquecillo salió en ese momento una mujer. Mi cerebro la definió como chica. Hubo un tiempo en que usaba esa palabra solo en referencia a las adolescentes y a las veinteañeras. Hubo un tiempo en que fui joven y audaz. Hace ya mucho que la inmensa mayoría de las mujeres en edad reproductora son para mí chicas. Las treintañeras, incluso las cuarentonas en buena forma. Dios mío, esta lucidez desgarradora. Y sin embargo en el fondo sospecho que estoy ciego. Lo más terrorífico es precisamente el hecho de no saberlo a ciencia cierta. Mi tocayo me presentó a su mujer, quiero decir a su chica. También al bebé. Se llama Tomás, como su abuelo, y tiene un mes y un día de vida. Me pareció una criatura impresionante, incluso algo intimidante cuando me miró con sus enormes ojos grises. Hola, le dije solemne. Deseé acariciarle el moflete con el dorso de mi dedo índice. No lo hice. Habían salido a buscar niscalos. Por aquí los llaman rebollones. No robellones;

rebollones. Todavía es un poco pronto pero ya empiezan a verse si uno sabe dónde mirar. Me sacudió un escalofrío; mi tocayo era la prueba viviente de que la felicidad era posible. Solo con un poco más de suerte o un poco más de caos yo podría haber sido él. La chica llevaba una buena cantidad de setas en una cesta. Me ofrecieron. A la plancha están buenísimas con una chispa de aceite de oliva. Virgen. Virgen extra. Por lo visto aún sé algunas cosas útiles y buenas. Me insistieron en que aceptara. Quise hacerlo. No lo hice. Me despedí con cierta urgencia. Los dejé en la pendiente fragante. De pronto la tierra me pareció negrísima. Abono. El mejor abono del mundo.

Domingo 13 de octubre

Ayer fue el día de la Hispanidad. Lo pasé lamentando el desdén de Werner hacia mi propuesta con una buena dosis de autocompasión bastante agradable. Es una reacción muy española ante la decepción, también seguro que muy finlandesa y muy peruana, puesto que intuyo se da en todas las culturas y latitudes. Creo en la universalidad de la mediocridad. Por eso no me supone ningún conflicto moral que los habitantes de la vieja Europa masacraran en mayor o menor medida a los del nuevo mundo para robárselo hace ya cinco siglos largos. No desciendo de unos ni de otros porque los muertos no tienen esperma, las muertas no tienen óvulos, pero y qué si así fuera. Sé muy bien lo que es tener mala conciencia, conozco a la perfección la inmundicia que el alma puede acoger. Mi vida es un acto de contrición interminable, pagano, racional y desesperanzado en cuanto al posible perdón, porque yo ni me olvido ni me perdono. De modo que no tengo hueco para sentirme mal y menos aún responsable de las consecuencias que los acontecimientos geopolíticos de la Historia hayan podido tener en los pobladores de las diferentes partes de la Tierra, los diferentes capítulos de la Historia. Además, los únicos habitantes que cuentan hoy día son los de Facebook, los de Internet, los que no existen, y tengo comprobado que en su inmensa mayoría no coinciden conmigo. Pero a quién le importa Internet, a quién le importa Facebook. De tanto en tanto, es verdad, la red social viene a mi mente, siempre para hacerme sentir culpable, cuando menos fracasado. No acierto a entender por qué. Es ya un buen tiempo sin colgar nada, pero este es un dato que a nivel consciente no me genera ninguna frustración. Es más: como cualquier escritor, quiero decir como cualquiera que escribe quiero encontrar y encuentro un motivo de orgullo en el desapego hacia las

masificaciones de supuesto talento. Así que mi creciente desdén hacia las redes me resulta reconfortante, me sirve para reafirmar mis opiniones interesadas, para alimentar el bucle jactancioso que resume el pensamiento de todo escritor, quiero decir de todo aquel que escribe. Es una reacción defensiva, está claro. Sé que nadie echa de menos mis textos en ellas. Ni siquiera Ernesto, que no ha vuelto a hablarme del tema. Y no me duele, me convengo de que no me duele. Me convengo de que tampoco yo valoro los likes, los corazones, los comentarios con que los lectores gratifican mi genialidad, mi arte, mis palabras. De que no los echo en falta, de que no los necesito. Me repito que si he dejado de compartir mis textos no se debe a que quizá carezca de la constancia y la creatividad necesarias para escribir sin cesar de manera eficaz y brillante, sino a que mis frases son mejores que el soporte en que se ven obligadas a materializarse. Porque a fin de cuentas qué es Internet sino la tumba de la escritura. En Instagram se pudre la fotografía, en Tik tok se pudre el vídeo. En Facebook agonizan las letras mediocres. Y en Twitter se prostituye hasta la muerte la opinión, la ideología y el respeto no ya a los demás, sino a uno mismo. Es por todo eso, obviamente, mi pobre repercusión en la Red. Mi escasa repercusión en los circuitos literarios locales, mi escasísima repercusión en los circuitos literarios nacionales y mi nula repercusión en los circuitos literarios internacionales son, como no podría ser de otra manera, consecuencia lógica e inevitable de escribir con un estilo genuino, inconfundible y en verdad talentoso. El precio a pagar por contemplar el mundo a través de una mirada rayana en lo iluminado. Que los cobardes intentamos buscar excusas para nuestra ruina es incuestionable. Pero también lo es la otra razón de mi distanciamiento con la farándula literaria, y ahora me refiero tanto a la digital como a la analógica: cuesta ser libre en una y en otra. Lo digo desde la serenidad. Cuesta mucho, cuesta horrores. Es más: resulta imposible. El tratamiento de ciertas temáticas te excluye de inmediato de participar en el próximo recital poético, en el próximo club de lectura, en el próximo encuentro de escritores, quiero decir en el próximo encuentro de gente que escribe en tu ciudad, en tu barrio, en la lectura en streaming de turno. Existen temas inabordables, temas tabú. Y lo que es peor, existen temas, muchos más temas que solo se puede abordar desde determinado enfoque y para llegar a una conclusión muy determinada. Asimismo, el sostenimiento en las redes de ciertas posturas condena al destierro virtual. Y la inmensa mayoría de escritores, es decir, la inmensa mayoría de la gente que escribe solo tiene cierta resonancia, con suerte, en la dimensión electrónica. Solo en ese mundo intangible es donde encuentran lectores, donde habita un puñado de destinatarios potenciales de sus

textos, de sus reflexiones, donde es muy posible que alguno de esos lectores hipotéticos devenga en real por simple probabilidad matemática: hay tantísima gente conectada que es inimaginable no despertar el interés sincero, ya sea acertado o erróneo pero sincero, de algún que otro extraviado. Digo que Internet optimiza las posibilidades de comunicación más o menos eficaz entre un escritor, quiero decir alguien que escribe, y su pequeño grupo de lectores, los receptores de su mensaje, siempre previsible y mezquino debido precisamente a que la ley sagrada que las redes imponen taimadamente a quienes quieran usar sus autopistas de interacción es la de respetar los gustos e ideas mayoritarios y atenerse a ellos. Por tanto, para estos pobres autores, qué digo, para esta pobre gente a la que le gusta escribir o hacer fotos o tocar la guitarra, ser expulsada de estas plataformas de socialización digital equivale a algo peor que la misma muerte: a la privación de la comunicación, la más atroz de las torturas. A la pérdida de la identidad. A la amputación de lo que hace humanos a los humanos: la creatividad, la práctica totalidad de las veces hortera, carente de talento y bochornosa, pero libre. No estoy hablando de política. No estoy hablando de religión. No estoy hablando de grandes asuntos sociales, culturales, ideológicos. Estoy hablando de que uno en Facebook no puede decir por ejemplo que detesta a los perros. Ni siquiera que no le gustan. Si uno escribe en Facebook sobre perros ha de hacerlo para escribir que los ama. A menudo cuando pienso, digo o escribo Facebook me refiero a Internet. Con todo supongo que más pronto que tarde volveré al redil y colgaré un poema, a lo mejor un relato breve en la red social. Una nimiedad titulada por ejemplo La destrucción del idioma en un episodio lleno de color que diga algo así como: Perder la escritura la última noche del año, la primera mañana del siguiente, en la parte trasera de un 127 marrón con los ojos alucinados muy abiertos al descampado, como mi tío. Lo sé porque una vez, una noche, me lo dijo mi padre. Ser el cielo de los años ochenta. Aviones de Aviaco, aviones de Aerolíneas Argentinas volando alto, muy alto en el azul pálido de las venas para subir al cielo a una generación entera de españoles flacos y ojerosos. Iberia. Perder la escritura de golpe en la cuneta de la nacional trescientos veinte. Dar siete vueltas de campana. Arar con el alerón los campos de cebollas. Perder la escritura en cueros en una bañera antigua. Dejar el grifo abierto, inundar el piso con un palmo de agua, hacerle humedades al vecino de abajo. Perder la escritura en una habitación de hospital con el fútbol en la tele de tarjeta pre-pago. Getafe-Las Palmas. Cero cero. Perder la escritura de un salto por la ventana de la sexta planta de un edificio de oficinas, a la hora del almuerzo. Ser un rumor en los ascensores al día siguiente. Perder

la escritura de buena mañana entre la bruma en un paso a nivel sin barreras yendo a la naranja. Ser un recorte de prensa. Perder la escritura en llamas en el bosque mientras los satélites fotografían la colosal columna de humo. Perder la escritura de un tiro en una habitación de motel de carretera justo después de mirar durante un rato la piscina vacía llena de hojas secas. Perder la escritura de un infarto en una gasolinera. Ser una llamada a emergencias. Perder la escritura bajo las ruedas de una furgoneta de reparto de UPS. Ser un atestado. Perder la escritura a los diez años aplastado por la portería del polideportivo municipal. Perder la escritura en la otra punta del mundo, Tailandia, El Caribe, contra pronóstico en vacaciones. Ser un expediente de repatriación. Perder la escritura de una puñalada en un vagón de metro, por un móvil a punto de alcanzar la fecha programada de su obsolescencia. Ser una estupidez. Perder la escritura de una cornada en la ingle en las fiestas de Villar del Arzobispo. Perder la escritura de un puñetazo en una reyerta en el parquin de una maxidisco. Perder la escritura entre grandes dolores y grandes planes en el paritorio. Perder la escritura en el fondo fangoso del pantano de Benagéber. Perder la escritura a los sesenta y cuatro de un ictus en el Starbucks viendo youporn en el portátil, solo por comprobar si la naturaleza aún reacciona. Perder la escritura fulminado por un rayo en el monte buscando setas. Ser una estadística alucinante. Perder la escritura a los catorce años y en pleno verano mientras pedaleas por los arcenes de la España interior, tres de la tarde, nada ni nadie carretera arriba ni carretera abajo, en la nariz ese olor a fuego que surge de las entrañas de este país. Perder la escritura a los cuarenta haciendo running o simplemente barajando esforzadamente la posibilidad de salir a hacer running la mañana de un domingo mientras los chavales de este pueblo vuelven de fiesta, hermosa, alegremente, como toca. Tersos cielos de aluminio, bajos, para envolver sin esfuerzo un cuerpo, mi cuerpo, y pinos carrascos para perfumarlo. Ser la anécdota que contar cuando las lenguas desgastadas no sepan de qué hablar. ¿Os acordáis de aquel tipo de la Ganadera?; ¿qué fue, un infarto?; no, un derrame cerebral, mientras hacía gimnasia; dice Paco el Lechero que lo encontraron entre las matas con la parte de arriba de un chándal rosa de niño; unos cuarenta tendría; fumaba mucho. De modo que perder la escritura viejo, perder la escritura joven, pero perder la escritura con dignidad. Algo así. Sí, es probable que mi flaqueza humana se deje seducir de nuevo por Facebook, quiero decir por Internet. Puede incluso ocurrir que el día menos pensado reabra mi viejo blog, en un alarde romántico. El aburrimiento es el motor supremo de las decisiones. También puede ser, quién sabe, que muera o que por fin me arme de valor y eche a andar hacia la

verdadera escritura, hacia la verdadera vida, si es que existe. De todas maneras he asumido que lo tiene complicado, la novela. La novela. Se me representa como un niño poco viable, malformado, rebosante de dolor y aberraciones genéticas. Una vida de esas que habría convenido abortar por su propio bien, por el bien de todos. Por misericordia y por el progreso. Bajo esa forma se me ha aparecido en sueños ya un par de noches, mi novela. No me da miedo. Me avergüenza y me entenece.

Lunes 14 de octubre

Fui a Correos. Últimamente me las ingenio para pasarme solo una vez a la semana porque cuando lo hago me acuerdo de la antigua funcionaria de un modo demasiado intenso y desde luego inexplicable. No creo estar especialmente sensible. Puede que solo la note a faltar por el hecho de que su sucesor me repugna. Creo que yo a él también. Lo que pasa es que a mí no se me apelmaza la saliva en las comisuras de los labios cuando hablo. Tampoco llevo en el móvil el himno de España ni ningún otro. Tengo la suerte de estar más cerca de la elegancia que él. Lo cual en absoluto me hace descartar la posibilidad de que el hombre sea un buen hombre, una bella persona. Casi todo el mundo lo es.

Martes 15 de octubre

Se están yendo, las golondrinas. Ignoraba que fueran aves migratorias. De pájaros tampoco sé nada pero existe Google. Se ven ya muy pocas por la mañana, seguramente solo las enfermas, las viejas, las inútiles. Siguen lanzándose al amanecer desde sus dormideras, es cierto, pero resulta evidente que lo hacen por inercia, que no encuentran en el vuelo el menor disfrute. Las que van quedando sobrevuelan más despacio y más brevemente el humo de mi café, el humo de mi tabaco, sin la menor soberbia, sin la menor alegría. Hay una capa enlutada en sus alas, un acento obtuso en sus chillidos. Alguna tara lastra sus acrobacias. Torpeza, tristeza, estupidez. Dentro de un par de días no habrá ni una, lo sé. Las cazarán sin dificultad los gatos. O morirán perplejas en la oquedad sucia de sus nidos. O se precipitarán contra esta terraza desde el cielo, flechas heladas como el granizo que cayó anoche. Se me ponen los pelos de punta.

Jornada de pájaros porque luego me fui con Emma a ver cómo comen los buitres. No forma parte de su trabajo pero me dijo que era todo un espectáculo y que le gustaba verlo, que si me apetecía pues que la acompañara. Como el director no estaba le dije que gracias, que perfecto y a media mañana cogimos el Terrano. Conducía ella. No le dije que me gusta llamarlo Jimmy. Conducía ella a toda pastilla. La admiré. Ojalá fueras más guapa, recé íntimamente. Tiramos por la CV-12 en dirección al altiplano de Ares pero no llegamos tan lejos ni mucho menos. Tras subir y bajar un par de cerros nos detuvimos en una hondonada, justo al lado de un cuatro por cuatro. La vegetación ya había absorbido la lluvia nocturna, pero aún se olía el agua. Esferas invisibles de humedad en torno a las copas de los árboles. Lombrices en la tierra blanda. Había un poco más allá una caseta diminuta de tablas, la techumbre recubierta de ramas, las paredes no. Dentro nos encontramos con un hombre. Emma lo conocía, no nos presentó. Estaba tomándose una lata de Skol, tenía un ojo de cada color, llevaba un chándal del ejército. Nos dijo que estaba a punto de echar de comer a los pájaros. Liquidó la cerveza de un trago y nos acercamos con él al todoterreno. Tenía una carretilla y tres neveras portátiles en la parte de atrás. Las cargó y nos llegamos a un punto concreto de la explanada donde el terreno se veía sucio, negruzco y especialmente reblandecido. El hombre fue volcando sobre la mugre el contenido de las neveras. Carne y más carne, trozos de tamaño considerable que relucían al sol mórbido de octubre. Costillares. Patas. Cabezas partidas. Se veían huesos quebrados aquí y allá, el tuétano chorreando gordo como un dedo. También había ojos y orejas y retales de piel empapados. El aspecto era fresco. No hedía. Pero al cabo de cinco segundos las moscas ya se lo estaban comiendo todo. Volvimos a la casucha y esperamos la llegada de los buitres mirando a través del vano de un ventanuco protegido con tela metálica. Aparecieron enseguida, cinco o seis primero y luego otros tantos. Al cabo de un par de minutos habría por lo menos treinta. Eran enormes. Hermosos no me lo parecieron. Tienen un aspecto astroso, los buitres. Cuando planean en lo alto exhiben dignidad, incluso elegancia, pero en tierra parecen mendigos viejos. Borrachos. Desquiciados. Hay un aire torpe y ofuscado en el modo en que picotean su sustento, una desesperación profundamente masculina. No pude evitar pensar en el Jesuso, en el Garbo. Pensar en Eugenio. Además apestan; a veinte metros de distancia el olor era insoportable. Hablo por mí. Al del chándal y a Emma se les veía encantados, no paraban de hacer fotos con sus móviles. Prefiero a los gorriones. Prefiero a mi amigo perdido, el vencejo. De todas maneras nunca he sabido amar a los animales.

Observarlos sí. Respetarlos sí. Apiadarme de ellos. Cuando por fin nos fuimos me picaba todo el cuerpo.

Miércoles 16 de octubre

Hoy con el Jesuso en su Vitara a comprar leña. Resulta que hay un sitio precisamente en el altiplano, precisamente llegando a Ares, una masía que la vende buena y barata. Bien. Acababa yo de aparcar frente a la puerta de San Blas de vuelta del trabajo cuando él la atravesó de salida. Se detuvo, me pitó, me acerqué. Me dijo eso, que iba un momento a Ares, que venga, que montara, que le acompañara. Y monté, como siempre sin querer del todo hacerlo, como siempre en buena parte en contra de mi voluntad. Pero me gusta la CV-12 cuando por fin se encarama a esa meseta que atraviesa recta y precisa como una puñalada. Las granjas desperdigadas entre la niebla, las nubes, lo que sea. Las masías, abandonadas todas salvo dos o tres. Los riscos a la derecha, ganando en altura a medida que se acercan a Aragón en paralelo a la carretera. Bajé la ventanilla. Olí el frío marrón, terroso. El Jesuso me contó lo de Eugenio, su mujer, es decir, su ex mujer y el del Cazador, el Caboto. Era lo que me había imaginado, más o menos. Por lo visto la cosa viene de muy atrás. Me dijo que lo sabía de años y años pero que muchos años todo el pueblo, todo el pueblo menos Eugenio, que el desgraciado no se había enterado hasta hacía cosa de un par. Que qué risa. Que vete a saber si la cría es de Eugenio. Y que lo que está claro es que lo de la furgoneta no va a quedar así, que conoce al Caboto de toda la vida y que fijo que no se queda así. Que el día menos pensado me quedo sin compañero de oficina. Todavía con restos de risa en la boca me dijo también que la Isi tiene algo en la cabeza, en el cerebro. Que es del tamaño de una nuez. Que en realidad no es ninguna sorpresa, que algo tenía que pasarle por ahí arriba porque siempre ha estado como una chota. Que no hay nada que hacer. Que le quedan unos meses. Que él se enteró ayer por un conocido. Que el Garbo aún no lo sabe. Que el Garbo es gilipollas y la quiere. Que a saber cómo se lo toma. Bueno. En una casa solitaria subiendo a Ares compramos treinta kilos de troncos de cuarenta centímetros de diámetro e inferior. Eso decía la etiqueta. Cien por cien madera natural seca. Alto poder calorífico. El hombre que nos vendió el paquete parecía tener un siglo. Iba en camiseta de tirantes, de esas con agujerillos, de esas de otro tiempo, de otro mundo. Tenía los brazos flacos y fuertes. Él mismo lo cargó en el Vitara. Me sobrevino el pensamiento absurdo pero muy certero de

que nunca volvería a verle. Y me dolió. Había advertido que un par de cabras monteses contemplaban nuestras vidas desde lo alto de un roquero lejano. La vista no es lo peor de mí. Por darle al viejo el placer de ilustrar a un ignorante como yo le pregunté que si eran perros aquellas siluetas. No me contestó. En realidad no es amable la gente de estas alturas, de estos adentros.

Jueves 17 de octubre

Vuelvo a decirlo: hay una fragmentación cheeveriana en estas salpicaduras de bosque, en estos prados deslindados. También en la gente de por aquí. Es difícil apreciar la entera dimensión de la narrativa que sin duda ha de regir su existencia. Parecen personajes de cuento, de poema, condenados a ocupar eternamente el breve espacio que les ha sido dado. Un tiempo condensado, pegajoso y lento como leche cuajada. Condenados a ejecutar lo escrito por un dios viejo: vender leña, crecer pastos, matar reses. Los veo al amanecer de aquí para allá en el tractor o en el Santana milenario yendo o viniendo del campo a través de la rosada, y no los concibo haciendo otra cosa a las seis de la tarde o a las doce de la noche o en el año 2058. Hay algo de absoluto por inmutable en la presencia de estas personas en el paisaje. Me cuesta visualizarlos merendando, haciendo el amor o comprándose unos zapatos o esperando su turno en la consulta del dentista. Transmiten la sensación de estar siempre conectados a las vacas y a las montañas supongo que involuntaria e inconscientemente. En cierto sentido, el mejor, es como si fueran montañas, sí, como si fueran vacas. Tal es la inmanencia de estas criaturas de cuatro estómagos, un atributo casi celestial. El principio y el fin de todo lo sensible se dan cita en su cuerpo. Ahí dentro se extiende el más allá. Quiero decir que en lo oscuro de sus entrañas tiene que extenderse el más allá. El reino trascendente. Un alma. También es posible que esto no sean más que cosas mías. O de Werner, ya no lo sé, que aparece de nuevo para decirme: Hablando de almas, hoy mi espíritu se comería un buen filete; es bueno pacer, humanamente, no lo olvides; es necesario; las rumanas de La Parrilla tienen buena mano; llévame, oh amigo; llévame; es ahí mismo, en el polígono, un poco más allá del Cazador, prácticamente pared con pared, bien lo sabes, no me engañes. Tampoco sé cómo ni por qué sé que una vaca realiza más de cuarenta mil movimientos de mandíbula al día. Lo que sé es que es portentosa la musculatura de su cuello, de su cara, de su cráneo. Lo que sé es que

Werner dice: Una vaca es capaz de encajar el más duro de los golpes de la vida sin pestañear; no intentes derribar a una vaca; las vacas están más allá del dolor; no acumules frustración contra ellas; ellas no eligieron ser montículos vivientes, colinas andantes, parte del paisaje, realidades inamovibles; por muy desesperado que estés no intentes asfixiar a una vaca, apuñalar a una vaca, dejar k.o. a una vaca con una llave inglesa; se limitará a agitar las orejas un instante para enseguida volver a su paz indiferente, superior, divina; una vaca se limitará a mirarte, pensarte; rumiar tu vida con desinterés, y tragársela.

Viernes 18 de octubre

A primera hora el director me dijo que a ver si podía poner un poco de orden en el archivo. Le brillaban los ojos, claro, pero de un modo distinto al habitual, más apagado, más ahogado, en ellos algo enfermo. Me pregunto ahora si el hecho de percatarme de ello implica necesariamente que me importa este hombre, que en cierto sentido lo aprecio. Me respondo que lo más probable es que solo signifique que no le odio. Puedo estar equivocado. Así que he estado toda la mañana donde la trituradora de papel destruyendo expedientes antiguos. Sus rodillos dentados hacen un ruido muy parecido al de mi cerebro, mis pensamientos. Suena a músculo metálico, a máquina viva. Chicharras. Toda la mañana destruyendo viejas solicitudes de subvención, solicitudes de crédito, solicitudes de ayudas. Autonómicas, estatales, europeas. Solicitudes de financiación para la ampliación de la granja, para la compra de maquinaria, para la instalación de un nuevo sistema de calefacción en los corrales. Solicitudes de financiación para los planes esenciales de la gente de por aquí. Solicitudes de financiación para sus vidas. He admirado con ternura la fotocopia de cada DNI antes de introducirla en la máquina y hacerla trizas. Esos nombres de santos, esas caras de legionario. Adiós. Cada vez que el depósito llegaba al tope de su capacidad lo extraía y volcaba las virutas en una inmensa bolsa de basura. He llenado siete u ocho, acabo de amontonarlas en un rincón del garaje. Por lo visto a fin de mes algunos ganaderos se pasan a por ellas. Las usan para las pocilgas; por aquí dicen porcaterra. A los cerdos les gusta retozar en el papel. También les gusta comérselo. Lo sé porque me lo ha dicho Ernesto, que no sé si es cosa mía o está cada día más flaco. Me parece un buen destino

el de esos documentos, un buen final para los sueños. He lamentado breve pero sinceramente no tener a mano ninguno de mis textos, en particular algún poema.

Domingo 20 de octubre

Ayer las campanas doblaron de un modo para mí inédito a eso de las tres y media o cuatro, media docena de nubes como láminas de estaño varadas sobre mi terraza. Un frío amable. Me aburría bastante con Mircea Cartarescu, no encuentro en el teclado esas tildes extrañas de su apellido, tampoco creo que importe ponerlas o no. Me aburría mucho o a lo mejor es simplemente que no doy la talla. Sea como sea hay escritores que parecen disfrutar poniéndole a uno las cosas difíciles. Es de hecho un rasgo habitual de los humanos, escriban o no. Así que me calcé y tiré para la iglesia a ver por qué esos tañidos. Yo siempre huyo. Un funeral, salía el cortejo cuando llegué a la plaza, no muy numeroso. La España vacía se sigue vaciando, no creo que sea culpa de nadie ni de nada en concreto. Naturalmente me encendí un cigarro y me senté en el poyo a mirar. A lo mejor ese es mi papel en la vida: fumar y mirar o mirar y fumar, o quizá fumar y preguntarme si mi papel en la vida es fumar y mirar, mirar y fumar. Qué difícil es dignificar la existencia para los que se sienten en deuda con ella. Como por las callejas de la parte alta no cabe un coche tuvieron que ser cuatro hombres, en determinados momentos seis, incluso en algún recodo, creativamente, cinco los que bajaran el féretro hasta la calle Conquista. Una buena cantidad de vecinos se unió en este punto en respetuoso silencio a la comitiva. De ahí marcharon, marchamos hasta la plazuela de detrás de San Blas, donde el Mercedes granate de la funeraria esperaba con la puerta trasera levantada. Me gustó ver al chófer apoyado en el morro mientras hacía tiempo trasteando en el móvil. Deseé que estuviera escribiendo sucios mensajes de amor a su novia, a su novio, a un casi perfecto desconocido virtual del que no supiera más que el nick. No tendría más de veinticinco años. Un tatuaje le asomaba por el cuello de la camisa, aparentemente de esos que llaman tribales. Cejas depiladas. La vida es vulgar pero irrepitible, una moda pasajera. Lo envidié. Quise ser él. Un matrimonio que había ido a parar a mi lado me miró de pies a cabeza y me dio las buenas tardes en un susurro titubeante. Era muy posible que yo no debiera estar allí. Pero allí estaba, así que les saludé con un asentimiento solemne y juntos contemplamos cómo introducían el ataúd en el coche fúnebre. Caí en la cuenta entonces de que después de cuatro meses aún no

sabía dónde está el cementerio de este pueblo. Pensé por un momento en preguntárselo a la pareja, pero no lo hice porque la verdad es que no me interesaba la respuesta; no iba a seguir con aquello. En este pueblo encaramado a los riscos, echado al monte como los bandoleros, como los maquis perdidos, el cementerio solo puede quedar por debajo de las casas, de los bares, de las mercerías. Y no podía permitirme hundirme más en la tierra. No puedo. Así que me despedí por telepatía del muerto, pensé en la Isi, en la posibilidad de que fuera la Isi quien viajara dentro de la caja, en la posibilidad de que fuera la señora Valli, de la que no he vuelto a saber, y eché calle arriba hacia el bar Campos mientras intentaba borrar de mi sesera la última media hora. No me importan los muertos. Me importan los que lo estarán. Lo que me interesaba, me interesa y me importa es conservar en la memoria el camino al cementerio de Chelva. Se acerca el día en que tenga que acompañar hasta allí a mi padre, porque supongo que será su deseo. En realidad nunca hemos hablado de ello, y seguramente nunca lo hagamos. Cuando llegue el momento tendré que interpretar su silencio del mejor modo que sepa. Tengo la impresión de que en eso consiste estar vivo: en leer la mente muda de los otros. Está pasando la plaza de toros, el cementerio municipal de Chelva, en la orilla derecha de la carretera que sube hacia el pico del Remedio. Se ve ahí arriba desde la nacional, enalado, un descansadero rutilante de camino al cielo, más cerca de Dios que los lugares de los vivos, como supongo que debe ser. Sus padres y su hermano pequeño están enterrados allí. Mi abuela, mi abuelo y mi tío Antonio, los tres bien juntos en sus nichos, vecinos cerca de un rincón del columbario bien soleado por la mañana. Los tres murieron en Valencia. La España llena también se vacía. Los tres descansan en el pueblo moribundo donde nacieron. Quizá sea la repoblación más hermosa posible. Sí, tengo la certeza de que un día morirá mi padre y me pregunto en qué coche llegaré a su entierro. Tal vez en un Škoda Octavia, tal vez en un Seat Ibiza, tal vez en un Opel Grandland X. Tal vez, por qué no, en un Cadillac Eldorado. Tal vez llegue al entierro de mi padre en un coche que hoy ni siquiera ha sido prediseñado, que ni siquiera ha sido imaginado. O tal vez y ojalá en el Sandero, este Dacia Sandero mío ya legendario y blanco blanquísimo que tengo desde hace casi dos años y en el que nunca he llevado a mi padre a su pueblo. El Sandero con el que nunca he tenido que detenerme y orillarme bajo los árboles que flanquean la CV-224 para que un poco más allá, entre las moras, mi padre orine sangre y uranio, porque con esto de la vejiga tiene que hacerlo a cada poco y con urgencia allá donde le pille. Digo que lo que es seguro es que un día más próximo que lejano morirá mi padre y conduciré hacia el cementerio con la música a tope como

de costumbre porque yo no sé conducir ni hablar ni hacer el amor ni hacer nada si me escucho demasiado alto y claro a mí mismo. Por eso me imagino rodando rumbo a semejante acontecimiento mientras Nirvana o Joy Division o Soundgarden me llenan el cerebro. Los muertos, siempre los muertos ilustres aquí dentro, entre los que ya estará mi padre, hablándome desde el misterio. No sé quién me acompañará en ese trayecto. No sé si me acompañará alguien. No tengo ni idea ni me importa. Solo importa que un día mi padre estará seco y me veré conduciendo hacia el cementerio de Valencia, porque no, no será el de Chelva, la comodidad se impondrá entre los vivos y será el cementerio general de Valencia el que acoja los restos de mi padre. Digo que lo único que me preocupará en ese día y esa hora será encontrar sitio a la sombra en el parquin y ver si tengo suelto para el gorrilla. Lo que quiero decir es que un día veré cómo meten en el nicho a mi padre mientras en mi cabeza se forma en contra de mi voluntad un poema al respecto, quién sabe si una novela entera, que no dirá nada sobre quién fue mi padre. Así será. Lo sé. Es inevitable. Y es lamentable. Y es horrible. Y da vergüenza.

Hoy no pasó nada. Prácticamente. Real Sociedad Getafe.

Lunes 21 de octubre

Todo está conectado. Todo está conectado porque es casi medianoche cuando en alguna sección descuidada de mi magnífico archivo se dispara la alarma: dentro de apenas unos minutos habrá pasado para siempre este 21 de octubre: el sexagésimo noveno cumpleaños de mi padre. Ayer no lo sabía, palabra. Hace cinco minutos no lo recordaba, palabra de ley. Ahora es tarde para llamarle. Estoy seguro de que aún está despierto, sin embargo es objetivamente tarde para llamarle, y además si lo hiciera tendría que explicarle que me he olvidado por completo de su cumpleaños. Él me diría que no tiene importancia. Y el orden exterior de las cosas se mantendría intacto. Igual de intacto que si, como efectivamente decido, no le llamo. Prefiero quedarme a solas con esta pena leve y exclusiva por lo sucedido o no sucedido. Ese tipo de pena privativa, como tu gato, como tu sexo, que da cierto placer acariciar. Muy pocas cosas le ponen a uno contra las cuerdas. Lo habitual es que nada tenga consecuencias serias. ¿Será esa, precisa y paradójicamente, la razón principal de esta sensación que no me suelta? ¿Este augurio finisecular que preside mi pensamiento? También es verdad que llueve ahí

fuera. Hace ya algunas noches que ocurre con mayor o menor intensidad. Deslizo el cristal corredero de la terraza. Dejo que entre el aliento frío de los montes. Huele a humedad, huele a musgo. Pienso en la vejiga macilenta de mi padre. Huele un poco a sótano viejo. Que yo recuerde nunca he estado en uno.

Miércoles 23 de octubre

Así que aún vuelve a veces Werner. Me habla, me sugiere, me pide, me ordena. Y es verdad que estoy bastante harto de que se cuele en mis pensamientos, de que me exija tanto y no me ofrezca nada, pero también es verdad que yo a Werner le escucho, le obedezco. Yo a Werner se lo concedo todo, o lo intento. Lo que pasa es que La Parrilla ha cerrado para siempre. No ha aguantado, el otro día me lo dijo el Jesuso. Había satisfacción en su hablar. Me imagino a las rumanas de regreso en Bucarest, en Timisoara, en Brasov, comentando con sus familiares y amigos que a nadie se le ocurra irse para España, que España está muerta y bien muerta. Así que no nos queda otra que ir al Cazador, junto a la casa cuartel de la Guardia Civil. Tan cerca, tan lejos. Werner y yo, yo y Werner. Tan lejos, tan cerca. Como siempre la clientela es escasa. Prácticamente nadie de la zona, solo gente de paso. Turistas y camioneros. Sobre todo camioneros. Werner me habla: Pese a su fuerza, las vacas no pueden contra un Scania; una vaca en medio de la carretera reducirá a chatarra un Seat Ibiza, un Opel Astra, incluso un buen Toyota o un Audi; pero su resistencia tiene un límite: los tráileres; una vaca no reventará con el impacto porque las vacas no revientan, implosionan; quedará aparentemente intacta en mitad de la calzada, sangrando con discreción y humildad por la boca. Debe de ser de Valderrobres, el cocinero, el camarero, el propietario del Cazador. El cabezón. El Caboto. Es lo que sugieren los reclamos con los que ha decorado el bar. Una foto de la colegiata de Valderrobres, con la impresionante portada gótica. Una bufanda del Valderrobres C.F. Un calendario de pared encima de la cafetera ilustrado con una imagen del río Matarraña a su paso por Valderrobres. No puedo dejar de mirarle la cabeza cuando viene a tomarse nota. Es más ancha que sus hombros. Me dan ganas de besarle esa frente prodigiosa. Son las cuatro y media de la tarde, quizá ya un poco tarde para comer con ganas incluso para un español, y desde luego muy, muy tarde para mi compañero íntimo, el alemán. La luz decadente ahí afuera le cierra a uno el estómago al tiempo que invita a la reflexión y tal vez a un orujo. La sección de

montaña que se ve a través de la cristalera me parece de pronto más vieja. Millones de años más vieja. Todos esos árboles humildes, indudablemente mediterráneos, indudablemente españoles, incapaces de disimular el hambre. Cómo culebrean sus sombras hacia las cimas a través del fuego fatuo de otro día. Y está también esa gigantesca valla publicitaria de melocotones de Calanda ahí clavada al pie de la falda, castrando la potencial grandeza del paisaje. Werner dice: ¿Será así el futuro?; ¿será esto el futuro? Me tomo una cocaola y luego otra saboreando los matices de su pregunta. Llevo todo el día con sueño. Al salir del Cazador todavía no son las seis pero la noche es casi completa. Me enciendo un cigarro en la puerta, bajo el toldillo de plástico rajado, viendo subir y bajar los camiones búlgaros, gallegos y polacos por la nacional. Entre motor y motor se escuchan los mugidos de las vacas en las granjas, en los cebaderos, en la oscuridad. Werner fuma también, de pie en el centro de la vastedad abrumadora y desangelada de mi mente, arrebuñado en un abrigo de lo más elegante. El cabezón se nos suma. Se pone a liar un cigarro y nos habla con su voz repugnante. Nos cuenta que hoy al Chimo le ha nacido un ternero con dos cabezas. Que los críos llevan todo el día subiendo a verlo. Que el mismo Chimo le ha pasado una foto por el wasap. Saca el móvil, me lo planta delante de la cara. Es un ternero de color amarillo, puede que incluso verde en algunas partes, en otras extrañamente traslúcido. Ni un solo pelo. El pobre bicho ha tenido mala suerte. Como mínimo tres ojos y dos lenguas. Su cara es confusión, una perplejidad multiplicada. Supongo que no llegará a mañana. Pienso en la vejiga de mi padre. Desde un lugar de mí al que nunca tendré acceso Werner me susurra: Qué hermosura; qué hermosura; recuerda: las vacas blanquinegras no existen salvo en sueños; son vacas oníricas, vacas mentales; dictatoriales y algo malignas; como todo canon de belleza.

Jueves 24 de octubre

Almorcé tarde una pulga de sangre frita en el Qué bueno. Yo solo. La chavalita no estaba, sí sus padres. No se marcharon con el verano, no volvieron a su tierra hermosa, porque todo es hermoso si está lo bastante lejos, todo es hermoso si es imposible. También pedí un verdejo. Hace ya un tiempo que intento ingeniármelas para salir por mi cuenta a tomar algo o nada, a tomar el aire, a estar un rato a la mía. Hoy por ejemplo mentí con que tenía que pasarme por el médico, que no sabía cuánto tardaría, que mejor

ya subía yo luego por mi cuenta en el Dacia. Me gusta ver el turisteo escolar o jubilado arriba y abajo por Conquista sin tener que estar escuchando las historias de Eugenio o de Elvira o incluso de Ernesto. Me gusta sentarme en la terraza, cualquier terraza y amar este país lleno de bares y vacío de todo lo demás mientras le imploro al cielo que en el otro barrio haya una calle con todos los bares en los que almorcé en la vida. Creo que ha sido la sangre lo que me ha sumido en esta melancolía llena de una luz y energía embriagadoras Quizá un poco también ese segundo vino a deshoras. Lo de la calle en el cielo más que pedirlo lo exijo. No sé rezar. Simplemente deseo, deseo muy fuerte todavía, a veces. De modo que sí, estoy seguro: en el infinito me esperan los bares que me acogieron en las pausas para el bocata. Los bares en los que repuse energía para seguir desperdiciándola. Esos bares. Todos esos, los que aún existen y los que no. En mi cielo ya está este, por supuesto, y su camarerita rumana de cuarenta kilos. Y el Campos. Incluso el Cazador. En mi cielo también está el bar La Choza III del polígono Fuente del Jarro, una especie de nave industrial con ochenta o ciento veinte mesas y carteles de corridas de toros en las paredes. Olía a grasa de motor allí dentro, a taller mecánico y a huevos fritos y a oreja a la plancha y a pimientos asados. Olía a sudor. Olía a vida caliente. Siempre olían así aquellos bares de almuerzo, como a refugio, mi cerebro respiraba en ellos la seguridad de la guarida, de la cueva, el humo de la hoguera primigenia. En ellos solo había lugar para lo básico: alimentarse y escuchar conversaciones de fútbol y de mujeres. Lo demás, las preocupaciones del trabajo, del dinero, de la familia, la crisis económica y las enfermedades, digo que lo demás, todo lo demás se quedaba en la puerta, esperando paciente el momento de volver a asaltarte la cabeza. Es imposible que el más allá no esté sembrado de esos bares, esas cámaras acorazadas en las que seguir siendo uno mismo, solo uno mismo, esos búnkeres del alma. Uno que recuerdo con especial amor es el Mesón El Leonés del barrio de Benicalap. En el Mesón El Leonés entraba yo agonizante tras unas cuantas horas haciendo asientos contables y salía rejuvenecido, radiante, capaz de cualquier cosa después de meterme en el cuerpo un bocata de dos palmos de panceta. Solo comí panceta en aquel bar, no sé cuántos kilos y kilos de deliciosa panceta durante algo más de un par de años. Me volvía loco. Era como comerse a Dios, yo solo allí, al extremo de la barra, junto al teléfono verde de Telefónica, dándole a la mandíbula y al tarro, tragando tragedia, tramando brillantes planes de fuga. Era como comerse el big bang cada mañana, una descarga de calor y luz y potencia. En la otra vida también está, tiene que ser, el bar Central, curiosamente a la orilla del mar. Me sentaba en una mesa

redonda con los de almacén. Tíos de nombres memorables: Fulgen, El Chiqui, Carpio, Lito, Fuego. Fuego, Dios mío. Fuego aún estaba a una década de jubilarse pero parecía un torero de noventa años, flaquísimo y moreno y elegante de un modo antiguo. Siempre comía sangre con cebolla, cada vez que como hoy pido una tapa lo recuerdo, siempre hablaba de su mujer muerta en los ochenta o los noventa, en un tiempo legendario en cualquier caso, y hacía lo uno y lo otro con una alegría arrebatadora. Daba gusto verle zampar, daba gusto escucharle, le llenaba a uno de fuerza, de fe en la especie. Fuego. Qué hombre, qué nombre. Yo debería llamarme Iván Fuego. Si me llamara Iván Fuego sería aún más grande, lo sé, no puedo ni podré demostrarlo pero lo sé a ciencia cierta. Yo debería llamarme Iván Fuego pero me llamo Iván Rojo y también me senté a la mesa del bar-restaurant Los cinco hermanos de Museros. Tengo grabados en la mente sus manteles a cuadros blanquiverdes con la botella de vinazo sin etiqueta en el centro, presidiéndolo todo. Hace media vida de aquello, pero me acuerdo. Me acuerdo de que aún se podía fumar en los bares. Se podía fumar y se fumaba en Los cinco hermanos, que en realidad eran tres, dos hombres y una mujer guapetona a la que le faltaba un brazo. No parecía echarlo en falta. Era primoroso verla fregar los cacharros. Verla abrir los botellines era un espectáculo que le hacía a uno creer intensamente en la raza. También aquella mujer me llamaba cariño. Llamaba cariño a todo cristo, pero también a mí. A mí y a mi padre, que almorzó conmigo, mejor dicho yo con él, siempre yo con él, durante el breve buen tiempo en que fuimos compañeros en aquel mal trabajo. El crimen aún estaba muy caliente en mi pensamiento en aquellos días. Recuerdo uno concreto en que el hombre se puso serio, insistió, insistió, insistió en que le dijera qué me pasaba, por qué esa lividez, por qué tanto entrar y salir de los servicios. No lo hice. No me arrepiento. Un almuerzo con mi padre, ojalá me aguarde eso cuando todo se acabe. Un almuerzo eterno con mi padre hablando de cosas sencillas mientras el sol o la lluvia arrasan el mundo ahí fuera. Un bocadillo a medias de jamón con tomate, un cuenco de aceitunas negras, dos vasos de vino recio. Y mi padre.

Por la tarde compré queso de cabra y unas croquetas congeladas en el Casimiro. Manzanas. También robé una tableta de chocolate, sin vergüenza, sin remordimientos. Tengo esos sentimientos copados. Detrás del mostrador estaba el hijo, ahí sentado con la boca abierta sobre el cuadernillo de pasatiempos. Me parece que lo hice por eso, para eso, para dar sentido a su cara de tarugo. Justificar su existencia en este pueblo,

prescindible como todas las realidades inofensivas. A él también lo amo, quiero que conste. A él también lo envidio.

Viernes 25 de octubre

Creo que en otro momento dije que no, pero sí, sí que lo sé, sí que sé el porqué de esta inclinación mía hacia el Jesuso y los hombres como el Jesuso. Sí que sé por qué me quedé aquella noche en el bar del Jesuso con él y sus colegas. Con esos tipos extraños, siniestros, más o menos enloquecidos. Más o menos peligrosos. Claro que lo sé. Me quedé entonces con ellos y con ellos me he quedado esta noche porque son personajes. Esa es la razón. Personajes equidistantes de la ficción y de la realidad. Se puede escribir de ellos lo que se quiera. Se puede hacer con ellos lo que se quiera. Nadie alzaré la voz en contra. Y sin embargo sufren, esos hombres. Claro que sufren. Esos hombres que beben solos, que miran la tele solos, que hablan solos y que bailan solos en los garitos de las ciudades de la Tierra, de los pueblos de esta galaxia, de todas las galaxias. Sufren. Rabian. Intentan fingir lo contrario, todo lo contrario, pero no lo logran. Pobre gente, pobre gente. Benditos sean esos hombres que ya no son jóvenes, que hace mucho tiempo que dejaron de ser jóvenes pero conservan en su seno una energía inefable que les impulsa a ducharse después de cenar y salir por ahí a dar una vuelta. Viernes y sábado, claro, pero también por ejemplo un domingo, también por ejemplo un martes. Si eso no es fuerza no sé qué pueda serlo. Si eso no es fe que baje Dios y lo vea. Esta noche el frío dolía y había en el Jesuso algo más de movimiento de lo habitual. Un par de mujeres a las que nunca había visto, a las que tampoco había visto nunca el Jesuso ni el Garbo ni ninguno de los hombres solitarios que bebían hace un rato en el bar. Se notaba por cómo las miraban. No tardaron en recoger sus bolsos y largarse. Puertas adentro de la España hueca hay una infinidad de hombres así, que tienen en el fondo de sus ojos un charco turbio de apatía y de avidez. Por supuesto que ya los había visto en bares y disco-bares y discotecas de Valencia o de Madrid o de Zaragoza pero es evidente que en pueblos como este son mucho más abundantes en términos relativos. Lógico. Las montañas son hermosas. Hermosos son los cielos inmensos y las hilachas de humo que se elevan hacia ellos desde las chimeneas de las masías de piedra desperdigadas por el valle. Hermoso el río Bergantes crecido por las lluvias y hermosa la iglesia arciprestal iluminada en silencio por el ámbar eléctrico en el centro de la

noche de los insomnes de estos lares. Pero no para siempre. Nada es eternamente bello. A la larga todo cansa. A la larga el abanico de opciones de alegría es invariablemente corto. En Valencia, en Nueva York y por descontado en este pueblo y en los pueblos como este. Existe una amenaza que hermana a los hombres sensibles por encima de sus diferencias, incluso por encima de sus odios recíprocos. Y es la certeza instintiva de que todo varón corre el riesgo de convertirse en uno de esos que nunca conocieron el amor. O peor: que lo conocieron y lo perdieron y saben que jamás lo recuperarán. La inteligencia influye, no hay duda, como tampoco la hay de que la suerte influye ni de que el escenario influye. Por eso no es de extrañar que estos tíos del bar Jesuso se pasen con las cervezas a falta de algo mejor que hacer. Que atraviesen la sierra y la madrugada para ir a ver a las putas del Serafina. Que empalmen cigarrillos a las puertas de los bares con un cubata en la mano y los ojos perdidos en la oscuridad profunda de la noche yerma que aguarda emboscada ahí mismo, donde termina el resplandor del luminoso. No es de extrañar que esos hombres que me entretengo en observar parapetado tras mi vino en el Jesuso se queden a menudo absortos en la contemplación de lo insignificante. La copa de vino, las botas de agua del parroquiano de al lado, el servilletero, el rastro mojado de la barra sobre la madera, mientras el tiempo pasa de largo al otro lado de la cristalera. No es en absoluto de extrañar que esos hombres se queden como en trance mientras sus dedos tamborilean despacio en el cristal sucio del tubo de güisqui o de la copa de coñac. Porque está escrito en el aire de estas montañas que a partir de cierta edad los hombres de este pueblo y de pueblos como este solo pueden divagar fuerte y misteriosamente mientras beben cerveza o vino o güisqui o coñac. Sin embargo yo creo saber en qué piensan. Yo creo que piensan en sus madres. Sé que piensan en sus madres porque cuando ya no queda nada un hombre solo piensa en su madre. Así que paz, paz, paz para ellos. Y bares de barrio. Y discotecas de pueblo. Y puticlubes de pueblo.

Domingo 27 de octubre

Hay un lugar del pueblo desde el que se ve este piso si uno levanta la mirada hacia el castillo. Hasta esta misma mañana no me había dado cuenta. Bajo poco por esa calleja escalonada que se desliza desde Conquista hacia el arrabal envejecido, despoblado, sin tiendas de suvenires, sin bares, sin restaurantes. Hoy lo hice. Me detuve a mitad para

encender un cigarro y me dio por mirar hacia arriba, las casas blancas que ciñen el cerro en el que se erige este sitio. Entre ellas la de mi piso. Vi la terraza. Quiero decir el antepecho de mi terraza y la cuerda de tender. Instintiva y absurdamente me busqué ahí asomado. Siempre me busco, intento verme desde fuera, creo que con la intención de regalarme esa magnanimidad que me inspiran las vidas comunes. Estoy harto de esta introspección despiadada. Me gustaría saber qué aspecto tengo en los ojos de la gente, en las fotos de los turistas que me capturan al fondo de sus recuerdos, en las cámaras de seguridad, ya lo he dicho. Es obvio que no lo consigo. Tampoco hoy. Solo distinguí mi ropa colgada. Unos vaqueros, unas cuantas camisetas, un par de jerséis. Tres o cuatro de mis calzoncillos. El viento agitaba las prendas, las retorció, ha estado todo el día soplando fuerte. Ahora en mi terraza se me cuele por las orejas. Barre mi cerebro y se lo lleva todo menos lo que no existe mientras observo el punto exacto de esa callejuela desde el que esta mañana miraba la ausencia que ahora ocupo. Estar en un lugar diferente al inevitable, es lo que deseo. Ser otro. Anoche el Jesuso volvió a decirme que cree que me conoce de algo, se obcecó en el tema durante unos cuantos minutos. Me ocurre con cierta frecuencia que los extraños creen haberme visto antes, saber quién soy. Debo de tener una cara muy anodina, de esas que encajan con cualquier personalidad. Soy como todo el mundo, le mentí. Lo cierto es que siempre me he sentido particularmente hermoso, particularmente horrible. Lo soy.

Martes 29 de octubre

Yo era uno de esos imbéciles que dicen que no quieren tener hijos. Yo era uno de esos imbéciles que dicen que lo tienen muy claro, que ni hablar de entierros, que a ellos los incineren. Sería ya más de la una cuando me dijo el director que pasando la Palma, allá por el desvío para los Montenegros, un viejo se había quedado sin crotales y en cosa de una hora le iba a ir la inspección, que cogiera el Terrano y un buen puñado de chapas, a ver si aún me daba tiempo de acercárselas. Que el hombre me estaría esperando en el cruce. Y que oye, no te vuelvas loco, ¿eh?, que tampoco es cuestión de matarse. Vale. También me dijo que si me apetecía me pasara luego por el santuario, que está muy guapo. No le conté que ya lo conocía, le dije que muy bien, que vale. Un minuto más tarde salía del garaje al volante de Jimmy con una caja de pendientes en el asiento del copiloto. Como siempre camiones en la CV-14, como siempre hermosos, sin embargo

me parecieron más esplendorosos que nunca. Quizá cosa de las lluvias nocturnas que los lavan larga y suavemente, o que lavan el aire, este aire limpio, hasta sacarle lustre; centelleaba como un zafiro. No encendí la radio, tenía bastante con la luz atronadora que reverberaba en el cielo. Puse el todoterreno a ciento veinte, a ciento treinta. Los buenos camioneros echaban a un lado sus vehículos medio kilómetro antes de que les diera alcance. La vida se mostraba respetuosa, amable. Estaba fuera de la oficina, conducía un Terrano tranquilo y noble, conducía con Jimmy como dos viejos amigos, el sol calentaba lo justo y necesario para amarlo. Deseé que el viaje no terminara, rodar eternamente por el asfalto quemado de Las Cumbres con la ventanilla bajada, el west colgando del labio y una sencilla misión entre ceja y ceja: entregar al prójimo lo que necesitaba. Lo malo es que lo bueno se acaba y además se acaba pronto. Antes de darme cuenta ya dejaba a mi izquierda el camino hacia el santuario. Enseguida vislumbré ahí delante una camioneta verde oliva mal orillada en el arcén del carril contrario, el culo invadiendo un buen trozo de calzada. Por supuesto nada de luces de emergencia. Me detuve a su altura. Yo sí que arrimé bien el Terrano hasta el borde de la cuneta, yo sí que puse los intermitentes. Me dio cierta vergüenza, he de admitirlo, en cierto sentido sentí comprometida mi virilidad. Mucho más cuando en lugar de encontrar a un viejo en la Mitsubishi ahí enfrente fue Candelaria la que bajó de un salto del vehículo y cruzó corriendo el radiante mediodía hasta asomarse a mi ventanilla. No sé qué se espera de los hombres. Me siento tan lejos o tan cerca de la nueva masculinidad como del machismo más rancio. Y desde luego soy incapaz de imaginar lo que una chica como Candelaria tiene en la cabeza para mirarme del modo en que me miraba hace unas horas en esa carretera. Hay algo inquisitivo en sus ojos, algo invasivo y al mismo tiempo de lo más natural y humano. Candelaria utiliza sus ojos para comunicar. Sostiene la mirada un segundo más de la cuenta antes de hablar, se sabe poderosa, es consciente de que los ojos silenciosos de una mujer hermosa intimidan a los hombres. Sigo sin saber si son verdes. Sé que elegí en las fiestas que lo fueran y que lo elegí este mediodía cerca del cruce hacia los Montenegros. Y también lo elijo ahora, aquí y ahora, que me siento inofensivamente viejo y caprichoso mientras las nubes preñadas de vida manchan de gris el cielo nocturno sobre mi terraza. El viento le había revuelto el pelo. Retiró de sus labios un mechón de llamas para decirme que ah, que era yo, que cómo estaba. No me preguntó qué tal, me pregunto cómo estaba. Me di cuenta de ello en el acto, y me gustó. A menudo es tan sutil la diferencia entre lo insustancial y lo extraordinario. Además me sonrió. Mi respuesta consistió en mencionarle muy profesionalmente los crotales, que si

es que entonces eran para ella, que el director me había hablado de un señor mayor. Que sí, me explicó, que la explotación la lleva su madre pero que aún va a nombre de su abuelo, y que al hombre todavía le gusta ayudar en lo que puede, que era él quién había llamado a la oficina. Le di los crotales sin hacer comentario alguno, ella a mí las gracias por acercárselos. Me gustaría pensar que en ese momento se ralentizó el tiempo, que la chavala se quedó junto a la ventanilla uno o dos segundos más de lo que resulta normal una vez concluida una interacción social. Creo que no fue así, pero ya he dicho que siempre tengo presente la posibilidad de equivocarme. Es cierto que tendría prisa por llegar a la granja antes que los de la inspección. Le miré el culo cuando se alejaba hacia la camioneta. No era ninguna maravilla, menos aún enfundado en esos pantalones como de guerrillero, y sin embargo y sin duda lo era. Me hizo gracia que la chica hiciera sonar dos veces el claxon a modo de despedida cuando cruzó la carretera para volverse por el carril en que yo me había detenido. Levanté la mano. A lo mejor me vio por el retrovisor. A lo mejor algún día le viene a la mente esa imagen: ella conduciendo hacia su vida y yo ahí detrás, cada vez más pequeño y más viejo en su espejo, en su memoria, deseándole buen viaje. Un poco más adelante giró con decisión a la derecha por un camino de tierra. Adiós. Me bajé del coche y me adentré en el campo. Lo sentí más agreste que el que ya me he acostumbrado a pisar por los alrededores del pueblo. Más rudo, más duro. Más indómito. La mera presencia humana domestica lo salvaje y asalvaja lo doméstico. Ahora mismo el corrector me ha marcado como error el verbo asalvajar. Tampoco consta en el diccionario de la Real Academia Española. Sin embargo una búsqueda en Google me lleva a la página de la institución, que en un tuit hace saber que tanto el verbo asalvajar como su participio asalvajado son formaciones correctas. Un poco más abajo en la pantalla alguien pregunta por qué entonces no aparece en el diccionario. No hay respuesta. No suele haber respuesta a las preguntas terminantes. De espaldas a la carretera solo las ruinas de un muro impedían pensar que aquel fuera el paisaje del año quinientos mil antes de Cristo. Adobe. No creo que la construcción estuviera hecha de ese material pero fue la palabra que acudió a mí. Y me parece bien porque escribir es fallar. Me repito, me repito, lo sé, ya lo he dicho, me repito. Vivir es fallar, seguramente. Y seguramente por eso me paseaba yo hoy a eso de las dos de la tarde por la hostilidad de los terrenos de Las Cumbres, el abandono en mi interior mayor que el de estas tierras que no son campo ni monte, el vacío en mi interior mayor que el mismísimo paisaje. Ni un árbol en mi alma, ni un arbusto, ni siquiera cielo aquí dentro, solo tierra y tierra y tierra, infinita, y mis pies pálidos, como de muerto,

para patearla hasta reventar. Básicamente estaba cansado. Estoy cansado. No es la primera vez que lo digo y no será la última. Está justificado porque si algo soy es un hombre agotado, y como tal me sentía hoy allá arriba pasada La Palma, fumando sentado en el muro vencido, fumando con un ojo puesto en Jimmy, no fuera que aparecieran los extremeños, y con Candelaria joven y hermosa en mi cabeza. Candelaria rabiosamente joven y desenfrenadamente hermosa y sobre todo potencialmente prometedora en mi cabeza, porque el peor mal de la Historia es que ni el más desgraciado de los hombres pierde jamás la capacidad de regalarse la mente con lo que jamás tendrá, con lo que no merece. La capacidad de imaginar a su propio favor, con egoísmo. Miseria, miseria, cuánta miseria en nosotros. Cuánta miseria en mí porque sí, estoy vacío, pero cuantísima miseria en mí. Me levanté, me limpié el culo de polvo, tierra, esa sustancia que produce la volatilización del espacio y del tiempo, y eché a andar de vuelta al coche. No sé qué me hizo detenerme de pronto. No sé qué me hizo agrandar con la puntera de mi nike derecha un pequeño hoyo que se abría en el suelo. No sé qué me obligó a agacharme y hurgar, cavar con mis propias manos. Instinto, puede. Tedio. Desesperación. Tengo claro que a mi alrededor no hay salida. Tampoco en el cielo. Quizá buscara la última vía de escape de mí mismo. Pero lo que encontré fue una piedra plana del tamaño y el peso de una moneda de dos euros y en ella incrustado un amonites bastante bien conservado, supongo, solo le falta la cabeza. No me sorprendió demasiado el hallazgo. Cuento con que también he perdido esa facultad. Por otra parte un amonites no deja de ser un horrible animal muerto, un esqueleto atrapado en una piedra. Si se piensa con frialdad no hay razón para amarlo. Y yo, ya digo, no lo amé, ni siquiera me divirtió haberlo encontrado de una manera tan insólita. Pero sí aprecié la paciencia de aquel objeto, que es lo que en realidad todos somos para la inmensa mayoría de los demás. Supe valorar la entereza con que aquella cosa, aquel fantasma había esperado millones y millones de años para revelarse, y valoré también y especialmente la tragedia de haber terminado haciéndolo ante alguien tan desencantado como yo. Como reconocimiento me lo metí en el bolsillo. Llevé el amonites conmigo de regreso al Terrano, lo llevé conmigo de regreso a la oficina, lo he llevado conmigo esta tarde a tomar un vino en el Jesuso, al que por descontado no se lo he enseñado. Y lo tengo aquí y ahora en la mano izquierda, mientras escribo a rachas alternando la visión de la pantalla con la de la luna, baja, muy baja ahí enfrente y muy amarilla y muy hinchada. Otra vez pienso en el cáncer de mi padre. Otra vez pienso en la vejiga enferma de mi padre, tumefacta y de una lividez cetrina. Puedo sentir cómo el animal, la

piedra, cómo ese vestigio insondable de lo que estuvo vivo absorbe el frío de la noche. Mejor llamarlo sencillamente amonites. Justo ahora lo he depositado con delicadeza en el centro del suelo de la terraza. He decidido, acabo de decidir dejarlo ahí para siempre, a la intemperie. Quiero que el sol lo ilumine, que la lluvia lo lave. Que las golondrinas lo despierten, que Iván Rojo le dé las buenas noches. Se lo ha ganado. Quiero también tener en todo momento a mi alcance el recuerdo de la vida y el presagio de lo que más pronto que tarde seré. Admirar a una el pasado y el futuro. Adorarlos. Creo que hay un componente religioso en el modo en que mis ojos contemplan el fósil. Un sentimiento de exaltación me inflama. Puede que acabe de fundar una confesión. De erigir un templo, un ara cuando menos. Naturalmente hoy releería Trilobites, de Breece D’J Pancake. Pero es uno más de tantos libros que he perdido a lo largo de mi vida. He de decir también que en su momento me decepcionó. No merece ser considerado uno de los mejores libros de relatos del siglo XX, no merece ser un libro de culto. Solo me gustó el primer cuento, no recuerdo el título. Iba sobre un camionero psicópata que recoge a alguien una noche en la carretera. O puede que fuera de justo lo contrario, de alguien perdido en la noche que se sube al camión de un asesino. No es en absoluto lo mismo. Hoy releería ese cuento, hoy releería el libro entero solo por experimentar la sensación piadosa de conceder a la bondad, a la belleza y al talento una segunda oportunidad. Vuelve mi mirada al amonites ahí en el suelo. Me dobló sobre él para rozarlo con el dedo. Esta es tu nueva casa, le digo; bienvenido.

Viernes 1 de noviembre

Fue el día de los muertos. Me desperté a la hora de siempre, el paisaje aún oscuro, algo de boira gris subida desde el Bergantes se arracimaba esponjosa y sin criterio en puntos dispersos a lo largo y ancho del valle. De pie en la terraza me sentía un pájaro de setenta kilos, incapaz de volar. Ah, las golondrinas. Traidoras. Pensé en saltar desde la barandilla. No quería matarme. Yo nunca quiero matarme. Quería escapar. Huir. No hice lo uno ni lo otro. Sí que caí de pronto en la cuenta de que se había quedado un fin de semana largo para hacer algo diferente. Lo que pasa es que yo no planifico, en mi interior nunca es fiesta. Aun así mientras me duchaba me planteé de manera desapegada la posibilidad de subirme al Dacia y plantarme en Zaragoza. Imaginé a alguien de un parecido inquietante conmigo, leve pero crucialmente más joven, más guapo, más

decidido, conduciendo a través de la madera y la piedra de los bosques que un poco más arriba corta la Nacional. Quizá bordeando un pantano en determinado tramo del viaje. Después cruzando campos abiertos, campos de flores, para rodar por fin por la capital de Aragón en paralelo al Ebro y su imponente turbiedad. Es lo que recuerdo de aquella vez que estuve en la ciudad: el Ebro y el hostel Europa, ambos hermosos de un modo esencial y muy sincero, también algo sucio. Me amó una mujer en Zaragoza, quiero decir una chica, me amó en el hostel Europa. Me amó asomada conmigo al pretil, viendo pasar el año dos mil cuatro, quizá el dos mil dos. Hubo mujeres que me amaron, ya lo he dicho, lo repito para que no parezca que soy el típico hombre frustrado a ese respecto. Aquella me amó abiertamente durante un tiempo, luego no sé qué pasó. Vagos recuerdos, difusas sensaciones de repulsión, cierta ansiedad. Era una muchacha intensa, quería ser artista, perdón, decía que era artista y que un día viviría de su arte. Hacía marionetas, decía que con pegamento y papel maché. Ella utilizaba otra palabra para referirse a sus muñecos. No recuerdo qué pasó. Pero todavía me felicitó por sms primero y luego por wasap el cumpleaños durante cosa de una década, los últimos tres o cuatro años pese a que ni siquiera le hubiera respondido el año anterior dándole las gracias. Mientras me secaba frente al espejo del baño me dije que serían apenas dos horas de trayecto, que podía estar bien salir para allá, ver si el Europa seguía en pie, si el Ebro aún lleva esa barbaridad de agua marrón o se ha secado y no es más que un barrizal sembrado de maderos y peces muertos. No lo hice. Sí que leí un buen rato a Emilia Pardo Bazán. Como siempre constaté que es la escritora que más me gusta. Hay una sinceridad muy valiente y muy rara en sus textos. Escribe como lo harán las mujeres del siglo XXII. No reivindica, no denuncia. Estoy cansado de eso. Emilia Pardo Bazán narra. Cuenta. Expone el mundo y se expone personalmente, renuncia a la protección que otorga el corporativismo, la adscripción. Supongo que es lo mínimo que se le puede pedir a alguien que escribe. Después a la deriva por la red, arrastrado de periódico en periódico digital por las corrientes de opinión, estampado contra las rocas. De tanto en tanto decido flotar en Internet, me dejo arrastrar, sí, me hago el muerto precisamente, a ver si las olas me escupen en un lugar habitable. Intento averiguar las preocupaciones de la gente con la esperanza patética de poder compartirlas. El exceso de buques amenaza la vida de la ballena azul en el mar chileno. El Baskonia se da un festín con el Bayern. La automatización del trabajo será dolorosa, pero no hay alternativa. Es el día de los muertos.

Sábado 2 de noviembre

Supongo que es evidente el rechazo que me inspira el Jesuso. Sin embargo sigo haciendo cosas con él. Como por ejemplo, hoy mismo, ir a pegar unos tiros. Volvió a proponérmelo el otro día: que qué me parecería que este sábado pues eso, fuéramos a pegar unos tiros. En principio mi idea para el fin de semana era bajar a Valencia, desintoxicarme un poco de tanto aire puro. En lugar de responderle eso le mentí al responderle que no había pegado un tiro en mi vida. Me miró con una mezcla de compasión y desprecio y dijo que bueno, que no pasaba nada, que el sábado lo solucionaríamos. Así que a las cinco y media de esta mañana le estaba esperando en la puerta de su bar pelado de frío. Por aquí arriba el frío ya es impresionante. Más que en diciembre en Valencia, más que en enero. Mucho más. Iba bien abrigado pero creo que me vendrían bien unas botas de montaña. Oí un motor a lo lejos. Debía de ser él, quién si no a esas horas. El pueblo entero era un panteón añilado. Al cabo de un minuto el Jesuso detuvo el todoterreno en el centro de la plazuela. Me cegaron los faros. Las columnas de los soportales proyectaron sus sombras. Me sentí preso. Me recompuse. Esta vez sí que presté atención a la marca y al modelo: un Suzuki Vitara rojo, ya dije que lleno de abolladuras. No tendrá menos de treinta años. Tosía al ralenti mientras me acercaba a él. Pensé: No subas. Pero subí. En la radio sonaba una casete de La Frontera. Me preocupó el hecho de haber identificado con tal seguridad y rapidez el grupo. Las implicaciones del dato. La canción no era El límite ni Judas el miserable pero supe que lo que escuchaba era La Frontera. Incluso sabía y sé que el cantante se llama Javier Andreu y el guitarrista Toni Marmota. Y, ya digo, poseer tales conocimientos me llenó de desazón. Me pasa a menudo. Debería estar acostumbrado pero no lo estoy. Enseguida me golpeó el tufo hombruno que respiré la noche de la Isi, de los aerogeneradores, de los ovnis. La alfombrilla del acompañante estaba sembrada de envoltorios de bollycao y cosas así. También había un rollo a medio gastar de papel higiénico, una botella vacía de suavizante Vernel y una pequeña jaula llena de mierda y de plumas pegadas a la mierda y nada más. Me abstuve de mirar los asientos de atrás. Acomodé los pies como pude. Busqué el cinturón de seguridad. No existía. Usa esa cuerda si quieres, me dijo el Jesuso mirando un punto indeterminado entre mis muslos y mi ombligo. Buenos días, por cierto. En efecto había una cuerda roja debajo de mi culo. Estaba atornillada por un extremo al techo del coche, más o menos a la altura del reposacabezas de mi asiento.

Átala ahí mismo. Me pareció que se refería al freno de mano. Cuando hube terminado la maniobra ya estábamos fuera del pueblo. Todo negro. No se distinguía el cielo, no se distinguía la tierra. Solo veinte metros de carretera delante de nosotros. Era como si el mundo no existiera. Puede que así fuera. La cuerda quedaba algo más tirante de la cuenta, me raspaba el cuello, me arañaba la oreja. Deshice el nudo. Creo que tienes un faro fundido, le dije por decir algo y porque de verdad lo creía. El haz de luz que nos precedía era algo bizco. El Jesuso acarició el salpicadero, le dio un par de palmadas, volvió a acariciarlo. Me lo compró mi padre cuando cumplí dieciocho... Demasiado bien funciona. Vale, ¿puedo fumar? No. Entendí que me lo negaba por capricho, por joder, simplemente porque podía. Y sin decir mucho más rodamos un buen rato subiendo y bajando los puertos que hay que superar para dejar atrás estas montañas hasta que por fin enfilamos cuesta abajo hacia las planicies de San Mateo, hacia las tierras bajas peladas de Los Llanos. El aire empezaba a clarear en azul. Cinco o veinticinco kilómetros más adelante tomamos un desvío sin señalizar. Los amortiguadores del Vitara chirriaron, chirriaban. A lo mejor no eran los amortiguadores, a lo mejor era cualquier otra pieza o eran muchas piezas a la vez. No sé nada de mecánica. A lo mejor eran las chicharras de mi cabeza. El aire ya era de un azul indudable, suave y gélido como una muda de piel. Alrededor nada; algunos matorrales aquí y allá, también azules pero oscuros; es decir: nada. Y en mitad de esa nada el Jesuso detuvo el coche, se bajó y echó hacia delante su asiento para sacar de la parte de atrás, claro, la escopeta. Sin funda ni historias. Venga, sal. No le había creído capaz de ser tan asertivo. Normalmente parece algo idiota o bastante. Como es natural me planteé la posibilidad de que me metiera dos tiros. No es que el Jesuso me sea un completo desconocido pero supongo que puede ocurrir que el hombre que te sirve los verdejos te dispare en la soledad yerma de los llanos de San Mateo. Tampoco es que tuviera miedo. La escopeta no impresionaba demasiado, parecía de juguete o casi. Diría que lo que sentía era expectación. Es una carabina, me informó tendiéndome el arma. No pesaba nada. Una carabina Remington, añadió. Semiautomática, añadió. Calibre 22, añadió. Perfecta para matar conejos, añadió; o perdices, o urracas; pero a mí me gusta cazar conejos. El vaho que salía de su boca se disipaba nada más abandonarla. No hay fuerza en el interior de este hombre, pensé. Y pensé en humo. Pensé en fumar. Pero tenía en las manos una carabina Remington semiautomática calibre 22. Se la devolví y me encendí un west. Su ascua brillando en el frío me hizo sentir menos absurdo, incluso menos solo. Ahora a esperar, dijo, y se apoyó en el morro del cuatro por cuatro. Hice lo propio.

Sentí en ascenso por mi espalda el agradable calor industrial que desprendía el motor. La atmósfera se estaba blanqueando. La noche aún era noche, pero empezaba a difuminarse. Ya nunca sería lo que había sido. Como yo, como el Jesuso. Como todos. El páramo brillaba. Rocío en el polvo. No sentía los pies. Sí, necesitaba unas botas de montaña. Pateé unas cuantas veces la tierra. El Jesuso me dijo: Shh. Giró el cuello como un resorte, orientó su oreja izquierda hacia el espacio abierto. Se colocó la carabina en posición de disparo y susurró: Conejos. Miré. Busqué bultos blancos. No vi ninguno. No vi nada. Campo, monte. Ya lo he dicho: nada. Sin duda él sí. Disparó. La detonación me resultó ridícula, nada que ver con un ruido explosivo. Sonó como el salto de un resorte mecánico; poco memorable por no decir bastante decepcionante. En cualquier caso algo pegó un brinco allí delante, algo que se movía a duras penas en el suelo mientras nos acercábamos a ver. Al conejo le faltaba el cuadrante superior derecho de la cabeza pero todavía se movía. Por lo menos temblaba. Desde luego no era blanco. Era del mismo color que la madrugada exhausta. Un color difuso y turbio, como si le hubieran lavado el pelaje cien veces pero siguiera sucio. Me acuclillé junto al animal. No lo toques, me advirtió el Jesuso; mixomatosis. Por eso, me explicó, el bicho tenía como tenía el único ojo que le quedaba, colgando y rebosante de sangre. Por eso la oreja se veía corroída. Por eso, mira, tiene la lengua podrida. Ya, ya. Y echamos a andar hacia el Vitara. Nos apoyamos en el morro y durante un par de cigarros miramos el día que se nos echaba encima. Pensé en Ernesto, pensé en mi padre. Luego el Jesuso me alargó la Remington y dijo que ahora yo, que me tocaba.

Domingo 3 de noviembre

Resulta que aparte de la gasolinera, de los almacenes, del Cazador y del recuerdo de La Parrilla en el polígono de abajo hay también un tanatorio. Está en el extremo de la calle más alejada de la carretera. Siempre hay pilas de palés, camiones aparcados. Es difícil ver el letrero. También es difícil acertar qué significa la imagen del luminoso. Parece el dibujo de un pulpo, sin embargo solo tiene tres extremidades. Quizá algún tipo de embarcación. Un mástil, dos remos. Se ha muerto la madre del director. Me lo dijo Elvira por wasap esta mañana. Definitivamente se vacía la España vacía. No sabía si pasarme o no, he estado todo el día dudando, finalmente he acudido sobre las nueve. Mala hora; no había prácticamente nadie. El director sí estaba, por suerte. Me ha

alegrado verlo, me ha alegrado tener un destino para mis pasos sobre el gres indiscreto. Le he dado la mano y el pésame, él a mí las gracias. Ha sido todo. Se ha vuelto a la sala de duelo y yo he decidido pasear un minuto o dos por el hall con las manos cruzadas a la espalda, regalar un poco más de mi cercanía y de mi tiempo al director y su dolor. Me parecía lo correcto pero sobre todo me parecía lo más fácil. Naturalmente me he fijado en los cuadros. Me he preguntado y me pregunto si fueron pintados ex profeso para colgar de las paredes de un tanatorio. Los cinco lienzos ante los que me he detenido presentan la misma firma: Luis o J. Luis Rosado, es posible que Rosales. Me gustaría conocerlo. Trasladarle mi pregunta: si pinta por encargo de la empresa o sus cuadros han acabado por azar en este sitio. No sé qué respuesta me parecería más alucinante. Me han entrado ganas de hacer partícipe de esta inquietud mía al director. Allá con los suyos se le veía elegantemente triste, como a los políticos cuando se cae un avión o en las concentraciones de repulsa contra los crímenes machistas. Una cabeza solemne, quizá demasiado para alguien que habitualmente parece un niño grande y algo fofo o un hombre de esos lampiños, con cara de niño, ridículos. Por supuesto las he contenido. Tampoco me he preguntado si al menos su madre llegó a saber la verdad de este hombre o soy yo el único que está o cree estar al tanto su secreto. Debe de ser duro saber que entierras a tu madre sin que te haya conocido en absoluto. Me estremezco solo de pensarlo. Bueno. Hay belleza en el destino de esas pinturas, sea elegido o impuesto. Es indudable que algo conecta los tanatorios con los museos. Este aire reverencial, la mitigación de las voces, los extintores. Empleados trajeados, sus pasos ligeros, sus corbatas baratas, horribles. Lo único que diferencia ambos espacios es que a los visitantes de un tanatorio no les importa quién sea el autor de estas pinturas, salvo a mí. La firma en la esquina inferior derecha de estos cuadros es solo el guiño siniestro a un espectador que nunca va a leerla porque nunca va a contemplar atentamente la obra en que se inserta. Salvo yo. En esta tierra de nadie entre la vida y la muerte los cuadros del tal Rosado o Rosales permanecen con la solvencia de los objetos, independientes de su autoría. Esas serenas marinas, esos pacíficos paisajes campestres dignifican con su discreta compañía el proceso industrial del dolor. Avanzan sin prisa hacia el fin del mundo, anónimos de facto, como los contados coches que pasan ahora por la carretera. Como las montañas atardeciendo al fondo, al otro lado del valle de hierba y estiércol. Sin embargo siento que todos los Rosado del mundo, todos los Rosales, merecen cierto protagonismo. Fumarse un west conmigo en la puerta de un tanatorio de polígono de pueblo de España interior. Fumarse un west entre una nave de tableros y otra de piensos

envueltos en el silencio campesino de los prados pobres y los bosques rendidos, los bosques que han olvidado que lo son, aún peor: que lo fueron. Fumarse un west bajo el desenfundado cielo púrpura de un otoño helador e irrepetible. Que se les dedique una novela. No será la mía.

Martes 5 de noviembre

Touching things, un canal de Youtube. Maravilloso, terrorífico. Sonido ambiente y filmaciones de doce, ocho, diecinueve segundos en plano subjetivo de una mano diestra que palpa la realidad, si es que eso es posible. Un buzón de correos a las afueras de lo que parece un pueblo alemán o austríaco, por qué no suizo, nadie por la calle mientras anochece; un banco recién pintado de blanco en un parque bañado por el sol, sin duda matinal; el sillín de piel de una motocicleta como tantas, diría que Yamaha, mojado por la lluvia. Todo un canto a la vida, a su aprehensión personal y exclusiva. Es cierto: nada existe si no lo tocas, si no lo acaricias o lo golpeas. Por lo menos ahora mismo creo que es cierto. Guardo las distancias con el mundo, lo cual es, con el tiempo y la constancia necesarios, tanto como convertirlo en una película, en un libro. Una historia. Ficción. Quizá sea mi manera de sobrellevar el hecho de que no tuve valor para besar la muerte. El hecho de que no tengo valor para besar la vida. Dos vídeos de Touching Things me han gustado especialmente: en uno la mano, una mano de hombre, por cierto, de hombre blanco joven, se desliza despacio por la parte interior del cuello de un cisne a la orilla de un estanque verdoso. El otro arranca con el plano de la fachada del Panteón de Agripa, a la que la cámara, es decir, el cámara se va acercando hasta alcanzar una de las imponentes columnas y darle unas cuantas palmadas bien sonoras, en realidad bofetadas.

Jueves 7 de noviembre

Esta tarde nos quedamos un rato en la oficina para compensar horas y ya nos íbamos cuando sonó el teléfono. Era uno que aún no tenía ubicado: el Fonso. Dijo que un ternero le venía mal puesto y que a ver si podía pasarse por allí un veterinario. Un momento. Desvié la llamada al despacho de Ernesto. Desde mi mesa creí entender que

le contestaba que en media hora estaría allí. Luego vino donde yo, se sentó en la silla de las visitas y se puso unas botas de goma que traía en la mano. Me dijo de acompañarle. Ok. Así que cogimos el todoterreno y tiramos para arriba por la CV-12 hacia el altiplano de Ares con la calefacción a tope y los antiniebla. Conduje yo, conduje a Jimmy. Éramos una luz entre las nubes, porque lo que alfombraba esa meseta no era niebla, era un celaje desplomado de nimbos moribundos. Frío excesivo, frío excesivo, frío excesivo. Lo de la lengua de Ernesto tiene que ser cáncer. La vida es extraña, imprevisible, fantásticamente libre en sus maneras. Quiero decir que el hombre no se ha fumado un cigarrillo en la vida, lo comentó el otro día con una sonrisa sufriente en la sala del café, y sin embargo la boca se le cae a pedazos. Hay días que no aparece por el trabajo porque tiene médico. Nadie le pregunta demasiado. Los de la oficina se conocen desde hace décadas pero no son amigos, es algo que me admira tanto como me inquieta. Nadie le pregunta demasiado a Ernesto, así que normalmente habla poco, pero hoy estaba parlanchín, no sé por qué. Yo le pillaba una palabra de cada frase y procuraba hacerme una idea general de lo que me contaba. Algo sobre el tiempo, me pareció, que si este año venían pronto las nieves o si no venían. Algo sobre la hermana del tal Fonso, que si era muy guapa o si todo lo contrario. Yo le respondía lo justo para no comprometerme. Igual por eso encendió la radio y calló a lo largo de los últimos kilómetros. Un programa de economía: la deuda exterior estadounidense, la Europa de dos velocidades. Di gracias al cielo; no me imaginaba al pulcro Ernesto tirando de ese tema de conversación. Alrededor ya era de noche. Todo como azul marino dentro de las nubes bajas, un agua acharolada en suspensión, brillante de frío. La carretera una intuición, las carrascas una ilusión, las montañas una amenaza hasta que la bruma se abrió un poco y la desolación cobró forma. Algunos tractores a lo lejos; el tendido telefónico, combado; bañeras, bañeras, bañeras; enormes balas de forraje desperdigadas por la pradería, reseca, viejas y como ancladas a la tierra. Incluso a medio kilómetro de distancia era incuestionable su aspereza, su miseria, su condena a permanecer en la inutilidad hasta que los elementos las desintegren. Pensé que sería más apropiado hablar de la Europa de tres velocidades, de seis, de dieciocho. Al llegar a la granja el Fonso estaba esperándonos en la puerta de los corrales. Tenía una linterna en la mano, tenía también la cabeza muy pequeña en comparación con el cuerpo. Saludó a Ernesto, a mí me enfocó a la cara con el haz cobrizo y me dijo lo obvio: que no me conocía, que si era yo el de Valencia y que qué tal, que él era el Fonso. Bien. Nos explicó que ahí dentro la luz iba y venía desde hacía un rato y que la vaca llevaba cuatro horas largas

intentándolo, pero nada. Que creía que estaba más cómoda de pie que tumbada. Que le parecía que el ternero venía con las patas traseras. Yo no podía dejar de mirarle la cabeza al Fonso, esa cabecita diminuta y calva como la de un bebé. Entramos donde la vaca y me fijé en sus enormes ojos brillantes, pulidos y traslúcidos como bolas de adivinación. Ernesto fue directo detrás de ella y le levantó el rabo. Se asomó ahí entornando los ojos y dijo que sí, que parecía que el animal venía de culo. Se quitó el anorak y el jersey y se lavó las manos en una pileta que había en un rincón, en realidad se lavó los brazos casi hasta los hombros. Tras ponerse unos guantes volvió con la vaca y empezó a palpar cuidadosamente. Daba la impresión de estar acariciándola. Le decía cosas, por el tono diría que cosas bonitas, aunque no estoy seguro porque ya he comentado que es difícil entenderle con esa lengua herida que tiene. De golpe, como a traición, introdujo el brazo derecho hasta el codo y luego un poco más y todavía un poco más. La vaca mugió discretamente. Nada, dijo Ernesto, nada, pero siguió ahondando con paciencia y esfuerzo en las entrañas de la vaca. Igual tenemos que usar la cuerda, avisó si no me equivoco. El Fonso dijo que iba a buscarla y me tendió la linterna. Me acerqué a Ernesto para alumbrarle bien la zona de trabajo. Entonces empezó a tirar con ganas. Sudaba, resoplaba. Tras unos buenos meneos afloró una parte del ternero. No distinguí de qué se trataba. Quizá un trozo de muslo, una porción carnosa y húmeda que ofrecía un ángulo en el que poder introducir la mano y tirar. Justo eso me pidió Ernesto que hiciera. No me lo esperaba. Tampoco me apetecía, todo lo contrario. Le dije que no me había lavado las manos y él puso una cara desdeñosa y me indicó con la vista que venga, que agarrara. Puse la linterna sobre los cuartos traseros de la vaca y obedecí. Medio cegado por la luz tiré y tiré de aquella cosa con la vista puesta en Ernesto, en su mueca de esfuerzo, en su boca, en la lengua rajada y roja, muy roja que le asomaba de lado entre los dientes. Una flor reluciente. Una llaga incurable. Cuando regresó el Fonso el ternero ya temblaba en el suelo. Yo tenía las manos pringosas y una sensación extraña en el estómago. Me lavé y salí a echar un cigarro mientras los dos hombres examinaban al recién nacido. De un cobertizo en el otro extremo de la granja salió una silueta. Pensé que a lo mejor era la hermana del Fonso. Pensé que a lo mejor no lo era. En la oscuridad podía ser cualquiera. Podía incluso no ser nadie, como yo. Me saludó con la mano. Hice lo propio.

Sin embargo parece que nadie se casa en este pueblo. Hace ya unos fines de semana que si ando por aquí y me acuerdo subo a la iglesia a media mañana solo por ver si hay boda. Nada. Me siento en el poyo de piedra con un west mientras el sol otoñal se derrama en mis manos ahuecadas. Pienso en el vencejo y en su calor humilde, frágil. Obvio que el aburrimiento es en buena medida responsable de mis paseos a la iglesia pero no basta por sí solo para explicar lo que me impulsa. Creo que es la búsqueda de la alegría. Soy el primer sorprendido, me siento incluso un tanto abochornado, pero en efecto diría que hay una parte de mí que todavía desea la dicha, que la exige y la necesita, que no hallaría satisfacción en esa paz mental, esa suerte de asepsia con la que tanto sueño o creo que sueño. El reverso de la muerte no es el nacimiento; a fin de cuentas ambos sucesos son meros accidentes para los hombres, para los animales; ambos imposiciones, ambos condena o liberación en función de las circunstancias. Lo perfectamente opuesto a la muerte es una boda, porque así como en un sepelio se impone el ritual del llanto, en un casamiento se elige el ritual del júbilo. No hay combate más terrible y más hermoso en el corazón de las gentes que el de la pena contra la alegría, el de la alegría contra la pena. Y justo eso pienso ahora, esa palabra: pena, qué pena que no haya una boda, diez bodas cada domingo en estas tierras, en Las Cumbres, tan cerca del cielo. Qué majestuosas se verían estas montañas en las fotos de los novios, qué verde la pradería, qué verdes aquí y allá los boscajes, qué luminoso este aire como de anunciación. Qué incorruptible el paisaje, en apariencia, y la pasión y el compromiso que en las fotografías nupciales encienden los rostros de los recién casados. Por eso en la novela tiene que salir la foto aquella del convite de la boda de mis padres. Más bien fue un guateque en un bar de barrio. Al fondo se ve una enorme tragaperras Cirsa y la mitad de una ventana con cortinas beis abierta a la noche de verano suburbial, de una negrura levemente ahumada de rojo. Por todo el plano taburetes, mesas altas con copas de plástico, canapés y empanadas, colores en el aire y a la vez sepia, sepia, sepia por todas partes y gente joven de pie entre el mobiliario. Hombres y mujeres bailando, fumando y bebiendo eternamente, atrapados en mil novecientos setenta y siete para siempre, cuando menos hasta la desintegración del papel fotográfico Valca que los capturó. En el centro la novia y el novio, mis padres, ella de blanco, él de azul, ambos vestidos barata y bellamente, como todos los españoles jóvenes del pasado. Miran a cámara con desparpajo, llenos de esa fotogenia natural de las auténticas estrellas de cine, llenos de la pureza rebelde de la juventud. No posan, no

piensan cuál es su perfil bueno. No les preocupa en absoluto la eventualidad de salir mal en la foto, de contemplarla mañana o dentro de cuarenta años, de contemplarse a sí mismos desde el futuro y lamentar haber protagonizado esa fecha, esa fiesta. No les preocupa que llegue el momento en que no les compense el tiempo invertido, el tiempo gastado en su plan común. Ni se plantean la posibilidad de descubrir un día que era engañosa la felicidad captada en aquella foto primordial. Quizá producto del error, quizá producto de la mentira, es probable que simplemente consecuencia de la prisa por ser libres y plenos, felices. En cualquier caso ficción, por qué no incluso arte. El arranque brioso e ilusionado de una novela cuyo interés pudiera decaer con el paso de las páginas. Por supuesto ocurrió. Mis padres acabaron maldiciendo muchas veces su boda, arrepintiéndose de muchas cosas. Lo considero normal. Estar vivo es defraudar al amor y ser defraudado por el amor. Estar vivo es en realidad defraudarse a uno mismo, odiarse a uno mismo por cobarde, por estúpido, por cómodo, y sin embargo seguir. Lo único que cuenta es sobrellevarlo con dignidad, como mis padres, como tantos matrimonios protagonizados por españoles y españolas que acudieron al altar sin saber apenas nada el uno del otro, compartiendo únicamente el ansia de la juventud y un instinto poco depurado para seguir el rastro de la felicidad. Y así se ven mis padres en la fiesta inmortalizada en aquella fotografía: jóvenes y felices, radiantes, puede que algo borrachos. Lo que pasa es que desde ese momento lo fueron cada vez menos. No hay drama en ello, es lo que pasa siempre. La entropía se impone, yo soy su hijo. Soy hijo de mis padres, y soy hijo de la segunda ley de la termodinámica. Un hijo que a pesar de todo dispuso de lo fundamental para ser feliz, y que lo fue un tiempo. Digo que mis padres me amaron. Digo que mis padres aún me aman. No tendría por qué ser así.

Leí a Zadie Smith a lo largo del día, admirado y repelido con igual intensidad por la pulcritud de su escritura.

Domingo 10 de noviembre

Vi el Betis Getafe, el Celta Levante y el Alavés Barça en el Campos. De cinco de la tarde a once de la noche en un taburete hacia el extremo de la barra. Leve dolor de riñones. Desde esa posición alcanzaba a ver aproximadamente tres cuartos de la pantalla. Ningún problema. Del fútbol me gusta su resplandor pacífico, sedante, la

energía estática que irradia el césped televisivo, de un verde mucho más brillante y hermoso que el de los prados de por aquí, que el de los prados de cualquier sitio. En definitiva un verde infantil y sencillo, como las reglas de ese deporte, de ese juego. Naturalmente cada diez o doce minutos agarraba el vino y salía a fumar al tonel de la puerta. En una de esas pasó el Jesuso por la calle. Me dijo que se había quedado esperándome esta mañana para ir a los conejos, que si es que no me acordaba de que el domingo pasado quedamos en repetir. Le contesté la verdad y me replicó que venga, que no le jodiera. Se alejó como despechado. Pobre hombre. Mientras le daba al west y al verdejo leía los carteles pegados a la cristalera. Mujeres llamadas Ionela, Raluca, Mihaela ofrecían sus servicios como cuidadoras de niños o ancianos. Precios económicos. Hombres llamados Razvan, Velkan, Cosmin ofrecían sus servicios como albañiles o pintores. Precios económicos. Hombres y mujeres de la Europa del Este que llegaron a esta tierra atraídos por la construcción de la nueva carretera a Alcañiz. Algunos desde Castellón, desde Valencia, desde Teruel, otros directamente desde Rumanía, desde Moldavia, desde Bulgaria. Algo así había acabado por deducir a lo largo de estos meses pero si lo sé es porque hoy me lo ha contado la señora del Campos. También que cuando se acabó la obra esta gente tuvo que improvisar. Muchos optaron por quedarse por aquí arriba, por hacer chapuzas, por tener hijos valencianos. Diría que en general no les fue especialmente mal. Algunos abrieron bares, otros se hicieron transportistas. Sin embargo nadie entre esas gentes logró meter cabeza en la ganadería, por lo menos esa impresión me da. Me resulta curioso, más bien intrigante. También había en el cristal un buen número de anuncios de casas en alquiler para los fines de semana, para el puente de la Constitución, para fin de año. Todos y cada uno de ellos contenía la palabra “acogedora”. Leí también un cartel tamaño A3 en papel satinado de color rosa que publicitaba la inminente apertura de una peluquería canina. Dije que no hay perros por aquí, no muchos, pero he comprobado que sí. Lo que pasa es que los perros naturales de Las Cumbres se peinan poco, diría que son libres si es que un perro pudiera serlo, en fin, están bastante asilvestrados. Se pasan el día entero en los montes persiguiendo ardillas, copulando, o ahí abajo en el río, haciendo más o menos lo mismo. Los veo desde el coche, los veo o creo verlos desde mi terraza. Siluetas impredecibles en el valle, en las laderas. Vuelven al anochecer, en grupo, en jauría, en realidad la palabra que acude a mí al verlo es manada, envueltos en polvo o en barro en función del tiempo que haya hecho, y se desperdigan por las callejas. Eso si son perros domésticos, claro está, quiero decir mascotas. Los otros trabajan duramente guardando por ejemplo

las ovejas, por ejemplo las granjas, o por ejemplo el desguace Las Águilas, ahí ya casi en el valle, donde ese perro gigantesco y viejo como las montañas me sigue ladrando cada mañana cuando bajo en el Dacia al trabajo. Hay algo en su cara que me hace pensar en Dios. La verdad es que el cartel este de la peluquería canina estaba medio oculto tras otros anuncios, y tenía además un aspecto desgastado; es posible que correspondiera a un pasado remoto, o al menos lo bastante lejano como para carecer de sentido. No me suena haber visto una peluquería canina en ninguna de las calles de este pueblo. A lo mejor nunca llegó a abrir. O a lo mejor abrió y cerró al poco tras fracasar estrepitosamente. Lo deseé, en el fondo me gusta sentirme acompañado. Anuncios también de excursiones dominicales al Santuario de La Palma, dos idénticos de la feria de maquinaria agrícola y ganadera de Olocau y uno de un tal Floren: se reparan barato aspiradoras, planchas, ollas a presión, se vacían pisos. Merendé sangre frita. Cené sangre frita y un tocino de cielo.

Lunes 11 de noviembre

Lo perderé todo. Estoy a punto de perderlo todo, lo noto. No siento pena; al fin y al cabo a la larga todo el mundo lo pierde todo. Lo que pasa es que a mí me ocurrirá antes de lo habitual. Lo sé. Ya he dicho que lo noto. Y no estoy hablando de quitarme de en medio, lo que digo es que se acerca el día en que no habrá nada en mi cabeza. Se acerca deprisa el momento. El vacío. Lo oigo. Pero aquí y ahora tengo las nikes y alguna que otra de estas últimas tardes las pongo a prueba saliendo a correr por el monte. Por el frío. No recuerdo dónde las compré, no recuerdo cuándo. Se acerca muy deprisa el trance en que mi cerebro será un hoyo en el espacio y en el tiempo. Pero sé que aún las tengo. Sé que las conservo y me las ato bien fuerte y con el último sol dejo el pueblo por la puerta del Rey. Desde ahí un rato cuesta abajo pegado a la muralla o bien tiro por el sendero de los perfumes, en cualquier caso pegado a mi sombra larga mientras pienso: soy ese. Mientras me pregunto: ¿soy ese? En cualquier caso respirando el espliego seco, respirando boñigas de aspecto saludable, nutritivo. Esparto y hierba. Respirando entre las carrascas fatigado y asombrado, más bien extenuado y perplejo. Y luego al trote hacia los secaderos. Y todavía un poco más allá, ya de subida a las crestas, alcanzo una granja porcina idéntica a la del barranco. En ese tramo aprieto el ritmo pese a la pendiente. Aprieto el ritmo lo poco que puedo, estoy cansado, estoy viejo, pero

corro, estos días corro, seguramente mañana ya no. Me falta disciplina, me falta perseverancia. Pero hoy he corrido. Una exhalación a través del tufo. Un animal vivo entre animales muertos, que corre sin contador de kilómetros ni de pulsaciones. Sin música. Sin gilipolleces. Sin mariconadas. Solo yo y el ruido de mis pisadas. Solo el ruido de no sé cuántos millones de años de evolución y mi prodigiosa voz mental atenta para entablar conversaciones alucinantes con las cabras tras los cercados, con las liebres idiotas, con los pocos buitres en el cielo, dorados y enormes. Mi voz siempre dispuesta a entablar conversaciones alucinantes con todos los hombres que nacieron y murieron en la Historia para que yo viniera al mundo una medianoche antigua. Hablo largo y tendido con ellos mientras subo y subo hacia los picos, mientras subo y subo hasta los gigantescos aerogeneradores Siemens, donde ya se respira el hielo eterno del cosmos. Qué limpia es la tierra ahí en lo alto, bajo mi culo, mientras recobro el aliento contemplando los tejados del pueblucho a lo lejos, engullidos poco a poco por la noche. Qué sucio me siento cuando descendo de regreso guiado por el alumbrado básico, invernal de la muralla y los torreones. Pero cómo me gusta entrar por la puerta de San Blas y atravesar exultante sus ochocientos años de decadencia anunciado por las campanas. Porque todo es exultante comparado con las piedras. Incluso yo. Hay días en que me resisto a mi suerte. Sería enternecedor si no fuera vergonzoso.

Arranqué algunos espliegos de vuelta de mi carrera. Las salvias parecían enfermas, por lo menos cansadas, igual que las mentas. También cogí algo de tomillo, algo de romero, pero sobre todo lavandas, un buen ramillete. Antes de subir a casa me pasé por los Casimiros y compré un rollo de cinta aislante con la que acabo de fijar los tallos al suelo de la terraza. Un lecho para el amonites, barrunto que quizá un altar. Descansa envuelto en fragancia, ese trozo de pasado. Algo es algo. De pronto me pareció imprescindible que así fuera, así que cierto alivio. Llevo un rato aquí sentado, a la luz del farolillo, guardándolo. Puede que la acción sea venerar. También hojeo sin ganas a Carver. Siempre supo conectar conmigo, quiero decir que siempre supe conectar con él. Ya no. La culpa ha de ser mía.

Martes 12 de noviembre

Las vacas del Garbo se recogen sobre esta hora en que el sol ya se rebana contra la sierra, inflado y rojo como un filete a la piedra bien caliente. Pringoso como un toro herido, sangrando, desangrándose. Congestionado como el rostro del dueño de esos animales. Deben de ser cien o doscientas, las vacas, quizá cuarenta y cuatro. No soy un hombre religioso pero hoy quise acercarme al cielo. Lo necesitaba. Volví yo de ver a la virgen de la Palma cuando las vacas invadieron la CV-14 tras descender el suave terraplén del tramo de asfalto comprendido entre el matadero y el campo de fútbol. Les importan bien poco los camiones que suben para Zorita y Olocau. Les importan bien poco los buldóceres que llevan trabajando en la balsa desde que llegué por aquí. Les importa bien poco mi Dacia. Algunas tardes me veo atrapado en el atasco, esto también lo he dicho, creo. Inocentemente blanco y tan ligero o pesado como cualquiera de ellas, diría que las vacas creen que mi coche pertenece a su especie, que el Sandero es una de ellas. Lo rodean, lo lamen, lo rozan con sus corpachones de vaca. Entonces subo la ventanilla, por las moscas y las garrapatas y demás, todos esos bichos más o menos visibles que les chupan la sangre. Las primeras veces le daba al claxon. Ahora sencillamente espero a que se deshaga el tumulto mirando de reojo las vacas mientras escribo a toda máquina y rezo, imploro que no me estropeen los retrovisores. Mientras pienso qué pensarán de mí esos cerebros. Mientras me pregunto cómo se me verá dentro de esas enormes cabezas que me observan con ojos esféricos y negros como bolas negras de billar. En definitiva cuánto podrá perdurar el recuerdo de Iván Rojo en la mente de una vaca. Si hay un misterio que quisiera resolver es ese. El Garbo no suele acompañar a sus vacas de vuelta a la explotación, por lo menos rara vez se deja ver. Solo en dos o tres ocasiones lo he encontrado con ellas, siempre a lomos de una moto de cross bajita y hecha mierda, no descarto que una Puig. Siempre sin casco, su cabezón medio calvo al aire. Qué feo es, ya lo he dicho en otra parte pero me parece necesario recalcarlo. O simplemente me apetece hacerlo. Posee esa clase de fealdad innegociable que conmueve el alma, que en otra época se habría atribuido a un castigo divino, que le hace a uno pensar que quizá se trate precisamente de eso. Esa clase de fealdad por la que hace unos cientos de años se quemaba a la gente en las plazas. Naturalmente después de unos cuantos meses en estas montañas sé el verdadero nombre del Garbo. Para empezar le he tramitado el nacimiento de unos cuantos terneros, la muerte de unas cuantas vacas. Sé su nombre y sus apellidos, pero no los diré porque no importan y porque por aquí todo el mundo le llama como ya he dicho, supongo que por la gracia con que anda. Con esa pierna contrahecha que tiene parece que siempre vaya bailando,

moviendo las caderas. Insisto: qué caraza, qué cabeza horripilante la del Garbo. Toda esa sangre inflamada ahí dentro, aparentemente a punto de estallar. Pero no estalla. Porque luego por la noche en el bar del Jesuso uno comprueba que el Garbo es de esos hombres que poseen autocontrol. De esos que beben solos y en silencio con la vista apenas un palmo más allá de su nariz de berenjena, de su tocha gorda de borracho, hundida en el JB y luego en el siguiente JB y así hasta el sexto o el séptimo. Creo que cuando coincidimos por el pueblo me hace un gesto de mentón apenas perceptible, a modo de saludo. Creo que algunos piensan que es un poco corto. Creo que puede ser pero que no es eso lo único de que anda escaso, que le falta mucho de cosas mucho más importantes. Lo que sé cierto es que los viernes que tiro para Valencia en el Sandero veo su moto apoyada contra la pared norte del Serafina, en torno a las tres de la tarde. Lo que sé cierto es que también la he visto algún lunes o miércoles o domingo, esas tardes profundas o esas noches indistinguibles en que necesito conducir, resplandeciendo exactamente en el mismo sitio a la luz rosa chicle, verde pistacho, rosa chicle del luminoso. El Serafina, ese puticlub con pinta de mansión algodонера que se alza pasado el pico de Puntal, a unos novecientos metros por encima del nivel del mar, quizá solo trescientos, dato este que no aporta gran cosa. Siempre hay alguna negra en chanclas tendiendo las sábanas entre los almendros que rodean la casa. En realidad no estoy seguro de que sean almendros. Son árboles de flores blancas, eso sí. Tampoco esta información es relevante.

Miércoles 13 de noviembre

Dos semanas después de comprarlas han llegado a la oficina mis botas de montaña. Unas Hi-Tech de goretex. Estaban de oferta. Cuarenta y nueve euros. Me las he calzado con cierta solemnidad. Con una mezcla de asunción y desasosiego, consciente de que suponen un paso más en mi adaptación a Las Cumbres. Me están algo grandes. El director me ha visto poniéndomelas y me ha dicho que ahora sí, que ya no tengo excusa, que mañana bajamos a la oficina a pie por los caminos. Le he dicho que vale.

A la hora de cenar llamada de mi hermano. Cuatro minutos de charla telefónica. Básicamente fútbol, algo acerca de una serie que están viendo. Ha vuelto a sugerirme que me instale el Skype, que así podrán verme mis sobrinos, podré ver a mis sobrinos.

Ha bromeado sobre mi barba, que si ya me llega al ombligo o qué, que entre eso y la nariz que tengo me van a apodar Bin Laden en el pueblo. Le he dicho la verdad, que ya sabe que mi ordenador es viejo y malo, que no quiero darle más trabajo de la cuenta, no vaya a ser que. Luego le he mentado: me pillas escribiendo. Besos a todos. Le ha dado tiempo a colar en el último momento que a ver si bajo el fin de semana y comemos en casa de nuestros padres. A menudo olvido la suerte que tengo de tener hermano, de que mis padres tengan otro hijo, mejor que yo. Me libera de cierta presión. Me alivia.

Jueves 14 de noviembre

A las siete nos vimos en los soportales. Salimos por la puerta del Rey y de ahí para abajo a través de las terrazas de aromáticas. El aire negro olía a anís. Recordé las infusiones de mi abuela, las copas de mi abuelo, los ochenta, mis ojos en esa hermosa luminiscencia fucsia a lo lejos, detrás de las montañas del tiempo, de la degeneración. Se baja más rápido desde San Blas, me informó el director, pero este camino es más auténtico. Desde luego parecía muy real, duro y pedregoso. Agradecí el refuerzo de mis botas a la altura de los tobillos. Por lo demás iba en vaqueros y con mi abrigo de todos los días desde hace ya unas cuantas semanas. Él en chándal de Decathlon y con una cazadora de esas brillantes y acolchadas. Un niño. Un huérfano. Incluso cargaba una pequeña mochila. Pensé en la Isi. La ropa para ponerse en la oficina, me dijo; luego tenía una visita y tenía que arreglarse un poco más de lo normal. El primer sol bautizó las crestas de enfrente. El rubor del aire se deshacía rápidamente. Puede que la temperatura aumentara medio grado. En cualquier caso ni un animal, ni un mamífero, ni un pájaro, ni un insecto. Nada vivo en la tierra ni en el cielo. Solo nosotros por los senderos y algún árbol aquí y allá, algunos brotes de lo que fuera. La escasa vegetación se veía ajada, casi famélica, de un verde apagado. Pensé en comentar que me extraña lo poco que llueve aquí arriba. No lo hice. Nuestros pasos producían un ruido rasposo. A media bajada el hombre me ofreció una mandarina que sacó de un bolsillo. No, gracias. La peló en segundos y se la metió entera en la boca. El jugo le chorreó por la barbilla, se lo limpió con la manga. Me pareció lo más natural del mundo. De pronto pensé que había tardado cinco meses en aceptar su propuesta. Por qué, no lo sabía. No lo sé a ciencia cierta. Su homosexualidad latente no tiene nada que ver. Estoy convencido del dato: esa forma de mover la cabeza no siempre se da pero cuando se da es señal

inequívoca. En definitiva, sé lo del director, y sé que él sabe que lo sé. Quizá le hubiera rehuído porque en el fondo el director me parece una persona normal, de las que sufren sin drama, de las que lidian con la frustración a base de tics nerviosos, caminatas por la montaña, un vino fuerte de tanto en tanto, una borrachera. Un perfil poco literario a priori. O quizá precisamente porque esa cotidianeidad compleja y conflictiva es lo que me gustaría que se reflejara en la novela. Y no sé hacerlo. Quise preguntarle si de verdad le gustaba vivir en Las Cumbres, si era feliz de una manera aceptable. No lo hice. Sabía la respuesta y además entonces se puso a hablarme de su mujer. Era profesora en el instituto, de Historia. La mayor de sus hijas había empezado el mes pasado la universidad en Castellón, la otra lo haría el próximo año. Aparte de eso poco más hablamos durante el descenso por la ladera, por la sombra. Sin venir a cuento comentó que una vez hubo en la oficina una auxiliar que estaba bastante buena. Creo que emití por la nariz un soplido de asentimiento. Ya en el valle caminamos un buen trecho por el arcén de la CV-14, siempre por nuestra izquierda, siempre encarando los camiones. Siempre el director delante, con esa andar aduendado y algo saltarín propio de los hombres livianos, no flacos, sino a medio hacer. Esos hombres que incluso cuando mueran de viejos mostrarán en el ataúd un aspecto adolescente y en muchos sentidos insignificante. El flequillo no ayuda a tomarle en serio. De tanto en tanto giraba la cabeza lánguidamente y me miraba sonriente un par de segundos. Al poco de dejar atrás el campo de fútbol tiramos en suave descenso para la izquierda, en perpendicular a la carretera. Anduvimos dos o trescientos metros a través de un prado donde la hierba era muy verde y muy fría y no olía a nada especial pero estaba empapada por la rosada y mojaba las perneras de los pantalones. Me agaché y arranqué un buen puñado con cada mano. Me gustó el ruido seco que las cintas hicieron una a una al separarse de la tierra, como de fractura. Me guardé los manojos en los bolsillos del abrigo. El aire trajo entonces un mugido sin dueño, sin dueña. Oírlo me hizo sentir mejor, agradecí la sencillez y sinceridad de su voz. Me recordó que la vida es tramposa, que a menudo las señales no sirven de nada. Que a veces cuesta saber hacia dónde va uno, de dónde viene, todo eso tan filosófico. Salimos del prado y dimos con el curso del Bergantes. Lo remontamos por un sendero que zigzagueaba acercándose y alejándose de la ribera. Ahora un metro entre nosotros y el agua, enseguida diez, o a la inversa. Pasamos junto a la caseta del forestal. Atravesamos la chopera. Vimos la oficina allí delante, las luces apagadas. Podía ser una oficina ganadera, sí, porque también podía ser cualquier otra cosa. En fin, era el extraño lugar al que la vida había llevado a Iván Rojo. Pensé en

preguntarle al director que qué pasaba con las huellas de dinosaurio, que a ver dónde estaban. No lo hice.

No sé si hace falta decir que esta noche me he cenado un bocadillo de atún. He salido al balcón cuando las campanas de la iglesia anunciaban el fin de su jornada diaria. He fumado un rato bajo las estrellas, frente a las montañas y sus penachos cerúleos de bruma, de nubes, sobre las sopas de ajo de este pueblo, con la chaquetilla echada sobre los hombros y el abrigo encima de ella. Las manos en los bolsillos, por lo menos siempre una mano en el bolsillo, amasando el verde que esta mañana arranqué de estos prados, todavía húmedo, todavía limpio, más frío que el aire. Después de tres o cuatro cigarros he colocado la hierba en mi ara particular, con un poco de cinta adhesiva y mucha delicadeza, ahuecándola todo lo posible para mayor comodidad del amonites.

Viernes 15 de noviembre

Salí tarde hacia Valencia, Pearl Jam conmigo, Ten, y los faros de los camiones entre las nubes bajas. Qué hermosura. Iban rumbo a Alcañiz, rumbo a Zaragoza. O eso habría dicho cualquiera, quiero decir cualquiera que no fuera yo. En realidad iban rumbo a mí. Venían, porque todo siempre viene hacia mí. Hace ya mucho que todo me acecha, me persigue, me cerca. Hablaba de los camiones. Me iluminaban unos segundos y quedaban atrás en la noche. Cada uno de ellos una anunciación. Otra anunciación. Vivo una anunciación a cada instante. Todo aquello con lo que me cruzo graba un mensaje de luz en mi sesera. Estoy acostumbrado a abrazar fuerte con la mente lo que nunca volverá, y luego abandono al mensajero a su suerte. Aquí en las curvas negras de Las Cumbres o donde me pille. Y sigo mi camino. Pero de golpe uno de esos tráileres decidió en un alarde adelantar a otro e invadió con ímpetu mi carril a tan solo unas decenas de metros en línea recta del morro de mi Dacia, y supe que esta vez va a ser diferente. Supe que esta anunciación iba a ser especial. Quizá la última. La definitiva. Justicia poética. Justicia cósmica. Justicia a secas. Sin embargo no me asusté. No hubo miedo en mi alma frente a las luces de la muerte que se me acercaban a cien por hora calentando el agua helada de mis ojos. Hubo perplejidad primero y de inmediato una suerte de curiosidad desenfrenada. Mi cerebro disparó preguntas como balas dispararía un fusil automático. De qué iría cargado el camión que iba a matarme en dos segundos.

Imaginé veinte mil kilos de fruta buena para la salud. Imaginé cajas de exprimidores, de microondas, de juguetes para la temporada navideña: robots de plástico parlantes, cinco o seis palabras pregrabadas en su inteligencia límite; coches teledirigidos; libros para colorear por el hijo tarado de la señora del Campos, ese niño eterno y bendito; miles de barbis y decenas de miles de imitaciones de barbie. Imaginé un cargamento de baldosas de gres de Porcelanosa. Un cargamento de gatos de esos chinos que mueven una pata, rabiosamente dorados. Un cargamento de pantis de la MarieClaire de Villafranca destinado a estilizar las piernas de España. Imaginé un alijo multimillonario. Ocho o dieciocho toneladas de la droga más pura, que tras el impacto quedarían tristemente varadas en la carretera a la espera de la llegada de la Guardia Civil. Y el camionero. Qué palabras emplearía cuando llamara por teléfono a emergencias, a su mujer, a su padre para contar que acababa de llevarse por delante a un Sandero en el kilómetro 104 de la N-232. Porque lo haría, muy pocos son los que no hacen lo que hay que hacer, muy pocos, por suerte o por desgracia para todos, son los mezquinos sin remisión. El pobre hombre reviviría este momento en sus pesadillas hasta el fin de sus días. O no. Sería yo inmortal en su cabeza dormida. O no. Necesitaría ayuda psicológica, psiquiátrica de ahora en adelante. O no. Habría dado la vida por saberlo si no fuera porque ya lo sabía. Claro que lo sabía. Lo sé. Lo sé muy bien. Pero me pregunté también si habría juicio, si mi nombre sería pronunciado ante un tribunal junto a la expresión “el finado” o “el fallecido”. Me pregunté en cuánto tasarían mi muerte las tablas de indemnización. Cuánta pasta le soltarían a mi familia. Ciento veinte mil euros, doscientos mil, quinientos millones. Nada. Me pregunté si dolería. Y entonces sí me inquieté un poco. Pensé: no creo que el airbag sirva de mucho contra un monstruo como el que se me viene encima. Pensé: será rápido, eso seguro, es probable que ni siquiera me dé tiempo a oír el choque. Hay ratones de campo por aquí, se me ocurrió de pronto, no sé por qué. Hacía unos kilómetros, hacía unos minutos había visto un par de sombras diminutas cruzando la carretera. Hay liebres y corzos y jabalíes en estas sierras, hay comadreas. No quería salir despedido del coche, no quería que los ratones y demás alimañas merodeadores tuvieran ocasión de acercarse a olisquearme. Como norma general no conecto con los animales. Quizá las vacas sean la excepción. Quizá las vacas habrían podido ser la excepción. No es políticamente correcto decirlo hoy en día pero no me gustan los animales. No quería acabar desmadejado en el asfalto con los ojos secos vueltos a las estrellas como aquellos conejos arrollados que viera en verano allá abajo, en Los Llanos. Como un perro arrollado. Como una persona arrollada por la

vida, inevitablemente bella, inevitablemente triste, inevitablemente con cara de idiota. No quería irme al otro barrio con la cara desfigurada y cristales de luna en el pelo, en la nariz, en la boca, en los ojos, en fin, del modo en que lo explica Denis Johnson en el primer cuento de Hijo de Jesús. Quería quedarme atrapado en el Dacia sentado al volante, reventado por dentro si es que no había otro remedio pero más o menos reconocible. Como un hombre. Quería que al cabo de un rato los bomberos tuvieran que recurrir a su inteligencia, su técnica y su delicadeza humanas para liberar dignamente mi cuerpo de entre los hierros. Y quería que al día siguiente o al otro mi madre me viera por última vez más guapo que nunca en el tanatorio de San Isidro, Valencia, y que pensara que fui el mejor de los hijos, el mejor de los hombres. Que hasta el fin de sus días creyera que me había conocido mejor que nadie y que me había querido y siempre me querría por consanguinidad y merecimientos. Quería que mi padre se asomara a mi ataúd y me mirara con expresión de incredulidad. Quería que se atreviera a escuchar la voz de su instinto y sospechara que me había llevado conmigo al más allá algún que otro secreto y quizá cierto alivio, cierto descanso. Y qué pasaría con mis cosas. No sé qué se hace con los restos desperdigados de un accidente, con todo lo que estaba a punto de salir volando de la guantera, del maletero, de debajo de los asientos. Mi mochila nike, mis zapatillas nike, mi paquete de West a mitad, mi cartera, mis gafas de sol, mi cedé de Johnny Cash, mi cedé de Songs: Ohia, mi cedé de Beasty Boys, mi otro cedé de Johnny Cash, mi libro Conquista de lo inútil, de Werner Herzog. Mi sombrilla. Qué maravilla, mi sombrilla de playa verde y amarilla y azul y roja quedaría ahí, al albur del viento glacial de las montañas, como una bandera vencida. Y mi móvil, virgen santa. Mi móvil. Supuse que sufriría daños. La pantalla fundamentalmente. Pero quise pensar que sobreviviría. Necesitaba que sobreviviera, que siguiera recibiendo en mi nombre la señal del mundo. Tenía que haber dejado escrito mi deseo de que alguien se encargara de recuperarlo, de cuidarlo como si fuera el recipiente sagrado de mi alma, de mantenerlo siempre con batería y mandar gifs estúpidos a mis contactos a las tantas de la madrugada y atender las llamadas de las teleoperadoras sudamericanas de Vodafone, de Orange, de Yoigo. Que alguien se encargara de acabar a su gusto la novela que tenía y tengo a medio escribir en la sección Notas. Dios... Y quizá fue precisamente Dios el propietario de la voz femenina que de pronto se alzó en mi cabeza, algo autoritaria pero serena y me dio la impresión de que llena de amor por mí. Me habló en inglés. Y no me sorprendió porque se dice que Dios es sabiduría, que Dios es lógica, de modo que era natural que usara la más popular de las lenguas para intentar hacerme llegar su intrépido

mensaje: Turn left, turn left, turn left, turn left now. Y todas y cada una de mis neuronas me suplicaron que desoyera su consejo, que girara a la derecha, que me lanzara a la cuneta, que me empotrara contra los pinos o pegara veinte vueltas de campanas ladera abajo hasta hundirme en el río Bergantes, si es que ese hilo de agua allá abajo seguía siendo el Bergantes. Cualquier cosa menos pasar entre los camiones. Pero no. Obedecí a la voz. Obedecí a la voz porque uno se siente muy solo a las once de la noche en una carretera de mierda contra un par de monstruos aproximándose en paralelo y en rumbo de colisión. Incluso más solo de lo habitual y más abierto que nunca a ideas y sugerencias creativas. Así que, cegado por la luz en expansión, giré suavemente el volante a la izquierda. Y de pronto la oscuridad se hizo. Y no voy a decir que en ese momento no supe si estaba vivo o muerto porque sería inmoral y de lo más hortera además de mentira. No tuve la menor duda de que estaba vivo. Oía el estruendo mastodóntico de los camiones como si estuvieran dentro de mi cráneo. Mis ojos deslumbrados alcanzaron a entrever los pilotos rojos de los laterales de los tráileres desfilando a toda velocidad a dos dedos de las puertas del Dacia, las ventanillas, mis orejas. Y los olí. Olí los camiones, olí su aliento alquitranado entrando salvaje por todos los respiraderos de mi coche. Y luego el silencio. La paz. No la inmensa paz condenatoria de la muerte sino la paz exigua, irreplicable y carísima, tan preciosa, de la vida. Lo primero que pensé cuando me detuve cincuenta metros más adelante fue que ninguno de los tres implicados habíamos usado el claxon. Me satisfizo la elegancia y profesionalidad que el hecho denotaba. Bajé del coche y lo rodeé. El retrovisor derecho había desaparecido arrancado de cuajo. Besé lo que quedaba del soporte. Los cables cortados me acariciaron la cara. Creo, me dije, que la normativa permite circular con solo un retrovisor exterior y el de dentro. Quizá debiera comprarme un gato, me dije también, adoptar uno de los que se pasan de tanto en tanto por la terraza del piso. Los camiones también se habían detenido. Ronroneaban inofensivos a lo lejos al ralenti. Sus faros iluminaban con crudeza quirúrgica una buena tajada de los montes abandonados. Tuve la sensación de estar dentro de una película. Los hombres bajaron de sus cabinas y avanzaron hacia mí con cautela. Recortados en la niebla contra las luces traseras de sus remolques parecían demonios humeantes deseosos de acabar lo que habían empezado. Deseosos de acabar conmigo. Cuando aún estaban lo bastante lejos me subí al coche y arranqué. No he vuelto a nacer, me dije. No he vuelto a nacer, me repetí. No he vuelto a nacer, no he vuelto a nacer, no he vuelto a nacer. Porque no he muerto. Era el día mundial de Iván Rojo, estaba claro. Nadie lo sabría nunca pero hoy también lo era. Igual

que ayer, igual que mañana, seguía siendo el centro de la creación. El centro de mi mundo, que es el único que importa, el mundo que estaba condenado a soportar. Me sentía maravillosamente vulnerable. Me sentía capaz de todo aquello que nunca llegaría a hacer.

Lunes 18 de noviembre

Hoy libré. La semana pasada le dije al director que me vendría bien cogerme este lunes, que tenía cosas que solucionar en Valencia. Papeleos. No le mentí. Me lo concedió. De modo que he aprovechado para pasar un fin de semana largo en Valencia. En resumen comí con mis padres y mi hermano, cené con Pablo y Andrés, comí con mis padres. Me alimenté de comida y de buenos sentimientos. Abundando un poco más en los hechos podría decir que mis amigos y yo estamos cada vez más separados. No estoy planteando un alejamiento de ellos en relación conmigo o de mí en relación con ellos, hablo de un distanciamiento simultáneo y de intensidad equitativa de los tres para con los tres. Creo que no pocos profesionales de la medicina y del comportamiento dirían que necesitamos una mujer, que cada uno de nosotros necesita una mujer, se entiende. Pero es sabido que esa es la explicación fácil a los problemas de la gente del sexo masculino y orientación heterosexual. Lo cierto es que cuando nos juntamos hablamos largo y tendido de tiempos y lugares que murieron hace años, hace décadas. El instituto, los profesores del instituto, las discotecas a las que íbamos durante nuestra época en el instituto, la universidad y por supuesto las chicas que iban a nuestra clase en el bachillerato, en la carrera. Ninguno de los tres tuvo el menor éxito con ellas. No me duele en absoluto, ya he dicho que ha habido mujeres que me han amado. Mis amigos no pueden decir lo mismo. Y no lo dicen. Cada vez me cansa más el modo en que hablan de ellas. Me angustia. Se plantean la posibilidad de amar y ser amados como una fantasía. Adolecen de confianza, adolecen de estilo, adolecen de orgullo. Es lo más significativo que detecto en Pablo y Andrés desde hace ya mucho tiempo, y es lo que me aparta de ellos, lo que hace que ya solo me tome un cubata después de la cena. Ellos tienen otros motivos para sentir de manera similar hacia mí, seguro, pero no ese. Quizá, como mis amigos, yo tampoco me ame, pero me respeto o lo intento. Si no me amo es porque no lo merezco. También hablamos de jugadores de fútbol de los años noventa, de videojuegos y juegos de mesa y de cine, hablamos mucho de cine. En cuanto a mi

familia, los vi bien. Todos me preguntaron por el frío, si ya ha llegado el frío por allí arriba o qué. Mi madre insistió mucho en que me trajera otro edredón. No lo hice. Mi padre me dejó caer que a estas alturas del año ya va a ser mal tiempo para venir de visita, que se va a quedar con las ganas, y que le sabe mal. Sé que lo que le sabe mal es que nunca llegara a invitarles expresamente a pasar conmigo unos días en Las Cumbres cuando aún hacía bueno. El hombre me miró con unos ojos diferentes a los que le conocía. Era la vejez, que los había conquistado, que les había arrebatado el color, que ya no eran negros, o marrones. Dios, de qué color son los ojos de mi padre. No importa porque ya digo que me di cuenta este fin de semana, ayer mismo, domingo, de que los ojos de mi padre ya solo son amarillos, de un amarillo bilioso, enfermo, viejo. Si vivo lo suficiente tendré pesadillas con ellos, lo sé. Por las noches dormí en mi antiguo piso. Me es imposible ahorrar pagando ese alquiler y este de aquí pero vale la pena el esfuerzo. Después de estos meses en Las Cumbres mi mente se ha liberado. Es probable que eso sea mucho decir, lo admito. Digamos que después de estos meses en Las Cumbres mi mente se ha soltado, se ha relajado, siempre inconscientemente y dentro de lo que cabe. Lo que quiero decir es que claro que en este piso de las montañas no me siento en casa, pero ahora tampoco me siento en casa en el piso alquilado en Valencia en el que viví durante años antes de echarme quién sabe por qué a los montes. Tampoco me siento bien en casa de mis padres. Ni en la de mi hermano. Ni con mis amigos. Ni dando vueltas por la ciudad. Seguramente, ya lo he matizado, este sentimiento de descolocación no tenga nada que ver con la libertad. Pienso que en todo caso pueda guardar relación con cierta alteración en el equilibrio de fuerzas que rigen mi pensar y mi sentir. En mi ser se ha producido un cambio climático, creo que es una buena forma de exponerlo. Ya no me siento a gusto en ninguna parte, así es, pero tampoco me siento a disgusto en ningún sitio. El escenario, el ambiente puede cambiar cuanto quiera; yo no lo haré. Seguiré siendo quien soy haga frío o calor, ya respire el aire pétreo que flota a mil metros de altura sobre el nivel de mar o me aplaste la atmósfera densa como jarabe que se derrama en la costa mediterránea. Seguiré siendo Iván Rojo. En otro orden de cosas esta mañana fui al banco. A mi banco de toda la vida. Me refiero a la sucursal de Bankia, antes Bancaja, de la avenida Tres Forques de Valencia. La sucursal en la que mi madre me abriera una cuenta corriente allá por mil novecientos noventa y uno o noventa dos. Esa cuenta a la que unos años después se me vinculó mi primera tarjeta de débito: el carné joven. Bueno. Hice cola un rato, un buen rato, temblando, sudando. Por momentos la estupidez me podía y me sentía un héroe. Para controlar la náusea escribí

esto: Esta sucursal de Bankia antes lo fue de la Caja de Ahorros del Mediterráneo. Me acuerdo. Y el helecho que reina en el centro del local junto a los displays de productos financieros lo sabe muy bien. Lleva aquí toda la vida. Ha resistido quiebras de empresa, intervenciones del Estado. Ha visto pasar a su lado decenas, cientos de empleados y miles y miles de clientes. Ha sobrevivido a la redecoración de un país entero. Ha esquivado el desalojo, ha burlado al olvido. La ruina. En todos y cada uno de los momentos críticos de los últimos veinte años alguien decidió que su presencia era necesaria para la buena marcha del negocio, o cuando menos no incompatible con la supervivencia de la entidad. En fin, aguantó el tipo, se hizo de valer. Reclamó su discreto papel en la historia. Viejo helecho de plástico, verde como el primer día, te miro y pienso: Viejo helecho de plástico, verde como el primer día, nos enterrarás a todos. Cuando ya no haya dinero, cuando se apaguen las luces del último banco de la Tierra, cuando ya no quede nadie seguirás en tu sitio, lo sé, tan esplendoroso como siempre. El polvo del Apocalipsis alcanzará tus hojas, los gatos salvajes orinarán en tu tierra simbólica. Me gustaría tanto arrancarme la cabeza, enterrarla entre tus raíces imaginarias. Porque cuando el lenguaje sea un cadáver y tú, heroico helecho, una cosa innombrable, tu sola visión seguirá inoculando en la mente animal el misterio que hoy me inspiras. ¿Qué haces aquí? ¿Qué eres? ¿Cuál es tu misión en el mundo? Habla ahora, habla. Te escucho. Cuando por fin me llegó el turno le pregunté al hombre de la ventanilla si entre la oferta de productos financieros de su empresa se contaban los seguros de vida. Me dijo que sí, pero que eso mejor lo hablara con la directora. Lo malo era que la directora se encontraba en una reunión y, además, solo atendía con cita previa. Me fui.

No he dicho que ayer después del café mi padre me pidió que le moviera el coche. De algún que otro comentario de mi madre entendí que ya apenas conduce. Sí, debí haberles propuesto que subieran conmigo a las fiestas del pueblo. Debí haberles llevado a Valderrobres. Debí haberles invitado a cenar en el restaurante del hotel El Cid. Debí haberles enseñado mi trabajo, la oficina ahí entre los prados, entre las flores, entre el estiércol. Debí haber dado con ellos un paseo hasta el río y su olor verde. Debí haberles dejado preparado el café antes de irme a trabajar para que se lo tomaran al sol bajo la paz de mis golondrinas perdidas. No lo hice. Bajamos los dos juntos a darle una vuelta al Lacetti. Me senté al volante, mi padre detrás porque según me dijo y comprobé la puerta del acompañante no puede abrirse, no sabe qué pasa. Cuando me dispuse a girar

la llave en el contacto me aterró la posibilidad de que el motor no arrancara. El día que ese trasto no funcione será el fin de una era. Elevé una oración antes de probar suerte. Elevé una plegaria silenciosa por lo imposible: que los coches históricos nunca se averíen, que nunca se cansen, que nunca revienten. Que el Lacetti de mi padre siga moviéndose por Valencia hasta el día del juicio con la documentación caducada. El motor respondió. Metí primera y mi padre y yo echamos a rodar despacio a lo largo de la avenida del Archiduque Carlos hasta el cruce con el Bulevar Sur, y desde ahí todo recto bordeando los vecindarios periféricos recién florecidos como por ensalmo en la cuneta estéril de la V-30, desangelados ellos y nosotros. En la rotonda del cementerio general dimos la vuelta, un semáforo nos obligó a detenernos cerca de sus muros. Hasta ese momento mi padre me había estado hablando sin pausa, su cara asomada entre los reposacabezas de los asientos delanteros, su mano en mi hombro, sus palabras muy cerca de mi oreja derecha, muy cerca de mi cerebro. Sin embargo no recuerdo ninguna de ellas, solo el rumor ahumado de su voz en extinción, como un anticipo del misterio en que la muerte convierte a los vivos. Sentí lo que sentiré cuando ya no pueda hablar con mi padre, pero perseveraré en el silencio. Y allí al ralentí junto a la tapia del cementerio también mi padre calló. Se echó hacia atrás en el asiento, buscó el tabaco en el bolsillo de la chaqueta y se encendió un cigarrillo de los que le ha prohibido el oncólogo. Yo no fumé, por una vez. Me concentré en llevar a mi padre de vuelta a casa observándolo con disimulo a través del retrovisor. Al reclinarsse su cuerpo había quedado en una posición extraña, desmadejada. Al principio me pareció un gesto de cansancio, incluso de abatimiento. Pero de pronto comprendí que no, que su postura transmitía el aburrimiento dulce de un niño, la somnolencia ingobernable de un niño, la despreocupación tan hermosa de un niño. En un futuro más o menos cercano el viaje de mi padre habría acabado, lo supe, y supe que mi padre lo sabía. Por eso arrellanado en el asiento de atrás del Lacetti el hombre fumaba y contemplaba el mundo de afuera de las ventanillas como lo haría un rey condenado a destierro. Mejor: como lo contemplaría un crío al que le castigan sin salir a la calle en verano, sin río, sin bancales de melones, sin sol en la nuca ni lavanderas en el horizonte de la mente ni nada de nada. Supe también que mi padre se sentía a gusto conmigo, tranquilo. Que confiaba en mí. Lo supe. Que contaba con que llegado el día me tendría a su lado. Que su hijo haría lo que hay que hacer. Naturalmente me alegré de esta inclinación mía al silencio, a sustituir la voz por el papel, quiero decir por los archivos de texto. Me enorgullecí por saber guardarme lo que no se puede compartir. Y en lugar de salir de Archiduque por Virgen de la Cabeza

para enfilar hacia casa seguí a cincuenta hasta Tres Forques y la remontamos en dirección Pérez Galdós, donde a mitad de túnel mi padre bajó la ventanilla y arrojó la colilla. La brasa se deshilachó en el aire tóxico. Y al salir todo para adelante hasta la tercera a la derecha, Doctor Zamenhoff, luego la segunda a la derecha, Teruel, y por fin la primera a la izquierda, San Jacinto. En el número 23 de San Jacinto vivió mi padre con los suyos cuando se vinieron de Chelva arruinados y tristes. En el 23 de San Jacinto volvieron a ser felices, como norma modestamente y de vez en cuando a lo grande, como lo es casi todo el mundo en España, casi todo el mundo en el mundo. Pasamos despacio frente a la persiana de la planta baja. Mi padre agotó su infancia ahí dentro. Ese bajo debería ser una iglesia, un bar, un templo de alguna clase. Pero no es nada. Está vacío. Puse la radio. La Ser. Toda una vida escuchando la Ser al ir y venir del trabajo durante los setenta, los ochenta, los noventa, los dos mil, los dos mil diez. Ese fue mi padre, entre otras cosas: un español del montón. Le pedí un cigarro. Salió de su trance. Se incorporó, volvió a echar mano al bolsillo. Yo te lo enciendo, me dijo. Después me lo colocó en los labios. Su saliva fría.

Martes 19 de noviembre

De camino al trabajo detuve el Dacia frente al desguace Las Águilas. La mañana aún estaba oscura mientras descendía hacia el valle, especialmente oscura pero muy limpia. Demasiado. Un fulgor tenebroso, una fosforescencia mortecina, flotante. Una cadencia en las cosas que no era de este mundo. Todo inmóvil y silencioso a mi alrededor, como en una fotografía. Ni rastro de aire. Cierta atisbo de color en las cosas. Tonos desgastados, tristes, eso, como en las fotografías viejas. Pero ni rastro de aire. Ni siquiera después de bajar la ventanilla. Ni una brisa. Nada. Era extraño, sorprendente. Tanto que caí tarde en la cuenta de que me costaba respirar, de que no podía respirar. Arrimé el coche a la cuneta y me bajé boqueando. Me quité el abrigo, me quité el jersey. Estiré el cuello, abrí la garganta, quise beberme el cielo. Me asfixiaba. Esta mañana muy de mañana me ahogaba en Las Cumbres, naufragaba tan lejos del mar, me hundía más y más en el frío resplandor rosado que asomaba sobre las crestas. El día. El día. El día otra vez. Me senté en el suelo, clavé la barbilla en el pecho, dejé que mis manos acariciaran el polvo sucio de la carretera de montaña, dejé que el polvo sucio de la carretera de montaña acariciara mis manos. Y esperé. Tardé unos buenos minutos en

apaciguar el corazón, los pulmones. Mejor dicho en sosegarlo. La paz no existe, ya lo he dicho. No para mí, ya lo he dicho. Fue al levantarme que observé que me hallaba frente a la puerta del desguace Las Águilas. El perro me miraba con fijeza desde detrás de la verja. Tres, cuatro metros. Más bien me miraba con fijación, con obsesión, como los genios y los estúpidos miran las cosas que les gustan o les interesan. Como si nada más en el mundo existiera. Sin embargo no ladraba. Cada día sin excepción los ladridos roncocos de ese perrazo acompañan los últimos metros de mi descenso hasta el valle. Efecto Doppler. Sin embargo hoy no me ladraba. Solo me observaba, el animal, con la lengua colgando a un lado de su hocico. Hocico o morro. Tampoco sé nada de perros. El mastín o el dogo o lo que quiera que fuera y sea aquel perro me observaba con las fauces medio abiertas incrustadas entre los barrotes y la lengua gris colgando a un lado de su boca. Y no sé por qué me acerqué. No fue para ver mejor la bicicleta que corona la pila de coches más alta del desguace Las Águilas. Es verdad que algunas noches me he preguntado si se tratará de una BH o de una GAC o de una Orbea, pero ha sido solo por hacer algo. Por no pensar en otras cosas. A lo mejor por la misma razón que esta mañana el perro guardián del desguace me escrutaba abiertamente y muy tranquilo desde su cárcel a cielo abierto. O a lo mejor no. No lo sé. Ya he dicho que no sé por qué me acerqué a él y mucho menos por qué sentí la necesidad de agacharme frente a él, mirarle a los ojos y meter mi mano derecha entre los barrotes para posarla en lo alto de su cráneo salvaje. No pasó nada. No sentí nada. Quería que pasara algo, quería sentir algo. Pero no pasó nada, repito. Repito: no sentí nada. Para cuando volví al coche la luz se había hecho. El día había ganado. Y yo volvía a estar expuesto. Al descubierta. Sonaba Placebo, sonaba Nancy boy.

Miércoles 20 de noviembre

Franco ha muerto. Mientras me tomaba el café han puesto en la tele el vídeo de Arias Navarro. Ya no salgo a las golondrinas, hace semanas que no se levantan conmigo, hace tiempo que me han abandonado. Ojalá sean felices allá donde estén. El sur, supongo, África. Sus chillidos despertarán a otros hombres, hombres que nunca pensarán en mí, que jamás sabrán quién soy ni cuánto echo en falta la locura de los pájaros en el cielo negro y rosa mientras me desayuno, mientras fumo, mientras reúno fuerzas. Españoles, Franco ha muerto. Es posible que sea el mensaje televisivo que más veces haya visto en

su vida cualquier español. El dato resulta devastador. Es ese vídeo un documento obsceno, un documento perfectamente prescindible que debería haber perdido hace ya mucho el interés coyuntural que pudiera haber tenido. Aunque solo sea porque ese hombre tenía cara de perro. Se le notaba que sentía el dolor del adiós igual que ha de sentirlo un perro, como un abandono incomprensible, con un rasgo de mendicidad, de miedo perplejo al regreso a lo oscuro y lo destartalado, a la ruina. Probablemente tuviera el mismo tipo de relación abusiva con el amor, con la comida, con el sexo, basada en la explotación de la miseria de las almas y de los bolsillos, de la pobreza estructural de un país acomplejado. Es una grabación desagradable, en definitiva, que sin embargo resulta tan grotesca como irrenunciable, inmarcesible en su capacidad de llamada, casi hipnótica, como una ceremonia. Con la mirada absorta en la pantalla he pensado que quizá la razón de ese atractivo radique en que resume en unos pocos segundos el carácter del país en que vivo, terrible: Del lat. *terribilis*. 1. Adj. Que causa terror. 2. Adj. Difícil de tolerar. 3. Adj. Muy grande o desmesurado. Vi ese vídeo con diez años. Lo vi con quince, con veinte, con veinticinco. He vuelto a verlo con cuarenta. Por qué. A lo mejor es culpa mía, a lo mejor es culpa nuestra. No lo sé. Sin duda hay gente hermosa por aquí. Tiene que haberla. Gente de bien. Gente portadora de luz. Gente elegante. La elegancia es lo único que cuenta. Supongo que es cara en todas partes, no solo en España. No lo sé. Sí tengo claro que también este año los nostálgicos se reunirán en las plazas para decir que antes se vivía mejor. Desde un punto de vista biológico, fisiológico, la aseveración resulta incontestable. Antes vivíamos mejor. Antes de hoy. Antes de ayer. Antes de antes de ayer. Antes de aquel 15 de agosto. Qué hermoso es ser joven, con independencia de lo que a uno le rodee. Qué horrible es ser viejo, con independencia de lo que a uno le rodee. Y qué rematadamente triste es ser condenado a hacerse viejo, sentirse viejo siendo aún joven. A todo esto esta mañana frente al espejo advertí que me ha salido un pelo en la oreja.

No me interesa la Champions. Me gusta el enfrentamiento doméstico, la rivalidad vecinal, la guerra civil. Es la inmediatez lo que saca lo peor y lo mejor de los hombres. La valentía para ser sincero, la valentía para mentir.

Jueves 21 de noviembre

Nada importa de los últimos días salvo el hecho de que el domingo pasado comiera en casa de mis padres. Es como si siguiera en ese salón, como si no hubiera salido de él. Siempre tiene para mí algo de hazaña compartir mesa y mantel con mi familia. Arroz con acelgas y croquetas. Croquetas de gallina de las que me traje un táper bien lleno. También estaban mi hermano y mis sobrinos. Y mi cuñada, claro; ya casi está de seis meses. La tuve a mi lado en la mesa. Su barriga dibujaba una curva serena y hermosa como una promesa. En cierto momento posé la mano sobre ella. No sentí nada especial. Ningún movimiento, ninguna presencia. El futuro es silencio desde la suficiente distancia, una historia ininteligible, un espacio multiusos. No hablo de misterio, hablo de riesgo. De rupturas, de fracturas, de disnarración en potencia. Ojalá todo le fuera bien a aquella criatura. Me fui pronto después del café. No quería que la noche me alcanzara en la carretera, dije. La verdad es que no quería familia. Mi sobrino el mayor me insistía en que bajáramos un rato al parque con el balón a ver quién se hacía más toques, decía que se lo había prometido, no me acordaba. La nena jugaba tranquilamente con una muñeca de aspecto demasiado realista, siniestro. De vez en cuando me miraba y me sonreía con candor. La niña, la muñeca. Me fui. Me fui con cierta precipitación. En ocasiones me siento especialmente indigno de compañía. Mi madre salió a despedirme al rellano. Me dijo con benevolencia que si no pensaba afeitarme, que al menos me la recortara un poco, que parecía un mendigo. Me llevé la mano al mentón. Procuero no observarme demasiado. Palpé los cadejos, enmarañados como mi pensamiento. Palpé la desidia. Le dije que la quería. Se sorprendió. Yo también. Me salió de repente, no formaba parte de un plan, nada que tuviera que ver con mi voluntad, ni siquiera con mis deseos. Se conmovió un poco, juraría. Y me alegré porque además de espontánea se lo dije sinceramente. Profundizando en los posibles motivos creo que también se lo dije porque allí esperando el ascensor en mi boca se agolpaban unas palabras que quería y no quería pronunciar. Creo que en el fondo se lo dije para evitar decirle que en la novela tiene que salir la tarde aquella en que atropellé a un ciclista. En realidad una ciclista. Hace más de una década, bastante más de una década. A cuatro kilómetros de Chelva, ya llegando, ya llegando, donde aquel cambio de rasante que tengo entendido que ya no existe. Eso dice mi padre, eso dice mi hermano. De tanto en tanto aún suben a comerse unos callos, a pasar el día. Cada vez más de tanto en tanto pero aún, aún lo hacen. Iba escuchando a Los Planetas. Ojalá pudiera decir que iba escuchando a Nirvana pero no, eran Los Planetas, y de repente un ruido discreto, almohadillado, supongo que la palabra es carnosos. Entreví una sombra rosa que volaba sobre la luna. Poco más puedo

decir. Paré. Pero no ayudé. Por entonces tenía un Córdoba. No ayudé. Me había costado novecientos euros. Paré, incluso bajé, pero no ayudé. Supongo que omití el deber de socorro. Me acerqué hasta situarme a un par de pasos del cuerpo. Nadie horizonte arriba, nadie horizonte abajo. Sin embargo chicharras por todas partes. Tampoco sé si podría haber hecho mucho más. Los ojos me miraban muy abiertos, sin duda por pura casualidad. Mala suerte. Bien podrían haber terminado mirando hacia las crestas, hacia el cielo, hacia Dios. Mala suerte. Por lo demás no había demasiada sangre. Lo más llamativo era la abolladura aquella entre los rizos pelirrojos. Una muesca limpia, precisa, tersa, incluso bella, porque todo es bellísimo en la juventud. Como si se le hubieran llevado un trozo de cráneo con una cuchara. Chicharras, chicharras, chicharras. Quise tocarla. No lo hice. El calor de su cuerpo, más hermoso que el cisne más hermoso, más majestuoso que el palacio más majestuoso, dejé que se evaporara, que se disipara en la canícula del ambiente, de mi cerebro. Soy un espectador, siempre he sido un mero espectador, no hay nada más ignominioso. Volví al coche, recuerdo el ruido de la puerta cuando la cerré. Y que me sorprendió que por una vez la primera entrara sin rascar, limpiamente, como si el mismo coche quisiera alejarse de allí lo más rápido posible, lo más discretamente. Recorrí los últimos kilómetros hasta Chelva con la sensación de formar parte de una película, de uno de esos programas de bromas de la tele. Llegué a Chelva. Llegué al pueblo, el único que existe. Aparqué detrás de la iglesia y examiné el morro, el parabrisas, las ruedas. Recuerdo haberme quitado las gafas de sol para hacerlo. Unas Ray-ban preciosas que acababa de comprarme con el primer sueldo en aquel despacho, las de Bob Dylan. Nada. Ni un rasguño en la chapa que no estuviera antes del accidente. Tampoco en el guardabarros. Miré incluso en el techo. Lo único novedoso era aquella sensación de peso en el estómago. La que tengo ahora mismo. La que desde aquel día tengo y tendré en todo momento, a la que imagino que a estas alturas ya me he acostumbrado cuanto podría acostumbrarme. No mucho. Por la mañana le había dicho a mi hermano que llegaría para comer. Un sms desde aquel maravilloso Alcatel. Dile a la mamá que me ponga plato. Y llegué. Y comí. Ensaladilla rusa de mi madre. Y longanizas. Estaban allí mi hermano y mis primos. Sandía de postre. Devoré tres o cuatro o diez buenas tajadas. Me acuerdo. El agua aquella me resbalaba por la barbilla, por el cuello. Dulce sangre fría. Nadie comentó que se me viera raro. Nada por el estilo.

Viernes 22 de noviembre

Hay un neumático de tractor vencido en medio de un prado un poco más allá de la oficina. Lo he encontrado hace un rato cuando me paseaba durante una de mis pausas para echar un west. Cada vez son más frecuentes, cada vez son más largas, a menudo me quedo sin tabaco mucho antes de salir del trabajo. En ese caso me acerco al despacho de Eugenio y le pido un marlboro. Siempre me da dos. Ya nunca sale a fumar conmigo, por fin ha entendido. Se le ve triste. Triste como un dibujo animado, triste como cuando Peter Griffin está triste. No puedo tomármelo del todo en serio. El otro día en una de estas le sorprendí viendo porno. Por su ventana entraba una luz apabullante. Serían las diez de la mañana. Sin duda sus etiquetas de búsqueda habían sido “asian girls” y “big tits”. No dijo nada, no dije nada, como es natural. Algo de lluvia se ha encharcado en la concavidad interior de la rueda. Ayer hubo tormenta. Quizá fuera hace tres noches. He roto con el tiempo. A pesar de este diario he roto sin remisión con el tiempo o el tiempo ha roto conmigo. Ocurrió hace años y años, paradójicamente, solo que en momentos puntuales tomo especial conciencia de ello. Estaba tan en calma, el agua, que no parecía un líquido. Más bien una lámina dura, refulgía como el vinilo. Werner narra la misma visión en su libro *Del caminar sobre hielo*. Quiero interpretarlo como otra señal de nuestro vínculo. Lo que pasa es que en la historia de Werner unos gorriones descendían del cielo para usar la rueda como abrevadero. He deseado con todas mis fuerzas que así ocurriera también con mi neumático. He invocado a los pájaros, una oración de montaña, mi corazón como una piedra antiquísima, un amonites muy duro y muy enroscado cubierto de un leve musgo, de una leve vida, preciosa. Pero nada. La belleza se me resiste. No acude a mí, no nace de mí. Sin embargo la novela ha de ser hermosa de una forma simple y carente de mérito. Habría de serlo, quiero decir. Bendita sea esta pereza que me guarda del fracaso. Es lo que he pensado mientras oía fluir el río, mientras miraba crecer los chopos, mientras esperaba la visita de los gorriones, a Werner, una revelación, un milagro, una pista. No bajaré a Valencia este fin de semana. Estoy al límite. Ya no me atrevo.

Sábado 23 de noviembre

Acudí a las nueve al Campos con la intención de ver el fútbol, de pasar el rato, de no pensar. Estaba muy vacío, el telediario en el televisor. Me temí lo peor, entré en Google a informarme mientras esperaba a que me trajeran el vino. Ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de preguntarle a la señora o a alguno de los jubilados silenciosos. En efecto este fin de semana hay parón liguero. Se me habría roto el corazón si no lo tuviera ya hecho añicos. Debería haber fútbol en la tele las veinticuatro horas de cada día, por el bien de los hombres, que a fin de cuentas es el bien de las mujeres, el bien de los niños, el bien de la especie. Un par de horas de desconexión salva muchas mentes, evita que ardan, evita que estallen. Un rato de fútbol es lo que todo español necesita en determinado momento de la vida, para tomar aire y seguir, para quizá ser bendecido con una segunda oportunidad. Pero al mundo le importa poco lo que convenga a los hombres, al mundo le da exactamente igual lo que le urja a Iván Rojo, de modo que apuré la segunda copa y me encaminé al Jesuso. Empezaba a chispear. No quería estar solo. O puede que mi deseo fuera más preciso y bajo: quería como compañía a alguien peor. Precisamente por eso procuro no descuidar del todo al Jesuso y sus amigos, mantenerlos cerca. Qué sería de mí sin esta miseria mía que me vela, que me guía, que me salva. El Jesuso estaba en la barra con el Garbo y unos cuantos lugareños más, todos rayanos en los cincuenta, todos con polvo en los pantalones porque el campo no cierra los sábados, no cierra los domingos. Todos con dos pozos por ojos. Quise adivinar la mayor maldad que habrían cometido. No supe. Me pedí un vino y seguí intentándolo. No pude. El Jesuso me miraba de soslayo, me ignoraba con premeditación. Hasta que alzó de golpe la voz y me preguntó que a ver qué pensaba yo, que si el Esteban era maricón o qué. Se hizo el silencio en la penumbra viciada del bar. Sentí el olor animal de la oscuridad húmeda, como de cueva, agazapada en el fondo de las miradas fulleras en que pretendían cazarme. Respondí que ni idea, cobardemente.

Domingo 24 de noviembre

Por eso en la novela tiene que salir el rastro de pólvora y pájaros muertos con que regresaba mi abuelo cuando mi tío Francisco lo subía al monte. No sé cómo se las apañaría para disparar, por entonces ya le había dado la embolia. Pero ya digo, de vez en cuando aún salía a pegar unos tiros con el Francisco o con alguno de los pocos amigos que le quedaban vivos, aquella panda de viejales flacos color madera quemada.

Me acuerdo de Cipriano, me acuerdo de Pepón y sobre todo me acuerdo de Enrique el Muerte. Su apodo me impresionaba, me hacía hervir la sangre de admiración y misterio. Pregunté mil veces su razón de ser pero nunca llegaron a explicármela. Enrique el Muerte era altísimo, lo menos dos metros, y su cabeza calva era llamativamente redonda, una bombilla perfecta. Yo suponía que el sobrenombre le vendría de haber matado a alguien en algún momento de su vida, así que Enrique el Muerte me asustaba tanto como me atraía. Era una de mis personas favoritas de Chelva, secretamente. Recuerdo a mi abuelo un día, porque no pudo ser más de una vez, porque mi abuelo y mi abuela no se dejaban ver mucho por el pueblo salvo algún Todos los santos para llevar flores a mi tío Antonio, porque tenían vergüenza de lo que habían perdido. Digo que recuerdo a mi abuelo un día llegando de caza a media mañana con su pata chula y una ristra de pájaros atada al cinturón. Perdices o no, tordos o no. En realidad de caza tampoco sé nada. Sé que mi abuelo era un retaco y que la cuerda deavecillas arrastraba por el suelo, y que cuando las colgaba de la alcayata tras la puerta de la cocina me acercaba a ellas y las acariciaba. Me gustaba su tacto. Algunas aún conservaban cierta tibieza. Luego mi abuela empezaba a prepararlas. A mi hermano y a mí nos gustaba ver cómo las desplumaba, el cuidado con que les extraía los perdigones sobre la encimera de aquella cocina alquilada. Mi abuela siempre estaba triste en Chelva, ni siquiera se bajaba la silla a la calle para tomar la fresca. Muchas viejas aún murmuraban a sus espaldas, sobre todo desde lo del suicidio de su hijo. En mil novecientos noventa y sus alrededores a mi hermano y a mí nos importaba poco todo aquello. Nos peleábamos por los perdigones. No recuerdo por qué ni para qué los queríamos pero nos peleábamos por ellos porque nos peleábamos por todo, nos llevábamos poco más de un año. A veces mi abuelo aparecía acompañado del Muerte, que siempre andaba muy recto, como si llevara una tabla en la espalda. Se quedaba a comer con nosotros. Nunca le escuché decir una palabra. Era como una presencia de otro mundo, un fantasma solemne de camisa blanca sucia a medio desabotonar, su pecho huesudo pero amplio subiendo y bajando pausadamente. Me recordaba a un pájaro, sí, a un pájaro gigantesco y peligroso. Un águila observante que escucha y calla, que come y calla, que mata y calla. Tenía unos bancales subiendo a Tuéjar. Eran los únicos que respetábamos mi hermano y yo cuando en verano salíamos a apuñalar melones. Uno de esos raros fines de semana en que mis abuelos se habían subido a Chelva mi abuela se sintió indispueta mientras preparaba el arroz con pollo. Yo creo que sería el puente de octubre, me veo con pantalón largo. Se desplomó de espaldas tiesa como un cirio y de ese mismo color, con

un muslo de pollo bien agarrado en la mano. Así lo contaba mi abuelo, que lo vio con sus propios ojos. Aguantó dos semanas en el Hospital General de Valencia. El último día del año se murió también mi abuelo, exactamente dos después que mi tío Antonio, su hijo pequeño. Por el ventanuco del váter de aquel piso se veía el pico del Remedio. Me gustaba mear viendo la ermita a mitad de montaña, su pared trasera de piedra de un gris desgastado, de lápida. Me gustaba alzar un poco más la mirada y mear contemplando la estación meteorológica en la cumbre, el techo sembrado de antenas y demás artilugios diseñados para predecir en vano el tiempo. Ahora llevo la aplicación del tiempo en el móvil pero entonces me preguntaba para qué tanta tecnología. El calor y el frío llegan cuando tienen que llegar, cuando les sale de los cojones, como hacen los hombres de verdad. Le había escuchado la frase al Perico Largo en la puerta de la iglesia, y me gustó. Tiene que salir en la novela, y su autor también. Perico Largo era gay, lo que pasa es que entonces nadie señalaba a nadie diciendo que fuera gay, tampoco que fuera homosexual. Entonces había machos y maricones, y el Perico Largo era maricón. Tenía un novio andaluz que se llamaba también Perico al que la gente le decía el Perico Corto o el Perico Sevilla. Juntos regentaban un restaurante en la carretera: Mesón Los Pericos. Se querían abiertamente. A menudo se ponían a bailar agarrado tras la barra. Siempre estaban contentos, aquello me hechizaba. Pero el Perico Sevilla lloró fuerte y sincero en el entierro de mi abuela, y me acuerdo del Perico Largo conteniendo a duras penas las lágrimas en el entierro de mi abuelo, que es algo aún más conmovedor que ver llorar a alguien. Mi hermano y yo en cambio corríamos entre los setos del cementerio. No se me olvida: nosotros jugando al escondite entre las tumbas mientras mis abuelos eran emparedados para siempre. No lo lamento: hay muertes que no son trágicas, hay muertes que solo son hermosamente tristes. Hacía un sol asombroso en sendas mañanas. Lo sé porque cuando el de mi abuelo lo anduve mirando fijamente a cada poco. A pesar de ser un chaval feliz quería que me lloraran los ojos, o a lo mejor precisamente lo deseaba por eso. Días después supimos que me había hecho una quemadura interna en el izquierdo. Llevé un vendaje aparatoso durante un buen tiempo.

Martes 26 de noviembre

Candelaria se ha pasado por la oficina. Por suerte la he visto llegar en la Mitsubishi con tiempo suficiente y he alcanzado a meterme en el servicio. Me he escondido. Siempre,

siempre huyo. No me avergüenza, solo me duele, sorda, cansadamente. Hay tres urinarios en una de las paredes largas del servicio y otros tantos retretes cerrados en la opuesta. Me he metido en el del rincón, el más lejano a la puerta, a la vida, a Candelaria. Aquí estoy, de pie en equilibrio sobre la taza, la cara asomada al ventanuco enrejado que se abre alto hacia la parte de atrás de la edificación en la pared de azulejos blancos, fríos. Un recuadro de ribera umbría en la distancia. Amaneció nublado, así sigue. Más cerca, a un palmo de mis ojos, insectos muertos en el polvo que recubre la repisa entre el cristal y la celosía metálica. Mosquitos, palometas, algo parecido a un pequeño saltamontes. Criaturas que entraron en esta oficina y nunca más salieron, que jamás regresaron a la luz. Tan insignificantes que mi mera respiración agita sus alas secas, hace rodar sus despojos por el polvo, profana su descanso estúpido. Carecen de peso estos cuerpos, carecen de presencia. Están vacíos. Están pero no son. Pienso en una morgue, supongo que debido a la blancura de las losetas que me rodean. Más exactamente recuerdo con todo detalle una morgue a pesar de no haber estado nunca en ninguna. Y recuerdo el cuerpo, por supuesto, el cuerpo de siempre, desnudo, joven y hermoso, femenino, absolutamente inolvidable, este sí, el fuego rizado de su cabeza desparramado sobre la mesa de aluminio, de acero, del material del que estén hechas las mesas de autopsias. Fuertes ganas de fumar. El marco de la ventana presenta a la izquierda una manija en apariencia bien conservada, funcional. Pero me separa de ella la reja. La tanteo. Está atornillada a la pared, resquebrajando cuatro baldosines. Tiro, tiro, tiro. Ruidos descascarillados, sutiles cascadas de arenilla blanca caen aquí y allá entre los azulejos. Desisto. Solo han pasado cinco minutos. Seguramente Candelaria sigue ahí fuera, quiero decir aquí dentro, hablando de las cosas del pueblo con Elvira mientras esta le da de alta unos cuantos terneros, le tramita la desaparición de alguno, le cumplimenta la guía para el camión que llevará al matadero de Cantavieja un buen puñado de cabezas. Mejor esperar. Salgo del retrete. Manchas oscuras en el espejo. Manchas de edad. Me cuelgo un west del labio, no lo enciendo. Vuelvo a decirlo: soy un cobarde. Escribo esto en el iPhone.

Jueves 28 de noviembre

Muy cansado desde el despertar estos últimos días. No obstante paseo mucho. Algo me impulsa. Creo que quiero desfallecer. Reventar. No como, solo ceno, cada noche más

frugalmente. Encuentro cierta indignidad en alimentarme. De modo que me ocupo en pensar, en fumar, en caminar. Camino más que nunca. Me echo a los valles, a los montes en cuanto salgo del trabajo, con ansia. A veces directamente desde la oficina, largas caminatas por la pradería y el somontano acompañado por el murmullo del Bergantes hasta que la luz se deshace. También un par de tardes he cogido el coche y he tirado sin rumbo por las autonómicas más allá del santuario o para arriba donde los molinos o hacia el altiplano, con la esperanza de que me oculten las nubes bajas. Me detengo donde me dictan el instinto o el tedio y me adentro en el paisaje con el tabaco en la garganta y en la mano la bolsa de El Corte Inglés en la que hace ya muchos meses trajera a este pueblo mis calzoncillos, mis calcetines, mi pobre humanidad. Soy una nube de humo entre los matorrales, entre los pinos carrascos, entre los pastos, entre las bañeras. Violo cercados, penetro en cotos de caza. Me aburren los cuervos, los buitres. Los aviones altos, altísimos ya no forman parte de mi mundo. Mantengo la mirada a ras de suelo. Busco exvotos para mi altar privado. Una lata de aceite de motor, oro y plata, preciosa. Ramas caídas, más o menos secas, más o menos mojadas. Piñas húmedas, hinchadas. Crotales. Recojo todos los crotales decolorados que me encuentro por el campo, serán ya cincuenta, ochenta. Paquetes de tabaco ancestrales, quemados y requemados por el sol, lavados y relavados por la lluvia, casi siempre Ducados negro. Envases de snacks, casi siempre Doritos. Conchas de caracol. En fin, cosas vacías. Hoy cuando ya oscurecía un condón de aire arcaico, medieval, al mismo tiempo terso y rugoso, como un pergamino. Si algún día contuvo vida no quedaba ni rastro. También lo recogí, también lo metí en la bolsa, también me lo llevé. El altar es ya un círculo misceláneo de metro y pico de diámetro en medio de la terraza, en su centro el amonites, que me mira impertérrito día tras día cuando le doy las buenas noches.

Sábado 30 de noviembre

Un buen sol hoy, frío y resplandeciente como las joyas de los otros, pero lo he soñado: solo quedarán los que fuman a la puerta de los bares en los pueblos de montaña, mientras nieva. Los adictos a la vida y a la destrucción. Los que guerrear consigo mismos y nunca pierden ni ganan. Viejos con pantalones de pana y anoraks North Face. Chavales con cazadoras de borrego Levi's y la boina heredada de su abuelo. Chavalas con botas Converse de lona y gorros de lana. Viejas con falda de tergal y polar Quechua

fosforescente. Y todos los hombres y mujeres atrapados entre la juventud y la vejez en la madre de todos los vicios. Gentes atrapadas en lugares llamados Monroyo, La Cuba, Mirambel, ausentes de los mapas del tiempo. Gentes en lugares sin estanco, que compran su tabaco en máquinas expendedoras resabiadas que se tragan el cambio. La máquina del bar del pueblo, la máquina del bar del pueblo anterior o del siguiente, la máquina de la gasolinera más cercana. Estoy hablando de gente capaz de surfear olas de frío durante treinta o cuarenta kilómetros solo para comprarse el Ducados, el Fortuna, el L&M. Verlos volver por la carretera dándole al cigarro a cincuenta por hora en la Derbi es el auténtico cine. Verlos echando humo en lo alto del tractor es la auténtica democracia. El voto de esos ciudadanos debería valer doble. Triple. Millones. Porque se habla mucho de la España vacía y muy poco de la gente de la España vacía. La gente que hace de vientre en la España vacía. La gente que hace el amor en la España vacía. La gente que escribe en la España vacía. Los que fuman solos junto a un cenicero de pie a la puerta de los bares llenos de la España vacía, por hacer algo, a dos palmos de Iván Rojo, a años luz de Iván Rojo. Esos. Esos nos sobrevivirán a todos.

Domingo 1 de diciembre

Buenos ratos de desconexión, de auténtico trance con una aplicación para el móvil que no sé cómo me descargué: Iceberger: la demostración lúdica del principio de Arquímedes. Se trata de dibujar con el dedo, en el fondo azul oceánico, ártico que ofrece la pantalla, cualquier silueta que se desee. Por mucho que uno intente esmerarse el resultado siempre es una forma de aspecto infantil, el reducido tamaño de la pantalla y el grosor de la yema de un dedo humano imposibilitan la precisión del dibujo. Naturalmente he intentado retratarme. Soy dos ojos, soy una boca. La aplicación se encarga de reproducir el modo en que un iceberg de tal o cual perfil emergería de las profundidades y flotaría en el mar. Eso es lo que me ha atrapado de la aplicación: el cómo. Eso es lo que me atrapa de la vida, lo que a decir verdad me hace desear quedarme para siempre en este mundo, no morirme nunca, preferir sufrir a la nada, creo, todavía. Todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta un empuje vertical igual al peso del fluido desalojado. Vertical y hacia arriba. El qué suele aprenderse por repetición, pero el cómo hay que vivirlo. Cómo flotaría mi cuerpo blanco en el Bergantes, Dios mío, esta noche helada. Lo que pasa es que yo no estoy hundido en un

fluido. Aun así en verdad todo el fin de semana pensándolo: sí, hubo mujeres que me amaron. A menudo se me olvida pero las hubo. Son las mismas mujeres que me amarán siempre. Mujeres muy diferentes, que me amaron en muy diferentes momentos. Farmacéuticas, artistas, peluqueras. Enfermeras, maestras de primaria, psicólogas. Ninguna supo ver que tenía delante a un desalmado, a un desgraciado, a un hombre muy diferente a cualquiera que pudiera llegar a conocer, incomparable. Aún en ocasiones a alguna le nace escribirme. El viernes por la noche recibí un wasap de una de ellas. Nunca llaman ni envían un audio, solo redactan. Mejor. No sé qué sería de mí si oyera esas voces. Me las imagino encerradas en el baño, tecleando furtivamente a las diez y cuarto de la noche mientras en el microondas se calientan unas saludables berenjenas. Me las imagino en el balcón, fumando con prisa lejos de la vista de sus novios, quiero decir de sus maridos, lejos de la vista de sus hijos, y escribiéndome. Quieren saber cómo estoy. Dicen que se han acordado de mí, y aligeran el trance incorporando a su mensaje un emoticono sonriente, inocuo. Logran que me sienta un niño, el hijo definitivo. No me importa, es lo que soy: un chiquillo eterno. Por eso no deja de sorprenderme el hecho de que desde sus vidas plenas aún encuentren un hueco en la agenda para pensarme, para preguntarse qué habrá sido de mí. Son mujeres del siglo XXI a las que una vez les gustó mi mente ajena al tiempo, inasequible al amarillo del calendario de la vida. A las que aún les gusta. Nunca supieron el motivo de su amor hacia mí, nunca supieron por qué las cosas entre nosotros no funcionaron. Nunca se lo dije. Nunca me conocieron. Esos mensajes que mandan van dirigidos a alguien que comparte conmigo el teléfono, pero que no existe. Las abandoné a todas. Sin embargo todas creen que me dejaron.

Martes 3 de diciembre

El ayuntamiento ha empezado los trabajos de instalación de las luces de navidad. Esta mañana me dijo Elvira que el pueblo se presenta todos los años a un premio a la mejor iluminación navideña de la España rural. El certamen lo organiza la Federación Española de Municipios y Provincias, con la participación de Mercadona, que entrega una buena suma al ganador. Por lo visto en dos mil diez fue para nosotros. He escrito nosotros porque así es cómo me lo dijo Elvira, de todas maneras no tengo excusa. En tres o cuatro ocasiones han sido finalistas. Este año tienen que llevárselo de nuevo, han

echado la casa por la ventana y van a llenar de bombillas incluso el castillo. De momento sigue a oscuras ahí arriba, desdibujado por el celaje añil que se ha instalado entre sus ruinas y mi terraza. Apenas son las siete de la tarde, parecen las tres de la madrugada. Un silencio particularmente rotundo. Cuatro grados centígrados según la aplicación meteorológica del iPhone. Mis dedos parecen lirios muertos. Escribo. Elvira está muy orgullosa de su pueblo, de su tierra. A menudo me pregunta que qué me parece a mí, que si me gusta, que si no me quedaría aquí para siempre. La conversación se desarrolla de la siguiente manera: le contesto que bueno, que soy interino, que el pueblo es muy bonito pero que no sé cuánto me durará este trabajo. Y ella incide en lo mismo que me subrayó Óscar hace ya medio año: que tranquilo, que poca gente se anima a instalarse en Las Cumbres, que si de verdad quisiera podría jubilarme aquí. No obstante hoy se la veía especialmente alegre, y recordé que a primera hora Eugenio le había alabado el calzado, unos zapatos rojos de tacón que le abultaban la carne de los empeines. Seguramente por eso quiso alargar nuestra conversación añadiendo divertida que además no tengo mujer, ¿no?, que mejor que mejor, que cualquier día me engancha alguna del pueblo y que ya hablaremos entonces, que no ponga esa cara, que a ver si es que me dan miedo las muchachas de pueblo. Pensé que estaría ovulando. Su rostro redondo y sonrosado me resultó de pronto hermoso. Elvira, pobre chica. Le deseé lo mejor por telepatía. Elvira, pobre chica. Me dan ganas de contarle que no sé cuánto tiempo hace que no pienso en el sexo, que no tengo una erección. Y ya puestos que no he vuelto a tener miedo desde aquella tarde de verano de vuelta a Valencia, flamante asesino, flamante muerto, cuando temblaba y sudaba más y más a medida que me acercaba al cambio de rasante. Ningún vestigio de la tragedia en la carretera. Ninguna prueba de que tan solo unas horas antes por allí hubiera pasado Iván Rojo arrasando con la belleza, con la juventud, con el futuro propio y ajeno. La noticia había llegado pronto a Chelva, en realidad todavía nada más que un rumor para todo el pueblo, quiero decir para todo el pueblo menos yo. Tuvo que haber una investigación. Jamás dio conmigo. Vomité la comida de mi madre aquella tarde de verano, la última tarde de verano de todos los tiempos, unos cuantos kilómetros más allá de la muerte. No podía aguantar más. Me iba a estallar el estómago. Me iba a estallar el pecho. Me vacié en el parquin de un hostel para camioneros de la antigua Nacional Valencia Ademuz condenado a la extinción por la autovía. Lo eché todo. Menos la angustia. Por eso me dan ganas de confesarle a Elvira, venus de Willendorf española, madre en potencia, cien kilos de amor en canal, ciento veinte, que mi único anhelo, mi utopía es la paz de espíritu,

sentirme digno de ser amado. Que estoy arrepentido como un niño. Que soy un niño desde que hice lo que hice. Un niño sabio, un niño viejo, un niño escalofriante. Que me perdone. Elvira, Elvira, Elvira, pobre chica. Ojalá no malgastara sus días, su candidez sana, su vientre rollizo. Sentí el impulso de preguntarle acerca de sus sentimientos por Eugenio. Sentí el impulso de aconsejarle que se dejara de zapatos supuestamente bonitos y se pusiera más escote para venir a la oficina, que tiene unos pechos enormes y unos ojos claros rebosantes de sencillez, que hiciera valer lo uno y lo otro ante Peter Griffin. Que le salvara del ridículo que siempre acecha a los hombres. Que le diera otro hijo. Que sería una buena madre. Que se justificaran recíprocamente la vida. Que juntos se salvaran del tiempo perdido. No lo hice. Volví a la trituradora. El director quiere el cuarto del archivo despejado antes de fin de año. Dudo que me dé tiempo. Es increíble la cantidad de basura que genera la vida de la gente.

Miércoles 4 de diciembre

De verdad que no acostumbro beber en casa pero es que hoy he sufrido todo el día un poco más de la cuenta. Volví a soñar con el crío deforme, volví a soñar con la novela. Creo que no es propiamente un niño, más bien un feto pero del tamaño de un bebé bien desarrollado, incluso rollizo. Mucha angustia esta mañana al despertar, mucha impotencia. Es posible que por eso hoy haya tenido todo el tiempo en la cabeza a los padres de la chica que atropellé. Llevo años resistiéndome a llamarla niña. Pero supongo que es lo que he hecho en la frase anterior. Así que: hoy todo el tiempo en la cabeza los padres de la niña que maté. Naturalmente no es la primera vez, hace media vida que pienso sin parar en esa niña y en todo lo que le robé. Por ejemplo sus padres. Por ejemplo el sexo. Por ejemplo los hijos. Por eso importa tan poco agenciarse de tanto en tanto unas fruslerías donde Casimiro. Lo que ocurre es que hoy imagino a esa mujer y a ese hombre de un modo en que nunca antes lo había hecho: con expresión extática a las seis de la madrugada o a las seis de la tarde, una media luz polvorienta en las cortinas de un salón demasiado amplio y despejado, merendando o desayunando ante el pc magdalenas como si llevaran siglos sin comer mientras prueban y prueban suerte en thispersondoesnotexist en busca de mi cara. Cuántas veces habrá intentado adivinarla esa gente, cuántas veces habrá intentado adivinarme. Yo sí que conozco sus rostros, yo sí que sé quiénes son, o eso creo. Fue inevitable saber dónde vivía la niña muerta. El

Plantío, una urbanización a cinco minutos de Chelva de esas que jamás obtuvieron las licencias urbanísticas pertinentes, consolidadas por dejación de funciones de las autoridades. Un brochazo de alquitrán legitimado en mitad del campo por la costumbre suprema de los soles y las lluvias. Nada más que una calle, cinco o seis edificaciones informales y a la vez rotundas entre los almendros. El resultado del esfuerzo de los abuelos. Lo que todo español quiere y querrá dejar en herencia a sus hijos, a los hijos de los hijos: un techo aparte del obligado, del imprescindible, un lugar sencillo donde hacer paellas los domingos, con muchos chavales alrededor creciendo y creciendo al sol y arañas en el techo del váter, siempre perfumado de humedad, como el mismísimo monte. El paraíso. Logré contenerme durante meses, meses, meses. Pero estaba convencido de que antes o después fracasaría, fundamentalmente porque quería fracasar, porque fracasar es más rápido y fácil que lo contrario. Me planté allí una mañana de Semana Santa, por entonces tenía un Ibiza blanco, blanco, blanco que conducía mientras pensaba desesperado, mientras hablaba desesperado. Por entonces ya me había deshecho del Córdoba. Aún no había amanecido. No sabía si la casa era la vivienda habitual del matrimonio. Su niña era hija única. Quiero decir mi niña, en cierto sentido considero que tengo derecho. No sabía si aquellos padres sin hija la utilizaban para pasar los fines de semanas, las vacaciones, el tiempo libre del que ya jamás podrían disfrutar con plenitud, siquiera con aburrimiento. A lo mejor la habían malvendido, a lo mejor no podían soportarla. A lo mejor ya hacía años que se habían atiborrado de pastillas y salido a la nada en busca de su hija. Me pregunté todo esto y muchas más cosas aparcado a cierta distancia, protegido por unos zarzales. Al final salieron. Primero el hombre, se encendió un cigarrillo y anduvo despacio, muy despacio calle arriba y abajo con la vista en sus zapatillas blancas hasta que la mujer salió. En chándal, igual que él. Serían las nueve de la mañana, todavía cierto frescor en el aire, cantos de pájaros aquí y allá. No sé explicar cómo ni por qué supe que eran ellos, no sé explicar por qué ni cómo sigo sabiéndolo. Solo se me ocurre el instinto, o quizá los andares con que se echaron al monte por un sendero. Nunca olvidaré su forma de moverse. Al principio me pareció que dudaban hacia dónde encaminarse, una torpeza que a ojos ingenuos podría haber resultado incluso un tanto cómica, como la de los borrachos desorientados. Pero yo no era un ingenuo, yo era cualquier cosa menos un inocente, y alcancé a entender la verdadera razón del obrar desmañado del matrimonio. Era muy sencilla, brutal: a ninguno de los dos les importaba en absoluto adónde pudieran llevarles sus pasos. Tampoco lo que el camino les pudiera deparar. Era imposible que aquellos padres

dudaran acerca del horizonte al que dirigir su paseo porque aquellos padres ya ni siquiera marchaban, más bien eran impulsados trabajosamente por la inercia en declive de la vida que una vez tuvieron. Aquellos padres que ya no lo eran caminaban simplemente por hacer algo. Lo comprendí: lo que lastraba sus movimientos no era la desorientación de los borrachos, era la desilusión de los ancianos. En un solo instante anticipé y asumí que me esperaban años y años de eso: vagar, una vida entera de eso: vejez, más allá de mis formas, de mi cuerpo. Por suerte o por desgracia, en realidad pura casualidad, la mañana en cuestión ellos lo hicieron en dirección distinta a la que les habría conducido a mi escondite. Estoy seguro de que con solo verme la cara un segundo habrían sabido que yo era yo. De ser así puede que todo esto hubiera terminado, que todo esto no fuera más que un recuerdo. Inolvidable pero un recuerdo, un trozo del pasado, quiero decir algo tan muerto como la niña, que solo me dolería puntualmente, que solo les dolería puntualmente. Puede, puede, puede. Pero lo incuestionable es que ese hombre y esa mujer no saben quién mató a su hija. Lo incuestionable es que yo sé que no lo saben. Los míos tampoco. Nadie me conoce. Ivanrojodoesnotexist. Todo esto para decir que me he comprado un verdejo donde Casimiro. Estaba el padre. Me vio dudar parado frente al estante. Me preguntó. Me recomendó. Acepté. Tres copas ya en la terraza, abrigo, dos pares de calcetines. El amonites no se queja en su tálamo. El castillo sigue envuelto en la oscuridad. Tamnién robé un huevo Kinder.

Jueves 5 de diciembre

Está claro que pienso mucho en la muerte. Quiero creer que eso indica que también pienso mucho en la vida. Me da igual si es o no así, la verdad. Digo que cada vez pienso más en la vida y en la muerte. También escribo sobre la una y sobre la otra, sobre su idilio, con la mente, poemas extraños o pasajes de la novela que no acabaré o puede que sí. Desde luego ya nada en Facebook, nunca más un texto en Facebook, mejor tirarlos directamente a las profundidades de este pozo que soy. Por ejemplo se me ocurre: salud a los cuatro elegidos que subieron, suben y subirán la cuesta hasta el cementerio de Chelva, que es lo mismo que decir cualquier pueblo de España a más de cincuenta kilómetros de la capital de su provincia. Salud a los cuatro elegidos que el domingo pasado subieron la cuesta hasta el cementerio de Chelva cargando la caja de pino del

desgraciado, un tal Vicente Cosín Zarzoso. Tetín. Lo sé porque me lo ha contado mi padre hace un rato por teléfono. Se le mueren los amigos, a mi padre. Esos hombres históricos, legendarios, inmortales, se van al otro barrio. Chavales de pueblo. Jóvenes de la transición. Viejos de la era tecnológica. Esos nombres grabados a fuego en mi mente, se apagan. El Tetín. El Chepa. El Barrachina. De repente suena el teléfono y un amigo le dice a mi padre que otro amigo ha estirado la pata, casi siempre hace ya unos días, casi siempre unas horas antes del sepelio. Hombres que ya apenas se veían o que no se veían en absoluto pero hombres que habían sido amigos de chavales, que se habían conocido en el pueblo, en los billares, en la mili, que se telefoneaban religiosamente para felicitar el nacimiento de los hijos, las navidades y los cumpleaños y que a partir de cierto día solo marcaban el número de sus amigos para transmitir la noticia de la muerte de uno de ellos. El último en desaparecer ha sido Tetín. Quiero decir el Tetín, también de Chelva, ya lo he dicho. Él y mi padre sí que se veían de uvas a peras, jugaban precisamente al billar los domingos en la parte de arriba del bar Nevada, ahí en Fernando el Católico, aquí en Valencia. La última vez que pasé por la puerta seguía abierto. Pensé en los calamares, pensé en la sepia. Tengo oído que lo hicieron durante una temporada, lo del billar, digo, mi padre y el Tetín. Puede que no pero cuando menos lo hicieron en una ocasión, la vez que recuerdo. Eran los ochenta. Ellos bebían jotabés con cola y hablaban de sus cosas. Yo bebía mirindas y observaba. Lo observaba todo. Lo observé todo. Los zapatos baratos, los pantalones con raya, los llaveros de los Fiesta encima de la mesa. La precisión de las tiradas. La buena suerte. Los fallos. Según parece justamente eso fue lo último que hizo el Tetín en este mundo: Echar una partida, en domingo. Lo sé porque me lo ha dicho mi padre. Luego el hombre pilló el bus rumbo adonde le había llevado la vida y se quedó tieso ahí sentado a mitad de trayecto. No sé si con un cubata en las entrañas. Pero ojalá, ¿eh, padre? Así que salud y descanso para el Tetín, para todos los hombres anónimos que fueron jóvenes antes que yo. Yo no les daré trabajo a los portadores de la muerte, lo sé, no sé qué amigos acudirían a mi entierro dispuestos a llevarme a hombros al otro barrio. Más bien tengo claro, ahora mismo en la terraza envuelto en el frío de la Tierra, que me iré de un modo más misterioso. Un día un trapero repeinado saldrá del bosque en su carromato hasta los topes de fosca y tétanos con la misión divina, encomendada en sueños por los ángeles, de llegarse a mi ciudad y luego a la vecina y así hasta todas para dar la noticia: Iván Rojo ha muerto, se lo han comido los ciervos, allá arriba, en Las Cumbres, no han dejado ni las raspas. Algunos no podrán creerlo. Algunos no querrán creerlo. Algunos lo negarán, se negarán

a aceptarlo. Es imposible, es imposible. Quizá. Poco importa porque el deseo nada importa. Lo que cuenta es viajar milagrosamente guapo y fresco en la mente dormida de las mujeres, contra su voluntad y la tuya. Lo que cuenta es haber fracasado de lujo en el intento de crear lo indestructible. No seré Elvis. El porvenir no acogerá mis visiones, mi misterio, mi cuerpo y mi mente intransferibles. Los hombres del futuro no llamarán de madrugada a la radio para contar en voz baja a las ondas lo inimaginable: no puede ser pero sí, acabo de ver a Iván Rojo en el Carrefour de Campanar, era él, lo juro por mi madre, era él, vivito y coleando. Digo que no seré el Elvis hispano fantasmagórico o muy humano que podría alegrar la vida de este pobre país con sus apariciones. No seré visto a las cuatro de la tarde buscando la belleza entre los estantes del supermercado de mi poema Jota Cósmica. No seré visto chorreando bajo una gorra de la Caja de Ahorros del Mediterráneo en la gasolinera canicular de mi poema Por la mala hostia se llega a la virtud. No seré visto luminoso y tosiendo virus en la sección de Historia de la librería de viejo de mi poema Te pago para que fumes aquí. No seré visto bordeando la costa con gafas de sol al volante del Mustang negro y rugiente de mi poema El niño Burroughs. No seré visto recorriendo el pasillo enmoquetado de la sexta planta del hotel de tres estrellas de mi poema Pasodoble y doble mensaje a la luna. No seré visto hasta arriba de cerveza Karhu y energía en el pub finlandés de mi poema Lo diré de otro modo. No seré visto bañándome en el nacimiento del río de mi poema Resurgir de las cenizas como un Golf robado. No seré visto en vaqueros con un cigarrillo en los labios en mitad de la noche de mi poema La vaca cabecea bajo la arquitectura ágil, dándole sentido a los rascacielos y los neones, sacándole lustre a lo oscuro. Etcétera. Y está bien que así sea. A mí se me tragará sin piedad la boca fresca del mañana, podrida desde ayer. La ficción me devorará para siempre jamás. Como a las cintas VHS. Como a un cubata. Como a una madre. Como a Jenifer. Como a esta luz de ahora. Mi madre, por cierto, no tiene amigas. Las que pudiera tener de niña, de muchacha, se perdieron en el momento en que se echó novio. Cuando se harta de mi padre lo murmura con pesar. Es mi madre una de tantas mujeres que nacieron para ser madres. Lo mejor que puede pasarle a un niño. Dios la bendiga. Yo la bendigo. He colgado sin preguntarle a mi padre cómo se encuentra. Tampoco importa, verdad o mentira me habría contestado que bien.

Viernes 6 de diciembre

Día de la Constitución Española. Puente de la Constitución, de la Inmaculada. Otro fin de semana largo que no voy a aprovechar para salir de aquí. Me reconozco especialmente huraño estos últimos días. He estado toda la semana encerrándome en casa después del trabajo, el cuerpo no me pide ni vino. Algo de lectura, muy poco, solo al ir al baño. Bastante de Internet. Bastante de televisión. Jordi Hurtado sigue ahí. Se le ve muy dicharachero pero quiero pensar que es una pose; nadie puede ser tan feliz como él aparenta después de veinticinco años pronunciando las mismas frases. A la larga todo cansa o trastorna. A la larga la desgracia cansa o trastorna, a la larga la felicidad cansa o trastorna. Puede que ambas cosas. De hecho estoy inexplicablemente convencido de que Jordi Hurtado tiene un carácter difícil. Es algo que detecto con eficacia, es algo que me acerca a la gente, que la humaniza a mis ojos. Así que me cae bien el presentador. Imagino que en ocasiones lamenta haber tomado este rumbo largo, largo, largo en la vida. Imagino que en ocasiones sueña todavía con la posibilidad de ser otra persona. Cualquier otra persona. Imagino que aún lo intenta, más o menos clandestinamente, es decir, en la medida de las posibilidades de una cara conocida. Me pregunto si hay un jardinero frustrado dentro de Jordi Hurtado. O un escritor. O un pediatra, un camionero, un cantante de tangos. Ya apenas echo de menos al vencejo, ya apenas echo de menos a Werner. A lo mejor estoy aprendiendo a convivir por mi cuenta con el sonriente malnacido que llevo dentro. Sentado estas tardes frente a la tele me pregunto sobre todo si el señor Hurtado lleva peluca, son ya muchos años con esa duda. Suelo llegar a casa a tiempo de ver la prueba final del concurso: el reto: básicamente consiste en escuchar consecutivamente la definición de siete términos del diccionario y acertar de cuáles se trata en menos de cincuenta segundos. Siempre lo supero. Me siento cómodo en el segundo plano de las cosas. Nací con habilidades inútiles. Así que días de televisión, después del concurso el documental de la 2, luego el wéstern de Canal 13, alguna noche el murmullo de fondo del informativo, cualquier informativo: El Ministerio del Interior gasta dos coma un millones de euros en dotar al Cuerpo Nacional de Policía de mil pistolas eléctricas de última generación; la llegada masiva de migrantes colapsa los centros canarios de acogida; Greta Thunberg llega a Madrid, donde participará esta tarde en una manifestación en la que leerá un manifiesto junto a Javier Bardem. Medito un poco sobre estas noticias, de manera amalgamada. Comparten tono todas ellas, se les ha inoculado una amenaza subrepticia. Si pudiera sentir quizá sentiría miedo al escucharlas. Creo que sí. Miedo de los ojos de un policía armado, miedo de los ojos de un migrante desesperado, miedo de los ojos de una niña lista. Adivino que en eso

consiste vivir en estos tiempos: elegir qué te aterroriza más y depreciarlo, ignorarlo, destruirlo, eliminar cualquier presencia que ese elemento perturbador pudiera tener en tu cotidianeidad. Ojalá las cosas fueran tan sencillas para todos. Por supuesto también han sido días de Youtube. Muchos Top 10, desde Strongest predators in the wild hasta F1 crashes, pasando por People who out lived insane prison sentences. Mucho Instant Karma, mucho documental del espacio: Journey to the edge of the Universe; Through the wormhole, narrated by Morgan Freeman; Hidden secrets of the Stars. Así llegué el lunes, creo, a un vídeo de exactamente diez horas llamado Starship sleeping. Una especie de bufido muy suave del viento o quizá un levísimo zumbido de turbinas acompaña la travesía de una nave espacial que se sumerge lentamente en las profundidades centelleantes del Cosmos. Todos esos cuerpos celestes tan brillantes, tan preciosos y tan falsos aproximándose poco a poco al espectador envueltos en fuego y luz y white noise hasta perderse a su espalda como los días, como los amores, como las madres y a veces los hijos, pero sin dolor. Me lo pongo después de cenar. Lo veo durante unos minutos y cuando me entran ganas de fumar salgo a la terraza y de paso comparo la belleza de las estrellas de la pantalla del ordenador con las que brillan azules sobre este pueblo y sus montañas. Invariablemente entro con dudas. Sin embargo nada en verdad reseñable en Youtube a excepción de un par de canales que descubrí ayer. Uno se llama Sitting & Smiling, el otro Magibon. Me fascinan. Me fascinan porque siento que fascinarían a Werner, o siento que fascinarían a Werner porque fascinan a Iván Rojo. He asumido que mi relación con el alemán nunca subirá de nivel, nunca ganará en intensidad. También me ha abandonado Werner Herzog. Bueno. Los vídeos de ambos canales parten de la misma premisa desafiante: la inacción, el silencio, la nada en directo. En Sitting & Smiling un hombre de unos cuarenta años se sienta en el suelo en un rincón preciso de su casa, adopta la postura de meditación más estereotípica, imagino que será la del loto, de mindfulness tampoco sé nada, y mira a cámara sonriente. Eso es todo. Durante cuatro horas ininterrumpidas cada día. Al hombre le atribuyo nacionalidad inglesa o escocesa, apostaría a que por lo menos es británico, no sé por qué. Aunque bien pudiera ser un francés septentrional de la costa atlántica. Hay una claridad fría en el azul de su mirada, como si siempre fuera invierno ahí detrás, ahí dentro. Más bien un destello metálico que hace pensar en pecios hundidos en las profundidades de ese hombre, en cuchillos clavados en las entrañas de ese hombre. Un hombre menudo, por cierto, y de aspecto frágil. Barbilla huidiza, probablemente imberbe, un corte de pelo de niño. Sí, el tipo de hombre que es el director. Hay muchos

hombres añados en la Tierra. No es lo mismo que ser un hombre niño pero también tiene que ser complicado y a menudo vergonzoso. El protagonista de los vídeos del canal Sitting & Smiling sonríe con relativa amplitud al objetivo, mira directo a los ojos de las gentes aburridas de Internet, a los desnortados como yo. No obstante incluso en el vídeo número noventa es perceptible la inseguridad que entorpece su vida, igual que en el número seis y en el trescientos cuatro. Entre ayer y hoy habré visto fragmentos de aproximadamente tres docenas. Voy saltando de un vídeo a otro del mismo modo que deslizo adelante y atrás la barra de reproducción de cada uno de ellos, aleatoriamente. Sospecho que la idea de estas grabaciones debió de surgir de una sesión de terapia psicológica o psiquiátrica, con las mejores intenciones. Pero algo salió mal, se fue de las manos. Basta mirar un rato al hombre de la pantalla para sentirse uno capaz de asegurar que las cosas no van bien en el interior de esa casa, en el interior de esa cabeza. Con todo, el canal de Youtube Sitting & Smiling constituye un homenaje a la parálisis feliz a la que todos aspiramos. O tal vez una crítica a eso mismo, a la cacareada zona de confort. Lo o ataque, se hace imposible determinar si estas filmaciones son el resultado de un trabajo premeditado con el objetivo de epatar o por el contrario estamos ante la captación de una experiencia íntima ajena a cualquier tipo de planificación artística. Es posible que el sedente esté creando ante nuestra mirada confundida, transmitiendo un mensaje encarnado en sí mismo. Es posible que con lo que hace o no hace solo persiga un bienestar privado, una mejoría en sus sufrimientos, sanar. En fin, desorientación, preguntas. Puro arte. El otro canal se llama Magibon, y su poder perturbador radica igualmente en la mirada sostenida a cámara del protagonista silente de sus vídeos, en este caso una mujer joven y atractiva de rasgos asiáticos, diría que japonesa. Estas grabaciones son mucho más cortas, todas de treinta segundos justos. La protagonista no sonríe abiertamente pero su expresión es afable, inocente, añada. Otra diferencia respecto a Sitting & Smiling es que el escenario de los vídeos de Magibon es variable. Lo mismo un parque que un supermercado o una cocina, de fondo se distinguen claramente los sonidos característicos de cada localización. La chica siempre se filma desde un ángulo picado muy sutil, solo la elevación imprescindible para colocar al observador en una posición de dominio inspiradora de la imaginación. Sin embargo, a medida que se visualizan grabaciones de Magibon la sumisión femenina aparentemente ofrecida se revela como un reclamo mentiroso. En los ojos oscuros de la muchacha brilla el orgullo de saberse observada y deseada por miles, millones de hombres a lo largo y ancho de la Red. Probablemente un experimento acerca de la facilidad con que

se puede ejercer la dominación y el control sobre el supuesto sexo fuerte. Probablemente una hermosa lección, una hermosa denuncia de nuestras miserias.

Sábado 7 de diciembre

Compré ajos en el mercadillo, a mediodía comí un diente. Me lo tragué. Según la web happyhungrypeople.com ingerir diariamente un diente de ajo sin masticar tiene un efecto depurativo de amplio espectro sobre el organismo. Según la web happyhungrypeople.com ingerir diariamente un diente de ajo sin masticar alarga la vida aproximadamente media década. Creo que en el fondo me gustaría ser inmortal, es pornográfico. Por la tarde pensaba hacer lo mismo que las últimas anteriores pero a eso de las seis he sentido el impulso de abrir ese cajón de la cocina y examinar los cuchillos. Me ha cogido por sorpresa. Estaba siendo un día tranquilo, incluso apacible. Probablemente solo se tratara de un recurso literario más o menos inconsciente para animar mi ficción, pero me ha puesto en guardia. He cogido el abrigo y he salido a la calle. Desde la semana pasada no me había pillado lo oscuro a la intemperie. Aún no había visto encendido el alumbrado navideño. Es hermoso. La luz siempre lo es. También es excesivo y blanco. Cae sobre el empedrado y las gentes con un resplandor angelical. Me gusta especialmente. He recorrido un par de veces Conquista arriba y abajo bañado por las luminarias que conectan las fachadas. Desde la plaza de detrás de la puerta de San Blas hay una buena vista del castillo. Allí en lo alto, iluminado, ese resto de Historia parece una mentira, un decorado. También lo he encontrado hermoso. Lo he contemplado largo rato, abstraído. No me he percatado del Jesuso hasta que me ha dado una palmada en la espalda. Que iba a abrir el bar, que si le acompañaba y que si le daba un pitillo. Encuentro forzada esa palabra, como de otros tiempos y otros lugares. Pienso en los Estados Unidos de América durante los años cincuenta del siglo pasado. Yo siempre digo cigarro, de vez en cuando cigarrillo. Aun así se lo he dado y hemos echado a andar juntos por Conquista. Resulta que la Isi está en Albacete con su familia, ya para morir. Ya debería estar muerta, la cabrona, qué dura es. No sé si hay mofa o afecto en las palabras del Jesuso. Me incomoda la indefinición. Es verdad que no me importa la Isi, pero la respeto y respeto su vida. Siempre me ha poseído una humanidad democrática. Con frecuencia me gustaría que las gentes me resultaran indignas. Quiero decir que se me ha pasado por la cabeza la idea de golpear fuerte al Jesuso, pero no lo

he hecho. Mi única reacción auténtica e irrefrenable a la noticia de la agonía de la mujer ha sido pensar en mi padre. Otra recidiva. La semana pasada le dieron la tercera o cuarta sesión. Le introducen la quimio por la uretra. Tiene que retener la orina un par de horas. Por lo visto es difícil, el cuerpo intenta evacuar esa sustancia extraña. En alguna ocasión no ha logrado aguantarse y se ha meado encima de regreso a casa en el taxi. Mi madre no conduce, mi hermano y yo trabajamos, normalmente no podemos acompañar a mi padre al hospital, llevarlo, traerlo. En una ocasión lo hice y estuve todo el trayecto preocupado por si el hombre me manchaba la tapizaría del coche. Por entonces no sabía que se pone una especie de pañal ligero cuando acude a las sesiones. Me alegro de que nunca me lo haya comentado. No sé por qué me lo diría mi madre. Quizá sea lo normal, sin embargo preferiría no conocer ese dato y estoy convencido de que mi padre preferiría que no lo conociera. Ambos envejecemos, y desearíamos que mi padre fuera un ramillete de recuerdos bellos y dignos en mi memoria, que siguiera siendo un hombre en plenitud dentro de mi cabeza durante las décadas que por estadística supongo que aún me quedan. Pero la memoria es amiga del realismo, para mentir está la imaginación, y de esto último nunca he ido sobrado. Escribo documentales y los distorsiono un poco, esa es mi máxima capacidad de inventiva, puede que Werner me comprendiera. He aflojado el paso para detenerme frente a la puerta del Campos. Como era previsible el Jesuso ha insistido en que me fuera con él, que me ponía gratis los vinos. Le he dicho que quería ver el fútbol y acto seguido he añadido que quizá luego me pasara, que sí, que seguramente. Me falta constancia, me falta disciplina. Bueno. Valencia Villarreal, algo más de la mitad de las mesas ocupada. El hijo de la señora del Campos estaba sentado a una justo delante de mi sitio en la barra inclinado sobre un libro para colorear. Me han dado ganas de acariciarle las pocas canas que le quedan, de decirle que no está solo, que a mí también me cuesta entender y que me entiendan. No lo he hecho. Pintaba una rana. No he visto aún ninguna en el Bergantes, solo las he oído. Sí que las vi en el río Blanco, en mi otra vida. A ellas y a sus hijos inútiles, desamparados. En la novela tiene que salir cómo hundía hasta el fondo las manos en el lègamo de la orilla sedienta de aquel río irrepitible y las sacaba llenas de barro y renacuajos viscosos. Si las levantaba hacia la luz podía ver a través de ellos. Podía ver sus latidos, su misterio. Su pobre misterio. Me sentía un dios allí, entre las cañas, sin corazón, sin alma. A veces dejaba que se amojamaran al sol. A veces me tragaba alguno, qué ridículos sus coletazos, su impotencia. La piedad trabaja de formas extrañas, como el aburrimiento. Me sentía capaz de comerme el mundo. Me sentía

capaz de todo, con derecho a todo. No hay leyes para un chaval. Calzaba unas kelme verdes del 38, era un ser limpio que caminaba con decisión hacia quien no soy. En el descanso he salido a fumar y he llamado a mis padres. Todo bien. Todo bien. Luego he hablado brevemente y contra pronóstico con un hombre que se ha dirigido a mí cuando ha marcado Parejo. En su opinión es muy bueno, buenísimo, entre los diez mejores de España. Estoy de acuerdo. Ahora estoy cenando una cazuela de habas con jamón.

En el Jesuso las caras de siempre, familiares, decorativas, y los nombres de siempre: el Jesuso, el Garbo. También estaba el tarado, que gracias a un retal de conversación he podido confirmar que es hermano del Garbo. De nuevo ha querido amedrentarme. No sé si me odia o me desprecia. Cuando el Jesuso cerrara se acercarían al Serafina. Que si esta vez me iría con ellos o es que no me van los coños o qué, que si se me ha pegado lo del Esteban o qué. En realidad el Garbo no estaba con ganas. Se le veía abatido en el taburete, la pierna mala le colgaba desde la ingle hasta un palmo del suelo, absurda como un péndulo inmóvil. Bastante borracho repetía que estaba harto de putas, que tenía que ver a la Isi, que tenía que verla como fuera. Ha estado así buena parte de la noche. Cada dos por tres cogía el teléfono y la llamaba. No daba señal. Cuando ya apenas quedaba nadie en el bar se ha encaramado a la barra y se ha quedado dormido sobre ella todo lo largo que es, apenas uno sesenta. Su amigo y su hermano reían y bailaban. Deben de andar los tres de camino al puticlub.

Lunes 9 de diciembre

Eugenio apareció esta mañana con un labio partido y media cara inflamada, media cabeza. Como es habitual le envolvía un aire de locura. Pero no, no es exactamente eso lo que caracteriza su parar, se trata más bien un humor inconsciente. Cierta contento, cierta torpeza. Durante el café explicó que todo bien, que asunto aclarado con el del Cazador, que allá él, que se quede con las dos, con la mujer y con la cría, que se las regala. Devoró un par de cruasanes que llevaban desde el viernes sobre la mesa. Me alegré de que Elvira no estuviera, por lo visto se había cogido el día para bajar a la capital al médico. Algo de la tiroides, según comentó Emma. Bien. Antes de las diez había certificado el nacimiento de un buen montón de terneros, el envió a la muerte de dos mil ciento cuatro conejos.

Martes 10 de diciembre

Thispersondoesnotexist durante horas y horas y más horas y más horas. Solo las pausas innegociables para fumar en la terraza, también unos minutos para hacer de vientre. Ya bien entrada la noche me comí un queso de Burgos con tres tomates cherry. El resto de la tarde Enter, y esperar a que el algoritmo me ofrezca el rostro de alguien a quien adorar, alguien a quien temer. Enter, y a esperar a que el algoritmo recree el rostro de la muchachita que me llevé por delante aquel día de la Asunción. Desde entonces veo su cara en todas partes, a todas horas. La veo en cada adolescente que me cruzo por la calle, varón o mujer. En cada adolescente que aparece en una serie, en cada adolescente que come pipas en un parque, en cada adolescente que se desvanece en la realidad o en la ficción. Missing. Desaparecida. La veo en mi sobrino, en mi pequeña sobrina. La veo en Candelaria, gloriosamente. Pero también la veo en los ganaderos rudos de estas tierras. Cielo santo, en las vacas. La veo en mi madre, en mi padre. Se la adjudico a los personajes protagonistas y secundarios de los libros, de todos los libros. A los cantantes que escucho por la radio y no conozco, también a los que sí. Veo su cara en Irene Montero, en Pablo Casado, en Will Smith, en Rosalía, terrorífico. La veo incluso en mí, con especial nitidez los días que vomito. Cuando me limpio la boca ante el espejo soy ella. Hay muchas formas de sangrar por la cabeza. Thispersondoesnotexist es el único lugar en que no la encuentro. Y me inquieta, me perturba, porque esa web es el reino de lo que no es, el verdadero país de nunca jamás. La muerte. Cuando menos la no vida. Esa página es precisamente el espacio donde debería habitar la chica que maté. Quiero pensar que dar con ella en esa página quizá fuera para mí algo así como enterrarla. Un final. En realidad sé que no, naturalmente. En cualquier caso no hay manera, no la encuentro. Enter, y nada. Enter, y nada. Enter, y nada. Hoy siento que solo me queda una opción: Enter, y esperar a que el algoritmo, puede que el mismísimo Dios, ponga antes mis ojos mi propio rostro. Será la prueba de que ya no existo.

Jueves 12 de diciembre

Fui con Eugenio en el Terrano más allá del ecoparque, a echar un ojo a las quemas. Me lo propuso él. Conduje yo, suavemente, acariciando el volante, acariciando a Jimmy. Era temprano, aún no habían empezado. Rocío en la hierba. Unos hombres se paseaban a lo largo de los altos caballones de rastros arrimados a las márgenes de los prados más alejados de la CV. Saludaron a Eugenio con afecto. A mí me llamaron chaval. Sonreí misericordioso. No me conocen, pensé, no me conocen. Están bastante mojados pero arderán, dijo uno de ellos. Eugenio quiso saber si habían comunicado el uso del fuego. Me gustó la expresión: el uso del fuego. Claro, hombre, tranquilo. Nos ofrecieron café con ron de un termo que había cerca en el suelo. Bebimos los dos. Compartimos vaso.

El olor a fuego ha alcanzado el piso al atardecer. Me he levantado del ordenador. Otra vez *Touching things*, creo que en un intento de recordarme a mí mismo que sigo entre los vivos. He estado en la terraza viendo arder humilde el valle oscuro, respirando las hogueras, su humo azul, dulce, sedoso. Un incendio controlado. Envidia. Quien pudiera quemar lo que ya no sirve de sí. Lo tóxico. Lo muerto. Jamás me he sentido tan cansado.

Miércoles 18 de diciembre

Apenas nada. El fin de semana otro parón liguero. No sé si ayer o anteayer compré una participación de lotería al de la agropecuaria, que se pasó por la oficina a intentar colocar las últimas que le quedaban. La papeleta está ahí afuera, en el túmulo, la prendí con una pinza a una lata de refresco aplastada. No sé distingue la marca de lo pulida que está. A simple vista se diría de plata. Eso es todo. Hace un rato pensé en masturbarme. No lo hice. En parte por pereza, en parte por dignidad. Son ya demasiados abortos. Sí, también los hombres abortan. A diario. Por millares, por millones. Casi siempre en el cuarto de baño. Solos.

Jueves 19 de diciembre

Por fin entré en la iglesia de Santa María. Impresionante. Magnífica. Elvira tenía razón al recomendarme su visita. De todas maneras no lo habría hecho si no hubiera sentido a media tarde que la esponja de mi sesera se secaba de golpe, se encogía. Pude oírlo, el ruido áspero de la sequía, de las grietas al resquebrajar el lodo solidificado de mis pensamientos, de la flor que fui al marchitarse. Era yo, envejeciendo. Soy yo, muriendo sucio. Me senté en el último banco, a buena distancia de las viejas y del cura. Contemplé el coro. Contemplé la escalera de caracol que le da acceso. Auténticas joyas, según Google. Supongo que recé. Por lo menos intenté hablar con Dios. Le pregunté qué opinaba de mí. No hubo respuesta. Tampoco sentí la voz de Werner hablándome desde el educado centro de Europa. Tuve que hacer un poco de egosurfing desde el iPhone. Lo primero que Internet muestra sobre mí no trata de mí. Resulta que hay un Iván Rojo gallego más popular que yo. Es karateka. Está federado. Bien.

Viernes 20 de diciembre

Comida de empresa, comida de Navidad en Casa Clotilde. La plantilla al completo, también el director. Este año mi presencia imposibilitaba coger un único coche, mis compañeros se percataron de ello cuando ya estaban a bordo del Terrano. Nos dividimos. Me tocó en el Ibiza con Ernesto y el director. Está igual de sucio que Jimmy, el tapizado y las alfombrillas forrados de partículas de tierra y de una broza seca y quebradiza. Me senté detrás. Siempre que ocupo el asiento trasero de un coche me siento rejuvenecer, en realidad quiero decir que me siento empequeñecer, un niño. Sin ningún control sobre el destino del viaje, también sin ninguna responsabilidad al respecto. Pensé en mi padre. Pensé en mis padres. Bien. Salimos del garaje detrás del Terrano pero nada más enfilar la CV-14 el director adelantó a Emma, que no es que fuera precisamente despacio. Conduce fuerte la gente aquí en Las Cumbres. A lo mejor es por tanto cielo que se ve mire uno donde mire, por tanto verde alucinante y tanto olor potente. A lo mejor es eso, sí, la energía telúrica de este sitio, que se mete en los cuerpos y en los cerebros y a la que hay que dar salida de algún modo. Odiando a muerte a un convecino, acercándose al Serafina, recitando poemas en La Revo, dándole gas a base de bien al coche. O a lo mejor ocurre todo lo contrario y lo que explica esta ansia es el aburrimiento, la desidia, el cansancio de la vida, eso que deben de sentir esos ancianos que en las ciudades se lanzan a lo loco a cruzar las calzadas atestadas de tráfico de las

avenidas. O a lo mejor, a lo mejor, a lo mejor es que hay que ser sí o sí decidido con el acelerador para adelantar a los camiones que zumban a todas horas por estas carreteras enjutas. Con todo, la razón de la velocidad no importa, nunca importa, lo único que cuenta es que el Ibiza se movía rápido a través de la tarde del jueves, encapotada, húmeda, fría, y que en el interior del coche el silencio era hermoso y aliviador como solo el silencio humano puede serlo. La voz de Ernesto no revelaba sus pensamientos, probablemente empapados de dolor a juzgar por ese entornar los ojos cada vez que se llevaba el pañuelo a la boca para enjugarse el exceso de salivación. Gracias. La voz de Esteban, de nuevo me salió llamarle por su nombre, no revelaba sus pensamientos, probablemente de conflicto antiguo de algún tipo o cuando menos de preocupación viciada, a la vista de cómo se mordía a cada poco el labio inferior, de cómo se lo acariciaba luego con la lengua y de la mirada ensimismada que podía distinguírle en el retrovisor. Gracias. Y sobre todo la voz de Iván Rojo no revelaba sus pensamientos, que construían lo que acabo de escribir acerca de Esteban y de Ernesto y del tiempo que hacía esta tarde y de la manera desenfrenada de conducir que tienen los lugareños y de lo pequeño que me siento cuando viajo en la parte trasera de un coche. Y que también y como siempre formaban la imagen de la niña, la niña muerta, la niña eternamente muerta en aquella otra carretera de pueblo, de interior, de la insoportable España vacía. Gracias y perdón. Quise besar las coronillas de aquellos hombres, la que más, la que menos indudablemente despoblada. No lo hice. Quise besarlas movido por esa fuerza mixta de conmiseración y condescendencia que siempre me impulsa, ese desdén amoroso que los dioses sienten por los hombres. Porque pese a la frustración y al miedo que pudieran sentir sus corazones, sus mentes, mi corazón y mi mente sabían que no hay nada más frustrante y pavoroso que ser culpable de lo irreversible. Por eso quise besar esas cabezas ya sin duda más viejas que jóvenes, cincuenta y tantos la de mi izquierda, sesenta y pico la de mi derecha, porque mi alma está muerta como la divinidad, muerta como lo está el pasado, como lo está el futuro. Quise besarlas y no lo hice, porque con o sin derecho habito el reino de los vivos. Aún existo. Ya en la CV-120 se asilvestró el paisaje, de golpe el boscaje se convirtió en bosque. Una masa hinchada parda. Ganas de fumar. Pensé en mis pulmones. Ernesto bajó la ventanilla y entró por ella un aire lento y denso, con cuerpo, que saturó de inmediato mis fosas nasales. Tuve que abrir la boca, sentí el peso terroso de la atmósfera sobre la lengua. Pensé en la palabra esponjoso, pensé en la palabra hongo, pensé en vidas deshechas de las que brotan otras vidas más o menos dignas y prescindibles. La carretera estrecha y

sus curvas constantes nos obligaban a ir a cincuenta a través de aquel territorio mojado, podrido, hermoso. La exuberancia se extendió durante apenas dos minutos, apenas dos kilómetros. Pronto vimos las faldas quemadas, de una blancura más y más pura a medida que caían sobre el negror de la cinta de asfalto humedecido que las ribeteaba. Un poco más abajo o más arriba, era difícil saberlo, en cualquier caso un poco más adelante un pueblo en la ladera, como zurcido a la mortaja de ceniza estática, lunar que vestía los montes. Olocau, dijeron a un tiempo Esteban y Ernesto. Pensé en el forestal. Pensé que con toda probabilidad no volvería a verlo, igual que me ocurriera en Ares con el viejo de la leña. Pero esta vez la idea no me inspiró ni atisbo de tristeza, al contrario, agradecí el hecho de que nunca llegáramos a presentarnos. De pronto y abrumadoramente me alegré de ignorar tantas cosas. Ernesto comentó algo sobre los árboles calcinados, me pareció que los llamaba quejigos. No pregunté, solo miré los cientos y cientos de troncos altos y rectos que se alzaban en la pendiente ligeramente inclinados hacia la carretera, en gesto de reverencia hacia el viajero que les honrara con un vistazo, un pensamiento. Pulidos sin piedad por el fuego asemejaban huesos, enormes huesos de dinosaurio como los que seguramente se exhibían en el museo del pueblo. No lo había visitado y no lo haría. Estoy harto de muerte. La muerte es aburrida. Estoy harto de saber. Saber es aburrido. En el muñón de una rama graznó un cuervo, también aleteó emitiendo un destello de antracita, más mineral que animal, casi plateado de tan negro. Recordé mis dudas acerca de la especie de los pájaros enlutados que sobrevuelan mi terraza. Una corneja es un cuervo, una grajilla es un cuervo. Todo lo que grazna es un cuervo. Mi lado estúpido se engrandecía con una sombra de orgullo y legítimo derecho. Ya hay demasiada sobreinformación en mi cabeza, datos inútiles condenados a un olvido más temprano que tardío. No merece la pena acumular nuevos nombres propios, nuevos sustantivos, nuevos adjetivos. Además sería obsceno. Lo justo es ir olvidando los superfluos y liberar espacio para las palabras que iluminarán mi pensamiento en el momento final: Jennifer Gutiérrez Polo, la niña muerta, mi niña eterna. Catorce años. No debería haber esquelas de niños. Se puede perder un hijo pero no se puede perder el buen gusto. No se debe. De Casa Clotilde diré que es un restaurante de Tronchón, ahí en la plaza, de ambiente rústico, y que Emma no me había mentido cuando me habló del lugar: se come bien y de manera abundante, en verdad copiosamente. Sin embargo yo comí poco y por compromiso. Elvira estaba enfrente de mí, no dejaba de ofrecerme de las fuentes que nos iban sirviendo los hijos de la señora Clotilde, me dijo demasiadas veces que estoy cada día más flaco, que estoy más

esmirriado que el Bergantes, que parezco un profeta loco con estas barbas. Emma discrepó con las mejillas encendidas y quizá demasiada efusividad, en su opinión el chico estaba muy bien. Se rio. Yo sonreí. Me parece que aún no lo he dicho pero suelo hacerlo, me viene una sonrisa fácil como reacción a lo que recibo de los hombres y de las mujeres, no sé si es algo bueno o algo malo, justamente por eso tendría que salir en la novela. Mastiqué un poco de aquellas carnes fritas, asadas, estofadas mientras pensaba en las vacas, mis vacas, y en el arroz con acelgas de mi abuela y en los fideos viudos de mi madre. Vino sí que bebí en buena cantidad, y cuando con los cafés Esteban propuso un brindis por todos y en especial por el nuevo, Iván Rojo, el escritor, creí que se trataba de imaginaciones mías, que seguramente se me había ido la mano con la bebida. Pero debió ocurrir porque cuando miré a Ernesto en busca de explicaciones por su evidente delación se encogió de hombros traviesamente. En una de las ocasiones que salimos a fumar Eugenio y yo se vino también Elvira. Dijo que no fuma pero que lo de echarse un marlboro navideño de los de Eugenio es ya una tradición. Supe que hablaban de cosas mejores que el tabaco. La chica se colgó del brazo del hombretón, que le dio un beso en lo alto de la cabeza y luego acomodó su corpachón para apropiarse en un abrazo de la joven. Eugenio necesitaba con urgencia huir de la vejez que lo había atrapado en las partidas de botifarra y en el distanciamiento de una hija a la que apenas veía. Necesitaba un amor joven, que al fin y al cabo es lo único capaz de salvar a los hombres a partir de cierto momento; un amor joven al que destruir mezquinamente. Y resultaba obvio que Elvira ansiaba un hombre herido al que poder curar, seguramente sabedora, aunque fuera de manera inconsciente, de que su físico no le iba a permitir escoger entre varones jóvenes y sanos. La vi acariciarse el colgante de su nombre. Me sentí en una película, una mala película buena. Me sentí un privilegiado por poder presenciar la oficialización de aquel prometedor negocio amoroso, incuestionablemente perfecto y legítimo. Los dejé solos, entré en el restaurante, me pedí un carajillo y explicaciones a Esteban. Me dijo que había sido cosa de su hija mayor, que le gusta mucho leer y es muy curiosa. Y que ojo con escribir alguna barbaridad de las mías sobre él, que a ver si tenía que cortarme los huevos. Se rio, sonreí. Cuando nos íbamos la señora Clotilde salió a la puerta a despedirnos. Ya estaba oscuro. El frío encapuchaba con su gasa el par de farolas que mantenían aquella plaza en el mundo de lo visible, de los vivos. Alguien me comentó que la mujer tenía noventa y un años y que, ya la ves, sigue encargándose de la cocina. Nos deseó Feliz Navidad y nos dijo que tuviéramos cuidado en la carretera. También dijo que esa

neblina azul era heraldo de nieves. Es la palabra que utilizó, heraldo. La bendije. Por supuesto esta noche no he cenado. Hace un rato he intentado vomitar y no he podido. Vacío. Esta sensación de ser también yo un local en desuso. Un mal olor me llegó de la cocina. Pensé en las cebollas que se me habían podrido en el verdulero. Fui a tirarlas al cubo de debajo del fregadero, lo volqué sin querer al intentar abrirlo. Detrás estaba el vencejo. Seguía pareciendo un pájaro. Estaba igual, igual que en mi recuerdo y a la vez terriblemente diferente. Disecado. Sin gusanos, sin heridas, sin fealdad, ninguna de esas imágenes que uno se forma cuando piensa en la muerte. También sin temblor, sin miedo, sin la expresión de orfandad que apreciara en él el primer día. No era él el culpable de la peste. Lo deposité en mi altar, amorosamente.

Sábado 21 de diciembre

Ahora sí seré breve. Fútbol en el Campos. Granada Athletic. Poca gente, ningún otro cliente menor de sesenta años. Una ración de caracoles. Me apeteció de pronto mancharme los dedos de carne caliente. Vida. También verdejos, claro. En un momento determinado vi cómo el tarado le daba un delicado beso en la frente a la anciana. Sin motivo inmediato; sencillamente se le acercó y lo hizo. Amé en silencio a la madre, amé en silencio al hijo. Amé en silencio la eventual sencillez del reino animal. Pedí otro vino. Luego tiré hacia el Jesuso por las calles resplandecientes. Conquista parecía esa luz que quienes regresan del más allá juran haber visto. Seré breve, hay cosas sobre las que es mejor no alargarse. Cuando entré en el bar encontré al Jesuso repasando las mesas con una bayeta mientras esperaba a que unos hombres en la barra liquidaran sus güisquis. Eran dos, mayores, sentados en taburetes vecinos y que sin embargo guardaban un silencio privado y respetuoso para con el de al lado. Me parecieron dos solitarios que hubieran ido a parar juntos por pura casualidad. Supe que en buena medida mi impresión era atinada, y que también estaba en lo cierto al determinar que ambos hombres bebían más de la cuenta, amaban más de la cuenta, odiaban más de la cuenta. Que recordaban más de la cuenta. Que llevaban en estas cimas más tiempo de la cuenta. Por lo demás eran apenas las doce pero el Jesuso ya se disponía a cerrar. Es lo que tiene la Navidad, me dijo; a la gente le da igual que hoy sea sábado o martes; se reservan para los días gordos. Me puso un verdejo, al final serían tres o cuatro, y aun así me encontraba perfecto, en forma. Todavía en ocasiones siento en mí la fuerza, la única

fuerza, esa última energía: todavía en ocasiones siento el cadáver caliente de la juventud, su cuerpo en llamas, ardiéndome dentro. Me salí con el vino a fumar a la puerta, escribí las primeras líneas de esto mientras el frío caía de las nubes como una espuma lenta y callada. Mis dedos, mis dedos cada día más viejos, más pálidos, más helados. Mis dedos como pétalos. A cada rato el Jesuso salía a rellenarme la copa. En la última de esas se quedó conmigo. Me pidió un cigarro, se lo di. Comentó que hoy sí, que fijo que hoy nevaba. Comentó que estas fechas le ponen triste. Comentó sin ningún motivo que su madre murió el año que él cumplió nueve o diez, que la verdad es que nunca lo ha tenido muy claro. Comentó que está seguro de que me conoce, que no tiene ninguna duda, sus ojos de hiena en los míos. Cuando los clientes se macharon los despidió con una especie de gruñido. Y me vino otra vez con lo del Serafina y con que si me apuntaba. Accedí. Le vi sonreír satisfecho, diría triunfal si el de victoria fuera un concepto compatible con la bajeza del hombre, de los hombres. Supuse que el Garbo, el tarado o ambos aparecerían en cualquier momento, que el Jesuso ya les habría mandado un wasap, un mensaje, un aviso enloquecido. Pero no. Cogimos la carretera él y yo, un celofán mojado, oscuro y rutilante que recorrimos mano a mano en el Dacia. Por lo visto el Garbo está realmente mal por lo de la Isi. Murió hace un par de días. Ni rastro de los extremeños, tampoco me preocupaba. Superamos el puerto del Puntal. El luminoso del burdel en la llanura se ve desde bien lejos. Un ovni verde aterrizado en las montañas, un ovni fucsia aterrizado en las montañas, un ovni verde, un ovni fucsia. Algo que pocos confiesan haber visto, menos aún visitado. Yo sí. Seré breve. Un par de camiones en el parquin y en el aire el retumbar de la salsa. En mi alma un gran mutis celestial. No sé qué me pasó cuando de camino al porche de la casona el Jesuso me echó el brazo por los hombros. Puede que fuera el ruido rasposo de los pasos en la grava, que me recordó a las chicharras. Quise darle un cabezazo, y lo hice. Me revolví y se lo solté en plena cara. Nunca había hecho algo así. Creo que me salió perfecto. Ni siquiera gritó. Cayó de rodillas con las manos en la nariz y bastante sangre entre los dedos. Convulsionó un poco. Sollozos. Me subí al coche y me fui. De nuevo el puerto del Puntal. Las nubes, más bajas ahora, quizá más hinchadas, lamieron la luna del coche cuando lo coroné. Descendí hacia el valle, lo crucé tranquilo sin dejar de acariciarme la frente. Nada más que un Dacia Sandero, el coche más vendido de España, menos especial de España, el coche rumano de los españoles. Nada más que un Dacia Sandero, eso era yo, eso soy yo, a través de la oscuridad, el silencio y los campos seculares, una máquina empeñada en surcar el pasado, en labrar la muerte, en besar sus frutos. Pensé

en poner música, pero preferí el absoluto de mis pensamientos, de mis sentimientos. Pensé que a lo mejor lo que me agitaba era orgullo, pero en realidad estaba bastante seguro de que solo se trataba de una nueva forma de asunción. Una especie de comunión negra con mi sangre. El pueblo brillaba blanco y dorado ahí delante, ahí en lo alto, en su risco, como una estrella caída. Pasé de largo el polígono a sus pies, y el campo de fútbol, y los ladridos del desguace Las Águilas, y el ecoparque. Seré breve. Humeaba el Bergantes a mi izquierda, quizá al norte, quizá al sur, humeaba azul su agua corriente en la noche desvaída por el hielo. Seré breve. Llegué a las inmediaciones del cruce donde una vez que no recordaba muy claramente le había dado a Candelaria un montón de crotales para las vacas de su abuelo. Un poco más adelante tomé el camino de tierra a los Montenegros por el que aquel día la había visto alejarse con la certeza de que sería para siempre. Solo quería ver con mis propios ojos dónde vivía, asegurarme de que la muchacha seguía bien: joven, hermosa, viva. La senda me condujo al cortado de un pequeño barranco. Aún bajé del coche y eché un vistazo a la negrura rota por los faros, a esa nada de madera vieja y agua en suspensión llena de sonidos absurdos: viento en las hojas, cosas reptando por la humedad, el canto inefable de algún pájaro oculto. Mi voz. Esperé unos minutos a que la bondad y la belleza vinieran a mí, a que al menos se materializaran ante mis ojos, a que me dedicaran una señal. Dios, todavía me habita la esperanza. Esperé, esperé. Al cabo volví al Dacia, rozado por los matojos, arañado por el bosque de los pobres y los perdidos di marcha atrás como pude y desanduve el valle hacia el pueblo. Eran las tres o las cinco pasadas cuando llegaba al portal de mi piso tocado por las luces navideñas. Un ángel. La vieja Clotilde tenía razón, el pobre Jesuso tenía razón: empezó a nevar, levemente, ni siquiera copos, algo así como hebras dispersas que atravesaban el halo de las farolas y se desintegraban sin dejar huella nada más tocar el empedrado fulgurante. Como un sueño. Como si nunca hubieran existido. Ya arriba me bebí de golpe una botella de agua. Un solo cigarro en el paquete. Me eché la chaquetilla del chándal sobre los hombros del abrigo, me encendí el west y salí a la terraza. Me lo fumé como si fuera el último cigarrillo del mundo, el último cigarrillo de mi vida. Es decir: con decepción y prisa, con torpeza. Coloqué con ruto y responsabilidad la cajetilla en el catafalco, y me acosté allí hecho un ovillo. Anidé en Las Cumbres, anidé en la basura robada a las montañas, escarchada, quieto como el vencejo, quieto como el amonites. Un cadáver. Una piedra. Pero sentí la caricia de la nieve en mi cara, sus briznas en mi barba, en mi pelo, en mi calor. O eso creo. Porque el instante solo duró un instante; me dormí de inmediato y profundo. He dicho

que sería breve. Me ha costado levantarme, me dolía todo el cuerpo, cubierto por una sutil capa de blancura. Todavía tiemblo un poco, todavía tengo la piel azul. Claridad en el cielo. Son las siete y media. Creo que ya he hecho todo lo que podía hacer en este pueblo. Si el Jesuso no me ha destrozado el coche me iré dentro de un rato. Uno nunca depende plena y únicamente de sí mismo. No sé si tirar directo a Valencia o pasar por el cuartel de la Guardia Civil de ahí abajo. En realidad sí que lo sé. Por otra parte tengo las mismas posibilidades que cualquiera de que mañana me toque el Gordo. De que la suerte me sonría. Seré breve. Quiero a mi madre, quiero a mi padre. Hay cosas que no se debe compartir. No se puede. Seré breve. Adiós a las vacas. Adiós a las ovejas. Adiós a los cerdos. No volveré a verlos. Adiós a las granjas de miles de conejos, de decenas de miles de pollos. Adiós a la exótica granja de avestruces, allá en el altiplano, sobre la que nunca supe qué escribir. Adiós a las cabezas calvas de esas aves asomando por encima de la verja, curioseando, mirando con sus ojazos atentos el paso de mi Dacia. Mirándome. Adiós a los apicultores trashumantes que pasaban de tanto en tanto por la oficina para que les cuñara los papeles. Adiós a sus colmenas en la parte trasera de furgonetas Nissan, adiós a sus enjambres rodantes. Adiós a los ganaderos y su olor bestial. Adiós a su bronceado mate como barniz antiguo. Adiós a los camioneros oscenses, búlgaros, murcianos. Adiós a las manazas curtidas de los hombres que pasaron por mi escritorio para que les ayudara con el papeleo de sus vidas. Adiós a todos y cada uno de esos hombres, adiós a su espíritu de montaña, en extinción. Adiós a los rumanos. Adiós a las montañas peladas, descarnadas a latigazos por los hermanos del cierzo. Adiós también a ellas, ellas: las mujeres. Adiós a sus mejillas rojas de frío. A sus botas de agua del número treinta y ocho, rebozadas de barro. A sus nombres atemporales: Natividad, Margarita, Eva. Salvadora. Adiós a su femineidad ancestral, fuerte, salvaje. Adiós, adiós, adiós a Candelaria, adiós a la otra dimensión. Adiós a las rumanas. Adiós por supuesto a todos aquellos, todas aquellas que no se grabaron en mi memoria. Adiós y perdón. Adiós a los Citroën BX, a los Renault 11, a los Opel Kadett, a todos los coches milenarios que solo sobreviven esclavizados en los montes. Adiós a Jimmy. Adiós a los bares, Dios bendito. Bares de carretera, bares de pueblo. Adiós a su aire caliente. Adiós a sus calendarios obsoletos. Adiós a sus váteres decimonónicos, sencillos, aseados y en cierto modo aristocráticos, porque siempre hubo dinero en los pueblos incrustados en España, el mismo dinero que ya no hay. Adiós a sus periódicos comarcales, a las hermosas crónicas sobre la jornada de regional preferente. Adiós a sus televisores indestructibles Thompson, Philips, Grundig de esos bares, a las películas de

vaqueros en modo mute, a los noticiarios sobre la vida de otros lugares, de otras gentes. Adiós al estudio casi científico de las partidas de cartas. Adiós a la cecina y al vinazo. Adiós a los camareros que se aprendieron mi santo nombre. Adiós a los anocheceres rápidos, traicioneros. Adiós al humo de las chimeneas, a la fumata blanca de estas gentes fuertes fundiéndose en la noche con la niebla. Adiós a los mugidos en la oscuridad. A las campanadas crueles de Santa María. Adiós al silencio de camposanto que lo invade todo el resto del tiempo. Adiós a los amaneceres de cristal. Adiós a las respiraciones de pan. Adiós a los puentes sobre el vapor del río Bergantes. A los desfiladeros rojos. A los vertederos derramados por las laderas. Adiós, adiós, adiós a los buitres. En el fondo era una maravilla salir a la terraza y verlos dando vueltas ahí arriba, en el cielo más limpio de España, observándome, esperando en balde por mis huesos.

Me apetece llamar a mi hermano.